



EL CUADERNO DE NICOLAAS KLEEN

Jaume Benavente



Lectulandia

Marja Batelaar es una joven inspectora de la sección de homicidios de la policía regional de Amsterdam. Nacida en una familia culta de origen judío, y de carácter retraído, vive sola en una casa del Jordaan, un barrio bohemio de Amsterdam, a gusto con sus libros, su amistad con Louise una artista que vive en un barco y su relación sentimental en la distancia con Franz, su novio alemán, que vive en Berlín.

Una lluviosa mañana de invierno, Batelaar se hace cargo, junto a Jan Laagsveld un policía más experimentado que ella de la investigación de la muerte de una inmigrante, Suzanne Vitéz, en la pensión Diderot, en el centro de la ciudad, así como de la desaparición de su misterioso acompañante. El caso se cierra en falso y Laagsveld es destinado a otro asunto de mayor importancia, pero Batelaar se resiste a olvidarse de Vitéz. Sin apenas amigos entre los demás policías de la sección de homicidios, para quienes es una intelectual, Batelaar se adentra en un mundo de sombras, en el que se mezclan los ambientes cosmopolitas y de clase alta de Amsterdam, los intereses criminales y la presencia de sus propios fantasmas del pasado, como es el asesinato irresoluto de su hermano años atrás.

Lectulandia

Jaume Benavente

El cuaderno de Nicolaas Kleen

Marja Batelaar - 1

ePub r1.0

Titivillus 21.10.17

Título original: *Julia Alquézar*
Jaume Benavente, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Los músicos

MARJA BATELAAR contemplaba su calle por el ventanal. Las fachadas de las casas de tres pisos, hechas de ladrillos pintados de colores oscuros, se asomaban al agua verdosa del canal, el pequeño y tranquilo Bloemgracht. El cielo de Ámsterdam era gris, casi metálico, y caía una fina y persistente lluvia, prácticamente imperceptible pero constante. Aquel sábado 11 de enero era como la mayoría de los días de invierno en su ciudad, fríos y a menudo lluviosos. Los ciclistas iban y venían por la calle. En una ciudad de un país meridional, muy poca gente circularía en bicicleta con aquel clima adverso. Mientras pensaba en ello, todavía en pijama y albornoz, desayunaba sin prisa tostadas y un café con leche, alternando la contemplación de la calle con el paso de las hojas del *De Volkskrant*, el periódico que, como cada mañana, el repartidor le había dejado en el buzón.

En el exterior, al otro lado del canal, estaba el pequeño barco de su amiga Louise, una norteamericana un poco estrafalaria que vivía sobre el agua acompañada sólo por *Jeff*, su gato de angora, y que se dedicaba a hacer grabados, aunque ocasionalmente pintaba también algún cuadro al óleo y hacía fotografías en blanco y negro durante sus paseos por la ciudad que luego revelaba. Marja había estado más de una vez dentro del barco en el que, además de un pequeño camarote para dormir y un minúsculo lavabo, había una única y espaciosa estancia donde Louise comía y cocinaba, y usaba también como taller de artista. Su amiga norteamericana atesoraba allí muchos libros, un par de cámaras fotográficas y material para revelar, carpetas con cientos de grabados, planchas de metal y de linóleo, las herramientas y el viejo tórculo con el que imprimía sus grabados. En la pared estaban colgados los mapas de dos países exóticos, —Madagascar y Santo Tomé y Príncipe— lugares donde Louise no había estado pero a los que decía que iría—, así como algunas fotografías de diferentes etapas de la vida de su amiga, con familiares y amigos o de cuando había viajado por Europa, tal y como hacían muchos jóvenes norteamericanos antes de recluirse de nuevo en su país. En una de las fotografías, Louise debía de tener poco más de veinte años y aparecía junto a un hombre un poco mayor que ella, en un pueblo insignificante. Louise le había explicado que aquello era Dombatown, en la llanura de Texas, donde había nacido cincuenta años atrás, y que el hombre era Marcus, su difunto marido.

No hacía mucho, en el barco de Louise, habían hablado de *Paisaje invernal con patinadores sobre hielo*, el cuadro de Hendrick Avercamp que estaba expuesto en el Rijksmuseum. En el lienzo, el pintor había recreado una escena de vida cotidiana y alegre de patinadores sobre un canal helado, con las barcas atrapadas por el hielo o arrastradas por alguna mula. Después de aquella conversación, Louise le había dejado en el buzón una postal que reproducía el cuadro. En la parte posterior había escrito:

«El invierno también puede ser luminoso, Louise». Al recordarlo, Marja pensaba que su amiga era un personaje curioso porque no se avergonzaba de expresarse sinceramente. ¿El invierno puede ser luminoso? Marja se decía que tal vez fuese cierto o que, al menos, le parecía agradable creer que pudiera serlo.

Más tarde, tal vez compraría alguna cosa en los Italianos, la tienda de comida preparada que un par de chicos de Génova habían abierto a tres calles de donde vivía Marja, en el corazón del barrio de Jordaan. Comería en casa y, si no mejoraba el día, por la tarde seguiría leyendo la novela de Mia Couto que la tenía atrapada, hasta que se decidiese a ir a dar una vuelta por el barrio, si la lluvia no empeoraba. El Jordaan le gustaba: se componía de unas treinta calles tranquilas y con ambiente bohemio al oeste de la ciudad, entre los tramos iniciales del Prinsengracht y el Lijbaansgracht. Era un vecindario de clase trabajadora, artistas y personajes peculiares que habían llegado de todas partes, como Louise. No obstante, tenía decidido llevarse la novela a su paseo, porque imaginaba que en algún momento entraría en De Tuin o algún otro café. Aquel sábado, a diferencia de otros, no cogería el coche —un viejo Volkswagen de color azul— para ir a la casita de Uitdam a pasar el fin de semana, sino que esperaría al domingo. En aquel pueblecito a las afueras de Ámsterdam se sentía muy a gusto, pero le había prometido a Carol que por la tarde iría a cenar a su casa. Carol y ella se habían hecho amigas viéndose en el café De Tuin. Poco a poco se habían ido conociendo e intimando. Carol era un poco más joven que Marja y más atrevida. Vivía desde hacía sólo un año en un pequeño apartamento en el mismo barrio, en la calle Anjeliers, con su novio, Lionel. Tanto Carol como Lionel sabían que Marja era policía pero no se lo habían dicho a nadie, tal y como ella les había pedido, ya que no tenía ganas de que los vecinos se enterasen de su profesión. Los trabajos de los amigos de Marja eran muy diferentes al suyo: Carol pintaba *batiks* que vendía en tiendas del Jordaan y también del centro, y Lionel, profesor de música, daba algunas clases particulares de piano. Lionel hablaba a menudo de ir a vivir al norte del país, a las islas Frisias. Decía que Carol podría seguir pintando sus *batiks* y venderlos a los turistas, y que él buscaría nuevos alumnos que quisieran aprender ¹¹ piano o, si no encontraba, quizá buscaría trabajo como pianista en algún club u hotel de la ciudad de Groningen, a poco menos de una hora en coche de las islas. Lionel era así: siempre estaba a punto de irse a otra parte, como si huyera o fuese incapaz de asentarse en ningún sitio. Si finalmente acababan trasladándose al norte, a las islas Frisias, ¿cuánto tiempo durarían?

Todavía delante del ventanal, Marja se admiró de la fidelidad de sus amigos por haber sabido guardar el secreto de su trabajo. Lo que Carol y Lionel desconocían era que ella, hija de una familia judía acomodada del Plantage, podría haberse dedicado a cualquier otra cosa en lugar de ser policía. Después de finalizar los estudios de historia del arte, el camino más fácil habría sido dedicarse a enseñar esa materia o, incluso, con un poco de suerte, escribir sobre ella, pero lo único que había hecho era trabajar en una galería de arte de Prinsengracht durante dos años. ¿Por qué había

dejado aquel trabajo y se había hecho policía? ¿Quizá por la muerte trágica de su hermano, Willem? Ya habían pasado ocho años de aquel suceso y aun así el recuerdo todavía la estremecía a veces. Willem, alto, deportista, siempre alegre, había tenido la desgracia de tropezar con un desconocido que pretendió robarle la cartera en una callejuela adyacente a la calle Rokin. Willem debió de resistirse y eso le costó la vida. Lo que más horrorizaba a Marja era que ese suceso había ocurrido en una zona de la ciudad donde siempre hay un montón de gente yendo y viniendo y que, a pesar de eso, nadie había podido ver al agresor. Tal vez había pasado en un instante en el que, justamente, no había nadie en la callejuela, pero ¿por qué el asaltante le había asestado cinco cuchilladas a Willem? ¿A qué se debía ese encarnizamiento?

La figura de Louise emergió del interior del barco. Tenía una altura media y era de complexión fuerte. Llevaba el cabello teñido de color caoba y un impermeable azul muy viejo para resguardarse; era la viva imagen de una auténtica artista solitaria. Louise la saludó con la mano y Marja le devolvió el gesto desde el ventanal de su sala de estar. A continuación, sin importarle en absoluto la lluvia, Louise se puso a limpiar unas herramientas de grabado y unos botes de pintura en la cubierta. Marja la observaba cuando de repente el sonido del teléfono le hizo presentir que estaban a punto de estropearle el fin de semana. Al escuchar la voz grave y seca de Jan Laagsveld al otro lado de la línea ya no le quedó ninguna duda.

—Te espero en el 76 de Sint Antoniesbreestraat, en la pensión Diderot. ¿Cuánto tardarás?

Marja conocía perfectamente aquella calle, una vía comercial y frecuentada, un sitio horrible, lleno de negocios caóticos y de pésimo gusto, entre Nieuwmarkt y Jodenbreestraat, el antiguo barrio judío del que ya no quedaba casi nada excepto la sinagoga portuguesa y un par de restaurantes de comida *kosher*. Un poco más lejos de Sint Antoniesbreestraat, en cambio, estaba el Plantage, su antiguo barrio, completamente diferente, mucho más amplio, luminoso y elegante. Ámsterdam era como otras ciudades en las que dos mundos muy diferentes viven uno junto a otro. De hecho, Marja creía que había más de una Ámsterdam.

—Cuarenta minutos, quizás un poco más. ¿Qué tenemos?

—Desde la pensión han llamado a la comisaría de Nieuwezjids Voorburgwal para avisar de que había una chica muerta en la bañera de una de las habitaciones. Podría ser un suicidio o un accidente, porque parece que se ha ahogado, pero hay señales de violencia: la habitación está patas arriba y uno de los huéspedes de la pensión ha oído ruido desde el cuarto de al lado. Dice que fue una discusión, ayer por la noche, horas antes de que descubriesen a la chica muerta. Desde la comisaría de Nieuwezjids Voorburgwal nos han pasado el caso a nosotros, así que el Viejo me ha llamado desde su casa para decirme que tú y yo nos ocuparíamos de la investigación. La policía científica y el médico forense ya están trabajando y yo he llegado hace unos minutos.

—¿A quién nos envían del Ministerio Fiscal?

—No está claro que sea un homicidio, así que no envían a nadie y nosotros nos

encargamos del levantamiento del cadáver —explicó Laagsveld—. Ya he hablado con el Viejo sobre eso.

Marja pensó en el comisario Jurgen Sieraal, o el Viejo, como lo llamaban coloquialmente sus subordinados de la Unidad de Homicidios de la Policía Regional de Ámsterdam-Amstelland, en la comisaría central de Elandsgracht, en la esquina con Marnixstraat. Jurgen Sieraal le había ofrecido un sitio en Homicidios después que la apartasen de la Unidad de Delitos del Patrimonio Artístico —donde trabajaba como analista— por culpa del caso del anticuario Tadsen, un asunto turbio en el que se había enfrentado con sus superiores. Durante dos años y medio, primero como agente y después como sargento, Marja había trabajado como ayudante de los inspectores hasta que ella misma ascendió a inspectora, colaborando desde hacía pocos meses con Jan Laagsveld, un inspector coordinador de equipo, veterano y arisco, antiguo socialista de origen humilde que había empezado patrullando de uniforme y a pie las calles más conflictivas de la ciudad y que ahora era toda una institución en la comisaría. Jan Laagsveld, a sus cincuenta y cinco años, era uno de los agentes más experimentados de Homicidios de la Policía Regional de Ámsterdam-Amstelland y, aunque le gustaba trabajar solo, a menudo actuaba como coordinador de equipos de investigación. En cambio Marja, con sólo treinta y tres años, universitaria e hija de un arquitecto y de una fotógrafa, tenía que soportar que los otros policías la trataran con cierta condescendencia. Una de las pocas personas que parecía aceptar con naturalidad su presencia en Homicidios era la inspectora Klara Müller, una policía que se había iniciado, como Laagsveld, patrullando de uniforme las calles. A pesar de estar ya cerca de los cincuenta años, se mantenía fuerte y ágil gracias al gimnasio, y tenía mucho instinto para la investigación criminal, según decían el comisario y también Laagsveld. Otra persona que parecía aceptar a Marja era el sargento Paul Hovestadt, un policía tan joven como ella. Paul tenía un aspecto un poco chocante: era muy delgado y con el pelo corto, llevaba gafas y de vez en cuando le había visto algún libro. Por lo que le había explicado Klara Müller, vivía solo en un apartamento de Entrepotdok, detrás del zoo Artis. En alguna ocasión, Marja había llegado a pensar que Paul Hovestadt podía sentir algo por ella, por su forma de hablarle y por alguna mirada furtiva que le había pillado. Por su parte, aunque se negaba a aceptarlo, se sentía en cierto modo atraída por él y, cuando estaban juntos, notaba una tensión que la confundía.

Al margen de Klara Müller, Paul Hovestadt y algún otro policía, el resto de investigadores —inspectores, sargentos e incluso los agentes— preferían mantener una cierta distancia con Marja Batelaar, e incluso le habían dedicado algún gesto hostil. ¿Qué hacía en Homicidios una intelectual, como la llamaban a veces? Su aspecto tampoco ayudaba nada. Marja era alta y delgada, aunque también atlética, pero su físico no transmitía ninguna sensación de fortaleza, sino más bien cierta timidez, tanto física como de carácter. Cuando le caía el flequillo de color castaño claro sobre la frente se lo apartaba con un gesto un poco inseguro y, al hablar con otra

persona, a menudo no era capaz de mantenerle la mirada y desviaba la suya. Además, era demasiado callada y, aunque tenía una cara agradable, regular y alargada, en la que destacaban sus ojos verdes, apenas sonreía cuando escuchaba alguna broma y casi nunca reía abiertamente. Daba la impresión de no saber cómo dejarse llevar. En definitiva, no parecía el tipo de policía capaz de perseguir a los asesinos de Ámsterdam. Klara Müller había hablado con ella en alguna ocasión para tratar de animarla y hacer que se sintiese menos sola, e incluso le había propuesto ir al cine y la había invitado a su casa para que pudiera conocer a su marido y a su hija.

—¿Quién es el forense? —preguntó Marja.

—Jurgen Sieraal ha pedido que venga Muysart —explicó Jan Laagsveld.

Marja había tratado poco a Muysart, pero lo suficiente para decidir que no le gustaba. Era un hombre frío y cínico a la vez. A pesar de ser buen forense, no parecía sentir ni un poco de piedad hacia los cuerpos de las víctimas. Muysart era de la generación de Laagsveld y ambos tenían una buena relación. Algún sábado, incluso, habían quedado para tomar unas cervezas. Por su parte, el comisario Sieraal, *el Viejo*, también tenía mucha confianza en Muysart y por eso, si desde el Instituto Forense no le ponían impedimentos, le gustaba trabajar con él tanto en las diligencias que había que llevar a cabo cuando se encontraba un cadáver sospechoso de haber muerto por causas no naturales, como en la autopsia posterior.

Después de colgar el teléfono, Marja se duchó, se vistió rápidamente con unos vaqueros y un jersey de cuello alto, y, antes de salir a la calle, cogió el anorak y el arma reglamentaria, una pistola Walther P5. Todavía faltaban muchas horas pero la cena en casa de Carol peligraba, porque con Jan Laagsveld nunca se podía estar seguro de nada. Llevaban trabajando juntos poco tiempo, pero le parecía un hombre sin horarios ni consideraciones hacia los demás. Ella sólo pensaba en acabar pronto aquella primera inspección del escenario del suceso y del cadáver, así como con las posteriores preguntas de rutina a los vecinos. Ya en la calle, mientras cogía el coche, después de descartar la posibilidad de ir en bicicleta, se sintió avergonzada por pensar en la cena cuando un cadáver la esperaba, y se preguntó si los policías que años atrás se habían encargado de la investigación del asesinato de su hermano Willem también habrían tenido prisa.

EN SINT Antoniesbreestraat, Marja volvió a sentir el desagradable malestar que siempre le provocaba aquella parte de la ciudad. Había diferentes ambientes en Ámsterdam y aquella zona del Centrum era la que más le repugnaba: un montón de porquería —*coffeeshops*, restaurantes de comida rápida, negocios eróticos, tiendas de *souvenirs* y hoteles baratos— esparcida entre Nieuwezjids Voorburgwal y Oudeschans. Marja admitió a regañadientes, una vez más, sus sentimientos negativos hacia aquella cara de la ciudad. Si pudiese la borraría del mapa. Alguno de sus amigos le habría dicho que era una conservadora, que de ahí a alinearse con las ideas de los partidos de derechas del país sólo había un paso; Marja no estaba de acuerdo en absoluto y aquel tipo de comentarios le molestaban mucho. En el fondo, ella creía que, más allá de la desgracia de que su hermano Willem se hubiera tropezado con un asesino en aquellas calles sórdidas, también había una cierta preocupación estética. No soportaba tanta fealdad, un Ámsterdam tan diferente de la que veía en el Plantage, en el Jordaan, en el Barrio de los Museos o incluso en el abarrotado y multirracial De Pijp. Aunque tal vez le diera demasiadas vueltas al tema y fuera excesivamente crítica con su ciudad, quizá por la tristeza que transmitía aquella mañana fría y gris.

Jan Laagsveld la miraba impaciente, delante del número 76. A pocos metros, el conductor de la ambulancia que tendría que llevarse el cadáver charlaba con dos policías de uniforme, agentes de Nieuwezjids Voorburgwal. También había algunos curiosos, peatones que se habían detenido para ver qué pasaba, algún comerciante de las tiendas cercanas y las empleadas y dientas de una peluquería que había al lado de la pensión. Marja se fijó en que Jan Laagsveld llevaba el abrigo oscuro de siempre, pero demasiado abierto para el frío que hacía. Tampoco se había afeitado. Se notaba que vivía como muchos hombres solos, descuidando su aspecto y su salud desde que se había divorciado dos años antes. Marja sabía que Laagsveld había salido ocasionalmente con mujeres, porque se lo había explicado Klara Müller el día de la semana que coincidían en el gimnasio. Ésta aseguraba que Laagsveld no tenía solución, se encontraba en caída libre, y Marja, por su parte, estaba convencida de que Laagsveld y Müller tuvieron un lío en algún momento. En esto se centraban los pensamientos de Marja cuando Laagsveld le hizo un gesto enérgico para que la acompañara dentro de la pensión; también le dijo que, mientras la esperaba, él ya había hablado con el recepcionista y su hijo.

Al entrar en el vestíbulo de la pensión Diderot, Marja reparó en la humedad que inundaba el sitio, en la suciedad de la alfombra que recorría los peldaños de la estrecha y empinada escalera y en la débil luz amarillenta que procedía de un par de lámparas que colgaban de la pared. En el vestíbulo había dos agentes más de uniforme y el enfermero que faltaba de la ambulancia aparcada fuera. Con ellos, al

otro lado de un mostrador de madera, sobre el que se amontonaban papeles, postales sin ninguna gracia de la ciudad y un cenicero lleno de colillas, estaba el recepcionista de la pensión. Era un hombre gordo, de apariencia extranjera, caucásico, que llevaba gafas y que fumaba mientras hablaba con los agentes y el enfermero en un tono afable, intentando ser útil y simpático. Detrás de él había un pequeño televisor con receptor de satélite que emitía una película popular en una lengua que Marja no podía identificar. El hombre, al verla entrar con Jan Laagsveld, sonrió para intentar parecer cordial, aunque a Marja le pareció que su actitud rayaba lo servil. Eso la hizo desconfiar y se preguntó de dónde podía ser aquel hombre. Jan Laagsveld le adivinó los pensamientos.

—Se llama Josif Bagran, es georgiano y vive con su hijo Próspero, un joven de veintidós años, en esta especie de madriguera que les sirve de vivienda, aquí, en la recepción. Por supuesto, el tal Bagran habla un holandés terrible. Su hijo, en cambio, conoce un poco más el idioma y es él quien ha avisado por teléfono que había una chica muerta en una de las habitaciones. Mientras te esperaba, ya he hablado con los dos. El señor Bagran dice que no había visto nunca a la chica hasta hace dos noches, cuando llegó acompañada de un hombre mayor, de unos cincuenta años o más, a quien tampoco había visto nunca. En el libro de huéspedes se identificó como Aldous van Lennep, y llamaba a la chica Iliona. Según Bagran, el hombre parecía bastante nervioso mientras pedía una habitación para dos noches y pagaba por adelantado y en efectivo, tal y como se hace aquí, pero no nos ha podido decir gran cosa sobre su aspecto, porque una de las bombillas estaba fundida, y, además, tiene problemas de vista. Dice que debería haber ido a graduarse las gafas hace tiempo. Gracioso, ¿verdad? Sólo nos ha contado que el acompañante de la chica era un europeo de raza blanca, el cabello escaso y castaño, más bien gordo, de altura media y muy bien vestido. Afirma que sólo vio al supuesto Aldous van Lennep una vez, en el momento de pagar el alojamiento, porque no lo volvió a ver ni al día siguiente, ni hoy, cuando deberían haber desocupado la habitación. Esta mañana, al darse cuenta de que no la dejaban libre, ha enviado a su hijo a ver qué pasaba y éste se ha encontrado a la chica muerta en la bañera.

Marja se fijó en un chico joven que salía del interior de la portería, y supuso que se trataba de Próspero. Llevaba el cabello muy corto, unos vaqueros caros y un jersey muy moderno. Era la viva imagen de un inmigrante decidido a integrarse en la forma de vida occidental. Miraba directamente, con una expresión que no tenía nada que ver con la de su padre, más sumisa y probablemente más falsa. En los ojos del hijo del conserje, en cambio, había un cierto aire de desafío, una actitud que Marja ya había visto otras veces en chicos de la generación de Próspero que vivían en los suburbios.

—¿Y el hijo del conserje ha visto a la chica y al hombre que la acompañaba? — preguntó Marja a Laagsveld.

—Por extraño que parezca, no.

—¿Se ha fijado Bagran en si el hombre y la chica hablaban en holandés entre

ellos?

—Dice que sí, pero eso no significa que ambos sean holandeses, ¿no crees? —objetó con escepticismo Laagsveld.

—¿Comprobó el conserje la identidad del acompañante de la chica? ¿Sabemos si de verdad se llamaba Aldous van Lennep? —preguntó Marja, mientras seguía a Jan Laagsveld escaleras arriba.

—En este tipo de establecimientos no se comprueba nada, sólo vigilan que el dinero sea auténtico —sentenció Jan Laagsveld—. No me extrañaría que Aldous van Lennep fuera un nombre falso, porque el hombre puede que estuviera casado y temiera las consecuencias de citarse con una chica en una pensión.

—¿Crees que la chica era una prostituta?

Jan Laagsveld hizo una mueca para decir que no.

—A juzgar por la ropa que hemos encontrado, no lo parece. No hay nada especial, ya sabes, ni faldas extremadas, ni blusas escotadas. La chica no vestía de manera provocativa, y tampoco hemos hallado parafernalia erótica. De hecho, parece que ni llevaba preservativos. No creo que fuese una profesional del sexo. Además, Van Lennep habría alquilado la habitación para una sola noche, pero no para dos —afirmó Jan Laagsveld—. En la ficha del registro de la pensión, el hombre ha dado una dirección de Delft. Ya nos hemos puesto en contacto con la policía de esta ciudad, y nos han informado de que tampoco consta ningún Aldous van Lennep en el padrón municipal. Por supuesto, puede tratarse de alguien que esté de paso, pero intuyo que no es el verdadero nombre de esa persona. Un experto en grafología se encargará de examinar el registro de la pensión. También revisaremos el dinero con el que ha pagado, por si encontramos alguna huella que tengamos en el archivo, pero no tengo demasiadas esperanzas.

—¿Llevaban equipaje?

—El conserje nos ha explicado que el hombre llevaba una bolsa de piel y un estuche, que parecía el de un instrumento musical. Por supuesto, no sabe precisar de qué instrumento se trataba, sólo recuerda que era de color negro, no muy grande, y rectangular. Por tanto, de momento, tenemos a una chica muerta y un músico ilocalizable.

—Un estuche del tamaño que ha descrito podría ser el de algún instrumento de viento, un clarinete, tal vez. ¿Y cómo puede ser que ni el conserje ni su hijo hayan visto salir al hombre?

—Según dice Bagran, a veces se ausenta un rato de la recepción, o se mete en el interior de su vivienda. Su hijo ayuda por las tardes en la pensión, pero de día trabaja en un puesto de ropa de segunda mano en el mercado de Waterlooplein. El hijo asegura que no ha visto ni a Aldous van Lennep ni a la chica hasta que se la ha encontrado muerta cuando ha subido a la habitación para averiguar por qué no devolvían la llave.

—No parece que haya mucha vigilancia en esta pensión —insinuó Marja.

—Aquí no hay nada que robar. Venga, subamos —le ordenó Jan Laagsveld—. Muysart y los de la científica han subido hace un buen rato. Les he dicho que bajaba a fumarme un cigarrillo mientras te esperaba.

Cuando los vieron llegar, los especialistas de la policía científica y Muysart saludaron a Marja con un leve gesto de cabeza. Marja hizo inmediatamente una inspección ocular de la habitación. Había cierto desorden y alguien había hecho algunos destrozos. Había una lámpara en el suelo, también estaba esparcido el contenido del bolso de la chica, un vaso hecho añicos, y, al parecer, habían arrancado una cortina y habían roto un vidrio de la ventana. Sin tocar nada, Marja examinó la ropa que había en un armario desordenado: una gabardina beis, un par de vaqueros, una falda, tres jerseys, dos pijamas, algunas camisetas, bragas y sujetadores, un anorak, dos pares de zapatos planos y unas deportivas azules. Efectivamente, como había dicho Laagsveld, no parecía el vestuario de una prostituta. ¿Dónde iba y de dónde venía aquella chica? ¿Hacía un viaje de unos pocos días? Marja pensó que era posible. También estaba allí el bolso de piel que había mencionado el conserje. Marja supuso que pertenecía a la chica muerta. Si lo mirabas de cerca, se veía que no era de buena calidad y que estaba bastante usado, probablemente porque se había utilizado mucho. Eso reafirmó la suposición de que era de Iliona, ya que un hombre bien vestido, tal y como había definido el recepcionista al acompañante de la chica, no utilizaría un bolso así. El hecho de que, al entrar en el hotel, no lo llevase ella sino el hombre (si el recepcionista lo había visto bien), implicaba sólo que él había tenido un detalle gentil. Marja se dijo que Aldous van Lennep debía de ser un hombre amable y tal vez con una educación clásica.

Mientras pensaba en ello, los dos especialistas de la policía científica habían acabado ya con su trabajo en el cuarto de baño, donde estaba el cadáver, pero seguían rastreando la habitación y tomando fotografías de todo. Tras una señal de uno de los agentes de la científica, Jan Laagsveld y Marja pudieron entrar en el lavabo. Marja se estremeció al descubrir dentro de la bañera ese cuerpo sin vida, desnudo, bonito, delgado, de piel blanca, con el pelo negro y liso. La bañera era bastante grande, y el cuerpo sin vida estaba sumergido en el agua. Tenía los ojos cerrados y la expresión de su cara no revelaba ninguna contracción, ni ningún gesto de miedo, lucha o dolor.

—Aún has visto a pocos muertos, ¿no? —preguntó Laagsveld a Marja en un tono burlón—. No te preocupes, después de más de veinticinco años, todavía no me he acostumbrado.

En su corta experiencia en homicidios —de hecho, siempre como ayudante de otro policía, y ahora de Laagsveld— Marja había visto pocos cadáveres y la mayoría eran de gente mayor, con cuerpos feos y en decadencia. El cadáver de Iliona era diferente. La inquietaban su juventud y su belleza. ¿Qué podría haber llegado a conseguir en la vida si hubiera vivido más? A primera vista le pareció que tenía unas marcas en el cuello. Entonces, se fijó en que había un poco de agua en el suelo, alrededor de la bañera, a pesar de que no estaba llena. Por la mirada de Laagsveld,

Marja dedujo que él ya se había dado cuenta.

—Se ha peleado con alguien que ha querido ahogarla y se ha resistido —supuso Laagsveld, dirigiéndose a Marja—. Si no, ¿qué hace esta agua por el suelo?

—Tal vez sí, pero ¿y si sólo se ha resbalado, se ha quedado inconsciente y se ha ahogado?

—Sería una muerte muy estúpida, aunque, claro, en cierto modo, todas lo son, ¿no?

—Su cara... —empezó a decir Marja, sin acabar la frase.

—¿Qué ves en ella? —dijo Laagsveld extrañado.

—No lo sé, pero está demasiado tranquila, como si se hubiese dormido plácidamente. No es la cara de alguien que ha luchado para que no lo ahoguen.

—La psicóloga Batelaar —dijo con una media sonrisa Laagsveld.

—Por ahora hay poca cosa que decir, —claro intervino el médico forense—. Puede haber sufrido una parada cardiaca o un desmayo dentro de la bañera y haberse ahogado, pero también puede haberse suicidado.

—En el armarito hay una caja de Valium vacía y una botella de aguardiente, también casi vacía —dijo uno de los agentes de la científica, apoyando la posibilidad del suicidio—. ¿Qué ha podido pasar esta noche? ¿Se habrán enzarzado en una discusión trágica, alentados por los fármacos y el alcohol?

—¿Y el hombre que ha escuchado la discusión? —preguntó Marja.

—Es Marten Jansz, un representante comercial de una empresa papelera —dijo el inspector Laagsveld—. Después hablaremos con él.

Marja reparó en el aspecto pensativo de Laagsveld, que había vuelto a la habitación y estaba junto a la cama deshecha. En el suelo, vio el bolso de la mujer, abierto y vacío. Alrededor había unos cuantos objetos desparramados. Era evidente que alguien lo había registrado.

—¿Qué habéis encontrado? —quiso saber Marja.

—Ni dinero, ni documentación, ni tarjetas de crédito, ni agenda de teléfonos, ni tampoco móvil, por supuesto. Sólo un peine y pañuelos de papel —respondió el mismo agente de la policía científica que había hablado hacía un momento dirigiéndose a Marja—. También hemos encontrado un tique de la cafetería de los almacenes Metz&Co.

—¿El tique estaba dentro del bolso, o con las demás cosas en el suelo? —preguntó Laagsveld.

—De hecho, ni una cosa ni la otra —aclaró el agente de la científica—. Lo hemos encontrado debajo de la cama. Es de hace cinco días y hay dos consumiciones, dos té. De todos modos, en este momento no podemos saber si era de la chica o de algún otro cliente que hubiese dormido antes en la habitación. Con lo sucio que tiene esto el señor Bagran, el tique podría ser de cualquiera.

—Alguien que vaya a la cafetería de los almacenes Metz&Co nunca dormiría aquí, en esta pensión de mala muerte —dijo convencida Marja.

—Pues parece que sí que lo ha hecho —replicó Laagsveld.

Marja conocía bastante bien la cafetería del sexto piso de los distinguidos almacenes comerciales Metz&Co, que estaba bajo la cúpula del edificio. Tanto los almacenes como la cafetería eran un reducto de elegancia y calma en medio de la vulgaridad de Leidsestraat. Desde las pocas mesas del local se veía una buena panorámica de la ciudad: las vistas de las casas de alrededor del Keizersgracht y más allá, hasta el Prinsengracht y el barrio del Jordaan, eran magníficas. Sus padres la habían llevado más de una vez cuando vivían juntos, y ella también había ido, sola o con algún amigo. Un cliente de aquella cafetería no podía serlo también de la pensión Diderot. Marja, confundida, pensaba que eso no cuadraba en absoluto.

Cuando los agentes de la policía científica hicieron todas las fotografías necesarias y recogieron muestras del agua, vaciaron la bañera. Durante un rato todos los presentes permanecieron en silencio, mientras examinaban el cuerpo. En las muñecas y el cuello de la chica destacaban unas marcas y unos arañazos. Muysart fue el primero que habló.

—Por la temperatura y el estado del cuerpo, lleva muerta más de doce horas. La hora de la muerte puede situarse entre las doce y las dos de esta noche pasada. Las marcas de muñecas y cuello parecen indicar que la han atado con alguna correa.

—La han tenido atada —dijo Marja, y añadió—: quizás han querido inmovilizarla, pero no parece que la hayan torturado.

—Quizá les gustaban los juegos subidos de tono, el sexo duro —supuso Laagsveld.

—Pues aquí no lo hicieron —intervino Muysart—. Las marcas no son de ahora, sino de hace una semana o quizá más.

Los hombres de la científica consultaron a Muysart y a Laagsveld, y ambos estuvieron de acuerdo en sacar el cadáver de la bañera y dejarlo en el suelo sobre la bolsa de plástico con la que después se lo llevarían.

—¡Qué lástima de chica! —dijo en voz baja uno de los agentes de la científica.

Marja lo escuchó y le pareció que el comentario era algo grosero, incluso obsceno. Por su timidez, le costaba mucho demostrar su enfado pero, aun así, miró con dureza al hombre que había hecho ese comentario.

Durante más de dos horas estuvieron atentos a la recogida de datos que llevaban a cabo los agentes de la policía científica. Laagsveld desconfiaba de todos aquellos aparatos que últimamente se utilizaban en las investigaciones, pero sabía que Marja y él debían esperar su turno. Durante la inspección, los agentes encontraron diferentes huellas en la habitación, que aislaron y recogieron para analizarlas más tarde. De vez en cuando, Marja echaba un vistazo al exterior a través de la ventana: no paraban de pasar gente y vehículos, sobre todo bicicletas, pero también automóviles, furgonetas y tranvías. Sint Antoniesbreestraat no se parecía nada a su calle, Bloemgracht. Continuaba lloviendo. De repente, le invadió la melancolía. Aquella noche, después de cenar en el apartamento de Carol, intentaría llamar por teléfono a Franz. Le

resultaba muy extraño vivir separados, ella en Ámsterdam y él en su ciudad, Berlín. Al principio, casi todas las noches hablaban por la *webcam*. Últimamente había días que no lo hacían e, incluso, podía transcurrir una semana entera. A los dos les parecía bien, ya que, al fin y al cabo, eran muy independientes. No obstante, aquella vez era diferente; ya hacía más de veinte días que Franz había tenido que dejar su despacho berlinés y salir a trabajar fuera, a un sitio aislado en Pomerania Oriental, en la costa báltica polaca. Marja sabía que Franz estaba con el equipo de su empresa en aquella región porque había una inmensa bolsa de gas natural en la costa debajo del mar Báltico. Él era uno de los tres geólogos que formaban el equipo, además de ingenieros, químicos, topógrafos y una brigada de trabajadores, y tenía como misión estudiar las características del suelo y las posibilidades de éxito si se practicaba una extracción a gran escala del gas para después trasladarlo a Alemania y a Holanda. Desde que se había ido, Marja casi no sabía nada de él. Había recibido un par de correos electrónicos de Franz y después nada más; su novio había dejado de escribirle y tampoco le respondía sus llamadas al móvil.

Podía parecer que la zona en la que estaba Franz, entre marismas, pequeñas lagunas costeras y playas de arena desiertas, tal y como se la había descrito una vez por *e-mail*, era una especie de tierra de nadie cubierta por la niebla, aislada por culpa de una tecnología que se negaba a funcionar, pero Marja creía que había alguna razón más para aquella incomunicación. Últimamente, antes de ese viaje por trabajo, Franz estaba un poco nervioso, tal vez por la reorganización de su empresa, dedicada a las obras públicas, en cuyo departamento de asesoramiento científico trabajaba como geólogo. Marja pensó cuál podría ser su ficha: Franz Dessau, nacido en Berlín, cuarenta y cinco años, alto y delgado, aficionado al excursionismo, al ajedrez, toca la trompeta algunas noches en un club de *jazz* en el barrio berlinés de Prenzlauer Berg, amante de la pintura veneciana del Renacimiento y obsesionado por la historia de Centroeuropa y, en especial, por la migraciones alemanas más allá del Danubio. Marja cayó en la cuenta de que llevaba ya cuatro años con Franz. En ese momento, pensó que tenía que volver a concentrarse en el trabajo, en la muerte de Iliona.

Mientras el forense hacía nuevas verificaciones sobre la rigidez, la firmeza de la piel y la temperatura del cadáver, ahora fuera del agua, Marja estudió aquel cuerpo esbelto, bien proporcionado, fijándose en los rasgos de su cara, de facciones finas y agradables. Cuando el forense le permitió hacerlo, le levantó los párpados y descubrió unos ojos de color marrón oscuro. ¿Qué habrían visto aquellos ojos antes de morir? Después Marja escudriñó el resto de la cara, la cabeza y el cuerpo entero. Tenía un agujero en ambos lóbulos de las orejas, pero no llevaba pendientes. No parecía que se pintara las uñas, ni las de los dedos de las manos ni las de los pies. Por más que miraba el rostro de la muerta, no conseguía que le dijera nada, sólo veía aquella expresión de casi tranquilidad, como si se hubiese dormido y no hubiese sido capaz de despertarse. Siempre había creído que las caras de los suicidas dirían muchas cosas, y en cambio, la de Iliona no lo hacía. ¿Ésa era la explicación?

¿Aquella chica había elegido un sitio tan feo, tan vulgar para acabar con su vida? Costaba creerlo.

Marja estudió las marcas y arañazos del cuello. ¿Quién se los había hecho y por qué? En contraste con aquellas señales de violencia, momentos antes dentro de la bañera, le había parecido que la chica muerta tenía un rostro tranquilo, casi beatífico, igual que ahora. De repente, Marja pensó que quizás alguien, el asesino —si se trataba de eso y no de un accidente o de un suicidio—, después de ahogar a Iliona, podía haberle retocado el aspecto. Un crimen fruto de algún trastorno psicológico, la obra de un enfermo mental. Malar y después recomponer la imagen. Por supuesto, era una posibilidad. Entonces, ¿qué sentido tenía el desorden de la habitación? ¿Era el resultado de una pelea? Quizá, pero también podía ser el caos provocado por alguien que buscara algo ansiosamente, algo que tuviera Iliona. Los cajones abiertos y desordenados del armario reforzaban esta hipótesis. Aunque era una opción más rebuscada, tal vez quien lo había hecho no buscaba nada, sino sólo confundirlos, hacer que se rompieran la cabeza con un falso robo cuando se había cometido un asesinato. Y si era así, ¿qué había hecho Iliona para tener ese final?

—Fíjate en las puntas de estos dos dedos —dijo Laagsveld a Marja, señalándole la mano izquierda de la chica.

Mientras estudiaba los pequeños cortes de los dedos, Marja se preguntó si se habría herido resistiéndose al ataque de alguien. Había algo en ellos: eran restos de vidrio, quizá del vaso roto que había en la habitación.

—Alguien ha intentado robar —supuso Muysart, en referencia al desorden de la habitación.

—Si ha sido eso, no creo que lo haya hecho el tal Aldous van Lennep —dijo Marja.

Jan Laagsveld la miró, con curiosidad, pero sin decir nada. Estaba de acuerdo, nadie paga una habitación, por barata que sea, para robar a alguien. No obstante, cabía la posibilidad de que el robo se hubiera cometido después de morir Iliona.

—El estuche de instrumento que llevaba el hombre no está en ningún sitio. ¿Quién se lo habrá llevado, el tal Aldous van Lennep o el ladrón, si es que hay alguno? —preguntó en voz alta Laagsveld.

—Hemos encontrado restos de algún tipo de resina en la suela de sus deportivas —advirtió un agente de la científica a Laagsveld y Marja—, pero no creo que sirva de gran cosa. Confiamos en que sus huellas digitales estén en algún registro. Si es así, pronto sabremos más de esta pobre chica y, quién sabe, tal vez incluso de su acompañante.

—Resina, ¿puedo verlo? —preguntó Marja.

El agente le acercó la bolsa de plástico en la que estaban los zapatos. Sin tocar el contenido, Marja abrió la bolsa y descubrió la sustancia pegajosa que había en la suela de las zapatillas. Pensó que era un tema para el laboratorio. Habría que dilucidar dónde había podido ensuciarse el calzado, en un parque o en un bosque

quizá.

—Nosotros ya hemos acabado —avisaron los especialistas de la científica, refiriéndose a la recogida de pruebas.

Laagsveld y Muysart siguieron examinando el cadáver un rato más y finalmente también decidieron que habían acabado con el registro y recogida de huellas y objetos de la habitación; el cuerpo de la chica muerta no les diría nada hasta que le hicieran la autopsia. Entonces, los agentes de la científica se llevaron las bolsas y sobres donde habían guardado las muestras y objetos que podían ser relevantes para el caso, incluyendo la ropa, todo convenientemente etiquetado y fotografiado, como obligaban a hacer los manuales de procedimiento policial. Después, recogieron también los materiales y los utensilios que habían usado. Mientras los observaba, Marja se admiraba de lo mucho que habían avanzado las técnicas de investigación. Dentro de un par de días, cuando hubiesen examinado todo aquello en el laboratorio, era muy probable que tuviesen alguna pista, algún indicio a partir del cual trabajar. Los tiempos cambiaban y los criminales lo tenían cada vez peor.

Los primeros en empezar a marchar fueron los agentes de la policía científica, después de dar a Laagsveld dos fotografías de la cara de la chica muerta, así como material para recoger huellas dactilares, tal y como había pedido.

—¿Cuándo tendremos vuestro informe? —preguntó Laagsveld a los agentes, que ya se marchaban hacia el pasillo.

—El martes por la mañana, o quizá por la tarde —respondió uno de los hombres—. De todas formas no esperes gran cosa.

—Ya me imagino, mucha gente pasa por estas pensiones y siempre están sucias, o sea que habrá un montón de rastros, demasiados —concluyó Laagsveld, escéptico.

—Y tú, ¿cuándo nos dirás algo? —preguntó Laagsveld a Muysart.

—Si desde homicidios solicitáis la autopsia y el Ministerio Fiscal la autoriza, el lunes por la tarde tendréis el informe —respondió el forense, mientras se iba también.

Laagsveld dijo que el comisario seguro que pediría la autopsia y después dio instrucciones al enfermero de la ambulancia para que se llevaran el cadáver al depósito de patología forense.

—Ahora bajemos a hablar con los otros clientes de la pensión —le dijo a Marja.

—Sus huellas tienen que aparecer por algún lado, tiene que haberse hecho algún carné o haber trabajado en algún sitio donde se lo pidieran —supuso Marja, cuando ya estaba en el pasillo, caminando detrás de Laagsveld—, o quizás en Inmigración, si es extranjera.

—Hay inmigrantes que no aparecen en ningún sitio, ya deberías saberlo, son como fantasmas —advirtió Laagsveld.

—Aldous van Lennep también parece un fantasma. Quizás encontremos huellas tuyas en la habitación, pero si no lo tienen fichado, ¿cómo lo vamos a localizar?

—Seguro que es un ciudadano que nunca ha tenido problema alguno con la policía —exclamó sarcástico Laagsveld—. Ahora, intentemos averiguar si alguien

más en la pensión ha visto a la muerta o al misterioso señor Aldous van Lennep.

En la pensión Diderot había más huéspedes, media docena de inmigrantes, cuatro de los cuales, originarios de Surinam, compartían una misma habitación, y otros dos, de Bangladesh, otra. Todos afirmaban que no habían visto nada, era lo único que parecían saber decir, atemorizados por la presencia de Laagsveld. También había un holandés, Marten Jansz, un hombre grande y esquivo con domicilio fijo en Delft, que estaba haciendo un viaje de trabajo por el país, visitando imprentas y editoriales para venderles papel, y que decía que sí se había cruzado con la chica muerta y su acompañante en el pasillo, aunque no había hablado con ninguno de los dos. Cuando le preguntaron a Marten Jansz si conocía a alguien en Delft con el nombre de Aldous van Lennep, dijo que no, pero que la noche del viernes, hacia las diez o diez y media, había ido a cenar a un *pub* de la zona y, entonces, había vuelto a ver al hombre por el que preguntaban mientras salía de su habitación, y un poco después, en la calle, lo había visto hablando por el móvil. Jansz explicó, dirigiéndose sobre todo a Laagsveld, que no había oído nada de la conversación, y que, de hecho, en el corto espacio de tiempo en el que ambos coincidieron en la calle, antes de que cada uno siguiera su camino hacia sus respectivos destinos, Van Lennep no había dicho nada, sino que sólo atendía con cara seria a lo que le decían por teléfono. La descripción que hizo Marten Jansz del acompañante de la chica era un poco mejor que la del recepcionista georgiano. Según Jansz, Van Lennep era de facciones agradables, pero parecía cansado y se notaba que aquel día no se había afeitado. El hombre llevaba un abrigo gris bastante elegante, zapatos negros, una bufanda roja anudada al cuello, se cubría la cabeza con un sombrero de piel y llevaba unas gafas redondas con una discreta montura metálica.

Marten Jansz había vuelto alrededor de las once a la pensión Diderot y, poco después, había oído desde su habitación una discusión en la estancia contigua, la que ocupaban Iliona y Van Lennep, aunque sólo había oído bien la voz de la chica y no la del hombre, y tampoco había podido entender el motivo de la pelea. Recordaba, sin embargo, que discutían en holandés, y que la chica, por su voz, parecía muy alterada y asustada. Al escuchar esas últimas palabras, el inspector intentó que el hombre de Delft recordase algo más, pero Marten Jansz no pudo hacerlo, a excepción de revelar que Iliona se rio un par de veces durante la discusión. Aun estando tan asustada, ¿la chica tenía fuerzas para reír? Ese detalle aparentemente contradictorio llamó la atención de Marja, así como el hecho de que Marten Jansz dijese que la chica parecía asustada y no hubiese intervenido, aunque fuera sólo avisando al portero.

Laagsveld, que ya tenía las fichas de registro de la pensión, comprobó las identidades con la documentación de cada huésped y les hizo responder unas cuantas preguntas que pusieron nerviosos a algunos de los Surinameses, que miraban de reojo a Marja. Era evidente que alguno de los pasaportes que le habían enseñado a

Laagsveld era falso, pero eso no preocupaba al inspector. Laagsveld sí que comprobó que en ninguna de las habitaciones hubiese algún objeto que pudiera pertenecer a Iliona. Los inmigrantes aceptaron con resignación y miedo el registro, que se transformó casi en pánico cuando el inspector les tomó las huellas digitales usando los papeles y la tinta que le había dado uno de los agentes de la policía científica. En la comisaría ya se lo habían dicho a Marja: Laagsveld no entendía de consideraciones y protocolos. El registro fue inútil, pero podrían comparar las huellas con las que la policía científica había recogido antes en la habitación de la chica muerta, y averiguar así si alguno de los inmigrantes había estado en ella. Al acabar con las preguntas, Laagsveld advirtió a los inmigrantes que no se les ocurriese dejar la pensión Diderot sin comunicar a la comisaría de Elandsgracht adonde se mudaban. La actitud hacia Marten Jansz fue totalmente diferente. Después de comprobar por teléfono con la policía de Delft que la dirección de su domicilio era correcta, sólo le recomendó que estuviese localizable, por si lo necesitaba. Le dijo que podía continuar con su viaje de trabajo, pero que tendría que llamarlo para darle la dirección de allá donde fuera. Laagsveld se medio disculpó diciendo que comprendía que era una molestia, pero que sólo sería para tres o cuatro días como mucho. Mientras lo escuchaba, a Marja le chocó el tono tan diferente que usaba Laagsveld con Marten Jansz. ¿Los inmigrantes podían ser sospechosos, y el hombre de Delft, un holandés blanco, un testigo? Si era así, era evidente que Laagsveld se dejaba llevar por determinados prejuicios racistas. Alguna vez, Marja le había oído hablar bien del Partido de la Libertad, una formación política conservadora en las antípodas del Partido Socialista de su juventud. En realidad, Laagsveld pensaba, como muchos holandeses, que su país estaba siendo invadido por los extranjeros, sobre todo musulmanes. Los asesinatos de unos atrás años del director de cine Theo Van Gogh y del político Piet Fortuyn, o un simple paseo por determinados barrios de Ámsterdam y Rotterdam, llenos de mujeres con la cabeza tapada con un pañuelo y donde era más usual oír a los vecinos hablar en turco o en árabe que en holandés, hacían pensar a Marja que la desconfianza de Laagsveld no estaba completamente injustificada.

—Parece una pensión fantasma —dijo Laagsveld mientras bajaban la escalera para volver a encontrarse con el portero—. Hay quince habitaciones y sólo tres están ocupadas, además de la de la muerta y su acompañante desaparecido. Once habitaciones vacías es un mal negocio.

—Y naturalmente, nadie ha visto ni oído nada, excepto Marten Jansz —se quejó Marja, y añadió—: Según él, la chica se rio durante la discusión. ¿Por qué?

Laagsveld se encogió de hombros y no contestó.

En la recepción, las preguntas que volvieron a plantear a Josif, el portero, no aportaron nada más a lo poco que sabían sobre la chica muerta y su acompañante. Laagsveld dijo a los agentes de las patrullas que ya no los necesitaban y que podían irse. Después de eso, él y Marja inspeccionaron juntos rápidamente y a pie las calles adyacentes a Sint Antoniesbreestraat. Cuando acabaron, Laagsveld pidió a Marja que

se acercase a la cafetería de Metz&Co, por si alguien se acordaba de haber visto a la chica. Marja dijo que iría enseguida con el coche, y le preguntó dónde se encontrarían después. Entonces, Laagsveld la sorprendió.

—Nos veremos el lunes, cuando tengamos el informe forense y quizá también el de la policía científica. Los datos de los registros de huellas llegarán más tarde, quizás uno o dos días después. Entonces podremos ver qué hay que hacer. Tal vez se llamaba Iliona de verdad, e incluso tal vez podamos añadirle un apellido y una dirección. Mientras tanto, hoy sólo quiero que te acerques a Metz&Co con una de las fotos que me han dado de la chica e intentes averiguar si alguien la recuerda. Después vete a casa. Yo daré alguna vuelta más por las cercanías de la pensión, comprobaré si hay alguna cámara de vigilancia en algún negocio o banco cercano que nos pueda interesar, haré alguna pregunta, y nada más. Le he prometido a mi hijo que esta tarde iría al cumpleaños de mi nieto, y no pienso fallarle.

Marja sabía que Laagsveld tenía un hijo que vivía con su mujer y un precioso niño de tres años, en un adosado con jardín de un suburbio residencial de clase media en Rotterdam. Imaginarse a Laagsveld como un bondadoso abuelo, bien vestido y conduciendo hasta la gran ciudad portuaria del país con un regalo para su nieto, le parecía una agradable imagen de humanidad. Y aún más cuando mucha gente de la comisaría de Elandsgracht consideraba a ese hombre un personaje un poco arisco y solitario.

TURISTAS, jóvenes y empleados de las oficinas cercanas al Keizersgracht —arquitectos, diseñadores, abogados—, o de algún negocio de Leidsestraat —tiendas de *souvenirs*, ropa barata y cosas por el estilo— ocupaban las mesas de la cafetería situada bajo la cúpula de los almacenes Metz&Co. Las camareras eran dos chicas jóvenes, de aspecto agradable y vestidas con uniformes oscuros, como debían de exigir las normas del establecimiento. Después de esperar un rato fingiendo entretenerse con el paisaje de techumbres y patios interiores y del Keizersgracht, que se veía a través de los enormes ventanales, Marja consiguió una mesa y pidió un bocadillo y agua, como si fuese una cliente más. Hubiese preferido comer algo de los Italianos de su barrio, pero la llamada de Laagsveld había alterado, al menos en parte, sus planes para ese sábado. Se lo imaginó conduciendo su coche hacia Rotterdam, con un regalo para su nieto, y se enterneció un poco. La ternura inesperada de aquel pensamiento la ayudaba a soportar la crueldad de otras situaciones, como la visión del cadáver de Iliona en la bañera de la pensión Diderot.

Una de las cosas que no se le iba de la cabeza era la pregunta de por qué Iliona y Aldous van Lennep —o como se llamaran en realidad— habían alquilado una habitación para dos noches en un sitio tan feo como la pensión Diderot. El lunes, a través del informe del médico forense, sabrían si Iliona había tenido relaciones sexuales en las últimas cuarenta y ocho horas. Aparentemente sería una simple comprobación, ¿por qué otro motivo podía haber ido un hombre de mediana edad, que quizá se había registrado dando unos datos falsos, a la pensión Diderot con una chica tan joven?

De repente, la lluvia se hizo más intensa y Marja, después de pedir un pastel de manzana con nata y un café, se dedicó a seguir mirando a través de los ventanales que daban a las casas y patios ajardinados. Poco a poco, y a pesar de la lluvia, la cafetería se iba vaciando, y por tanto también disminuía la actividad de las camareras. Fue entonces cuando Marja pensó que había llegado el momento de tratar de adivinar algo más sobre Iliona.

Marja se identificó como inspectora de policía delante de las camareras y enseñó discretamente la fotografía de la chica muerta. No quería que los pocos clientes que quedaban en la cafetería se dieran cuenta. Era uno de los primeros consejos que le habían dado en la academia de policía: actuar con discreción y sin desvelar su profesión mientras pudiese. Después de la sorpresa de encontrarse delante de la imagen de una persona muerta, una de las camareras reconoció enseguida a la joven de la foto.

—Esta chica ha venido cuatro o cinco veces por las tardes; creo que la última vez fue hace cinco días —explicó la camarera, un poco nerviosa, sin que Marja

sospechara por qué—. No sé cómo se llamaba. ¿Iliona? No lo sé. No solemos conocer los nombres de los clientes. Sin embargo, recuerdo que siempre pedía sólo un té. Tengo buena memoria, pero además se peleó, justamente el día que vino, con otra chica con la que se encontró aquí. Tuve que ir a su mesa para que dejaran de llamar la atención.

—¿Qué aspecto tenía esa otra chica? —preguntó Marja.

—Era blanca, de altura media, más bien delgada; pelo rubio no demasiado largo y una cara angulosa. Iba vestida con ropa informal, con vaqueros y jersey de cuello alto, como usted. Nunca la había visto antes por aquí.

—¿Cuándo tuvo lugar ese incidente, hace cinco días?

—Sí, creo que sí.

—No sabrá por qué se pelearían, ¿no? —La camarera se encogió de hombros para dar a entender que no—. Hemos encontrado un recibo de dos té. ¿Eso es lo que tomó la otra chica, té?

—Sí, pero quiso pagar la de la fotografía —explicó la camarera, refiriéndose a Iliona—. No sé por qué lo haría, si se acababan de pelear. La otra chica se fue antes. Después, me fijé en que la joven de la foto estaba muy seria. Antes de irse habló con alguien por el móvil.

—¿En qué idioma?

—En holandés. Sí, holandés.

—¿No recuerda de qué habló, alguna frase, o si estaba enfadada o triste?

—No, no recuerdo nada.

—¿Y se fijó en si alguna vez vino o se encontró en la cafetería con alguna otra persona, algún chico, quizás algún hombre mayor que ella? —preguntó Marja, haciendo una breve descripción del supuesto Aldous van Lennep.

—Una vez, sí, hace un par de semanas, estuvo un rato hablando con un hombre que nunca antes había venido por aquí, y que no ha vuelto. No obstante, el hombre no tenía ese aspecto, sino el de alguien muy seguro de sí mismo, duro, casi insolente. Era de complexión fuerte, medio rubio, y llevaba dos anillos en el dedo anular de la mano derecha, pero ninguno era una alianza; creo que por eso lo recuerdo: los hombres con anillos no me han gustado nunca y, además, miraba a los ojos de manera demasiado directa, penetrante. También era holandés.

—¿Llevaba un estuche de algún instrumento musical? —quiso saber Marja, aunque la descripción del hombre no coincidiese con la de Aldous van Lennep.

—¿Un instrumento musical? No, me habría fijado.

Después de entregarle una tarjeta suya y de pedirle a la camarera que si volvía a ver al hombre de los anillos o a la otra chica la llamara enseguida, Marja se fue de la cafetería. Desde el coche, sin ponerlo en marcha, llamó a Laagsveld, y le resumió su conversación con la joven. Un hombre medio rubio, con mirada inquisitiva y dura, con dos anillos en el dedo anular de la mano derecha y una chica rubia que vestía de manera informal, ambos de raza blanca. No era gran cosa, pero era lo que tenían.

Quizás el lunes, con el informe del forense, podrían avanzar un poco más. Tenían que trabajar con tres hipótesis: un accidente mortal, un suicidio o un homicidio, involuntario o no. También debían averiguar si Iliona se llamaba de verdad así y situarla físicamente, darle un domicilio, un trabajo, un círculo de amigos o conocidos. Tenían que hallar al acompañante de la chica, el misterioso Aldous van Lennep, que había dado una dirección falsa en Delft. ¿Por qué lo habría hecho, por ser un hombre casado o tal vez había algo más? ¿Y si Aldous van Lennep era culpable, aunque fuese involuntariamente, de la muerte de la chica? Quizás Iliona había sido víctima de una explosión de violencia del hombre y sólo tenían una pista para empezar a buscarlo: el estuche de un instrumento musical que había visto el portero Josif Bagran, reflexionó Laagsveld mientras se despedía disculpándose porque se hacía tarde. Había un largo trayecto en coche hasta Rotterdam y todavía no había podido comer nada.

Después de colgar, Marja condujo hasta el Jordaan siguiendo el Prinsengracht. El vecindario de aquella larga y tranquila vía de agua era menos burgués que el que vivía en el Herengracht y el Keizersgracht, los otros dos grandes canales del corazón de la ciudad, pero mucho más que el de su barrio, el Jordaan. Cada vez que pasaba por allí, a pie, en bicicleta o en coche, como entonces, inevitablemente le venían a la cabeza recuerdos de cuando era sólo una niña y su madre la llevaba a pasear a orillas de aquel largo canal. Ésta se detenía a menudo para hacer fotografías de los barcos, las casas flotantes y las barcazas, o de algún detalle de las fachadas de los edificios. Al principio, Marja no le daba mucha importancia, pero cuando un día en casa le enseñaron una revista con unas fotos del Prinsengracht y leyó que la fotógrafa era Ester Levi, su madre, empezó a entender por qué siempre llevaba la cámara a cuestas. Según su madre, el Prinsengracht recogía, incluso en su nombre, el espíritu feliz y noble de Ámsterdam. Cuando, de pequeña, Marja la escuchaba hablar así, siempre se imaginaba al príncipe de la Casa de Orange, siglos atrás, saludando a sus súbditos a ambos lados del canal mientras navegaba en un barco largo, bello, espléndidamente adornado de banderas y flores, aunque lo suficientemente estrecho y bajo como para moverse sin dificultad en el laberinto de canales de la ciudad. De mayor, Marja siguió paseando por el Prinsengracht con sus padres, sus hermanos, y también con el tío Pieter, el hermano de su madre, sargento de policía de la pequeña comisaría del final de Prinsengracht, casi al lado del Amstel. Marja siempre había sentido simpatía por el tío Pieter, un hombre tranquilo, sereno, judío practicante que frecuentaba la sinagoga de Nieuwe Kerk, muy cerca de su comisaría. Cuando eran pequeños, más de una tarde los tres hermanos iban a verlo cuando salía de trabajar y daban una vuelta por el barrio, siguiendo el Prinsengracht. Una de aquellas tardes, su tío los llevó a visitar la casa museo de Anne Frank, cuya historia le pareció tan horrible e insoportable que se había jurado no volver a pisar aquel sitio. Todavía entonces, cuando pasaba por delante y veía las colas que formaban los turistas en la puerta, se sentía mal.

Después llegarían tiempos difíciles para los Batelaar a causa de la muerte de Willem. En esa ocasión, la madre de Marja le preguntó al tío Pieter dónde estaba

Dios para proteger a uno de los suyos, a su hijo Willem, cuando éste se tropezó con su asesino. El hombre no supo responderle. Durante aquellos meses de desolación, y viendo los esfuerzos del tío Pieter por encontrar al asesino de Willem, Marja había aprendido a valorar qué significaba ser policía. Durante cierto tiempo, uno o dos días a la semana, hacia el anochecer, el hombre llegaba vestido de uniforme a la casa del Plantage y se sentaba en el salón con sus padres. Tomaban café juntos, y su tío los ponía al corriente de los avances de la investigación. Al principio hubo un posible sospechoso, un yonki al que encontraron con el reloj de Willem, pero después se demostró que el drogadicto había estado lejos del escenario del crimen y que le había robado el reloj a un desconocido de quien no recordaba nada, ni siquiera cómo le había quitado el reloj, ni tampoco dónde. Durante mucho tiempo, los Batelaar habían intentado poner cara al desconocido del que hablaba el yonki, pero acabaron rindiéndose. Marja recordaría siempre, primero, la decisión y la constancia del tío Pieter intentando ayudarlos y, después, su sentimiento de derrota al tener que aceptar que nunca averiguarían la identidad del asesino de Willem, como tampoco podrían saber con seguridad el móvil del crimen. Poco a poco, su tío se fue distanciando de ellos y ahora, ya jubilado, vivía en un modesto piso de la zona de Haarlemmendijk, cercana al Jordaan. No obstante, Marja y su tío seguían viéndose algunas tardes, cuando ella lo iba a visitar, aunque casi nunca hablaban del asesinato de Willem. El dolor todavía persistía, y también actuaba como un extraño lazo entre ella y su tío.

La muerte de su hermano mayor había cambiado completamente su mundo, y por supuesto también las vidas de sus padres y de Ariel. Hasta entonces, los Batelaar habían sido una familia feliz y relativamente acomodada del Plantage. Su padre, Frederick Batelaar, era arquitecto y tenía un estudio en una calle de los alrededores del Vondelpark, mientras que su madre, Ester Levi, además de hacer fotografías, había heredado de sus padres una tintorería en el barrio De Pijp que llevaban dos empleados. Los padres de Marja eran judíos progresistas en política y laicos, muy tibios en materia religiosa, que no frecuentaban apenas la sinagoga, aunque siempre celebraban las fiestas de la *Pésaj* y del *Yom Kipur* y habían procurado que tanto ella como sus hermanos celebrasen durante la adolescencia las ceremonias de iniciación del judaísmo: Marja, el *bat mitzvá*, y Willem y Ariel, el *bar mitzvá*. El matrimonio Batelaar vivía en armonía, satisfecho de su mundo, hasta que una tarde de invierno, ocho años atrás, el asesinato de Willem hizo que se tambaleara brutalmente aquel pequeño y tranquilo universo. Los padres de Ariel y Marja dejaron de creer en Dios y, por supuesto, de acudir a la sinagoga, pero lo peor fue que también dejaron de creer en ellos mismos. Durante meses, Ariel y Marja asistieron a las discusiones y a los silencios helados entre sus padres, hasta que aceptaron que no podían seguir viviendo juntos y se divorciaron. Después de vender a su socio su parte del estudio de arquitectura, su padre estuvo un tiempo sin trabajar. Primero vivió en Utrecht, y después en el extranjero, en Copenhague. Más tarde, alguien lo convenció para que volviese al trabajo y se dedicó durante casi cuatro años a colaborar como arquitecto

en un proyecto de restauración de edificios históricos en la Habana Vieja, para, más tarde, irse a trabajar a una ciudad del noreste de Brasil, Olinda. Por su parte, su madre, después de vender la tintorería, también había abandonado el país y viajaba por todo el mundo gracias a su profesión de fotógrafa *freelance*. Últimamente parecía haber encontrado su sitio en la isla de Pico, en las Azores, donde había recalado para hacer un reportaje que le habían encargado sobre su volcán y sus gentes. Le había contado a su hija que se había quedado fascinada con la atmósfera de Pico, sus costas salvajes, sus pequeños pueblos unidos por carreteras solitarias que cruzaban un paisaje de lava negra, viñas y cuatro vacas vigiladas por la mole inmensa del volcán que daba nombre a la isla, y estaba decidida a quedarse allí un tiempo, hasta que se cansase.

Tras la muerte de Willem, probablemente fue Ariel quien se embarcó en el viaje más insólito, por lo menos de los que uno hace en su interior. Hasta entonces había sido una persona retraída, un escritor tímido a la vez que un brillante estudiante de literatura comparada en la Universidad de Ámsterdam, lo que le permitió trabajar como profesor asociado de aquella misma materia tras acabar los estudios. Un año y medio después de la muerte de Willem, cuando sus padres ya habían iniciado sus caminos por separado, Ariel dejó su trabajo y el país, y emigró a Israel. Durante un par de años, el único contacto entre Marja y su hermano fueron las breves cartas que éste le enviaba desde Haifa, así como alguna corta llamada de teléfono. A través de aquella mínima comunicación, Marja se enteró de la atracción de su hermano hacia el sionismo y de que había conocido a Sara, una chica israelí que tenía una hija, Miriam, de una relación anterior. Después de salir unos meses juntos, su hermano y Sara decidieron vivir juntos y alquilaron un piso en el centro de la ciudad. Marja sabía que en los últimos tiempos su hermano se dedicaba por completo a Sara y a su hija, a las clases que daba como profesor de literatura en la Universidad de Haifa y a los relatos que seguía escribiendo, aunque no en holandés sino en hebreo. De vez en cuando, Ariel enviaba algún cuento a Marja, que sabía leerlo, aunque no con la misma fluidez que si estuviera escrito en holandés.

Al contrario que sus padres y Ariel, Marja había decidido quedarse en Holanda y en Ámsterdam, pero no en la casa del Plantage, que sus padres habían vendido al divorciarse, sino en aquella vivienda más sencilla que compró en la calle Bloemgracht, en el Jordaan, gracias al dinero de la venta de la casa del Plantage, que sus padres habían repartido entre ella y Ariel. Además de querer permanecer en Ámsterdam, y para sorpresa del tío Pieter, después de trabajar en la galería de arte, Marja eligió una profesión inusual e ingresó en el cuerpo de policía. Cuando su tío le preguntó la razón, ella le respondió que «también quería intervenir en la vida real». Durante cierto tiempo, el tío se imaginó que pretendía descubrir al asesino de su hermano e intentó disuadirla, advirtiéndole de que la venganza no era un sentimiento adecuado para alguien tan joven como ella. Y Marja le respondía que ya no esperaba encontrar a quien había matado a Willem, pero que aquel suceso formaba parte de la

«villa real».

Mientras dejaba atrás el Prinsengracht y entraba en Bloemgracht, Marja pensaba que su tío no había llegado a creerla completamente nunca. Vio que en el barco de su amiga Louise había luz. Aquella tarde no se encontraba en condiciones de cenar con Carol y Lionel, así que, ya en casa, los llamó por teléfono para excusarse. Marja seguía teniendo en la cabeza la imagen del cuerpo de aquella chica de la pensión Diderot, Ilona, o como se llamase de verdad. ¿Se había suicidado o la habían asesinado? Y en este último caso, ¿quién y por qué? Además, estaba de mal humor porque llevaba una semana sin poder hablar con Franz. ¿Todavía quedaban en la Europa de principios del siglo XXI lugares con una mala cobertura telefónica? Resultaba difícil de creer. Quizá Franz no tenía ganas de hablar, tal vez quería estar solo, y debía respetarlo. Otras veces ya les había ocurrido. Un tiempo de silencio iba bien para poder reencontrarse. Marja se dijo que tal vez Franz se sintiera también decepcionado porque la última vez que el chico le había propuesto que vivieran juntos, ella le había respondido que todavía no era el momento. Y además, ¿en cuál de las dos ciudades, en Ámsterdam o Berlín?

Durante un buen rato Marja permaneció sentada en la butaca de su sala de estar, intentando leer *Tierra sonámbula*, la novela de Mia Couto, un relato metafórico, onírico y brutal sobre la guerra de Mozambique y sobre la devastación. Un mundo ardiente, sediento y lleno de fantasmas, aparentemente muy distinto a la civilizada y complacida Holanda, aunque también allí había pesadillas como la que se había llevado a Ilona para siempre. Tras unas pocas páginas abandonó la novela y se dedicó sólo a mirar el canal, al barco de Louise, que debía de estar en el interior porque todavía estaba iluminado, y las fachadas de las casas del otro lado, que ahora le resultaban amenazadoras. La oscuridad del exterior era enorme, como siempre en invierno. Tal vez por eso, por aquella oscuridad de la calle, destacaba todavía más la luz que salía de los ojos de buey del barco. ¿Qué estaría haciendo Louise? Probablemente ya había cenado y volvía a trabajar en sus pequeños grabados, como solía hacer todas las noches. Había pensado ir a verla, pero no quería interrumpirla. Mientras pensaba en ello, volvió a llamar al móvil de Franz sin obtener ningún resultado. Aquella noche, no obstante, el teléfono no la avisó de que estaba desconectado o fuera de cobertura, sino que sonó y sonó hasta que oyó la voz de Franz grabada diciendo que podía dejar un mensaje. Así lo hizo, deseando que Franz lo escuchase aquella misma noche y la llamase, pero tenía el presentimiento de que no sería así.

Pensaba en Franz, en su silencio, pero una y otra vez sus pensamientos acababan volviendo a la muerte de Ilona. Una vida truncada, como la de su hermano Willem. ¿Tenía familia la chica muerta? Muy probablemente sí, pero ¿dónde, en Holanda o en el extranjero? En aquel momento no podrían ni imaginarse que Ilona ya no existía. Cuando localizaran a sus familiares, si vivían en Holanda, alguien tendría que ir a comunicárselo, y seguramente el Viejo los enviaría a Laagsveld y a ella para que así

pudiesen también estudiar su entorno familiar y tal vez descubrir alguna pista sobre su muerte. Con un poco de asco, se dio cuenta de la utilización que se hacía del dolor ajeno.

EL domingo, Marja se levantó temprano y, después de desayunar un café y cuatro galletas, cogió la novela de Mia Couto, ropa para cambiarse, algo de comer, subió a su coche y puso rumbo a Uitdam. Durante el corto trayecto, después de pasar el puente que salvaba las aguas oscuras de la bahía de Ij y coger la carretera que se adentraba a través de campos, granjas y pueblecitos de la región de Waterland, no dejó de llover y Marja apenas se cruzó con media docena de automóviles. En sólo cuarenta minutos se había trasladado de la cosmopolita Ámsterdam a la Holanda rural y abría la puerta de su casa azul, una de las más pequeñas de la treintena de casitas pintadas de colores vivos, además de la iglesia y el Café Scheepskameel, esparcidas a ambos lados de la calle principal del pueblo, que seguía la carretera secundaria que continuaba hasta Marken. Uitdam era sólo eso, un pequeño núcleo de población encajado entre el lago que llevaba el nombre del pueblo y el muro de tierra que lo protegía del lago Marken.

La casa de Uitdam, que años antes habían alquilado sus padres y que ahora alquilaba ella, era un buen refugio para olvidarse del trasiego de la ciudad, para leer y contemplar el fuego en la chimenea o, cuando hacía buen tiempo, para salir a estirar las piernas o pasear en bicicleta por los alrededores, viendo a las aves y el ganado alimentarse en los campos del pólder, y acabar el día charlando con Klaus, el dueño del Scheepskameel. Naturalmente, nadie del pueblo, ni siquiera Klaus, sabía que Marja era policía.

Hasta muy entrada la tarde, Marja se quedó en casa, leyendo y escuchando música. De vez en cuando probaba suerte con el teléfono de Franz, sin conseguir nada más que hablar con el contestador automático, y revisaba el correo electrónico sin ningún éxito. Intuía que algo le pasaba a su novio. Al atardecer todavía lloviznaba y Marja empezaba a sentir una inquietud que le impedía seguir leyendo. La preocupación por la falta de noticias de Franz y el recuerdo de la visión del cadáver de Iliona, a pesar de no tener nada en común, se le mezclaban en la cabeza. Nerviosa, se cambió de calzado y se puso unas botas, se abrigó con el anorak, se cubrió la cabeza con un gorro de lana negro y salió al exterior de la casa. El frío era muy intenso y oscurecía rápidamente. Por la calle no pasaba ni un vehículo y tampoco había ningún vecino. A aquella hora y en invierno, los habitantes de los pueblos holandeses se encerraban en sus casas o se reunían en los cafés. Ella hizo lo mismo, ir al Scheepskameel, aunque, a excepción de Klaus, no tenía ganas de hablar con nadie.

El Café Scheepskameel estaba lleno, como si medio pueblo hubiese ido allí a esperar la noche. Marja saludó a Klaus, que estaba tan simpático como siempre aunque parecía muy atareado sirviendo cervezas y ginebras, algunos cafés y pasteles de manzana. Le habría gustado distraerse con él, con sus historias de la época en la

que había vivido en Sudáfrica, pero el hombre no tenía a su mujer para que lo ayudara y Marja se tuvo que conformar con un par de frases de cortesía antes de pedirle un café largo y sentarse a una mesa que una pareja acababa de dejar libre. Enseguida se encontró repasando algunas de las notas que había tomado sobre el caso de la pensión Diderot. Aparentemente tenían muy poca cosa: el cadáver de una chica con el supuesto nombre de Iliona hallado en una bañera de una pensión barata, unos posibles testigos —los otros huéspedes, el portero y su hijo—, que no les eran de mucha utilidad, un misterioso y desaparecido Aldous van Lennep con el estuche de un instrumento musical, así como tres personas más, la camarera de la cafetería de los almacenes Metz&Co y dos desconocidos, una chica rubia y un hombre con anillos en una mano, que se habían visto con Iliona en la cafetería.

¿Se había suicidado la chica? Tal vez sí, pero ¿por qué, y dónde estaba el hombre que había alquilado la habitación en la pensión Diderot? La hipótesis del suicidio era factible, por supuesto, pero también la de la muerte accidental; quizá después de discutir con Van Lennep y de que éste saliese de la pensión, tal y como había dicho Marten Jansz, por algún motivo que todavía desconocían, la chica se hubiera tomado una sobredosis de fármacos y se hubiera metido en la bañera para relajarse, entonces, después de perder la conciencia, podría haberse ahogado. Marja no pudo evitar pensar que era una muerte completamente absurda. Si había ocurrido eso era muy posible que, al descubrir el cadáver, Van Lennep hubiera sido presa del pánico y hubiese abandonado a toda prisa la pensión Diderot, y con más motivos si resultaba ser un hombre casado. Había una tercera hipótesis, por supuesto, más incierta: la del homicidio involuntario o quizás el asesinato. En la muerte de la chica había indicios evidentes de violencia: las marcas, aunque antiguas, en el cuello y las muñecas; la discusión que había escuchado Marten Jansz, el vendedor de papel de Delft; el desorden de la habitación que habían alquilado Iliona y su acompañante y el agua derramada alrededor de la bañera, cuya única explicación era que Iliona se hubiera agitado intentando defenderse de alguien. Pero ¿de quién? ¿De Van Lennep? ¿Y por qué? ¿O tal vez la había atacado otra persona, alguien que había entrado en la habitación para robarle, ya que no habían encontrado ninguna cartera con documentación, dinero u otros objetos personales como un reloj o un teléfono móvil?

Mientras seguía dándole vueltas al caso, Marja se fijó en la noticia que estaban explicando por la televisión del Scheepskameel: un terrorista se había suicidado haciendo estallar la bomba que llevaba encima en un café de Haifa lleno de gente. Marja pensó en Ariel y se asustó. Cuatro veranos antes ya había sufrido por él, cuando los misiles de los milicianos chiíes de Hezbollah caían sobre el norte de Israel, incluso sobre Haifa, la ciudad donde vivía su hermano. Marja y Ariel hablaban a menudo por teléfono en esa época. Su hermano conservaba cierto humor, muy judío en el fondo, que incluso le permitía reírse de los desafíos de Ahmadinejad, el presidente iraní que amenazaba una y otra vez con borrar a la «entidad sionista del mapa», expresión con la que se refería a Israel. Cuando vio las imágenes del café

destrozado, los muertos y heridos, las ambulancias y la gente que iba de un lado a otro gritando y llorando, Marja salió del Scheepskameel para llamar por teléfono a Ariel. Mientras llamaba, reparó en el intenso y pesado silencio. En plena noche, notó el frío del invierno holandés. Al mismo tiempo, la alegría y el calor reinaban dentro del Café Scheepskameel. Lejos, a miles de kilómetros, Ariel y su nueva familia seguían desafiando la suerte, como en una especie de ruleta rusa, que horas antes se habían detenido en un café de una calle comercial de Haifa.

Al escuchar la voz de su hermano, Marja se sintió aliviada. Ariel le explicó que estaba en el pequeño jardín de detrás de su casa, donde tenía un estudio en el que preparaba las clases de la universidad y escribía. Marja conocía aquel espacio íntimo de su hermano porque había viajado en dos ocasiones a Haifa para verlo. De la última vez hacía ya dos veranos, y la había acompañado Franz. Éste y Ariel se habían entendido enseguida, y habían charlado sobre los libros de Amos Oz, las ciudades centroeuropeas y los temas del *Blue train* del jazzista John Coltrane. A Marja le había gustado descubrir que su amigo y su hermano compartían determinadas pasiones.

Ariel le explicó que, mientras Miriam dormía, Sara estaba dentro de casa viendo una película antigua en DVD, porque no quería seguir escuchando las noticias y tertulias de televisión, que no dejaban de hablar sobre el atentado de Haifa, los problemas del gobierno después del fracaso en la última guerra del Líbano, la conveniencia o no de volver a ocupar Gaza y la amenaza iraní. Sara, que era traductora de profesión y trabajaba para diferentes editoriales, vivía cada vez más encerrada en el trabajo y la familia, y no quería saber nada de la dramática situación del país. Ariel la había definido alguna vez como una escapista, pero, al fin y al cabo, su hermano también lo era. ¿Qué hacía en Haifa, si no? Empezar una nueva vida, claro, pero también era una manera de olvidar el asesinato de Willem.

Marja explicó a su hermano el caso de la chica muerta de la pensión Diderot. Podía ser un suicidio, o un accidente, desde luego, pero también mencionó la posibilidad de un homicidio, ya que le preocupaban las marcas en las muñecas y en el cuello y el hecho de que su acompañante hubiera dado una dirección falsa. Al escucharla Ariel dedujo, como había hecho Laagsveld, que Van Lennep debía de ser un hombre casado, que practicaba algún juego sexual con la chica y que sólo quería evitar que ésta le pudiese complicar la vida. Marja estaba de acuerdo en que era una hipótesis razonable, pero lo que no entendía era por qué habían alquilado una habitación para dos noches. A su hermano, ese detalle también le extrañó. Después de charlar un poco más cambiaron de tema. Pronto Ariel iría con Sara y Miriam a pasar unos días a la casita que tenían alquilada en Galilea, junto al lago Tiberíades. Durante el día se dedicarían a hacer algunas excursiones o sencillamente a pasear, y de noche él corregiría los exámenes de sus alumnos, y quizá podría olvidarse un poco de la inseguridad y la ansiedad que atenazaban la sociedad israelí. Ariel tenía un tono de voz más serio que de costumbre, resultaba evidente que estaba preocupado. Marja se preguntó como ya había hecho otras veces por qué su hermano había tenido que

instalarse justamente allí, en un país amenazado, donde la vida era tan peligrosa. No soportaría que le pasase algo a Ariel, ya había perdido a Willem y ahora no podía perderlo también a él. Estuvo a punto de confesárselo, pero un sentimiento de pudor se lo impidió.

Hacía frío, mucho frío, en el exterior del Scheepskameel. Marja se estremeció y se subió el cuello del anorak. Intercambió unas pocas frases más con su hermano y le dio recuerdos para Sara y Miriam. Ariel le dijo que tenía que volver a verlos algún año, y le preguntó también por Franz. Marja le respondió que por supuesto que sí, y que tal vez fuera pronto, a lo que añadió que Franz estaba bien, aunque seguía preocupado por cómo iban las cosas en su empresa. Después de este comentario, Marja se dio cuenta de que Ariel, en Haifa, en su pequeño estudio de escritor-profesor, se preocupaba por ella y también por Franz. Probablemente su hermano sospechaba que había algún otro problema, además del trabajo de Franz. Entonces, para acabar la conversación, Marja se despidió quizá demasiado deprisa y volvió al interior del café. El dueño, Klaus, que estaba tranquilo ahora que la clientela había disminuido un poco, la invitó a tomar lo que quisiera, y Marja le pidió otro café. Le encantaría escuchar sus historias de Sudáfrica. De repente sintió que no tenía ganas de sentarse sola. Se perdía en cavilaciones. ¿Cómo era posible que todas las personas a las que quería estuvieran lejos? Por lo que respectaba a la familia, Ariel vivía en Haifa, sus padres todavía más lejos, en Olinda y en la isla de Pico, y el tío Pieter, aunque residía a unas manzanas de su propia casa, apenas la visitaba. Del resto de la familia le quedaban pocos parientes; el abuelo paterno Batelaar, viudo, confinado en su isla natal de Ameland, en el archipiélago frisón, y los abuelos maternos Levi, que seguían viviendo en el Plantage y con quienes no tenía una relación demasiado buena. Por su parte, Franz estaba incomunicado en Pomerania Oriental, mientras ella seguía en el país, en Ámsterdam, con la única compañía de sus amigos Carol y Lionel y de Louise, la grabadora norteamericana.

Además de la familia y de estos amigos más íntimos, conservaba algunos más de cuando estudiaba en la universidad, como Nina Rietveld y Liesbet Verwer, con quien de vez en cuando se veía y cenaban juntas. También a veces hablaba por teléfono con Ferdinand Zadek, el propietario de la galería de arte en la que había trabajado, así como con alguno de los artistas que exponían, como Elías Melweg, un pintor con quien había salido antes de conocer a Franz. Se esforzaba por mantener relaciones con otras personas, aunque no se engañaba, cuando se sentía más a gusto era cuando estaba sola. Marja creía que la muerte de Willem no era lo único que había provocado la diáspora familiar y su poca capacidad para hacer más amigos en la ciudad, también tenía algo que ver con su carácter introspectivo, tímido. No obstante, aquella noche no quería estar sola, deseaba que Klaus la trasladase con su conversación y con sus recuerdos al sur de África. Tal vez así dejaría de pensar en Willem, de mezclar su imagen, más confusa por el paso de los años, con la de la chica muerta de la pensión Diderot.

HASTA el martes por la tarde, Jurgen Sieraal no los llamó a su despacho. Laagsveld y Marja tuvieron que escuchar uno de los habituales discursos del Viejo, en aquella ocasión sobre la inmigración en Holanda. El Viejo no estaba en contra de los extranjeros en el país, pero sentía cierta nostalgia por los tiempos pasados, cuando no había tantos conflictos. El comisario creía que, últimamente, la atmósfera se había enrarecido. Laagsveld siguió su argumentación sin interrumpirlo, sonriendo y añadiendo al discurso sólo algún «sí» y algún «ya lo sabemos». Tras abandonar sus reflexiones sobre los malos tiempos que se vivían en el país, Jurgen Sieraal les comunicó que el Ministerio Fiscal, ante la posibilidad de que se tratase no de un suicidio sino de un homicidio, había autorizado la autopsia y había designado a Van Leyden como fiscal encargado del caso, quien supervisaría junto a él la evolución de la investigación. Marja conocía muy bien a Van Leyden. Era un hombre de la generación de Jurgen Sieraal y Jan Laagsveld, muy estricto, e igual que el comisario también pensaba que Holanda ya no era el país plácido y laborioso de años atrás.

El comisario les entregó una copia de los informes del médico forense y de la policía científica sobre la chica hallada muerta en la pensión Diderot y, sin dejárselos leer, se los resumió. La víctima había muerto entre las doce y las dos de la madrugada del viernes. En el organismo habían encontrado una gran cantidad de alcohol, así como de barbitúricos, más que suficiente para hacerle perder la conciencia e, incluso, provocarle un coma etílico, aunque no había llegado a hacerlo. Tras una pregunta de Marja, el comisario ratificó lo que ya había avanzado Muysart en el levantamiento del cadáver en la pensión Diderot: que las marcas del cuello, así como las de las muñecas, eran de hacía una semana o incluso más. Nadie la había tenido atada en la habitación de la pensión, y tampoco había pruebas de que la hubiesen estrangulado. Según la autopsia del forense, Iliona había muerto por ahogamiento a consecuencia de la gran cantidad de agua que le había entrado en los pulmones. No obstante, además de esta conclusión sobre la causa de la muerte de la chica, el Viejo destacó que había otro detalle bastante importante: estaba embarazada de seis semanas. Al oír eso, Marja sintió cierto malestar. Aunque sólo tuviera seis semanas una vida se había truncado, se había roto, alguien nunca tendría la posibilidad de ser feliz o infeliz. Marja no podía evitar pensar en que era injusto. Inevitablemente, recordó una conversación que había mantenido con Franz no hacía mucho sobre la posibilidad de tener hijos. Ninguno de los dos lo veía claro; eran demasiado solitarios e independientes, y creían que un hijo complicaría su relación. Aun así, ella también sabía que sólo podría tener un hijo con un hombre como Franz, y con ningún otro.

La chica muerta, cuya edad biológica se había determinado entre los veintidós o veintitrés años, todavía no había sido identificada. El Viejo creía que se debía a que

los datos de los registros de huellas no habían llegado, aunque tampoco habían conseguido nada con el examen de las piezas dentales. Ningún empaste ni ninguna pieza nueva podía orientarlos hacia una clínica dental donde pudiesen recabar algún dato, y tampoco ninguna intervención quirúrgica podía conducirlos hasta algún hospital. Las múltiples huellas encontradas en la habitación —entre las que, por supuesto, estaban las de Josif Bagran y las de su hijo Próspero— tampoco ayudaban demasiado, aunque permitían deducir que ninguno de los otros huéspedes de la pensión había estado allí. El informe de la autopsia descartaba que la chica hubiese tenido relaciones sexuales o sufrido algún tipo de agresión de este tipo en las cuarenta y ocho horas anteriores a su muerte.

—Entonces, ¿qué hacían esta chica y nuestro misterioso señor Aldous van Lennep en la pensión Diderot? —preguntó Laagsveld en voz alta.

El comisario no respondió, sino que se limitó a encogerse de hombros. Si no era por el sexo, ¿por qué iban una chica y un hombre bastante mayor que ella a pasar dos noches en una modesta pensión de Sint Antoniesbreestraat? Marja tampoco lo entendía.

—Según la policía científica, las pruebas dactilográficas que han hecho con la letra y la firma de la ficha del hotel del hombre indican una personalidad reservada, contenida, la de alguien que valora el orden, la pulcritud y que es capaz de meditar sus acciones antes de hacerlas —dijo el comisario ante la incredulidad de Laagsveld.

—Siempre me han maravillado estas conclusiones de los grafólogos —afirmó Laagsveld un poco irónico—. ¿Cómo pueden deducir esas cosas con sólo una docena de palabras?

—El informe confirma la presencia de resina en la suela de su calzado —añadió Jurgen Sieraal.

—¿Sabemos de qué tipo es, si es natural o artificial? —preguntó Marja.

—En el laboratorio dicen que es natural, pero todavía no han podido identificar el árbol del que proviene —contestó.

—¿Y qué dicen de las marcas del cuello y de las muñecas? ¿Sabemos algo más aparte de que son antiguas? ¿Y de las heridas de los dedos de la mano izquierda? —inquirió Marja.

El comisario miró fijamente a Marja. Era evidente que le tenía simpatía, de hecho, parecía tratarla mejor que al resto de sus subordinados, aunque se esforzaba por que no se le notase demasiado cuando había gente delante.

—Además de decir que son de hace más de una semana, en el informe explican que las marcas de las muñecas fueron causadas por la presión de correas de cuero, igual que las del cuello, porque hemos encontrado pequeñas partículas. No obstante, no hay restos de huellas. Tal vez a la chica le gustaban las emociones fuertes —supuso el comisario con total seriedad—. Si después de tantos días sigue teniendo señales debía de estar atada muy fuerte y durante mucho tiempo. Respecto a los dedos, los especialistas han encontrado trocitos de vidrio que se le debieron clavar

cuando se rompió un vaso en la habitación de la pensión Diderot.

—Entonces, ¿qué tenemos? —preguntó Laagsveld, un poco impaciente.

—No demasiado de momento, ésa es la verdad —respondió el comisario. Tal vez tengamos más suerte con los registros de huellas. Mientras esperamos a que lleguen los resultados, si es que llegan, porque si se trata de una inmigrante ilegal es muy probable que no haya dejado rastro, debemos procurar averiguar algo más sobre esta pobre chica, descubrir quién quería hacerle daño o con quién se tropezó para su desgracia. Moveos e intentad obtener más información. Alguien tiene que conocerla, así que investigad. No puede ser un fantasma. Tal vez incluso demos con una dirección, un amigo o un familiar. Os asignaré a media docena de agentes para que hagan circular su fotografía, a ver si alguien reconoce a la víctima, pero esto puede llevaros unos cuantos días, tal vez semanas. No olvidéis buscar por los círculos musicales. Tal vez alguien la vio en compañía de un hombre con el estuche de un instrumento musical.

—¿Cree que puede ser un intérprete o un profesor de música? —preguntó Marja al comisario.

—Es muy probable que sea alguien que se gana la vida con la música, aunque también puede ser un aficionado —intervino Laagsveld, adelantándose a lo que pudiese opinar su superior—. Por otra parte, el estuche de música es la única pista que tenemos, además de la resina del calzado de la chica muerta.

—¿Qué opinas, Laagsveld? —preguntó el comisario.

—Podemos creer que la chica murió ahogada en la bañera después de quedar inconsciente —dijo Laagsveld—. La dosis de Valium que tenía en el estómago, además del alcohol, sugieren que pudo suicidarse, o quizá sólo quería colocarse sin más y se le fue la mano. Pero ¿y si la ahogaron? Por lo que dijo Martern Jansz, parece que en la habitación ocupada por Iliona y el señor Van Lennep se produjo una discusión. Lo más lógico es que la discusión fuera entre la chica y Van Lennep pero, claro, desconocemos el motivo. También es posible que la pelea fuera con otra persona, quién sabe si alguien intentó robar en la habitación y la chica lo pilló.

—¿E Iliona no gritó para pedir ayuda? —preguntó escéptica Marja.

—El portero y su hijo la habrían oído y habrían acudido a socorrerla —argumentó Jurgen Sieraal.

—Tal vez no fuera un ladrón —dijo Laagsveld—, sino alguien que conociera a la chica.

—¿Y por qué ahogó a Ilona? —inquirió Marja.

—Sólo es una hipótesis —respondió Laagsveld—. Quizá sólo discutieron. Después la chica se colocó con una dosis excesiva de Valium y alcohol y, accidentalmente o porque quería suicidarse, murió. Entonces, cuando Van Lennep volvió a la habitación, se encontró a Iliona muerta en la bañera y se largó asustado. No debería extrañarnos, sería una reacción cobarde, pero humana. Aun así, hay algo en este asunto que no encaja. Las marcas del cuello y las muñecas pueden ser el

resultado de algún juego erótico, pero no parece que fuese una chica con ese tipo de aficiones. Tenemos que hablar con Van Lennep, debemos interrogarlo para saber qué hacían en la pensión Diderot y por qué razón Iliona querría quitarse la vida, si es que eso es lo que ha ocurrido.

—Estoy de acuerdo, buscad al señor Van Lennep —ordenó el comisario, zanjando la reunión.

DURANTE una semana, tal y como había prometido el comisario, media docena de agentes ayudaron a Laagsveld y a Marja a buscar alguna pista sobre la identidad de Iliona y Aldous van Lennep. La búsqueda se centró en las escuelas de música, el conservatorio y las asociaciones de intérpretes, así como en algunos *pubs* donde tocaban tanto profesionales como aficionados. Mientras tanto llegaron los resultados de los diferentes registros del país, según los cuales sólo había dos Aldous van Lennep aunque ninguno de ellos coincidía con la descripción que tenían del acompañante de la chica muerta. Uno era un niño que vivía en un pueblecito de Frisia y el otro era un hombre mayor enfermo de cáncer que residía en la ciudad de Arhem y que apenas podía moverse. En Holanda había más Van Lennep, por supuesto, pero ninguno que se llamara Aldous, y ése era el nombre que figuraba claramente en la ficha de la pensión Diderot. Por tanto, Laagsveld parecía haber acertado al suponer que se trataba de un nombre falso. Esta sospecha se convirtió casi en certeza cuando una mañana informaron a Laagsveld y a Marja de que una empleada del guardarropa del Concertgebouw había reconocido a la chica de la fotografía que le enseñaron los agentes auxiliares. La empleada confirmaba que la joven se llamaba Iliona y que la había visto varias veces en compañía de uno de los músicos de la orquesta, un clarinetista que no se llamaba Aldous van Lennep, sino Cornelis Dortsman.

Laagsveld y Marja se desplazaron aquella misma mañana hasta el Concertgebouw. Hacía frío y lloviznaba, pero aun así en el vestíbulo del auditorio había un par de grupos escolares que iban a visitar aquella institución musical. Laagsveld y Marja esperaron a que los niños dejaran sus bolsas en el guardarropa y, entonces, se presentaron a la persona que había identificado a la chica de la foto. La mujer era una auténtica charlatana y estaba encantada de colaborar con la policía. Les dijo que la joven frecuentaba el Concertgebouw desde hacía unos dos meses, en compañía siempre de Cornelis Dortsman, cuya descripción coincidía con la que les había dado el portero de la pensión Diderot. Según la empleada del guardarropa, el músico y la chica parecían amigos. Un día, la mujer habló con Dortsman sobre ese tema. Primero éste se mostró esquivo pero, finalmente, le explicó que la chica se llamaba Iliona y que le daba clases de clarinete. Laagsveld y Marja preguntaron a la mujer qué les podía decir de Dortsman y la empleada les explicó que era un hombre muy educado, no demasiado hablador, que no iba a ensayar desde hacía diez días. A la chica hacía más tiempo que no la veía, tal vez unas tres semanas.

Después de hablar con la mujer del guardarropa, Laagsveld y Marja preguntaron en la administración del Concertgebouw dónde podían encontrar a Cornelis Dortsman y les dieron el teléfono del músico, así como una dirección no muy lejos de allí, en la calle Frans Hals. También se enteraron de que Dortsman no estaba casado, como se

imaginaban, sino soltero, y que vivía con su madre. En administración también les advirtieron de que Dortsman había llamado unos días antes para avisar de que no se encontraba bien. Los policías preguntaron cuándo había llamado Cornelis Dortsman y, al saber la respuesta, calcularon que lo había hecho dos días antes de alquilar la habitación en la pensión Diderot. Como pasaban los días y no habían recibido la baja médica, habían tratado de hablar con el músico, pero sus esfuerzos habían sido inútiles. Sólo habían podido hablar con su madre. Según la mujer, su hijo llevaba más de diez días desaparecido. La madre de Cornelis Dortsman había presentado una denuncia ante la policía.

Al salir del Concertgebouw había dejado de llover, y Marja y Laagsveld decidieron que en lugar de coger el coche irían a pie hasta la calle Frans Hals. De camino hacia allí, Laagsveld explicó a Marja que estaba mirando precios para comprarse un apartamento en las islas Canarias para ir en verano y alguna semana en invierno, pero, sobre todo, para cuando se jubilase. Decía que tenía ganas de vivir en un sitio donde hiciese sol de verdad y donde hubiera montañas. Al contrario que Laagsveld, Marja no necesitaba tanto sol. De hecho, se sentía a gusto con los largos meses de lluvia y frío habituales de Holanda. En cambio sí que le gustaría vivir en un sitio con montañas; la falta de elevaciones de su país le producía cierta angustia. Era una sensación sobre la que había hablado con Louise alguna vez. Su amiga norteamericana, que había vivido durante años en un lugar semejante, en las grandes llanuras de Texas, la comprendía perfectamente e, incluso, le había puesto nombre a aquel sentimiento: lo llamaba «nostalgia de las montañas». Marja caminaba absorta en esos pensamientos cuando se fijó en que Laagsveld sacaba un paquete de tabaco y encendía un cigarrillo. Le preguntó si no había dejado de fumar. El inspector esquivó su pregunta diciéndole que ya estaban a punto de llegar al domicilio de Cornelis Dortsman.

Una mujer que debía de rondar los ochenta años, muy delgada y vestida con una bata china, abrió la puerta con evidentes signos de nerviosismo después de echar una ojeada rápida a las identificaciones policiales de Laagsveld y Marja. Era Tessa Ruyter, la madre de Cornelis Dortsman. Les confirmó que había denunciado su desaparición y les preguntó si sabían si le había pasado algo a su hijo. Les contó que Cornelis se había ido hacía diez días y que no le había dicho adonde. Laagsveld intentó tranquilizarla enseguida. Le ocultó que acababan de enterarse de la denuncia de su desaparición y, de inmediato, le dijo que de momento no tenían noticias de su hijo.

—En el Concertgebouw nos han explicado que su hijo llamó para avisar de que estaba enfermo. Es así, ¿verdad? ¿Qué tenía? —preguntó Laagsveld.

—No se encontraba bien, es cierto —respondió la mujer—, tuvo fiebre, dolor de estómago y casi no salió en un par de días; por supuesto, no pudo ir a los ensayos.

Hace unos diez días se sintió mejor y decidió reincorporarse al trabajo, pero no fue. Lo sé porque llamé por teléfono al Concertgebouw. Desde entonces ni lo he visto ni sé nada de él y estoy preocupada por lo que pueda haberle sucedido.

—¿Se ha ausentado de casa en otras ocasiones? —intervino Marja.

—No, Cornelis no duerme nunca fuera, a menos que tenga algún concierto con la orquesta lejos de Ámsterdam.

—¿Es posible que fuera a ver a algún amigo?

—No creo —respondió Tessa Ruyter—, me lo habría dicho, estoy segura.

Mientras escuchaba a la mujer, Marja aprovechó para echar un primer vistazo al interior del piso, amplio, de techos altos y bien decorado aunque con un estilo un poco anticuado.

—¿Su hijo se ha llevado ropa? —quiso saber Laagsveld.

—Ya les he dicho que si no tiene un concierto fuera siempre duerme aquí, así que, ¿para qué se iba a llevar ropa? No, no se ha llevado nada. Sólo me dijo que iba al trabajo, al ensayo y nada más.

—En el Concertgebouw nos han dicho que usted y su hijo viven solos. Y el padre, el señor Dortsman, ¿dónde está? Quizá Cornelis haya ido a verlo —sugirió Laagsveld.

—Lo dudo mucho —respondió en un tono seco y molesto la mujer—. Mi marido murió hace tres años.

Laagsveld inició una disculpa un poco confusa que sonó forzada.

—¿Tiene coche? —dijo Marja para desviar la atención de la metedura de pata del inspector.

—Sí, un Octavia de color blanco, y ya me imagino que les costará creerlo, pero no me acuerdo de la matrícula. Si la necesitan puedo buscársela. Las llaves no están en casa, pero nunca lo coge para ir a los ensayos del Concertgebouw, va a pie.

—Busque la matrícula, sí, por favor —pidió Marja—. Si alguna patrulla de tráfico lo localiza podremos hablar con él. También nos gustaría ver una fotografía de su hijo.

—Ya les di una cuando puse la denuncia en la comisaría.

—Sí, por supuesto —dijo improvisando Laagsveld—. De todos modos podrá darnos otra, ¿verdad?

La mujer los dejó un momento solos, y Laagsveld y Marja aprovecharon para mirar con más atención el interior de la casa. Estaba decorada con cierto lujo aunque con un estilo un poco pasado de moda, sobre todo si uno se fijaba en las lámparas del techo, los muebles y las cortinas demasiado serias, algunas piezas de cerámica de Delft y las pinturas al óleo que colgaban de las paredes. Marja examinó los cuadros, entre los que había algunas copias bastante conseguidas de obras conocidas de Aart van der Neer y de Hendrick Avercamp. Las del primero, el pintor de la medianoche, eran melancólicas y solitarias, mientras que las del segundo, más animadas, estaban llenas de personajes, igual que en el *Paisaje de invierno con patinadores sobre hielo*

que tanto le gustaba del Rijksmuseum. Más que estos cuadros, a Marja le llamó la atención otro completamente diferente, un paisaje tropical lleno de vegetación con árboles, pitas, flores y un par de sencillas casas de madera y una iglesia en ruinas. No había ni animales ni figuras humanas y la atmósfera de la obra resultaba hasta cierto punto inquietante. Tenía un cierto aire romántico, antiguo, pero Marja enseguida se dio cuenta de que era un cuadro más moderno que los otros, tal vez incluso de algún autor contemporáneo, aunque era evidente que trataba de imitar la manera de trabajar de los viejos maestros holandeses de los siglos XVII y XVIII. Era una pintura que desentonaba un poco con el resto de la casa. Por curiosidad, Marja leyó la firma: «Rieka Bunge». ¿Una pintora? Marja pensó que no la conocía, y se preguntó también quién había elegido aquel cuadro, Cornelis Dortsman o su madre.

La mujer volvió con la matrícula del coche apuntada en un papel y, además, con una fotografía de su hijo de cintura para arriba. Laagsveld la estudió con detenimiento antes de pasársela a Marja. Esta sintió un extraño escalofrío al contemplar la cara agradable, aunque seria, de un hombre de cincuenta y tantos años, gordo, con poco pelo y vestido muy formalmente. Por fin podían ponerle cara al misterioso acompañante de la chica muerta de la pensión Diderot. Mientras tanto, Laagsveld le pidió a la mujer si se podían llevar la fotografía. Después de la duda inicial, la mujer consintió.

—Su hijo da clases particulares de clarinete, ¿verdad? —preguntó Laagsveld.

—Muy pocas, casi no tiene tiempo entre los ensayos del Concertgebouw, las audiciones y ocuparse de mí.

—Pero sí que da alguna clase, ¿no? —insistió Laagsveld, ahora un poco impaciente. Marja intuyó que no le gustaba la madre de Cornelis Dortsman—. Tiene una alumna joven que se llama Ilona, ¿sabe su apellido o dónde vive?

—¿Ilona? Sí, Ilona —confirmó la mujer—, pero no sé ni su apellido ni su dirección. Sólo que vive en Noord, ese sitio horrible del otro lado del Ij. Mi hijo tiene una agenda de teléfonos, pero se la ha llevado con él. La chica viene aquí todos los jueves a las seis de la tarde. Cornelis y ella dan clase en la glorieta que da al patio. Yo suelo prepararles una bandeja de café y galletas; es un placer escucharlos tocar juntos piezas de Schubert. Mi hijo Cornelis es un gran intérprete, pero esa chica también lo hace muy bien. Ella y yo hemos hablado alguna vez, pero muy poco. Una vez me explicó que es de Serbia, pero que ella es húngara y nació en una ciudad que se llama Novi Sad, donde viven muchos húngaros. ¡Cosas de la política!

Al escuchar el nombre «Novi Sad», Marja se sorprendió. Sabía que aquella ciudad era la capital de Vojevodina, una región autónoma de Serbia en la que vivía una minoría húngara, además de serbios. Marja pensó que, al menos, podían darle una nacionalidad a Ilona: era una europea extracomunitaria. Franz, su novio, era un amante de la geografía y de la historia, y probablemente podría decirle cosas de aquel lugar de los Balcanes que, a diferencia de otros, no salía nunca en las noticias de la prensa ni de la televisión.

—Creo que a Cornelis no le gusta que hable con sus alumnos, pero conseguí saber que trabaja en el Bloemenmarkt vendiendo flores. Pero ¿por qué me preguntan por esa chica?

Laagsveld y Marja se miraron brevemente, y el primero respondió.

—Hemos encontrado a Iliona muerta.

—Dios mío, ¿y creen que mi hijo tiene algo que ver? —dijo alarmada la mujer.

—De momento no tenemos una idea clara de lo que ha podido suceder —dijo Marja, procurando que su voz infundiera tranquilidad—. Probablemente su hijo podrá darnos información muy útil sobre esta chica. No estamos acusando de nada a Cornelis, créame, pero necesitamos que nos llame a la comisaría en cuanto vuelva a casa. Se lo dirá cuando lo vea, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

DESPUÉS de dejar aquella casa, Laagsveld y Marja fueron caminando al Bloemenmarkt, al canal Singel. Recorrieron el largo trayecto casi sin hablar. Ambos sabían que era demasiado pronto para sacar conclusiones, pero la desaparición de Cornelis Dortsman de su domicilio no era una buena señal. ¿Qué podía haberle pasado? La idea de que el hombre tuviera algo que ver con la muerte de Iliona cobraba cada vez más fuerza. Quizá sólo se había asustado y andaba desorientado sin saber qué hacer.

Al llegar al Bloemenmarkt, a las floristerías instaladas en una de las orillas del canal, Laagsveld y Marja intentaron localizar el puesto en el que podía trabajar Iliona sin enseñar la fotografía. No había nada peor que crear alarma. Discretamente, recorrieron los sucesivos negocios de plantas y flores hasta que el empleado de uno de los puestos, un hombre joven llamado Karl, después de dudar unos momentos y de estudiar el aspecto de Laagsveld y Marja, antes de que se identificaran como policías, les dijo que en aquella floristería había trabajado una chica llamada Iliona y añadió que su apellido era Vitéz. Tal y como les había explicado la madre de Cornelis Dortsman, Karl les confirmó que la chica venía de la ciudad de Novi Sad, en algún sitio de la antigua Yugoslavia.

«¡Vitéz!», pensó Marja, alegrándose de tener el apellido. Cuando pudiese conectarse al ordenador confirmaría que era de origen húngaro, tal y como les había dicho la madre de Cornelis Dortsman. Marja le preguntó si Iliona le había dicho que era húngara y el hombre se sorprendió. Por la televisión y los periódicos, sabía evidentemente que en el antiguo país comunista convivían unas cuantas nacionalidades y que eran capaces de matarse entre ellos, pero no tenía ni idea de que también hubiera húngaros. Marja se imaginó que aquel hombre tal vez no había oído nunca hablar de Vojvodina. Al enseñarle la fotografía, el empleado les aseguró que la chica era Iliona Vitéz.

Karl siguió explicándoles que la joven había dejado de ir hacía unas semanas sin dar razón alguna, según afirmaba el encargado. Éste había salido a tomar un café. Karl quiso saber la razón por la que preguntaban por su antigua compañera, pero ni Laagsveld ni Marja le contestaron; en cambio, le hicieron algunas preguntas más sobre Iliona, sobre cómo era y si conocía su dirección. Karl se encogió de hombros y les dio a entender que no les podía decir gran cosa más. Era una chica bonita y simpática, pero no le conocía ningún novio, ni tampoco amigos, sólo sabía que vivía en Noord, que llegaba muy temprano al puesto, como él, y que se iba al mediodía, cuando entraban los otros dos trabajadores que hacían el turno de tarde. Laagsveld le preguntó si sabía que Iliona daba clases de clarinete y Karl respondió que sí, que un día a la semana iba con su instrumento. De repente, el chico dejó de hablar al ver

aparecer a un hombre gordo y alto. Sólo por su manera de moverse, Marja entendió inmediatamente que era el encargado del negocio. El hombre se llamaba Leendert y ante las primeras preguntas de los policías se puso de inmediato a la defensiva. Entonces, Laagsveld le reveló que habían encontrado muerta a Iliona, y que estaban investigando el asunto. Al escuchar eso, Leendert, nervioso, aceptó que la chica había trabajado para él, a pesar de no tener contrato. Laagsveld no hizo ningún comentario, no estaban allí por la legalidad laboral, sino para averiguar algo sobre la chica que los pudiese ayudar a entender la causa de su muerte. Marja preguntó al hombre si tenía una dirección de la joven y el hombre respondió que no, aunque creía que vivía en Noord, y que lo único que podía darles de Iliona era el número de un teléfono móvil en el que había dejado unos cuantos mensajes últimamente, preocupado porque la chica no hubiera ido a trabajar.

Laagsveld apuntó el número y, a continuación, intentó llamar, pero lo único que consiguió fue escuchar la voz grabada de la chica que decía que estaba llamando al teléfono de Iliona, que no se podía poner, que dejase un mensaje y que le llamaría pronto. Marja pidió el teléfono a Laagsveld y repitió la llamada porque quería oír la voz de la chica. Aunque le parecía seria, también pensó que era agradable. Le impresionó pensar que en ese momento estaba muerta.

Mientras tanto, Laagsveld continuó preguntando al encargado de la floristería cómo era Iliona. El hombre aseguró que era una buena trabajadora y que nunca le había causado ningún problema. Les confirmó lo que ya les había dicho su empleado, que la chica era de Novi Sad, una ciudad de Serbia. Alguna vez habían hablado y el encargado sí sabía que la chica era de origen húngaro, y también que llevaba unos tres años viviendo en Holanda, pero no sabía nada de sus amistades ni de su familia. Laagsveld, entonces, le enseñó la fotografía de Cornelis Dortsman y le preguntó si lo había visto alguna vez. El hombre respondió que sí, que alguna vez había ido por la floristería, que era el profesor de música de la chica y que se llamaba Dortsman. Habían hablado un día y le pareció una buena persona, aunque muy serio. A una nueva pregunta de Laagsveld, el encargado recordó que hacía tiempo que no lo veía, pero no podía precisar cuándo había sido la última vez, tal vez hacía diez días, o quizá más. Lo que sí recordaba era que, en una ocasión, había venido acompañado de otro hombre más joven, tal vez de unos cuarenta y pocos años, muy delgado, pelirrojo, cuyo nombre desconocía. Después de que Laagsveld le preguntara, el encargado de la floristería explicó que el hombre que iba con Dortsman parecía conocer a Iliona y que sólo lo había visto una vez.

Al abandonar la floristería, Laagsveld propuso a Marja que tomaran un café y ambos se instalaron en una pastelería no demasiado lejos del Bloemenmarkt. Desde allí, Laagsveld llamó otra vez al número de teléfono de Iliona y sólo escuchó el buzón de voz.

—Hablaresmos con los técnicos para que intenten localizar la ficha de la compañía telefónica con este número. Tal vez haya suerte y encontremos la dirección del piso

en el que vivía Iliona Vitéz —opinó Laagsveld, optimista—. Por otro lado, ahora que tenemos un apellido tal vez sea más fácil encontrar información. Llamaré a la comisaría de Noord, pero tampoco me hago muchas ilusiones; si venía de Serbia, es probable que fuera una inmigrante ilegal; tal vez tomó precauciones y no usó su nombre en ningún documento oficial como el contrato de alquiler de un piso o en el sistema sanitario.

—Dentro de unos años ya no tendría que haberse molestado. Los serbios también serán comunitarios y a nosotros nos habría resultado más fácil conseguir información —aseguró Marja.

Laagsveld no dijo nada porque se dio cuenta de que su ayudante tenía razón. Marja sabía que una Europa con las fronteras más alejadas y donde las personas pudieran moverse libremente, sin control, disgustaba al comisario.

—¿De quién estaba embarazada Iliona, de Cornelis Dortsman quizá? —preguntó Marja, cambiando de tema.

—Es una posibilidad. La habitación de la pensión revuelta, la discusión que parece que tuvo con alguien, las señales en las muñecas y en el cuello, aunque sean antiguas, y el agua fuera de la bañera... —enumeró Laagsveld—. Hay algo en todo esto que no me gusta, no sé qué es, pero intuyo que una conversación con el señor Dortsman arrojará algo de luz sobre este caso. Tenemos que encontrar a nuestro desaparecido Cornelis Dortsman.

—¿Y el otro hombre, el que acompañaba a Dortsman? —preguntó Marja.

—Puede ser un compañero de la orquesta del Concertgebouw —respondió Laagsveld—. Ya nos informaremos.

DURANTE los cuatro días siguientes Marja y Laagsveld no consiguieron encontrar ninguna pista sobre Iliona Vitéz, ni en las consultas a la policía de Noord, ni en los diferentes registros gubernamentales ni en las bases de datos paralelas —tarjetas de crédito, inmobiliarias o compañías telefónicas—. Después de cruzar datos, Marja localizó a cinco personas con el apellido Vitéz, tres en Rotterdam, una en Groningen y otra en Ámsterdam, pero ninguna que se llamara Iliona. El número del teléfono móvil que les había dado el propietario de la floristería donde trabajaba la chica correspondía efectivamente a una persona llamada Iliona Vitéz, pero la dirección era errónea o falsa. Estaban en un punto muerto, sin poder concretar más la identidad de Iliona Vitéz, ni localizar al desaparecido Cornelis Dortsman, la última persona que parecía haber visto con vida a la chica. Tampoco habían conseguido averiguar nada sobre el acompañante pelirrojo de Dortsman, que parecía conocer a Iliona: ni nadie del Concertgebouw, ni Tessa Ruyter, la madre de Dortsman, a la que llamaron por teléfono, conocían a una persona de las características de ese hombre.

Entonces, en un cambio de opinión que pilló desprevenida a Marja, el comisario asignó a Laagsveld un nuevo caso y lo puso al mando del equipo que se encargaba de la investigación del asesinato de Theo Kalvergraaf, un empresario del mundo del espectáculo. Marja, sin embargo, no formaría parte de aquel equipo. Había papeleo atrasado en Homicidios y, según Jurgen Sieraal, ella era la persona adecuada para encargarse. El caso de Iliona Vitéz, de acuerdo con las instrucciones del Ministerio Fiscal, quedaría archivado provisionalmente como suicidio o muerte accidental por ahogamiento y enviarían una comunicación a la embajada serbia por si podían informar a los familiares de la fallecida que vivieran en su país de origen. Marja protestó aduciendo que el caso no estaba nada claro, que había indicios de violencia y un hombre desaparecido, Cornelis Dortsman, pero Jurgen Sieraal no le hizo ningún caso. Al fin y al cabo, ¿quién era Iliona Vitéz? Una inmigrante extracomunitaria, fracasada, que se había suicidado o que tal vez había muerto ahogada accidentalmente en la bañera. Esta última posibilidad que insinuó el comisario resultaba un poco grotesca. En cuanto a Cornelis Dortsman, una vez que su madre presentó formalmente la denuncia de su desaparición, el grupo de trabajo de la comisaría que se ocupaba de casos así ya no podía hacer nada más. El comisario aventuró que en unas semanas Dortsman volvería. Marja tenía sus dudas y no entendía el desinterés del Ministerio Fiscal ni el cambio de actitud de Jurgen Sieraal. Les había pedido que buscasen más información sobre Iliona y su acompañante y ahora, en sólo unos días, ante la falta de resultados, parecía aceptar sin más la decisión de Van Leyden de cerrar el expediente calificándolo de suicidio o de muerte accidental. Laagsveld y ella no habían conseguido nada, era cierto, pero abandonar

así el caso era demasiado fácil, e incluso cobarde. Tampoco entendía por qué Laagsveld no se rebelaba contra la decisión de su superior, pues no habría sido la primera vez. Laagsveld sabía tan bien como ella que había algo extraño en ese caso. Tal vez pareciera un suicidio pero ¿cómo se explicaban los indicios de violencia? ¿Y la desaparición de Cornelis Dortsman? El fiscal Van Leyden y el comisario querían archivar el asunto, y Laagsveld se limitaba a obedecer.

¿Podría aceptar Marja esa nueva situación también sin más? En su interior seguía sintiendo que necesitaba encontrar una explicación para aquella muerte. Sentía cierta afinidad con Iliona y como si ésta le pidiese ayuda. ¿Era una idea absurda? A otra persona quizá se lo pareciera, pero no a ella. En ocasiones también tenía la sensación de que su hermano Willem le pedía lo mismo. No obstante, ahora no podía pensar en su hermano, sino en Ilona, en ella y en lo que le podía haber conducido a ese desgraciado final. ¿Qué hacían dos músicos, Cornelis Dortsman e Iliona Vitéz, en la pensión Diderot, y por qué habían querido quedarse dos noches? Si no eran amantes, su presencia en aquel establecimiento no tenía ningún sentido a menos que se escondiesen de alguien. ¿Huían de alguien? Y si era así, ¿por qué y de quién? Tal vez tenía que ver con el embarazo de la chica. A Marja le parecía una opción demasiado melodramática o ridícula en la Holanda del siglo XXI, pero era una probabilidad que no cabía descartar.

Aquel viernes, Marja había quedado con Louise en que la recogería en su barco y cenarían juntas en De Tuin. Sin embargo, antes de hacerlo, abrió el correo electrónico, y entre la media docena de mensajes sin importancia que habían entrado, se encontró uno con el título de «La tarde de ayer». Era de Franz. Mientras leía las primeras líneas, Marja sintió una extraña quemazón en la sien y en las manos. Estaba muy nerviosa. Conforme leía, se daba cuenta de que Franz no estaba bien, pero no se atrevía a ser claro. Franz, en el correo electrónico, explicaba que habían surgido algunos problemas en el trabajo de prospecciones que hacía su empresa en la región costera de Pomerania Oriental; problemas con las autoridades locales y también algunos pequeños sabotajes, nada del otro mundo, pero suficiente para poner nerviosos a una parte del equipo y a la dirección de la central holandesa. La tarde del día anterior no habían podido trabajar por culpa de un temporal, y Franz y un par de miembros más del equipo habían aprovechado el permiso del director técnico para ir en automóvil hasta Gdansk, la antigua ciudad alemana de Danzig. El mal tiempo los había acompañado hasta allí y sólo habían podido dar una vuelta por el barrio antiguo, cenando pronto en un café, antes de volver a las instalaciones de la empresa en la costa. Hasta ese punto, el mensaje de Franz era completamente descriptivo y no hacía ninguna referencia a la relación de ambos. Habían pasado semanas desde que se había ido, ¿eso era todo lo que le tenía que decir?, se preguntaba Marja con una mezcla de ansiedad y decepción mientras lo leía. Entonces leyó la última frase del mensaje: «Esta tarde me he acordado de Murano». Mentalmente, la mente de Marja retrocedió dos años en el tiempo, a los días en los que ella y Franz pasaron unas

cortas vacaciones de Navidad en Venecia, alojándose en un pequeño hotel familiar de Murano. Habían sido unos días de frío y niebla que habían pasado deambulando por las diferentes islas de la laguna veneciana, felices, enamorados.

Marja respondió al correo electrónico de Franz de forma muy breve, explicándole que se sentía nerviosa, que le preocupaba que él estuviese lejos y que era diferente a cuando estaba en Berlín. Entre aquella ciudad y Ámsterdam la comunicación era muy fácil. En cambio, Pomerania Oriental parecía el fin del mundo. Añoraba verlo pero también sabía que tenía algo en la cabeza, que estaba preocupado y que no se atrevía a decirle el motivo. ¿Por qué? Quería saberlo. Al acabar el mensaje, le confesó que ella también se acordaba de Murano.

Cuando se encontró con Louise y ésta vio la expresión de la cara, le preguntó qué le preocupaba, pero Marja le dio largas. Su amiga no quedó convencida, pero no siguió insistiendo y, durante la cena en De Tuin, se dedicó a hablar de los últimos grabados que estaba haciendo, una serie de aguafuertes centrados en la figura humana y en algunos objetos y paisajes urbanos, aparentemente sin conexión pero inspirados en el mundo de sus sueños y en lo que había visto en los últimos tiempos vividos en la ciudad. De vez en cuando, los pensamientos de Marja huían a un punto de la costa báltica donde Franz debía de estar durmiendo en ese momento. Tampoco conseguía dejar de pensar en la chica muerta de la pensión Diderot, así que le resumió el caso a Louise. Por extraño que pudiera parecer, prefería hablarle de Iliona Vitéz que de Franz.

Después de cenar, mientras tomaban café, se les unieron Carol y Lionel, ambos muy habladores porque Carol había conseguido trabajo en un centro de preescolar en la isla de Schiermonnikoog, en el archipiélago frisón. Carol empezaría a trabajar allí en un mes y medio, y Lionel ya estaba buscando trabajo como músico en la ciudad de Groningen, próxima al archipiélago. Iban a empezar una nueva vida y estaban tan eufóricos como nerviosos. Por su parte, Marja trataba de disimular la tristeza que le causaba la marcha de sus amigos. Le habría gustado que Carol y Lionel continuasen viviendo en la ciudad, en su mismo barrio, que la invitaran a cenar de vez en cuando y hablaran sobre música y *batiks* en De Tuin.

LOUISE aceptó la invitación de Marja para pasar el fin de semana con ella en Uitdam, donde llegaron el sábado muy temprano porque Louise quería hacer fotografías durante el trayecto, justo cuando empezara a hacerse de día, y Marja había aceptado madrugar. En el cielo lucía un sol frío, el aire era cortante y una neblina baja planeaba sobre los campos y el lago cercano. Después de dejar las cosas en casa — aparte de la ropa y la comida, Louise llevaba la cámara y un cuaderno de dibujo por si tenía ganas de trabajar un poco, y Marja llevaba la novela de Mia Couto—, salieron a dar una vuelta y subieron al dique de tierra que protegía al pueblo del lago Marken. Marja explicó a su amiga que, años atrás, aquellas aguas eran mar abierto, pero que tras la construcción del gran dique del norte ya no. Marja pensaba que si bien el país se defendía de la naturaleza, también perdía algo a la vez.

Cuando el frío empezó a molestarlas de verdad volvieron al pueblo y se dirigieron al Scheepskameel. Era aún temprano y Klaus, el dueño del café, no estaba porque seguramente la noche anterior había cerrado tarde y seguiría durmiendo en su casa, pero su mujer atendía el negocio. En el café había un par de clientes, dos campesinos madrugadores como ellas que conocían a Marja y que, al verla, la saludaron y continuaron con una discusión que debían de mantener desde hacía un rato.

Marja y Louise desayunaron tranquilamente. Primero hablaron de los grabados de la norteamericana y, después, de las diferencias entre Holanda y Estados Unidos, más concretamente de Texas, el estado donde había nacido Louise. Allí la tierra era inmensa, podías viajar durante horas en coche sin encontrarte prácticamente a nadie y, en cambio, existían ciudades modernas, muy activas y cada vez más grandes, como Houston y Dallas, que le parecían, no obstante, muy frías. En Holanda, en cambio, todo estaba muy cerca, no había posibilidad alguna de perderse y Ámsterdam, con sus canales y embarcaciones, palacios, iglesias y museos, y llena de forasteros procedentes de otros países y continentes, era un mundo completamente diferente, en ebullición, melancólico y alegre a la vez, según creía Louise. La norteamericana tenía buenos recuerdos de su vida tejana en Dombatown, tanto de la época en que vivía con sus padres como de cuando se casó con Marcus; sin embargo, ahora era feliz a miles de kilómetros de allí, en su pequeño barco amarrado en el Bloemgracht. Si alguna vez se iba de allí sería para trasladarse a otra ciudad de la vieja Europa, o para realizar uno de sus soñados viajes exóticos a Madagascar o a Santo Tomé y Príncipe, aunque no se quedaría, porque sabía que acabaría volviendo al Viejo Continente.

Cuando ya pensaban en irse del Scheepskameel apareció Klaus, y Marja le presentó a su amiga. Durante unos minutos, después de aceptar su invitación a un café, los tres hablaron sobre el trabajo de Louise, sobre todo de los grabados, pero también de las fotografías. Klaus quedó encantado cuando ella le dijo que quería

hacer fotos del pueblo, de los campos, del dique y del lago Marken, y que también le gustaría hacer unas cuantas del Scheepskameel. Las tomaría durante diferentes momentos del día, porque le interesaba tanto el local vacío como lleno.

El resto de la mañana, Louise se dedicó a hacer unas cuantas fotos del pueblo y sus alrededores —incluidas algunas del café de Klaus— mientras Marja seguía leyendo la novela de Couto sin conseguir concentrarse. Su cabeza no dejaba de darle vueltas a la muerte de Iliona Vitéz. ¿Qué hacían ella y Cornelis Dortsman en la pensión Diderot? ¿De quién era el hijo que esperaba Iliona? ¿Quién era el tercer músico, suponiendo que ésa fuera su profesión, el hombre joven y pelirrojo que había acompañado a Dortsman una vez a la floristería en la que trabajaba la chica? ¿Podía tener alguna relación con la muerte de Ilona? ¿A qué se debía el cambio de actitud de Jurgen Sieraal? ¿Por qué habían cerrado el caso sin haber podido encontrar ni hablar con Cornelis Dortsman, la última persona que aparentemente había visto con vida a Iliona?

Cuando Louise volvió a la casa porque ya había hecho suficientes fotografías, Marja se sintió aliviada por tener que dedicarse a su amiga y poder dejar de pensar en el caso de la chica de la pensión Diderot. Louise aceptó encantada la propuesta de Marja de pasar el resto del día fuera: irían primero a Marken y, después, hacia el norte, bordeando el lago hasta la pequeña ciudad de Hoorn, donde Marja conocía varios cafés donde escuchar buena música y comer algo.

El día transcurrió de manera agradable y tranquila. Marja enseñó a su amiga el paisaje de la zona y las dos localidades, Marken y Hoorn. Mientras cenaban en el puerto de esta última, a pocos metros del muelle donde había unas grandes barcazas y algunos barcos de pesca, Louise, tras apurar su copa de vino, volvió a hablarle a Marja de algo que ésta ya conocía: la añoranza que seguía sintiendo por su difunto marido Marcus. Algunas tardes, mientras trabajaba en su grabados, pensaba en él, en cuando vivían juntos en Dombatown, y entonces tenía que dejar de trabajar y salir a dar una vuelta. El cáncer había acabado con él en pocos meses. Un tumor que había crecido de repente en su organismo, unas malditas células malignas habían destruido su vida en común, sus ilusiones e, incluso, la posibilidad de tener hijos con él. Mientras lo explicaba, en algún momento se le quebraba la voz y le costaba hablar, pero se recuperó rápidamente. Después dio un consejo a Marja: en cuanto pudiera debía tener un hijo con su novio alemán. Sorprendida, Marja dijo bromeando que sí, que pronto lo tendrían. Louise no la creyó, pero sonrió y se sirvió otra copa de vino.

Cuando volvían por la misma carretera por la que habían circulado por la mañana fueron oyendo la música de la radio. Marja conducía lentamente y Louise, a su lado, fumaba en silencio. Marja suponía que Louise pensaba en Marcus. Estuvo a punto de decirle que no lo hiciera, pero no se atrevió. Siempre se había imaginado a su amiga como una mujer solitaria, a la par que libre y decidida, y ahora, de repente, se daba cuenta de que no lo era tanto, pues vivía ligada a un recuerdo. Podía entenderla porque, en cierto modo, era lo mismo que le sucedía a ella con Willem, su hermano

asesinado. Marja creía que los muertos no desaparecían de la vida de los vivos, que seguían presentes. ¿Permanecería Iliona Vitéz en los pensamientos o en el corazón de alguien? Ya en Uitdam, mientras aparcaban el automóvil, Marja no podía dejar de darle vueltas a la idea: alguien tenía que echar en falta a Ilona, pero ¿quién y dónde?

Cuando estaban a punto de entrar en casa, Louise propuso que fueran al Scheepskameel, pues había visto que seguía abierto al pasar por la carretera. Marja se disculpó porque estaba cansada y prefería leer un poco e irse a dormir pronto. Louise, por tanto, se dirigió hacia el café de Klaus con la cámara de fotos en la bolsa. Marja pensó que los clientes del local la considerarían una excéntrica.

Tumbada en la cama, Marja leyó unas páginas de la novela de Mia Couto: un viejo y un chico avanzaban por un paisaje desolado, sucio, arrasado por la destrucción de la guerra y asediado por un sol ardiente, inhóspito como la misma tierra, habitada por fantasmas y sueños estafalarios. Mientras tanto, a unas decenas de metros, Louise debía de estar haciendo fotografías al Scheepskameel, a los objetos, a los clientes, quizás al mismo Klaus y a su mujer. Antes de dormirse, Marja barajó si mirar o no las llamadas y los mensajes que pudiese tener en su teléfono móvil, pero no lo hizo.

A la mañana siguiente, mientras Louise seguía durmiendo en su habitación, Marja salió a correr un poco siguiendo un camino que cruzaba los campos cercanos y acababa en el dique. El día era claro y frío. Al volver a casa, Louise seguía durmiendo. Marja se duchó y, con un café en la mano, se instaló en la sala. Mientras se lo tomaba, comprobó si tenía llamadas en el móvil. Descubrió que tenía una y que habían dejado un mensaje. Era de una de las camareras de Metz&Co. Le explicaba que había vuelto a pasar por allí la chica rubia que había discutido con la joven de la fotografía. Al oír eso, Marja sintió que, dijera lo que dijese el comisario, el caso no estaba cerrado, al menos hasta que consiguiese averiguar algo más de Iliona Vitéz. Tal vez se había suicidado o había sufrido algún estúpido accidente, aunque la desaparición de Cornelis Dortsman le hacía dudar de ello, pero, antes de aceptar que Jurgen Sieraal tenía razón, quería hablar con la chica rubia. Lo primero que haría el lunes por la mañana sería ir a hacer algunas preguntas a la camarera de Metz&Co.

EL lunes por la tarde, al acabar su trabajo en la comisaría, Marja fue en bicicleta a la cafetería del Metz&Co. La camarera que le había dejado el mensaje en el teléfono le explicó que la chica rubia no había ido sola a la cafetería, sino acompañada de un hombre que parecía algo mayor. Era una tarde de pocos clientes. La camarera sintió curiosidad y estuvo observándolos. Ahora le repetía a Marja la descripción que ya le había hecho anteriormente de la amiga de Iliona Vitéz: altura media, más bien delgada, con el cabello rubio y no demasiado largo y con la cara un poco sinuosa. En algún momento, el chico la había llamado por su nombre: Anke. Estaba completamente segura de que era la misma mujer que había visto una vez en compañía de la joven cuya fotografía le había enseñado Marja. La camarera aseguró que era la primera vez que veía al hombre, y le explicó también que la tal Anke había tomado té y él dos chupitos de ginebra.

—¿Seguro que es la primera vez que viene por la cafetería? —preguntó Marja, refiriéndose al chico.

—Era muy peculiar, incluso extraño —afirmó la camarera—. Si hubiese venido antes me habría fijado.

—¿Por qué, qué lo hacía peculiar o extraño?

—Iba vestido como una persona mayor y hablaba en voz muy baja, tanto que cuando le pregunté qué quería tomar tuve que volver a preguntárselo porque no pude oírlo. Parecía muy tímido.

—¿Era holandés?

—Sí, y sé cómo se llama porque pagó con la tarjeta de crédito y su nombre llamó mi atención.

—¿Ah, sí, por qué? —dijo Marja sorprendida.

No lo sé, quizá porque me pareció raro. Se llama Julius Cleve. También tengo el número de la tarjeta continuó la camarera, con una mal disimulada satisfacción. Marja le agradeció lo que había hecho.

—¿Qué más puedes decirme, parecían amigos o novios, tal vez? ¿Oíste de qué hablaban?

—No lo sé, pero no se tocaron en ningún momento, aunque eso no quiere decir nada, por supuesto —explicó la camarera—. La chica parecía un poco nerviosa, y también él, la verdad. De vez en cuando discutían sin levantar la voz; yo me daba cuenta por sus caras, pero no entendí cuál era el motivo. Llegaron juntos pero se fueron por separado; él, primero.

«Todo el mundo discute con esa chica en el Metz&Co», pensó Marja al recordar que también lo había hecho con Iliona Vitéz.

—¿Y qué hizo ella cuando se quedó sola? ¿Algo especial?

—Hizo una llamada con su móvil, pero no habló con nadie. Llamó dos veces, o tal vez tres, pero tampoco habló. La última vez que lo intentó creo que envió un mensaje.

Marja se despidió de la camarera. Le agradeció la información y le pidió que la llamara si la chica rubia volvía a aparecer por la cafetería.

Mientras pedaleaba de vuelta a su casa, en el Jordaan, Marja pensó en los datos que tenía: el nombre de la chica, Anke, y el nombre y el número de la tarjeta de crédito del chico, Julius Cleve. Tal vez no era mucho, tal vez Julius Cleve ni siquiera conocía a Iliona Vitéz, pero al menos podría ayudarla a encontrar a Anke, la amiga de la chica muerta. Necesitaba saber algo más, no podía aceptar que archivaran el caso. Si Cornelis Dortsman no aparecía, al menos intentaría encontrar a Anke a través de Julius Cleve para que ella le explicara todo lo que supiera sobre Iliona Vitéz, el motivo de las marcas en el cuello y las de ligaduras en las muñecas, qué hacía con el profesor de música en la pensión Diderot, de quién estaba embarazada y por qué se había suicidado, si eso era lo que había ocurrido. ¿Podría Anke responderle a esas preguntas o era esperar demasiado?

Si el comisario se enteraba de lo que estaba haciendo, Marja temía que montara en cólera. Siguiendo las instrucciones de Van Leyden, Jurgen Sieraal había dejado bien claro que el caso de Ilona Vitéz quedaba archivado provisionalmente como suicidio o muerte accidental y así se había comunicado a la embajada de Serbia. Para el fiscal, y también para la Unidad de Homicidios, el caso no parecía tener demasiada importancia, pero Marja no podía aceptar aquel final precipitado. La visión de la chica muerta, de su cuerpo delgado, bonito y frágil, aparecía constantemente en su mente: después veía la habitación revuelta, como si alguien hubiese entrado a robar, y pensaba también en Cornelis Dortsman, todavía ilocalizable. ¿Por qué? ¿Era el responsable de la muerte de Iliona Vitéz, tal vez accidentalmente, y por eso se escondía?

Aquella noche, Marja durmió muy mal. Le costó mucho conciliar el sueño y, cuando lo consiguió, soñó con Iliona y la pensión Diderot. Vio a algunas de las personas que habían estado en la escena del crimen: al recepcionista y a su hijo, Próspero, al forense Muysart, a Laagsveld e incluso a los especialistas de la policía científica, los enfermeros y los agentes de las patrullas. Había alguien más, pero no podía distinguir quién era. De repente, vio que era Iliona. Estaba en la bañera y alguien trataba de hundirla dentro del agua. Ella intentaba liberarse, pero las manos de su agresor se lo impedían. Estaba a punto de morir y nadie se daba cuenta. Marja se despertó jadeando y se incorporó en la cama. Hacía tiempo que no tenía una pesadilla. Miró el reloj de la mesita de noche: eran las cuatro de la mañana. Se quedó en la cama pero ya no pudo volver a dormirse, y a las seis y media se tomó un café con unas tostadas, se vistió y cogió lo necesario para nadar un poco en el gimnasio antes de ponerse a trabajar.

DURANTE toda la mañana no consiguió quitarse el sueño de la cabeza. Ella era Iliona y alguien la asesinaba ahogándola en la bañera. Trató de concentrarse en el trabajo del despacho, pero le resultaba imposible. Discretamente, gracias al número de la tarjeta que había utilizado en el Metz&Co, descubrió que Julius Cleve vivía en Prinsengracht, 973. Al salir del despacho, mientras iba hacia allí, calculó cómo iba a enfocar su visita. No quería alarmarles ni a él ni a su familia, pero era evidente que tenía que presentarse como policía y explicar por qué estaba buscando a una amiga común de Julius y de la difunta Iliona Vitéz. Una vez en la dirección de Prinsengracht, Marja se encontró con una elegante casa de tres pisos con la fachada pintada de verde oscuro y coronada por un frontispicio con un relieve que representaba una barca y un león. Sin acercarse, examinó la casa con atención. Como muchos edificios de la ciudad, tenía un semisótano al que se accedía por unos pequeños escalones justo debajo de la entrada principal del edificio, una escalera noble de piedra con un pasamanos de hierro que comunicaba la puerta con la calle. En la planta principal, un gran ventanal permitía ver un salón bien amueblado y amplio, que en la parte posterior se abría hacia un jardín, al fondo del cual había una construcción más sencilla de cristal y madera. Marja supuso que podía ser un invernadero. Ni en el salón ni en el jardín se veía a nadie. Había dos ventanas en los pisos superiores, pero las cortinas tapaban la vista y más arriba, detrás del frontispicio, había probablemente un desván. Sin decidirse todavía a llamar a la puerta, Marja miró a su alrededor, aquel canal por el que tantas veces había paseado con su madre. En aquel tramo del Prinsengracht había bastantes barcos, casas flotantes y barcazas amarradas. Eran embarcaciones antiguas, pesadas y pintadas de colores oscuros, la mayoría de las cuales no se movían de allí desde hacía años. En la cubierta de algunas había objetos de lo más diverso, desde plantas, sillas, jaulas de pájaros hasta sofás, cualquier cosa era posible en las embarcaciones de Ámsterdam. También se dio cuenta de que estaba muy cerca de Amstelved y de Reguliersgracht, así como de la comisaría donde años atrás había trabajado el tío Pieter, y también de que, unas calles más arriba, cruzando el Amstel, estaba la sinagoga de Nieuwe Kerk, y que si andaba un poco más se encontraría en el Plantage, el barrio de su infancia.

Finalmente, Marja subió las escaleras hasta la puerta de la casa de Julius Cleve. A un lado de la entrada había un único timbre y un letrero que indicaba que allí vivían el doctor Adriaan Cleve, la doctora Ilse Hagen y Julius Cleve. Dos doctores y un solo timbre, una única familia para una buena casa de Prinsengracht, probablemente gente con dinero, dedujo Marja mientras llamaba. Después de un rato, cuando ya se temía que no había nadie en la casa, una mujer abrió la puerta. Tendría unos cincuenta y tantos años, quizá sesenta, calculó rápidamente Marja. Su cara resultaba agradable,

con unos ojos muy azules y unas facciones delicadas. Llevaba el pelo rubio recogido con una cinta, era delgada y vestía unos vaqueros viejos y un jersey negro. Llevaba en la mano unos guantes de jardinero y unas tijeras. Marja se dijo que era una mujer muy interesante e incluso guapa, y que de joven lo habría sido aún más. La mujer preguntó quién era y qué quería, y Marja se presentó mostrando su identificación y preguntando si aquél era el domicilio de Julius Cleve —pregunta aparentemente innecesaria visto el letrero de la entrada—, apresurándose a decir también que sólo quería hablar con él para ver qué podía contarle sobre una amiga.

—Soy Ilse Hagen, la madre de Julius. Él ahora no está, ni tampoco mi marido —dijo la mujer, calmada pero alerta. Era evidente que la visita de Marja la había preocupado—. ¿De qué amiga quiere hablar con mi hijo?

—La chica se llama Anke, se encontraron el viernes pasado en la cafetería del Metz&Co. ¿Dónde está ahora su hijo?

—Alguna vez ha mencionado a una Anke, pero no sé nada de ella —afirmó la mujer—. De todos modos, mi hijo es muy reservado y casi nunca me habla de sus amistades, que son pocas. Esta tarde Julius ha ido al cine De Vitkijk y luego irá a dar una vuelta. No sé si vendrá a cenar, a veces come algo en algún café del centro.

—¿Tiene teléfono móvil?

—Sí, pero no se lo ha llevado —explicó la mujer, mientras hacía pasar a Marja al interior de la casa—. ¿Por qué quiere hablar con Julius de una amiga? No lo entiendo.

Marja echó un vistazo rápido a la sala donde se encontraban. Otra familia acomodada holandesa. Mobiliario moderno y de buen gusto. En las paredes había cuadros y grabados muy decorativos. Una de las pinturas era un pequeño óleo de Hendrick Avercamp que podría ser perfectamente un estudio preparatorio de un fragmento del *Paisaje de invierno con patinadores sobre hielo* que tanto le gustaba. A diferencia del domicilio de los Dortsman, donde las pinturas eran copias —a excepción del cuadro tropical de aquella pintora que no conocía, Rieka Bunge—, los Cleve se rodeaban de obras originales. Marja se fijó también en algunas fotografías de la mujer con dos hombres, uno de su edad y otro bastante más joven.

—Son Adriaan, mi marido, y nuestro hijo Julius —dijo Ilse Hagen, percibiendo el interés de Marja.

Marja se fijó en Adriaan, un hombre rubio, alto. Era bastante fotogénico, igual que su mujer y su hijo.

—Y Julius, ¿qué edad tiene?

—Veintisiete años. ¿Por qué?

Marja hizo como si no hubiera oído la pregunta de Ilse Hagen.

—¿Estudia o trabaja?

—Trabaja en el sector de la exportación y la importación para una empresa angloholandesa con sede en Londres. ¿Por qué lo pregunta?

—Quiero hacerme una idea de cómo es su hijo, eso es todo, pero en realidad estoy buscando información sobre una tercera persona. Tal vez Julius o usted la

conozcan —explicó Marja, callando intencionadamente antes de pronunciar el nombre—; se trata de Iliona Vitéz.

Marja estudió atentamente la reacción de la mujer al oír el nombre de Iliona Vitéz. Claro que había mucha gente que sabía controlar a la perfección sus gestos, tal como le había dicho una vez Laagsveld, pero ella también había aprendido a fijarse en cualquier detalle, por mínimo que fuera. Al pronunciar el nombre de Iliona Vitéz, Marja percibió un leve movimiento en los ojos de Ilse Hagen. ¿Sorpresa? ¿Contrariedad? Todavía no podía saberlo, pero parecía que el nombre no le era indiferente, incluso antes de su respuesta, un poco evasiva.

—Sí, la conozco. Ha venido en alguna ocasión a casa, es amiga de Julius, pero en realidad no puedo decirle mucho más. Creo que es bastante reservada, igual que mi hijo.

—Exactamente, ¿qué puede decirme de Iliona Vitéz? —preguntó Marja con un tono amable pero firme.

—Casi nada, ya le digo. Sé que es de Vojvodina, en los Balcanes, y que trabaja en el Bloemenmarkt.

—¿Cómo sabe eso? ¿Se lo ha dicho su hijo?

—Me lo contó la chica en la única ocasión en la que hablamos un poco.

—Dice que Iliona Vitéz ha venido por aquí alguna vez. ¿Cuántas veces? ¿Dos, tres, tal vez más? ¿Puede ser más precisa, por favor?

—Que estuviera yo, cinco; no —rectificó Ilse Hagen—, seis.

—¿Y qué hacen? ¿Charlan, escuchan música?

—Se quedan en la habitación de Julius. Un par de veces he oído que ponían películas.

—¿Qué tipo de películas?

—A mi hijo le encantan las películas antiguas, como las de Eisenstein o Fritz Lang.

—No hay muchos jóvenes que vean ese tipo de cine —sentenció Marja, realmente sorprendida con los gustos de Julius Cleve—. ¿Y los ha oído hablar, quiero decir en la habitación?

—Sí, pero no me gusta husmear. La verdad es que no sé de qué hablan.

—¿Su hijo trae a una chica a casa y usted no siente curiosidad sobre de qué hablan? ¿No tiene la tentación de escuchar a hurtadillas? ¿Tampoco le ha preguntado? —se extrañó Marja, desconfiada.

—Ya se lo he dicho, no soy una fisgona.

—Si su hijo es tan reservado, debe de ser muy amigo de Iliona Vitéz para traerla aquí media docena de veces estando usted en casa.

—¿Hay algo de malo en eso?

—No, nada, claro —concedió Marja—. ¿Cuándo la vio por última vez?

—No lo recuerdo, tal vez haga ya más de un mes. ¿Por qué quiere saberlo?

Ilse Hagen tenía un ademán muy serio.

—El pasado día 11 encontramos el cadáver de Iliona Vitéz en una pensión de Sint Antoniesbreestraat.

La cara de Ilse Hagen cambió por completo, era evidente que la noticia la había trastornado. La mujer se llevó una mano a la frente, ensuciándose con un poco de la tierra que habría estado arreglando en el jardín o en el invernadero.

—¿Muerta? ¿La chica está muerta? —preguntó, casi asustada—. Y la policía piensa que mi hijo...

—No se preocupe, señora Hagen, sólo queremos hablar con Julius para saber algo de su amiga, eso es todo. A juzgar por los indicios que tenemos, la muerte de Iliona Vitéz puede haber sido un suicidio o un accidente —dijo Marja, sin mencionar las marcas de ataduras en las muñecas ni la posibilidad de que la chica hubiera sido asesinada—. Quizá su hijo nos pueda ayudar, igual que Anke. ¿Qué nos puede decir de Anke?

Ilse Hagen dudó antes de responder. Fueron sólo unos instantes, pero Marja se dio cuenta de que vacilaba.

—Nada en realidad. Julius sólo ha mencionado su nombre de pasada.

—Haga un esfuerzo, señora Hagen. ¿Sabe dónde vive o tiene su teléfono?

—Julius es muy reservado, ya se lo he dicho, no sé nada de esa chica. Tal vez le haya oído mencionar el nombre, pero no sé nada.

—¿Puede decirme algún sitio donde vaya Julius? Quizá se conocieran en algún café —sugirió Marja.

—Algunas tardes va a De Jaren, otras al Vertigo.

Como cualquier habitante de Ámsterdam, Marja conocía los dos cafés, muy distintos el uno del otro. De Jaren, junto al canal Singel, estaba en pleno centro de la ciudad, mientras que el Vertigo, el café del Nederlans Filmmuseum, estaba en uno de los extremos del Vondelpark. Los dos tenían una clientela joven, pero en De Jaren había más extranjeros y más movimiento, mientras que el Vertigo —a pesar del nombre, inspirado en la película de Alfred Hitchcock— era un lugar más tranquilo, casi un refugio dentro de otro refugio, el parque Vondel.

—Cuando vuelva su hijo, dígame que me llame. Por cierto, usted conoce a un hombre llamado Cornelis Dortsman, ¿verdad? Por lo que sabemos, daba clases de clarinete a Iliona Vitéz.

Marja percibió de nuevo unos instantes de duda en la respuesta de Ilse Hagen.

—¿Cornelis Dortsman? Sí, claro, es un buen amigo de la familia. Es verdad que daba clases a Iliona Vitéz.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio o habló con él?

—¿Que lo vi? Hace ya bastante tiempo. Tal vez veinte días o más, pero llamó no hace mucho, el jueves de la semana pasada.

—¿Hace cinco días? —se sorprendió Marja—. ¿Qué le dijo? ¿Sabe dónde está? Es importante.

—Yo no estaba, y mi marido y nuestro hijo tampoco. Me dejó un mensaje que

decía que quería hablar conmigo, pero no sé de qué.

—¿No le decía en el mensaje sobre qué quería hablar?

—Nada, dijo que me volvería a llamar, pero no lo hizo.

—¿Y usted no lo llamó para saber qué quería?

—Pues no —afirmó con seguridad—. No me gusta el teléfono, prefiero hablar con la gente directamente. Además, supuse que si no me volvía a llamar no sería muy importante lo que tenía que decirme.

—En el mensaje, ¿le pareció nervioso o asustado?

—¿Nervioso o asustado? ¿Por qué tenía que estarlo? —preguntó la mujer, mirando fijamente a Marja con una dureza que desconcertó a la detective—. Si me lo hubiera parecido, le habría llamado.

—Señora Hagen —dijo Marja, tratando de no demostrar su contrariedad y parecer firme—, usted dígame sólo cómo le pareció que era el tono de voz de Cornelis Dortsman.

—No muy distinto del habitual. Es un hombre muy educado y uno de los mejores intérpretes de clarinete de la orquesta del Concertgebouw —aclaró la señora Hagen.

—No muy distinto significa que sí había algo distinto, ¿qué era?

Ilse Hagen se estaba esforzando por parecer natural, pero era evidente que aquella conversación la molestaba.

—Estaba un poco apagado, como si le costara hablar, pero claro, tal vez fueran imaginaciones mías.

—¿No sabe dónde puede estar ahora el señor Dortsman? No está de gira, y ni en su casa ni en el Concertgebouw saben nada de él, y tampoco contesta las llamadas a su móvil. Su madre ha denunciado su desaparición.

—No lo sé, lo siento.

—Haga un esfuerzo, por favor. Dígame dónde podría haber ido, si tiene un café o un lugar preferido o amigos en común.

La mujer pensó unos momentos para luego decir que no tenían amigos comunes, que el vínculo entre Cornelis y ellos era Adriaan, su marido. Se habían conocido hacía muchos años de forma fortuita, después de un concierto de la orquesta de Cornelis Dortsman en la ciudad suiza de Basilea, donde Adriaan iba a menudo por motivos profesionales; se habían caído bien y habían vuelto a verse alguna otra vez, e incluso habían realizado un par de salidas en un barco de vela que Adriaan tenía en el puerto de Hoorn. Últimamente casi no se habían visto porque Cornelis decía que tenía trabajo y que debía ocuparse de su madre. Y su marido últimamente también había estado muy ocupado. Trabajaba como cirujano en el hospital Onze Lieve Vrouwe, aunque aquellos días estaba en un seminario médico que se celebraba justamente en Basilea.

Marja se dio cuenta de que Ilse Hagen estaba nerviosa e intranquila, aunque intentaba disimularlo. No era de extrañar: alguien cercano a su hijo había muerto y había una agente de policía en su casa haciendo preguntas. Marja era consciente de

que estaba allí siguiendo sólo una intuición: la sensación de que el caso de Iliona Vitéz se había cerrado demasiado deprisa. Suicidio o muerte accidental, ésas eran las hipótesis que se barajaban en la comisaría de Elandsgracht. Pero ¿cómo se explicaban las marcas del cuello y las muñecas del cadáver, aunque se las hubieran hecho en los días anteriores a su muerte? ¿Y la habitación revuelta de la pensión Diderot? ¿Y la desaparición de Cornelis Dortsman? No podía entender por qué Jurgen Sieraal había perdido el interés por el caso. No podía dejarlo sin más, pero su visita a la casa de los Cleve no formaba parte de ninguna investigación formal. Era mejor que se fuera sin esperar a que Julius volviera del cine. No obstante, antes dejó su teléfono a la mujer y le pidió que su hijo la llamara al día siguiente a primera hora. Ya en el umbral de la puerta, Marja se enteró de que Ilse Hagen no era médico como su marido, sino bioquímica, de ahí el título de doctora, y que trabajaba en los laboratorios Afferden, en las afueras de la ciudad de Lelystad, en la isla de Flevoland. La empresa se dedicaba a distintas formas de explotación de los recursos marinos.

Cuando Marja abandonó la casa de los Cleve, la tarde empezaba a tomar la tonalidad rojiza del atardecer. Hacía frío, y un viento molesto dificultaba la circulación de los ciclistas, que dibujaban formas caprichosas sobre la superficie del Prinsengracht. En el interior de algunos de los barcos y de las casas flotantes del canal ya necesitaban la luz eléctrica. Marja echó un último vistazo a la casa antes de alejarse. Por unos momentos le pareció que la estaban observando desde el piso superior. Si Julius y su padre, Adriaan Cleve, no estaban en casa, sólo podía ser Ilse Hagen. La mujer se habría quedado preocupada por su visita. Aquella noche hablaría con su hijo en cuanto llegara, y éste al día siguiente llamaría a la comisaría preguntando por la inspectora Marja Batelaar.

En el camino de vuelta, pedaleando por Prinsengracht en dirección al Jordaan, Marja pasó por delante del cine De Vitkijk, donde quizá todavía se encontraba Julius Cleve. Ella también había ido allí con sus hermanos hacía años, y últimamente con Lionel y Carol, y a veces sola. Por un momento pensó que quizás Iliona Vitéz también había estado en aquella sala y que ahora su cadáver yacía en otra, después de que se le practicara la autopsia, y que si a lo largo de los días siguientes no encontraban a algún familiar suyo en Novi Sad que pudiera ocuparse de ella acabaría incinerada. Marja se imaginó a Iliona y a su profesor de música, Cornelis Dortsman, interpretando en el domicilio de éste piezas de Schubert. Marja no cesaba de preguntarse cuál era el vínculo entre ellos; intuía que eran algo más que profesor y alumna, aunque se resistía a creer que Iliona estuviera embarazada de Cornelis Dortsman. Pero ¿qué hacían en la pensión Diderot? ¿Por qué iban a pasar dos noches? Y, si no estaban allí por sexo, ¿se escondían de alguien?

Al fin, Marja llegó a su casa y, después de comprobar que no tenía ningún mensaje de Franz ni en el correo electrónico ni en el contestador del teléfono fijo, se cambió de

ropa, se puso una falda negra y una blusa azul con un abrigo encima, y se fue a buscar a Louise para convencerla de que fueran a cenar juntas a De Tuin. Había bastante gente aquella noche en el local, y durante un buen rato Marja y Louise estuvieron calladas, limitándose a comer y a observar a la clientela. Luego dieron una vuelta por las calles del Jordaan, a pesar del frío y de una molesta llovizna, hasta que llegaron al Prinsengracht, que siguieron hasta el Browsersgracht. Donde se cruzaban ambos canales había un café que había visitado alguna vez. Louise no quería entrar. Estaba cansada y prefería volver a su barco, pero Marja insistió en que tomaran una cerveza y su amiga finalmente accedió. Dentro del local había un grupo de amigos que hablaban en voz alta y que de vez en cuando se ponían a cantar. Había dos parejas mayores y un grupo de cuatro chicas que no paraban de charlar muy animadas. Después de pedir las cervezas, Marja y Louise se sentaron a la única mesa libre, junto a la ventana. Seguía lloviendo y en el canal las casas flotantes y barcazas parecían cajas grandes y oscuras con una tenue luz interior flotando sobre el agua.

Marja le contó a su amiga que dos calles más arriba, al otro lado del canal, en Haarlemmerdijk, vivía su tío Pieter, un honrado exsargento de policía y judío practicante. Algún día se lo presentaría. Louise asintió con la cabeza, pero parecía un poco ausente. Marja le preguntó si se encontraba bien o si le preocupaba algo, y Louise, después de algunas evasivas, le reveló que su hermana la había llamado desde Dombatown para avisarla de que su madre, que sufría del corazón desde hacía años, últimamente había empeorado y estaba ingresada en un hospital de una ciudad cercana, Midland. Louise y su madre nunca se habían llevado bien, pero ahora Louise estaba decidida a volver a Estados Unidos para verla antes de que fuera demasiado tarde. De hecho, ya tenía el billete de avión para dentro de tres días y no sabía cuándo iba a volver, si sería al cabo de dos semanas, un mes o incluso más. Su hermana le había contado por teléfono que los médicos no le daban mucho tiempo a su madre, y le había reprochado su ausencia y el hecho de que ella había tenido que hacerse cargo de la mujer, puesto que su padre tampoco estaba mucho mejor, mientras Louise vivía en Europa jugando a ser artista.

A Marja le dio pena la historia de su amiga. Primero había perdido a su marido, Marcus, por culpa del cáncer, y ahora, cuando parecía ser feliz en su pequeño mundo flotante sobre el Bloemgracht, con sus grabados, sus fotos y sus proyectos de viajar a sitios como Santo Tomé y Príncipe o Madagascar, se veía obligada a volver a Texas, de donde creía haber escapado para siempre. Tras salir del local y mientras caminaban por el Prinsengracht, Louise le pidió a Marja que vigilara su pequeño barco y que diera de comer a *Jeff*. El animal hacía vida sobre todo en cubierta; desde allí, se aventuraba a veces a pasearse por las calles de alrededor, pero cuando le apetecía entraba al interior del barco por una gatera. Marja le aseguró que se ocuparía del gato y del barco. Cuando se separaron, se dirigió a su casa y desde su salón vio a Louise sentada en una silla en la cubierta, a pesar del frío. Tenía una taza en la mano. Allí, en medio del silencio del Bloemgracht, seguro que Louise tenía la cabeza muy

lejos, en Texas, en un mundo del que había querido huir y al que tendría que volver por culpa de la enfermedad de su madre.

DURANTE los dos días siguientes, Marja no recibió ninguna llamada de Julius Cleve en comisaría. Estaba convencida de que Ilse Hagen no se habría olvidado de avisar a su hijo de que una inspectora de policía quería hablar con él. Entonces, ¿por qué no la llamaba? Enfadada, Marja aprovechó que ni Laagsveld, que estaba enfermo y no había ido a la oficina, ni ningún otro investigador estaba cerca de su mesa para llamar a Julius Cleve. Al cabo de un rato alguien descolgó el aparato al otro lado de la línea. Era la voz de un hombre joven. Marja supuso enseguida que sería Julius, y se presentó y confirmó la identidad del hijo de los Cleve. Marja le preguntó por qué no había llamado antes, pero no consiguió ninguna respuesta, sólo un silencio que ella trató de interpretar: ¿sorpresa, olvido, o quizá condescendencia e incluso enfado?

—Conocía a Iliona Vitéz, ¿verdad?

—Sí —respondió lacónico Julius.

—¿Sí? ¿No me puede decir nada más? —dijo Marja, procurando no demostrar su irritación. Una amiga suya había muerto, su madre seguro que se lo había contado, ¡y él sólo era capaz de articular un sí!

—Éramos amigos, si eso es lo que quiere saber —dijo Julius, con una voz fina, sin ningún matiz ni nada que desvelara su estado de ánimo.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Marja, cambiando el usted por el tú.

—Fue hace unos dos años, en el Vertigo. Empezamos a charlar por casualidad. Luego nos vimos un par de veces.

—¿Y entonces, hace dos años, Iliona ya hablaba holandés?

—Al principio hablábamos en inglés, porque no dominaba bien el idioma, pero luego lo aprendió bastante rápido —aclaró Julius—. ¿Sabes algo de su familia?

—Iliona era de Novi Sad. Sé que su familia murió durante los bombardeos norteamericanos del conflicto de Kosovo.

—¿Toda la familia murió?

—No lo sé, quizá toda no, pero sus padres y su hermana sí. Si había alguien más, nunca me lo dijo.

—¿Qué hacía en Holanda?

—Trabajaba en el mercado flotante de las flores, aquí, en Ámsterdam.

—Eso ya lo sé —lo cortó Marja, a la vez que notaba que Julius se ponía un poco tenso. Por unos momentos los dos se quedaron callados. Luego Marja retomó las preguntas—. ¿Cuándo viste por última vez a Iliona Vitéz?

Julius no contestó enseguida.

—No se lo puedo decir con seguridad, tal vez fuera hace unos veinte días o más. Fue por casualidad, nos encontramos en la entrada de la Estación Central.

Marja calculó que la última vez que Iliona y Julius se habían visto había sido tres

días antes de que encontraran el cadáver de la chica en la pensión Diderot.

—¿Y no notaste nada extraño? ¿Estaba nerviosa o triste?

—Charlamos sólo unos minutos y no noté nada extraño —dijo Julius—. Iba al otro lado de la estación para coger el transbordador que lleva a Noord.

—¿Tienes su dirección?

—Supongo que sí, tendría que buscarla —respondió Julius, a quien, a juzgar por su tono de voz, parecía que aquel asunto le importunaba.

—Hazlo, es importante —exigió Marja, mientras se imaginaba a Julius dejando el teléfono para obedecerla de mala gana. Al cabo de un rato volvió a oír la voz del chico.

—Meeuwelaan, 239.

—Tenéis una amiga común, una chica llamada Anke, ¿verdad?

—Sí —contestó Julius, de nuevo lacónico e inexpresivo.

—El viernes estuviste con ella, con Anke, en la cafetería del Metz&Co —dijo Marja—. ¿Te dijo algo de Iliona?

—No, nada —respondió Julius, un poco indeciso.

Ahora sí: Marja tenía la certeza de que el chico le estaba ocultando algo.

—¿Cuál es el apellido de Anke? ¿Dónde la puedo encontrar?

—Se llama Verbrugge, pero no sé dónde la puede encontrar. Lo único que sé es que su familia es de Urk, pero ella ya no vive allí.

—¿De verdad no sabes dónde la puedo encontrar? No me lo creo.

Al otro lado del teléfono, Julius dudó.

—Pues es verdad. Nos hemos encontrado muy pocas veces. Es más amiga de Iliona que mía. —El chico se excusó y añadió—: La primera vez que la vi fue paseando por Sarphatipark; ella iba con Iliona y ésta nos presentó. Luego he vuelto a verla tres o cuatro veces por el centro de la ciudad. Creo que en una ocasión le oí decir que vivía en la zona de Haarlemmerdijk, pero no tengo la dirección.

Marja pensó inmediatamente en su tío Pieter, que también vivía por allí.

—Cuando Anke y tú os visteis en la cafetería, ¿habíais quedado?

—No, no habíamos quedado, nos encontramos por casualidad en la calle, no muy lejos de allí, y decidimos subir a la cafetería a tomar algo, eso es todo —aclaró Julius.

—Has dicho que no hablasteis de Iliona. Entonces, ¿de quién o de qué charlasteis?

—Estuvimos poco rato en la cafetería —aclaró Julius y añadió—: Charlamos un poco sobre su proyecto de irse a vivir al extranjero.

—¿Dónde?

—No lo tenía muy claro, era sólo una idea. Habló de Italia, pero también de Grecia.

—¿Tiene novio?

—No, creo que no.

—¿Por qué discutisteis tú y Anke en la cafetería?

Marja percibió la perplejidad de Julius al otro lado del teléfono. No se esperaba aquella pregunta y estaría pensando rápidamente qué responder.

—¿Discutir? —preguntó el chico algo vacilante, lo cual hizo pensar a Marja que estaba a punto de negarlo. Pero no fue así, porque debió de comprender que alguien los había visto en la cafetería y que por eso se lo preguntaba. Puede que sí, yo estaba algo nervioso y me enfadé un poco por un comentario suyo sobre mi forma de vestir.

—¿Te pones nervioso a menudo?

—Son cosas mías.

—Una persona ha muerto y era amiga tuya —replicó Marja con dureza—. Es mejor que contestes a mi pregunta.

—Sólo en ocasiones —respondió Julius, más dócil.

—¿Tienes el número de su móvil?

—Pero ¿a qué vienen tantas preguntas? —exclamó Julius, después de darle el número de teléfono de Anke Verbrugge.

—Ha muerto una chica, una amiga tuya —dijo Marja con sequedad, dándose cuenta de que sus palabras podían parecer un reproche—. ¿Sabías que estaba embarazada?

Marja notó que al otro lado de la línea se hacía un silencio pesado y tenso.

—No, no lo sabía.

Marja intuyó que Julius estaba mintiendo. Pero ¿por qué? ¿Era él el padre?

—¿Y de quién podía estar embarazada? ¿Tienes alguna idea?

—¡Cómo quiere que lo sepa! —protestó Julius, irritado—. Éramos amigos, ¡pero no me lo contaba todo!

Marja no dijo nada, esperando a ver si la explosión de Julius podía ofrecerle alguna información más, pero no fue así.

—Otra cosa: Iliona daba clases de clarinete con un amigo de tu familia. Sabes de quién te estoy hablando, ¿verdad?

—Claro, de Cornelis Dortsman —respondió rápidamente Julius.

—¿Qué puedes decirme de él? ¿Cómo se conocieron?

—Iliona ya asistía a clases de clarinete en su país —dijo Julius—, y un día me contó que quería seguir con ellas. Yo le dije que un amigo de la familia, Dortsman, era intérprete de clarinete en el Concertgebouw y que había dado algunas clases particulares. Al principio, cuando Iliona se lo pidió Dortsman no quiso, pero luego cambió de idea.

—¿Por qué?

Julius, de nuevo, tardó en responder.

—No lo sé, tal vez Iliona le cayera bien, o tal vez pensara que tenía un gran talento y lamentó no ayudarla.

—¿Y era buena con el clarinete?

—Mi madre cree que sí. Yo no sé mucho de música.

—¿Eran profesor y alumna o algo más? —preguntó Marja, y más directamente—:

¿Iliona estaba embarazada de Cornelis?

—No lo creo —respondió Julius y añadió—: Bueno, no es muy probable.

—¿Por qué?

—Cornelis Dortsman —aclaró Julius— es homosexual.

AQUEL mediodía Klara Müller propuso a Marja ir a comer juntas y ella aceptó. Durante los casi tres años que llevaba trabajando en la comisaría, sólo habían comido juntas en tres o cuatro ocasiones y siempre había sido por iniciativa de Klara Müller, así que Marja agradeció el gesto y fueron andando hasta un pequeño restaurante indonesio de Rozengracht. El día era frío y gris, así que se apresuraron a llegar al restaurante. El local, estrecho y un poco sucio, estaba casi vacío a pesar de que era la hora del almuerzo. Sólo había una mesa ocupada por tres hombres asiáticos, operarios de alguna empresa de la zona. Las dos mujeres cogieron una mesa junto a la única ventana del restaurante. Se oía el hilo musical que emitía canciones orientales. Klara dijo a Marja que no hiciera caso de las apariencias, porque en aquel restaurante se comía muy bien gracias al arte culinario de la señora Kai, la esposa del dueño. Éste se llamaba Filipe Sunein y era un hombre pequeño y delgado que malvivía de aquel negocio; sin embargo les había sido muy útil más de una vez gracias a las informaciones que había recabado sobre delincuentes y mafiosos de poca monta que corrían por la zona.

Mientras el dueño tomaba nota de lo que querían y les agradecía la visita, Marja se fijó en unas esculturas horrorosas de divinidades hindúes que no había visto al entrar. Durante el almuerzo, Klara le contó que, a diferencia de la mayoría de indonesios, Filipe no era musulmán sino hindú y que por eso tenía esas esculturas, mientras que la señora Kai era cristiana, católica. Pronto dejaron de hablar del matrimonio indonesio y de sus creencias religiosas.

—Jan lleva tres días enfermo —dijo Klara refiriéndose a Laagsveld. Marja se quedó en silencio porque presentía que aquélla no era una observación casual—. Últimamente lo veo raro, distinto —continuo—. Siempre dice que su vida es ser policía, pero yo creo que tendría que dejarlo, lleva demasiado tiempo persiguiendo a desgraciados.

—Tú también llevas mucho tiempo en esto, ¿no?

—Sí, es verdad, pero a mí aún no me ha llegado la hora, en cambio a Jan veo que le está afectando. Antes ya perdía los nervios más de una vez, pero estos últimos días se ha extralimitado. Hace una semana se emborrachó en un *pub* y terminó a puñetazos con un grupo de chicos seguidores del Ajax, aunque a él no le interesa ni lo más mínimo el fútbol. Y al cabo de dos días quiso detener a un policía de la comisaría de Amstelveed con una acusación de tráfico de drogas sin fundamento.

—Quizás el caso del asesinato del empresario del espectáculo le esté afectando más de lo que se podía prever —insinuó Marja, refiriéndose al último caso que habían asignado a Laagsveld mientras a ella la habían encargado el papeleo de Homicidios.

—Tal vez, pero tengo la impresión de que hay algo más —dijo Klara—. Ayer por la noche me quedé hasta tarde en la comisaría y Jan llamó por teléfono. Yo no hablé con él, cogió la llamada otro compañero, pero supe que era él quien llamaba y que quería hablar con el comisario Klerk. No pude entender el motivo, pero discutieron. ¡Tendrías que haber visto la cara del viejo al colgar!

—No puede negarse que Laagsveld es un hombre con carácter —advirtió Marja—, igual que el comisario.

—De todas formas, si no vuelve pronto al trabajo lo llamaré —dijo decidida Klara Müller—. Estoy preocupada por él.

Las dos mujeres siguieron comiendo sin decir nada durante un rato. Marja pensaba que Klara sentía una gran afinidad hacia Jan o incluso algo más.

—¿Recuerdas el asunto de la pensión Diderot? —preguntó de repente Marja, desviando la atención de Laagsveld hacia la chica muerta—. Sigo dándole vueltas.

—El fiscal y el Viejo lo han archivado. ¿Por qué insistes?

—Una chica de origen extracomunitario, embarazada y muerta, con señales de violencia en el cuerpo, la habitación patas arriba y un hombre, su acompañante, desaparecido desde entonces —resumió Marja—. A todo eso no se le puede dar carpetazo. He hecho algunas preguntas por ahí.

—¿Y qué has sacado?

—De momento poca cosa, una dirección en Noord, la fotografía de su acompañante, Cornelis Dortsman, y algunas conversaciones con gente que lo han conocido, pero todavía es demasiado pronto para hacer su perfil y descubrir qué ha sucedido. Una de las personas que conoció a Iliona Vitéz, un chico de una familia acomodada llamado Julius Cleve, me ha dicho que no era posible que Iliona estuviera embarazada de Cornelis Dortsman porque éste es homosexual.

—Así se viene abajo una posible historia de sexo entre ellos dos en la pensión Diderot, me imagino.

—Tal vez, pero entonces, ¿qué hacían en aquel antro?

—¿Esconderse de alguien? —apuntó Klara.

—Es posible, porque si no, ¿qué sentido tiene que Cornelis Dortsman utilizara un nombre falso, el de Aldous van Lennep?

—¿Por qué te interesa tanto esa historia? El Viejo quiere que te dediques al papeleo.

—No sé, tal vez sea porque tengo un presentimiento, o quizá porque la vi en la bañera. Iliona Vitéz, una chica tan joven, muerta; su cadáver abandonado en un lugar gris y feo. Supongo que pensé qué habría podido ser de su vida. Yo no la conocía de nada, y aun así la sentí muy cerca, tuve una proximidad extraña con ella. Me imagino que pensarás que me tengo que quitar estas ideas de la cabeza, pero no puedo dejar que el caso se cierre en falso, sin saber qué le sucedió realmente a la chica.

—No creas —la contradujo Klara, sonriendo—. A algunos de los policías de Homicidios no les haría daño tener un poco de tu sensibilidad. Pero si piensas así,

sufrirás mucho en esta profesión. De todas formas, te advierto que cuando el Viejo cierra un caso, no le gusta nada que sigamos por nuestra cuenta.

Al margen de lo que pensarán Van Leyden y el comisario, Marja se dijo que no renunciaría a su inconformismo. El mundo daba vueltas gracias a la inquietud, a la rebeldía. Sus amigos Lionel y Carol eran así, pronto se trasladarían con sus *batiks* y sus clases de piano a las islas Frisias persiguiendo su ideal de vida; y también lo era Louise, aquella excéntrica norteamericana que había hecho de su barco en el Bloemgracht su refugio; o su novio Franz, obsesionado por la historia de la Europa Central, que se escapaba algunas noches a tocar la trompeta a un club del barrio berlinés de Prenzlauer Berg; también lo eran sus padres, cada uno a su manera, su padre restaurando edificios en una ciudad brasileña y la madre fotografiando los paisajes volcánicos de una isla atlántica; su hermano Ariel, buscando una vida diferente en Haifa; e incluso el tío Pieter, que aún de vez en cuando quizá creyera haber descubierto alguna nueva pista sobre la identidad del asesino de Willem; o Klaus, el dueño del *Scheepskameel*, que se ponía sentimental al hablar de los años en los que vivió en Sudáfrica. Todas ellas eran personas inquietas e infelices que, por tanto, hacían avanzar el mundo. Ella también quería ser así, no rendirse, y por eso se negaba a aceptar que archivaran el caso de Iliona Vitéz sin más. Pensando en ello, Marja se dijo que, a excepción de su tío Pieter, que seguía viviendo como siempre en Haarlemmerdijk con su sueldo de policía retirado, y de ella misma, en el resto de los casos la rebeldía había significado huir, marcharse lejos. Sin embargo ella —a pesar de que le gustaba pasar los fines de semana en Uitdam y los veranos con Franz en Murano o en alguna localidad de la costa dálmata, y que alguna vez había fantaseado con la idea de trasladarse una temporada a Oporto, la ciudad de los abuelos maternos— no se veía capaz de vivir en otro lugar que no fuera Ámsterdam, ni tan siquiera fuera de las calles y los canales del Jordaan. Marja no huiría, no.

Mientras volvían a la comisaría, Klara Müller se ofreció para acompañarla a inspeccionar el domicilio de la chica muerta. Marja dudó, pero finalmente le dijo que ya lo haría ella sola, que no se preocupará. Durante el resto de la tarde, se dedicó a poner orden en los expedientes, que ocupaban tres cajas. No se explicaba por qué Jurgen Sieraal la obligaba a hacer aquello. ¿Qué era ella, una investigadora o una administrativa? Fastidiada, de vez en cuando abría el correo electrónico para ver si tenía algún mensaje de Franz. Nada, era como si viviera aislado, incomunicado en la costa báltica. Marja le envió un mensaje en el que le contaba que seguía por su cuenta con la investigación de Iliona, ya que el comisario la había archivado. También le preguntaba cuándo terminaría su trabajo en Polonia y volvería a Berlín. Podrían encontrarse y ella misma se ofreció a ir a verlo. Luego probó suerte con el teléfono, pero sin éxito. Sólo podía oír la grabación de voz de Franz que decía que dejara un mensaje.

CUANDO salió del trabajo, Marja volvió a casa en bicicleta y, después de saludar a Louise, que estaba en la cubierta de su barco, cogió el coche y salió de la ciudad en dirección a Noord a través del puente que cruzaba la bahía de IJ. Abajo pudo ver el embrollo de embarcaciones que había en aquella zona de las afueras: viejas barcazas y distintos tipos de pequeños barcos convivían con casas flotantes que parecían no haberse movido nunca de allí. Algo más lejos también se divisaban los edificios de los suburbios de Noord. A los pocos minutos se encontró conduciendo lentamente entre aquellas casas donde vivían ciudadanos holandeses no tan afortunados como los de Ámsterdam o los de las pequeñas ciudades históricas del resto del país. Noord tenía la atmósfera propia de un suburbio nuevo y pobre, con grandes extensiones de casas idénticas, sin adornos, donde convivía la población blanca pobre con las distintas oleadas de inmigración, primero de africanos y asiáticos, y ahora también de gente de Europa del Este.

Paró el coche a un centenar de metros de la dirección que buscaba y caminó hacia allí a buen ritmo, pero fijándose en todo lo que veía. En la calle no había casi nadie —empezaba a ser tarde y hacía frío— y en algunas casas ya habían encendido las luces. Al pasar por delante de un café turco, un grupo de hombres la miró con cierta hostilidad. Marja se puso un poco nerviosa, pero siguió su camino. El número 239 de Meeuwelaan era un edificio de cuatro plantas con un poco de césped en la entrada. La puerta de acceso estaba cerrada, y Marja leyó con atención los nombres que había en el portero automático. Menos dos, todos eran de origen extranjero. No había ningún Vitéz. Sin embargo, se fijó en que uno de los timbres no tenía nombre, y recordó que la policía de Noord no tenía datos de Iliona Vitéz. Marja pensó que era probable que el apartamento estuviera a nombre de otra persona y llamó arbitrariamente a uno de los timbres. Después de esperar un rato, llamó a otro timbre y entonces sí, una señora mayor, después de que Marja se identificara como policía, le abrió la puerta de la calle. Subió hasta el primer piso, donde vivía la mujer que le había abierto y que la estaba esperando en el umbral. Marja le preguntó si conocía a una vecina llamada Iliona Vitéz, y la mujer le respondió que sí, que era una buena chica que vivía justo en el apartamento de enfrente. Le contó que, por lo que sabía, trabajaba en el Bloemenmarkt vendiendo flores y que algunos domingos por la mañana la oía tocar el clarinete. Había visto a mucha gente pasar por su apartamento, todos extranjeros, y luego durante semanas parecía que no había nadie. Según la mujer, los últimos habían sido una pareja de portugueses, un chico delgado que nunca hablaba, Jaco Oliveira, y su novia, una chica de color —no negra, sino mulata, puntualizó— muy guapa y simpática, todo lo contrario que el chico; se llamaba Murma, un nombre que a la mujer le había parecido curioso. Al parecer, la chica le había contado que había

nacido en una isla africana del Atlántico, pero la vecina no se acordaba del nombre. La mujer informó a Marja de que, después de ellos, Ilona, a la que definió como muy correcta, alquiló el apartamento, y luego añadió que no la había visto desde el incendio, o incluso desde antes del siniestro. Al parecer no la veía desde hacía ya diez días o más, y eso le había extrañado.

—¿Qué incendio? —preguntó Marja, dándose la vuelta hacia la puerta del otro apartamento que había en el rellano y cayendo en la cuenta de que estaba estropeada y cerrada con un candado.

—Hace cinco días empezó a salir humo por debajo de la puerta y por la ventana. La chica no estaba y los vecinos avisamos a los bomberos, que tuvieron que forzar la puerta para apagar el fuego —dijo la mujer—. Los bomberos no nos contaron cómo se había originado el incendio, ni la policía tampoco. Se limitaron a echar un vistazo al interior, nos hicieron preguntas sobre quién vivía en el apartamento, mandaron a una brigada de operarios para que se llevaran toda la porquería que había provocado el incendio, pusieron el candado a la puerta y, después de avisarnos de que la finca no corría ningún peligro, se fueron y no los volvimos a ver.

Primero Iliona Vitéz moría en extrañas circunstancias en la pensión Diderot, mientras su acompañante desaparecía del mapa, y luego su apartamento sufría un incendio. Ahora sí, Marja estaba convencida de que la muerte de la chica era algo más que un simple suicidio o un accidente. Hasta entonces habría podido aceptar la desaparición de Cornelis Dortsman como consecuencia del pánico o de la culpabilidad por haber causado la muerte accidental a la chica en la pensión, pero ahora el incendio era un nuevo motivo de inquietud. Le parecía que todo aquello era demasiado complicado para ser pura casualidad. Tenía que convencer a Jurgen Sieraal para que reabriera el caso de Ilona, aunque no creía que le costara demasiado en cuanto le contara que el apartamento de la chica se había quemado. El comisario tenía que ver que el incendio no podía ser una casualidad. Antes de hablar con él llamaría a la comisaría de policía de Noord y trataría de conseguir el informe de los bomberos para conocer las posibles causas del incendio y si podía haber sido intencionado. Pero primero quería echar un vistazo al apartamento.

—Después del incendio, ni la chica ni su amigo han vuelto a pasar por aquí —dijo la mujer.

—¿Qué amigo? ¿Sabe su nombre? —preguntó Marja, todavía sin decirle que Ilona llevaba días muerta cuando se produjo el incendio.

—Viene muy de vez en cuando y no parece muy simpático —se quejó la mujer—. No sé cómo se llama.

—Pero sí podrá darme algún detalle, la edad aproximada, cómo viste, si es holandés... cosas así —sugirió Marja.

—¿Y quién es holandés hoy en día? —preguntó de forma retórica la vecina—. De todos modos, en su caso estoy casi segura de que es holandés, no de Ámsterdam, sino de fuera. Tiene acento del sur, de Brabante. Claro que conmigo no ha hablado nunca,

sólo lo digo porque le he oído hablar con Iliona. Es un hombre fuerte, de altura media, de unos cincuenta años tal vez, tirando a rubio, y su cara parece desagradable, aunque no sé muy bien por qué. Viste como tantos otros hombres, a veces con americana y pantalones de lo más corrientes, pero también lo he visto con cazadora y tejanos, y en una ocasión se presentó vestido con un esmoquin, algo que en este barrio no se ve nunca, se lo digo yo.

Marja comprendió la sorpresa de la mujer. A ella también le costaba imaginarse a alguien de esmoquin en aquel barrio. Una repentina intuición hizo que le preguntara a la vecina si se había fijado si el amigo de Iliona llevaba anillos en los dedos de la mano. Para decepción suya, la mujer no lo recordaba.

—¿Ha visto alguna vez por aquí a este hombre? —preguntó Marja mostrándole la fotografía de Cornelis Dortsman, y añadió—: Daba clases de clarinete a Iliona.

—Lo siento, no lo he visto nunca.

Marja sopesó la posibilidad de forzar la puerta del apartamento de Iliona para echar un vistazo. Oficialmente no podía hacerlo porque no estaba llevando ninguna investigación formal, pero se imaginaba que la mujer no diría nada ya que, al fin y al cabo, Marja se había identificado como policía.

Suponiendo que como consecuencia del incendio no habría corriente eléctrica en el apartamento, Marja pidió a la vecina una linterna —la que llevaba habitualmente en el coche se la había dejado en casa— y alguna herramienta rígida, como un destornillador grueso o una llave inglesa. En cuanto se los dio, le advirtió de que iba a entrar en el apartamento pero que ella tendría que quedarse fuera. Al cabo de un par de minutos, Marja ya había abierto la puerta haciendo palanca con el destornillador. En el interior del apartamento, tal como era de esperar, no había corriente eléctrica, y Marja tuvo que utilizar la linterna para avanzar por un estrecho pasillo ennegrecido que todavía desprendía un olor a quemado que penetraba en el cuerpo. Llegó hasta el salón, que el incendio había dañado seriamente. Tanto la mesa como las cuatro sillas y el sofá se habían visto afectados por el fuego. En un rincón estaban los restos de un televisor. Luego examinó el baño y las dos habitaciones del apartamento, comprobando que el fuego había destrozado casi todos los posibles rastros de quien habitaba en la casa, salvo unos cuantos enseres de cocina y los restos de dos camas, una individual en la habitación más pequeña y sin ventana y otra de matrimonio en la más grande, que tenía una ventana, al igual que el salón. Pensando en las dos camas, Marja se preguntó si Ilona vivía con alguien más, además de recibir las visitas de su amigo con acento de Brabante. Decepcionada, descubrió que de lo que debía de haber sido el armario de la ropa sólo quedaba un armazón quemado y vacío. Ni una pieza de ropa, ni un cepillo de dientes, ni una foto, ni un libro o papel, ni un póster o cuadro que le pudiera dar alguna información.

Incapaz de resistir el mal olor, Marja abrió la ventana del salón y agradeció el aire frío y limpio que entró. Fuera, ahora sí, casi todas las casas habían encendido las luces. Se le hacía tarde y allí ya no le quedaba nada por mirar, pues el fuego lo había

destrozado todo. Al día siguiente hablaría por teléfono con la policía y los bomberos de Noord para saber si habían determinado las causas del incendio. Por dentro, Marja sentía que había algún vínculo entre la muerte de Iliona y el posterior incendio en su apartamento. Claro que existían las casualidades, pero su instinto le decía que aquello no lo era.

Al salir de nuevo al rellano, la vecina ya no estaba. Marja llamó a su puerta para devolverle la linterna y el destornillador. Mientras le daba las herramientas, intentó obtener un poco más de información.

—¿La chica vive sola en el apartamento? —preguntó Marja, pensando en las dos camas que había visto.

—Iliona vive sola.

—Aparte del hombre con acento de Brabante, ¿recibe más visitas en su casa?

—Alguna vez se ha quedado alguien a dormir. No son de la edad de ese hombre, son más jóvenes. ¡Pensaré que soy una fisgona! —protestó impostadamente la mujer.

—No, no lo pienso —aseguró Marja, convencida de que la vecina tenía ganas de hablar—, pero cualquier detalle puede ayudarnos.

—¿Ayudarlos a qué? ¿Tiene que ver con el seguro del apartamento?

Marja pensó que de momento era mejor no revelarles que Iliona había muerto.

—En parte sí, las condiciones de las compañías son muy estrictas y a veces la policía tiene que hacer ciertas comprobaciones —mintió Marja.

—¿En serio? —dijo admirada la vecina—. Bueno, la verdad es que la chica no tiene muchas visitas. Sólo ese hombre que le he dicho, y de vez en cuando alguna fiesta con gente de su edad. Ponen música, bailan y se van haciendo ruido por las escaleras, pero nada del otro mundo.

—¿Cómo son esos amigos?

—Pues como la mayoría de los muchachos de ahora: chicos y chicas vestidos de una forma que da pena verlos, algunos con *piercings* y tatuajes, pero no parecen mala gente. De vez en cuando algún chico se ha quedado a dormir, porque los he oído charlar y reírse por la noche y luego irse por la mañana, temprano.

—¿Quiere decir varios chicos?

—La verdad es que sí.

—¿Y usted ha visto a alguno?

—Tres; no, cuatro —rectificó la mujer, que pareció que se estaba arrepintiendo de lo que le estaba contando—. No es que yo esté pendiente de espiar las visitas masculinas de mi vecina, pero me acuesto tarde y me levanto temprano, y no tengo mucho más que hacer que mirar por la ventana.

—¿Podría describirme a esos chicos?

—Ya se lo he dicho, son como muchos chicos de ahora. Un poco dejados, pero no podría decirle mucho más. Tampoco me he fijado tanto. Pero ¿qué tiene que ver eso con el seguro y con el incendio? —se extrañó la vecina.

—Hará unos quince días encontramos a Iliona Vitéz muerta en Ámsterdam y

estamos recopilando información —dijo finalmente Marja.

Inmediatamente, el rostro de la mujer mostró su sorpresa y horror, y fue incapaz de decir nada, salvo un casi imperceptible «¿cómo?», que Marja ignoró.

—¿Recibía correo? Quiero decir, aparte de facturas del banco y demás.

La mujer seguía mostrándose afectada por lo que acababa de revelarle Marja, y ésta tuvo que repetir la pregunta sobre la correspondencia.

—No creo que la chica recibiera facturas, porque el apartamento no está a su nombre, sino a nombre del propietario, a quien, aunque le parezca extraño, no he visto nunca. Según el administrador de la finca, el hombre se llama Christiaan Khuler y lleva años viviendo en el extranjero. Los recibos se los envían al administrador, Iliona sí recibe cartas. De hecho justo ahora tengo una suya.

—¿Usted? ¿Y eso?

—El cartero habitual ya sabe que ella vive aquí, aunque no aparezca el nombre en el buzón, pero el otro día vino un cartero nuevo y, como no sabía qué hacer con una carta a nombre de Iliona Vitéz, me la confió a mí.

—No hay nada de malo en guardarle la correspondencia a una vecina —se apresuró a decir Marja, tratando de ser amable—. Déjeme ver la carta, por favor.

Después de unos instantes de duda, la mujer accedió a lo que le pedía Marja y le entregó un sobre pequeño de color azul ceniza. Escrito con una letra irregular y pequeña, como destinatario de la carta figuraba Christiaan Khuler, y entre paréntesis aparecía el nombre de Iliona Vitéz. El remitente era alguien llamado Jakob Szálasi, y la dirección, Stari Grad, de Novi Sad. El sello de correos confirmaba que la carta había sido enviada desde Serbia, sorprendentemente hacía más de cuatro meses.

—¿Dice que el cartero la trajo hace poco?

—Pues sí, hace un par de días.

A Marja le extrañó que una vecina fisgona como parecía serlo aquella mujer no se hubiera dado cuenta del retraso con el que había llegado la carta. Decidió quedársela y leer su contenido. Al fin y al cabo ya no iba a llegar a Iliona y quizá pudiera ayudarla a localizar a algún amigo en Novi Sad y quién sabe si a algún familiar. Al ver que Marja se quedaba la carta, la mujer no dijo nada. Marja se imaginó que en el fondo le estaba quitando un peso de encima, pues una carta dirigida a una persona muerta lo es.

Sola en el coche, Marja abrió el sobre y descubrió que, tal como había supuesto, la carta estaba escrita en una lengua incomprensible para ella. Dedujo que debía de ser húngaro y que tendría que buscar a alguien para que se la tradujera. A pesar de eso, permaneció un rato sentada en el interior del automóvil, mirando la hoja y media de líneas escritas con un bolígrafo de color negro. La letra era pequeña y regular, y no había tachaduras. En la parte superior del texto aparecía el nombre de Novi Sad y una fecha, que le pareció que debía de ser octubre, lo cual coincidía con la fecha de correos del exterior. A Marja le pareció increíble que, en un país tan eficiente como Holanda, una carta pudiera tardar más de cuatro meses en llegar a su destino. Claro

que tal vez no fuera culpa de los servicios postales holandeses, sino de sus colegas serbios. La carta estaba firmada por el tal Jakob, pero sin el apellido que aparecía en el remite, Szálasi. De algún modo, era una muestra de familiaridad o al menos de confianza entre el autor de la carta e Iliona. ¿Quién era aquel hombre? Fuera quien fuese, era casi seguro que desconocía que Iliona había muerto.

De vuelta a Ámsterdam, Marja decidió que no iría por el puente, sino que utilizaría el túnel de debajo de la bahía. Una vez metida en el túnel se encontró atrapada, sin poder avanzar por culpa del atasco causado por un accidente de circulación. Durante un buen rato no pudo hacer otra cosa que escuchar el CD de Bill Evans mientras le daba vueltas a la cabeza una y otra vez a la posible conexión entre la muerte de Iliona, la desaparición de su amigo y profesor de música Cornelis Dortsman y el incendio del apartamento de Noord. Tenía que haber un vínculo; todavía no sabía cuál, pero tenía que haberlo.

AL día siguiente, a primera hora, Marja se puso en contacto con el Departamento de Bomberos de Noord, y poco antes de mediodía ya le habían enviado un mensaje electrónico con el informe del siniestro del número 239 de Meeuwelaan. Según los bomberos, el incendio había sido consecuencia de un cortocircuito en la instalación eléctrica y no había indicios de que hubiera sido provocado. Después de leer el informe, Marja llamó a la policía de Noord, donde le confirmaron que el apartamento era propiedad de un individuo llamado Christiaan Khuler que vivía en el extranjero. Habían intentado contactar con él a través del administrador de la finca, pero, para sorpresa de la policía local, no existía ningún domicilio declarado de Christiaan Khuler. Lo único que el administrador sabía del propietario, con quien había hablado sólo en dos ocasiones por teléfono, era que vivía fuera, quizás en Copenhague, ya que se hacía enviar la correspondencia a un apartado de correos de la capital danesa. De momento no podían localizarle.

Durante el resto del día, Marja se dedicó al trabajo administrativo que le había encargado el comisario, aunque de mal humor y sin poder concentrarse mucho, pues no dejaba de pensar en los tres elementos de aquella historia: primero el descubrimiento del cadáver de Iliona Vitéz en la pensión Diderot, con las marcas en las muñecas y en el cuello, la habitación revuelta y la discusión que había oído uno de los huéspedes; luego la desaparición de su acompañante y profesor de clarinete, Cornelis Dortsman; y finalmente el incendio del apartamento donde vivía la chica. Además, para acabar de complicarlo todo, estaba la revelación que le había hecho Julius Cleve sobre la orientación sexual del señor Dortsman. ¿Qué pensaban hacer durante dos días un homosexual y una inmigrante extracomunitaria en la pensión Diderot?

Antes de terminar la jornada, Klara Müller la invitó a tomar un café fuera de la oficina. Estuvieron hablando sobre el caso de Ilona y la extraña casualidad del incendio en su apartamento. Klara le dijo que tenía un amigo de origen húngaro que podría traducirle la carta que habían enviado desde Novi Sad. Klara también creía, como Marja, que había que hablar de todo aquello con el comisario. Últimamente había mucho trabajo en la comisaría, e incluso algunos agentes de Homicidios habían sido destinados temporalmente a otras unidades de investigación. No obstante, había que intentarlo. El caso de Iliona Vitéz podía haberse archivado prematuramente.

Antes de volver a la oficina hablaron también sobre Laagsveld. Había pedido la baja médica y en comisaría no sabían mucho más de él. Klara estaba preocupada, y Marja se convenció aún más de que entre Jan y ella había habido algún tipo de relación íntima, tal vez incluso algún lío amoroso, y también de que a ella todavía le gustaba aquel hombre un tanto brusco y solitario. Haciendo una curiosa asociación,

Marja pensó en Franz, aislado en la costa polaca, haciendo prospecciones sobre una bolsa de gas. Tenía que verlo, tenía que saber qué le pasaba, por qué parecía que evitara hablar con ella.

Estaba a punto de irse a casa cuando Jurgen Sieraal la avisó por teléfono para que fuera a su despacho. Por la voz, grave y seca, Marja captó enseguida que estaba preocupado.

Justo al cerrar la puerta, Jurgen Sieraal le dijo que se sentara y le reveló que acababan de encontrar a un hombre muerto que podía ser Cornelis Dortsman. Luego, el comisario permaneció en silencio, mirando por la ventana. Al otro lado llovía tímidamente y empezaba a oscurecer. Marja, que sintió vértigo en su interior, se dio cuenta de que le estaban sudando las manos. El comisario estaba a punto de volver a hablar, pero ella ya sabía lo que le iba a decir, que el caso de Iliona Vitéz se reabría.

Jurgen Sieraal estaba ensimismado y nervioso. Marja hacía tiempo que no lo veía de aquella forma. Poco a poco, el comisario fue explicándole todo lo que sabían. Primero, una patrulla de la policía regional de Flevoland había encontrado hacía seis horas el coche de Cornelis Dortsman en un camino de tierra paralelo a la carretera N 352, entre el pueblo de pescadores de Urk y el cruce con la autopista A6, que unía el polder Noordoost con la isla de Flevoland. El coche estaba averiado, las puertas estaban abiertas y la documentación en el interior, pero las llaves no estaban. Luego, los agentes, entre el lodo del camino, a un centenar de metros del coche, descubrieron el cadáver de Cornelis con dos impactos de bala en la espalda, aparentemente procedentes de un arma larga, un rifle o quizás una escopeta de caza. A pesar de no llevar la documentación encima, ni dinero, agenda o reloj, estaban casi seguros de que la víctima era el señor Dortsman. El levantamiento del cadáver lo había hecho el fiscal de Flevoland y su policía regional. Los agentes que habían participado en las primeras diligencias habían redactado un mínimo informe que el comisario Sieraal dio a Marja para que lo leyera. El documento no decía gran cosa, salvo dos datos relevantes. El primero era que no habían hallado los casquillos de los proyectiles, a pesar de que después del fracaso de la búsqueda directa habían recorrido a un detector de metales para tratar de localizarlos en medio del lodo del escenario del crimen. El segundo dato era que habían encontrado algunas huellas de calzado cerca de donde estaba el cuerpo, a una distancia de unos ocho metros. El calzado era del número cuarenta y cinco, lo cual los remitía a alguien con un peso de entre noventa y noventa y cinco kilos. La policía de Flevoland había adjuntado al informe una veintena de fotografías y una filmación de diez minutos. A juzgar por las imágenes, tal como había afirmado el comisario, era evidente que el muerto era Cornelis Dortsman. Además, la documentación del coche confirmaba que el vehículo era suyo.

—Los policías de Flevoland son buena gente —explicó el comisario—, pero creo que este asesinato es demasiado para ellos y me imagino que se han alegrado de

verdad cuando han sabido que nosotros nos hacíamos cargo del caso por las más que posibles conexiones con la muerte de Iliona Vitéz. La decisión se ha tomado en el Ministerio Fiscal. Eso sí, tendremos que mantener informados al fiscal de Flevoland y al jefe de su policía regional.

—¿Y con quién trabajaremos del Ministerio Fiscal?

—Con Van Leyden. Y no es casualidad: él mismo lo ha pedido. De hecho nos conviene —observó Jurgen Sieraal—. Si existe una relación entre las dos muertes, la de Iliona y la de su amigo, el profesor de música, seguro que Van Leyden es el más indicado para establecer conexiones. En lo que respecta a nosotros, ya he puesto a trabajar a los analistas y técnicos de la unidad científica y, de acuerdo con el procedimiento habitual, he ordenado que se haga un seguimiento de todos los movimientos de la cuenta bancaria de Dortsman, tanto de las transferencias como de las tarjetas de crédito. Si alguien le ha robado las tarjetas y las está utilizando, sabremos casi de inmediato desde dónde lo hace. A veces se pilla a los asesinos de la manera más estúpida —aseguró el Viejo.

Mientras el comisario hablaba, Marja examinó las fotografías y de repente se paró en una.

—Las gafas.

Jurgen Sieraal miró con curiosidad. Sabía a qué fotografía se refería Marja.

—Sí, son las gafas del muerto. Según el informe se han encontrado a unos seis metros del cadáver, rotas y medio enterradas en el lodo.

—Sí, pero ¿se ha fijado en cómo están rotas? Los cristales están hechos añicos y las varillas un poco torcidas —observó Marja—. Alguien las ha roto antes o después de matar a Cornelis Dortsman.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó el comisario, adoptando un falso tono escéptico e inquisitivo, como si estuviera haciendo un examen de la Academia de Policía a la inspectora Marja Batelaar.

—Rabia, quizá frustración porque el asesino no obtuvo de Dortsman lo que pretendía, o quién sabe si crueldad sin un objetivo definido, sólo por el placer de asustar a la víctima, de hacerle saber que estaba indefensa ante él.

—¿Estás insinuando que tal vez este crimen sea obra de un loco, de un psicópata o algo por el estilo? —preguntó el Viejo, sin poder disimular su disgusto ante esa posibilidad.

—Podría ser. Pero se trataría de un loco calculador, que recoge los casquillos de los proyectiles para dificultar la investigación —observó Marja—. ¿Qué forense practicará la autopsia?

—Muyssart —respondió el comisario—. No le correspondía pero yo se lo he pedido y en el Instituto Forense han accedido.

—Los policías de Flevoland dicen en el informe que en el coche no había nada remarcable, salvo la documentación del vehículo, unos CD de música clásica y un mapa de carreteras —dijo Marja.

—¿Y eso qué tiene de extraño?

—Todavía no lo sé —dudó Marja—, pero me pregunto dónde estará el clarinete de Cornelis Dortsman. Si no estaba en el coche puede ser por dos razones, o bien que su asesino se lo ha llevado, o bien que Dortsman lo hubiera dejado en algún sitio.

—¿Crees que Dortsman lo ha dejado a cargo de alguien en quien confiaba?

—Tal vez, o quizá tenía un escondrijo, un apartamento o una habitación alquilada en algún sitio donde no preguntaran mucho o incluso no llevaran ningún registro de clientes, como un antro o la casa de un particular.

—¿Eso significaría que se estaba escondiendo porque se sentía culpable de la muerte de Iliona y sabía que le estábamos siguiendo la pista?

—Quizás alguien más le estuviera siguiendo la pista —dijo Marja.

—Alguien más —repitió Sieraal, aceptando la posibilidad que apuntaba Marja—. Tal vez Cornelis Dortsman hubiera matado accidentalmente a Iliona, estuviera asustado y alguien se lo ha hecho pagar muy caro.

—¿El asesinato del señor Dortsman una venganza por la muerte de Iliona? —se preguntó Marja en voz alta—. Es posible, claro, pero no tenemos ninguna pista. No sabemos casi nada del círculo de amistades de la chica.

Marja hizo una nueva lectura del informe de la policía de Flevoland mientras Sieraal la observaba en silencio.

—Aquí dice —aclaró Marja, refiriéndose al informe— que el cuerpo estaba boca arriba.

—Así es —confirmó el comisario—. A mí también me ha parecido extraño, pero así lo aseguran nuestros colegas de Flevoland. Quizá cayera de espaldas.

—O quizás el asesino le diera la vuelta para comprobar que su víctima realmente había muerto —apuntó Marja—. A lo mejor es alguien que no quiere dejar las cosas a medias. No lo han matado accidentalmente en un intento de robo. Probablemente se tomaron la molestia de quitarle la cartera y el reloj para confundirnos y ganar tiempo.

El comisario miró fijamente a Marja.

—¿Hay algo que yo no sepa?

Marja dudó, pero al fin decidió revelar al comisario que en el apartamento de Iliona se había producido un incendio. Al decírselo, los ojos de Sieraal brillaron de inmediato.

—Así pues, ¿has estado investigando por tu cuenta? —preguntó el comisario seco, con un tono de dureza que resultaba difícil para Marja.

—Sí, no he podido evitarlo.

—¿Por qué?

Por unos segundos, Marja dudó si responder o no, si no sería más prudente permanecer callada. Al fin se decidió.

—El cadáver de Iliona en aquella bañera de una pensión miserable se merecía algo más que cuatro preguntas y un par de informes.

—¡Así que la inspectora Marja Batelaar nos ha salido sentimental! —exclamó el

Viejo—. La próxima vez, recuerda que quien dirige Homicidios soy yo, y nadie, y eso te incluye a ti también, nadie inicia investigaciones por su cuenta sin que yo lo haya decidido. ¿Entendido?

—Entendido —aceptó Marja, aunque sabía que lo hacía para librarse de la bronca de su superior.

—¿Hay algo más que tenga que saber y que la inspectora Marja Batelaar haya descubierto por su cuenta? —preguntó Sieraal, con un marcado tono irónico en su voz.

—Cornelis Dortsman era homosexual.

—¡Fantástico! —gritó en un tono socarrón el comisario—. Eso parece desbaratar la posible aventura sexual entre Iliona y Dortsman en la pensión Diderot.

Poco a poco, el enfado de Sieraal con Marja por haber investigado por su cuenta disminuyó y se centró en el caso. ¿Qué era lo que vinculaba la confusa muerte de Iliona, el incendio en su apartamento y la desaparición y posterior asesinato de Cornelis Dortsman, acompañante y profesor de música de la chica? ¿Cuál era la conexión entre todos aquellos sucesos?

Durante casi una hora, Jurgen Sieraal y Marja estuvieron repasando los detalles y posibles vinculaciones entre las muertes de Iliona y Dortsman. ¿A qué se debía su presencia en la pensión Diderot? ¿De quién estaba embarazada la chica? Y la discusión que había oído Marten Jansz, el vendedor de papel de Delft, ¿había sido entre la chica y Dortsman o con otra persona, tal vez la misma que había puesto patas arriba la habitación? Esa persona, ¿qué estaba buscando? ¿Dinero? Y el incendio del apartamento de Iliona Vitéz, ¿cómo se había originado? ¿Había sido intencionado, a pesar de que los bomberos no hubieran encontrado pruebas? ¿Lo había provocado Cornelis Dortsman? Si era así, ¿por qué? ¿Tal vez para ocultar algún detalle que lo relacionara con ella? Y la gran pregunta: ¿quién y por qué habían asesinado a Cornelis Dortsman con dos tiros por la espalda? Sieraal y Marja compararon también los *modus operandi* de los dos homicidios. En el primero, si finalmente aceptaban que sí era un asesinato, la forma de actuar del criminal había sido mucho más confusa: alguien la había ahogado en la bañera. En cambio, la segunda muerte era mucho más directa y brutal: alguien había pegado dos tiros a Cornelis Dortsman. ¿Por qué motivo? ¿Y por qué por la espalda? ¿Había intentado huir? ¿O tal vez el asesino no había querido verle la cara mientras lo mataba? El comisario apuntó una primera hipótesis de trabajo según la cual Dortsman, por razones que todavía no podían establecer, había ahogado a Iliona en la pensión y luego, asustado, había huido y había tratado de borrar su rastro en el apartamento de la víctima. Pero finalmente, alguien relacionado con la chica se había vengado asesinándolo a él. Un oscuro asunto de pasiones y desmedida. Marja no cuestionó la suposición del comisario, pero había que encontrar una motivación inicial. Además, era muy dudoso que Cornelis Dortsman, intérprete de clarinete, fuera capaz de mantener a una chica con la cabeza bajo el agua para asesinarla. Era una acción que debía durar el tiempo

suficiente para que el hombre se diera cuenta de lo que estaba haciendo, por muy ciego que estuviera. ¿Tan frío, despiadado o loco era? Costaba creerlo.

Aun aceptando que el señor Dortsman hubiera matado a la chica, ya fuera intencionada o fortuitamente, quizás en un ataque de ira, ¿qué lo había motivado? ¿Tenía alguna relación con el hecho de que la habitación de la pensión estuviera patas arriba? ¿Estaba buscando Dortsman algo concreto o sólo había tratado de fingir un robo para confundir a la policía? Una inmigrante de los Balcanes muerta y un profesor de música homosexual desaparecido, aquélla era la situación. «Es un rompecabezas», pensó Marja, sin tener la menor idea de cómo encajar las piezas.

—De repente este asunto se ha vuelto muy feo —reflexionó Sieraal, cansado y serio.

—¿De repente? —preguntó Marja, aunque sabía muy bien a qué se refería.

—Una chica extracomunitaria muerta ahogada en una pensión de mala muerte, con el cuerpo lleno de Valium y alcohol no es gran cosa, ya me entiendes, puede ser un suicidio, un accidente, una muerte más o menos natural, según cómo se mire, incluso un homicidio de los que no hacen perder mucho tiempo a nuestros queridos conciudadanos, pero Cornelis Dortsman... —dijo el comisario, sin terminar la frase, buscando la complicidad de Marja.

«Un holandés asesinado con dos tiros en la espalda». Marja se dio cuenta de que aquello lo complicaba todo. Al menos esperaba que el homicidio no tuviera nada que ver con el hecho de que fuera homosexual. Últimamente había habido protestas de la comunidad gay por algunas agresiones homófobas que habían sufrido algunos de sus miembros por parte de unos canallas. Insultos, robos, alguna paliza, eso había sido todo hasta el momento; pero una muerte sería un asunto muy grave.

—¿Quién hablará con su madre? —preguntó Marja.

—Lo haremos nosotros. Enviaré a Klara o a alguien más de la oficina, no hace falta que seas tú —respondió el comisario—. Más adelante podrás hablar con ella, claro. Es muy probable que las muertes de Iliona y la de Dortsman estén relacionadas, que nos encontremos ante un único caso. Deja el papeleo y ponte a investigarlas. Es tu primer caso de verdad, eres la responsable, aunque Paul Hovestadt te ayudará. Mañana te acompañará a Urk. Ya sabes, echad un vistazo al escenario, dad una vuelta por el pueblo y haced algunas preguntas, pero procurad no asustar a los buenos cristianos holandeses. A ver qué podéis sacar.

La decisión de que ella asumiera la investigación la halagó y al mismo tiempo la puso nerviosa. ¿Por qué Sieraal había cambiado tanto de opinión, la había liberado de la burocracia, e incluso le había confiado una investigación? ¿Qué pretendía con aquella decisión? Si tanto le preocupaba la repercusión de la muerte de un respetable ciudadano holandés, ¿por qué no ponía al frente del caso a algún policía curtido como Laagsveld, cuando acabara su baja médica, para que coordinara un verdadero equipo de investigación? La experiencia de Marja en homicidios era limitada y, por lo que sabía, la de Paul no era mucho mayor.

—¿Con Paul Hovestadt? ¿Por qué? —preguntó Marja, y añadió—: ¿Y Laagsveld?

El Viejo abrió los ojos con incredulidad.

—¿Prefieres a Laagsveld que a Hovestadt?

—No es eso —respondió Marja, vacilando.

—¿Primero investigas por tu cuenta y ahora crees que me equivoco asignándote el compañero que tiene que ayudarte en el caso?

Jurgen Sieraal estaba enfadado, y Marja se dio cuenta de que probablemente lo estaba con razón. Pese a todo, hizo una pregunta a riesgo de acabar de molestar a su superior.

—¿Por qué no está aquí Paul ahora?

Sieraal hizo un gesto expresivo, que parecía querer disculpar a Hovestadt. Marja sabía que era otro de los protegidos por el Viejo. Era evidente que al comisario le gustaban los policías algo peculiares. ¿Era motivo suficiente para ponerlos a trabajar juntos en un caso que parecía haberse complicado drásticamente?

—Hoy era su día libre y tenía partido de fútbol, ya sabes, con esos chicos de Entrepotdok a los que entrena. Ya he hablado con él por teléfono y mañana te pasará a buscar por tu casa a las siete de la mañana.

—¿Y el cadáver, dónde está ahora?

—Aquí, en Ámsterdam, en el Depósito de Patología Forense. He hablado con Muysart y le he dicho que es urgente. Mañana empezará a primera hora. Si todo va bien, a mediodía tendré su informe, así como las pruebas de balística. Te llamaré en cuanto disponga de la información.

—¿No sería mejor que fuera ahora mismo a Urk, aunque sea tarde, y echara un vistazo al lugar del crimen? Mañana habrán pasado muchas horas.

Al oír la propuesta de Marja, Sieraal dejó entrever un ligero gesto de irritación. No era un hombre al que le gustara que le discutieran las órdenes o los procedimientos.

—Aparte del coche, que está inmovilizado, cerrado y custodiado por un agente, allí sólo hay lodo y nada más que lodo. Ha caído un auténtico diluvio en la zona de Urk, y si había alguna posibilidad de encontrar algún rastro o pista, el agua se lo habrá llevado. Los agentes de Flevoland ya han recogido todo lo que han podido, han fotografiado y grabado al muerto y el lugar. Hazme caso, acuéstate temprano y mañana a las siete vas con Hovestadt.

—Cuando salga de aquí iré al Depósito a echar un vistazo al cuerpo —dijo Marja.

—Como quieras —concedió el comisario—. Yo ya lo he visto. No hay nada de especial. Me pregunto qué haría Cornelis Dortsman en Urk.

—En Urk vive la familia de Anke Verbrugge, una amiga de Iliona Vitéz.

—¿En Urk, el pueblo de los piadosos? —se extrañó el comisario—. ¿Qué sabes de esa chica?

—En realidad nada, o casi nada. Sólo que las dos se habían encontrado al menos

una vez en la cafetería del Metz&Co y que discutieron. También sé que tenían un amigo común, Julius Cleve.

—¿Y qué puedes contarme de ese Julius?

—Sólo que es el hijo de un matrimonio acomodado de Prinsengracht, los Cleve, amigos según parece de Cornelis Dortsman. Gente refinada, con dinero y aficionados a la cultura.

—Bien. Ahora tenemos que saber qué iba a hacer Dortsman en Urk. Quizá quería encontrarse con Anke Verbrugge, pero ¿por qué? —se preguntó el comisario—. Procurad ser discretos en Urk. Ya te lo he dicho, este asunto empieza a ponerse feo. Buscad a Anke Verbrugge. Tal vez ella nos diga qué relación tenía su amiga con Dortsman, qué hacían dos personas como aquéllas en la pensión y quién los ha podido matar, si es que el asesino es la misma persona.

—No acabo de entender por qué no mantiene a Laagsveld en el caso —insistió Marja, arriesgándose de nuevo a enfadar a su superior—, ni por qué me encarga a mí la investigación.

—¿Sabes cómo te llaman algunos aquí? La intelectual. Desconfían de ti porque según ellos eres una mujer joven, una niña de papá que no debería estar en Homicidios. Son sandeces, pero es lo que creen unos cuantos —aseguró el comisario—. Yo conocí a tu tío, Pieter Levi, un buen hombre, un policía de los de antes. Conozco por él la historia de tu hermano Willem y sé lo que habéis tenido que pasar en tu familia. Algún día, quizá, podrás resolver el caso de tu hermano, pero ahora céntrate en el de Dortsman y la chica húngara.

Escuchando a Sieraal, Marja sintió un escalofrío y se estremeció. El comisario conocía el trágico pasado de su familia y comprendía las razones por las cuales una mujer como ella había querido ser policía.

Continuaron hablando y, mientras lo hacían, Marja trató de quitarse de la cabeza a su hermano Willem y concentrarse en Urk, aquel pueblo de pescadores a la orilla del lago Ijssel que formaba parte de lo que en el país llamaban Cinturón Bíblico, una Holanda profundamente religiosa, protestante, sensata y conservadora, que miraba de reojo a la liberal y cosmopolita Ámsterdam, con sus barrios periféricos cada vez más invadidos por la inmigración. Marja había estado allí tres veces, y además de su puerto pesquero y su docena de calles limpias, con sus casas de colores vivos, sus ventanas adornadas, alineadas ante el lago y alrededor de su faro, recordaba la extraña sensación de ver cómo todo el mundo en el pueblo —salvo cuatro jóvenes y algún inmigrante— convergía acicalado, andando o en bicicleta, en la iglesia evangélica.

Una vez acabada la reunión con el comisario, Marja se presentó en el Depósito de Patología Forense y examinó el cadáver en una sala destinada a ello bajo la mirada aburrida de un trabajador del centro. Primero se fijó en la cara, alargada, sin ninguna señal, como si nunca hubiera sufrido, como si estuviera dormido. A continuación escudriñó su cuerpo, algo flácido y más bien estrecho de hombros. Marja dedujo que

era la constitución de alguien que no practica nunca deporte. Dio la vuelta al cuerpo y vio que tenía dos orificios de entrada. Por el tamaño del agujero y la deformación de la piel, se imaginó que la policía de Flevoland tenía razón al suponer que a la víctima le habían disparado con un rifle o una escopeta. Salvo los agujeros de las balas, en el cuerpo no había ninguna otra señal de violencia ni tampoco ningún rastro de lucha. Una vez terminada la inspección del cadáver, Marja fue incapaz de abandonar la sala durante un rato. Sentía sobre ella la mirada ahora un poco impaciente del trabajador del Depósito que le había llevado el cadáver, pero, aun así, no se decidía a irse. ¿Por qué habían asesinado a Cornelis Dortsman? ¿Por qué lo habían matado con dos disparos de un arma larga y por la espalda? ¿Acaso intentaba Dortsman huir de su agresor? Probablemente. ¿Qué hacía en aquel camino de tierra paralelo a la carretera N 352, no muy lejos de Urk? ¿Había ido a encontrarse con alguien, tal vez con Anke Verbrugge, o tal vez con su agresor? De momento, Marja sólo tenía preguntas y ninguna respuesta.

Ya en su casa, Marja se preparó una cena ligera mientras trataba de hablar por el móvil con Franz. No lo consiguió, así que le envió un mensaje. Cuando volviera de Pomerania Oriental quería encontrarse con él; podía coger el avión como había hecho otras veces e ir a Berlín. Luego llamó a Paul Hovestadt. Éste le confirmó que al día siguiente a las siete estaría en su casa para ir juntos a Urk. Marja se interesó por el partido de fútbol y Paul Hovestadt le respondió que había ido bien, que sus chicos habían ganado y que estaban eufóricos porque era la tercera victoria consecutiva. Marja se preguntó, una vez más, por qué Paul dedicaba tanto tiempo a unos chicos que no eran nada suyo. Tampoco se le conocía novia, sólo unos pocos amigos. De algún modo, ella y Paul se parecían un poco: solitarios, con cierta dificultad para relacionarse con los demás. Con la familia lejos y dispersa, ¿quién le quedaba a Marja? Franz, pero vivía en Berlín; el tío Pieter, con sus visitas ocasionales; Carol y Lionel, aunque pronto se irían a su isla del norte; Louise, su amiga norteamericana. Aquél era su pequeño mundo. Tal vez el de Paul Hovestadt era algo parecido, sólo que él tenía además una quincena de niños de Entrepotdok a los que entrenar y, de paso, apartar de las malas compañías.

—¿Sabes algo de Laagsveld? —preguntó Marja.

Por unos instantes, Paul permaneció en silencio al otro lado del teléfono.

—Tiene problemas —contestó Paul al fin—. Le han puesto una sanción.

—¿Por qué?

—Parece ser que se excedió presionando a uno de los sospechosos del caso del empresario del espectáculo. Jurgen está muy enfadado con él. Lo han mandado a casa dos semanas.

—¿Tan grave es? ¿Qué hizo?

—Primero lo acosó más de la cuenta, luego le destrozó el automóvil y finalmente, y eso el comisario no se lo ha tolerado, zurró al hombre en un aparcamiento. Claro que Laagsveld lo niega todo, pero hay testigos.

—Eso no es muy profesional, no es del estilo de Laagsveld. Tiene fama de duro, pero no entiendo que pierda los nervios de esa forma y que, además, lo haga delante de testigos. Me extraña mucho.

Paul Hovestadt no dijo nada al oír ese comentario. Marja se dio cuenta de que se sentía incómoda hablando sobre los problemas de Laagsveld. Al rato colgaron. Marja se preparó un buen café, leyó unas páginas más de la novela de Mia Couto e, incapaz de concentrarse, cerró el libro y echó un vistazo a la copia del informe de la policía de Flevoland que le había dado Jurgen. Habían disparado por la espalda a Dortsman y, debido al impacto, lo más probable es que hubiera caído boca abajo. ¿Quién le había dado la vuelta? ¿El asesino, o quizás otra persona? Si lo había hecho el asesino, había demostrado tener sangre fría. Lejos de asustarse por lo que había hecho, se había dedicado a comprobar que Dortsman estaba muerto de verdad y probablemente le había quitado la cartera, así como el reloj y la agenda, si es que llevaba. Mientras lo hacía, alguien podía haberlo visto. Entonces, ¿por qué se había arriesgado? Mientras le daba vueltas a la cabeza, Marja examinó las fotografías y el vídeo que acompañaban al informe. Aunque la grabación se había hecho justo cuando la policía había llegado al lugar donde se había encontrado el cadáver de Dortsman, ya era muy entrada la tarde y las condiciones no eran las mejores. A pesar de la mala calidad del vídeo, se veían rastros de rodadas recientes en el camino donde estaba el coche de Dortsman, pero eran muy confusas por culpa del lodo y la lluvia. Seguramente el vecindario de Urk, tanto la gente del pueblo como los propietarios de algunas granjas cercanas, usaban aquel camino. ¿El asesino de Dortsman había ido en vehículo o andando? También podía haberlo hecho en el automóvil de su víctima, en el caso de que se conocieran y que ésta no imaginara cómo acabaría todo. ¿O tal vez no había podido negarse a llevarlo porque el asesino lo había obligado amenazándolo con el rifle o la escopeta?

A medianoche, Marja se acordó de *Jeff*, el gato de Louise. Se abrigó y salió para ir al barco de su amiga. En cuanto subió a cubierta buscó al gato, pero no lo encontró. Decepcionada, entró al interior de la nave, buscó la comida donde Louise la guardaba y echó una pequeña cantidad en el comedero del gato que había en la cubierta. Luego, bajó de nuevo al interior y estuvo un rato cotilleando los grabados de su amiga. Marja pensó que era evidente que Louise tenía talento, y calculó la diferencia horaria entre Ámsterdam y Texas para imaginarse qué estaría haciendo Louise en aquel momento. Si en Holanda era más de medianoche, en Texas serían más de las cinco de la tarde. Tal vez pensaba en su pequeño barco, su gato, las fotografías y los grabados que había dejado en un canal de una ciudad a miles de kilómetros.

SEGUNDA PARTE

El secreto de Iona

1

PAUL HOVESTADT recogió a Marja con su coche, puntual, a las siete de la mañana en la puerta de su domicilio. Salieron de Ámsterdam por la autopista de circunvalación y pronto cruzaron el puente que unía la región metropolitana con la isla de Flevoland. A medida que iban adentrándose en la isla, con sus extensiones de bosques y campos uniformes y fríos, el cielo se iba oscureciendo. A la altura de la ciudad de Lelystad, Marja se fijó en un polígono industrial y recordó que Ilse Hagen, la madre de Julius Cleve, trabajaba en algún lugar de aquella isla enorme y llana que habían creado con pólders a mediados de los ochenta para luchar contra el Zuiderzee, el mar del Sur. Desde Lelystad salía una carretera que, elevándose sobre el dique que separaba el lago Marker y el Ijssel, unía Flevoland con las tierras del norte de Holanda. Pero ellos no iban hacia allí, sino que debían seguir por el noreste y salir de la isla dejando a un lado el brazo de agua de Ketelmeer. Una vez allí, Urk estaba a sólo quince o veinte minutos en coche.

Sólo había pasado una hora y cuarto desde que habían salido de Ámsterdam cuando llegaron a un punto de la carretera 352 donde los esperaba un agente de la policía de Flevoland, Daniel Gendt, que los condujo con su patrulla hasta donde habían encontrado el cadáver de Dortsman. Marja y Paul comprobaron que efectivamente la lluvia había caído con fuerza en la zona y había convertido el escenario del crimen en un lodazal. El agua se había llevado las huellas que la noche anterior habían visto y fotografiado los agentes.

Tal como señalaba el informe, a un centenar de metros estaba el coche de la víctima. Mientras les abría las puertas, Daniel Gendt les dijo que habían estado custodiándolo, pero que en cuanto ellos dieran un vistazo daría instrucciones para que lo retiraran. Marja y Paul examinaron el interior del coche, donde no había nada de interés, ningún rastro de sangre ni de violencia; la documentación del vehículo estaba en su sitio y por lo que decía el seguro su propietario era Cornelis Dortsman. Al lado de los papeles habían encontrado también algunos CD, todos de música clásica.

Marja se fijó en tres granjas a lo lejos, bastante separadas entre sí. ¿Habría podido alguien ver lo que había ocurrido? Era difícil, había demasiada distancia entre las granjas y el lugar donde había aparecido el cadáver. En el caso improbable de que alguien hubiese visto algo, debería haber llamado a la policía. El agente Gendt les explicó que él ya había hablado con los propietarios de las granjas: nadie había visto ni oído nada extraño.

También por Gendt supieron que aquel camino de tierra sólo lo usaban los vecinos de la zona, los propietarios de las granjas cercanas, y que ninguno de ellos se llamaba Verbrugge. El agente les informó de que sí había alguien con aquel apellido, pero en el otro extremo del pueblo. Era un viejo huraño que casi no se relacionaba

con nadie y que vivía en su granja algo aislada. Se dedicaba al cultivo de sus tierras, no muy extensas, junto a una ciénaga, aunque probablemente sacaba más dinero de una cincuentena de vacas y un millar de gallinas cuyos huevos vendía a los comerciantes de Emmeloord, Kampen e incluso más lejos, en Zwolle. Verbrugge era un hombre religioso, como la mayoría de la gente en Urk, pero desde la muerte de su mujer, tres años atrás, había dejado de asistir a la iglesia. Al oír eso, Marja recordó que su madre, al enterarse de la muerte de Willem, también se desprendió de cualquier idea religiosa y no volvió a pisar la sinagoga.

—¿Tiene alguna hija ese hombre? —preguntó Marja.

—Sí, Anke, una chica de unos veintidós o veintitrés años. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con eso? —se extrañó Gendt.

—Todavía no lo sabemos, pero tenemos que hablar con ella —intervino Paul.

—Anke vive en la ciudad —dijo Gendt, y tanto Marja como Paul entendieron que se refería a Ámsterdam, aunque no hubiera dicho el nombre—. A veces vuelve y pasa unos días con su padre, hasta que discuten y se va otra vez.

—¿Por qué discuten?

—Tanto el padre como la hija tienen mucho carácter.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Marja con curiosidad.

El hombre se encogió de hombros.

—Aquí en el polder Noordoost todo el mundo se conoce; yo patrullo de aquí para allá y parte de mi trabajo es mirar y escuchar.

—¿Y ahora Anke está en Urk? —preguntó Paul escéptico, imaginando que no tendrían tanta suerte.

—Vino hace una semana. La vi en el muelle de Urk con sus amigos, y supongo que se alojaría en casa de su padre, pero no sé si todavía sigue aquí.

—¿Quiénes son esos amigos?

—Media docena de chicos de su edad un poco fantoches. No son malos chicos, pero, a diferencia de sus padres, no están muy interesados en los sermones que hacen los domingos los pastores en la iglesia. Se pasan las tardes en el muelle, charlando y tomando cerveza, y de vez en cuando tengo que avisarles de que los estamos observando. Con eso basta, ellos ya me entienden.

Marja sí que lo entendía, igual que Paul. El agente Daniel Gendt era un clásico policía de una comunidad pequeña, alguien con una autoridad natural para sus vecinos. Probablemente, si algún chico de Urk o de cualquier otro sitio del polder Noordoost estaba a punto de hacer algún disparate, bastaba con que el coche patrulla de Gendt se dejara ver para ejercer un efecto disuasorio. En Ámsterdam las cosas eran bien distintas. Ya no se trataba de canalladas, discusiones por antiguas disputas o algún homicidio involuntario o pasional. En la capital hacía años que se habían instalado distintas mafias extranjeras y en cierto modo se había internacionalizado el delito, se había despersonalizado. Tal vez Jan Laagsveld o Klara Müller, con los años que llevaban dando vueltas por las calles de la ciudad, pudieran imponer cierto

respeto con su presencia, ya que los viejos delincuentes, así como también algunos de los nuevos, ya los conocían, pero tanto ella, Marja Batelaar, como Paul Hovestadt no eran nadie en las calles de la capital. Mientras el agente Gendt los guiaba con su coche patrulla hasta la granja de Verbrugge, Marja sintió una secreta envidia por su figura, por su limitado pero firme poder.

Para dirigirse a la granja de Verbrugge no pasaron por Urk, pero vieron el muelle, con las barcas de pesca, y la docena de calles reunidas alrededor de las dos iglesias protestantes. Después de hablar con Verbrugge tendrían que darse una vuelta por la localidad y hacer algunas preguntas. Tal vez alguien conociera a Cornelis Dortsman. Anke Verbrugge era la razón de la presencia del músico en aquel pueblo. Todavía le estaba dando vueltas al asunto cuando, siguiendo el vehículo del agente Gendt, se encontraron conduciendo por una pequeña carretera que se alejaba de Urk, entre campos de labranza y pastos. Durante el trayecto pasaron junto a un par de balsas y por tres o cuatro pequeños canales de riego. En uno de ellos incluso vieron algunas barcas de fondo llano, que se podían mover con pértiga. «Agua, siempre agua», se dijo Marja, pensando que aquel elemento definía Holanda. Todo el mundo lo sabía, pero ella recordaba habérselo oído alguna vez al tío Pieter y también a Louise. Pensaba en las resacas llanuras texanas de donde venía su amiga norteamericana, a donde había vuelto para despedirse, tal vez, de su madre enferma, cuando el agente Gendt, desde su coche, les hizo una señal con la mano para que miraran hacia una granja que se divisaba solitaria en el horizonte. El edificio de paredes y tejado a dos aguas de color verde oscuro, que seguramente sería la vivienda, no era muy grande. En cambio, las otras tres construcciones que lo acompañaban —los establos donde Verbrugge encerraba las vacas, la nave donde tenía las gallinas y una especie de almacén donde muy probablemente guardaba las herramientas y los vehículos— eran edificaciones grandes. «Un clásico ejemplo del austero campesino protestante», se dijo Marja. Pocas comodidades para el individuo y, en cambio, todo pensado para el trabajo, para el esfuerzo de cultivar la tierra y criar el ganado.

Cuando llegaron a la granja, Verbrugge estaba fuera esperándoles. Era evidente que los había visto venir por el camino. Mientras Gendt saludaba al granjero y le decía que los dos policías de Ámsterdam que le acompañaban habían venido por el asunto de un forastero que había aparecido muerto a las afueras del pueblo, Marja estudió el aspecto de Verbrugge. Era un hombre alto y delgado, de rostro severo y todavía con bastante pelo, a pesar de que debía de rondar los sesenta años.

Calzaba unas botas de agua y se protegía del frío con un anorak. Calculó que tanto su pie como su peso no coincidían con lo que decía el informe de la policía de Flevoland sobre las huellas encontradas junto al cadáver.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —le espetó Verbrugge al agente Gendt.

—Tranquilo, estos investigadores quieren hablar con Anke, sólo eso —replicó Gendt.

—¿Por qué? —preguntó con sequedad Verbrugge, ahora mirando fijamente a

Marja y a Paul.

—¿Anke está con usted? Tenemos que hablar con ella —dijo Marja.

—Todavía no me han dicho por qué —replicó Verbrugge, desconfiado. Marja se dio cuenta de que el hombre estaba a la defensiva. Quizá fuera tan sólo que no le gustaban ni la gente de ciudad ni los policías.

—¿Está con usted sí o no? —intervino Paul.

—Se fue hace tres días —aclaró Verbrugge—. Y si no quieren nada más, pueden irse ustedes también. Tengo mucho trabajo.

—Anke vive en Ámsterdam. ¿Sabe dónde? ¿Tiene su teléfono? —preguntó Marja.

Por unos momentos Marja creyó que el hombre se negaría a darles la dirección de su hija Anke. Finalmente accedió.

—Haarlemmerdijk, 35. Pero no tiene teléfono en casa.

—¿Y móvil?

—Sí tenía, pero se lo robaron hace unos días, en Ámsterdam, claro.

Aquel hombre no soportaba la ciudad, era evidente.

—¿Le dice algo el nombre de Cornelis Dortsman?

—No, nada. ¿Quién es? —quiso saber Verbrugge.

—Es el forastero que hemos encontrado muerto —aclaró el agente Gendt.

Entonces Marja le mostró la fotografía de Dortsman que la madre de éste les había dado durante la visita que le habían hecho Laagsveld y ella.

—No, no sé quién es este hombre, no lo he visto nunca —se reafirmó Verbrugge.

—Cabe la posibilidad de que Anke y Cornelis Dortsman se conocieran, porque tenían una amiga común —le explicó Marja, evitando decir por el momento que Iliona estaba muerta—. Quizás este hombre vino a ver a su hija aquí, a Urk.

—No lo sé. ¿Y por qué motivo querría encontrarse con Anke? De lo que sí estoy seguro es de que mi hija nunca me ha hablado de ese hombre. ¿Cómo se llamaba? ¿Dortsman? —preguntó Verbrugge, ahora algo inseguro, mientras Marja le confirmaba el nombre con un movimiento de cabeza—. De todos modos, aunque fueran amigos, ¿qué tiene que ver Anke con la muerte de ese hombre?

—Seguramente nada —se apresuró a tranquilizarlo Gendt—. Pero los policías de Ámsterdam tienen que hablar con ella para hacerle algunas preguntas. No se preocupe, pura formalidad.

Paul estaba a punto de decirle algo al agente de Flevoland en señal de reproche, pero Marja lo paró con una mirada. Aquél era el mundo de Daniel Gendt y tenían que dejarle hacer su papel.

—Ese hombre, Dortsman, ¿ha tenido un accidente? —preguntó Verbrugge.

—Lo asesinaron con dos disparos por la espalda —reveló Marja, guardándose para ella la suposición de que podía haber sido con un rifle o una escopeta.

La cara de Verbrugge cambió por completo. Su sorpresa era evidente. ¡Un asesinato a pocos minutos de su casa! No parecía estar preparado para algo así. De

repente, su dureza de campesino protestante se ablandó.

—¿Anke le ha hablado alguna vez de sus amigos en Ámsterdam, concretamente de una chica que se llama Iliona Vitéz? —preguntó Paul, utilizando el presente para referirse a Iliona, como si todavía estuviera viva.

—No tengo ni idea de quién es esa chica. ¿Vitéz? ¿Qué clase de apellido es ése?

—Húngaro.

—Ya veo, una extranjera —declaró Verbrugge, con una mezcla de prevención y condescendencia.

—Hace dos semanas Iliona Vitéz apareció muerta en una pensión de la capital, tal vez asesinada —reveló Paul de repente y para contrariedad de Marja, que habría preferido no decirlo aún.

Mientras hablaban, Marja estudió atentamente el entorno de la granja, muy limpio, armonioso, como tantas otras granjas holandesas. ¿Vivía solo Verbrugge? Si era así, aquel lugar le daría mucho trabajo. Podía imaginárselo trabajando sin parar. Una vida muy triste, con tan sólo la alegría de una hija que lo visitaba de vez en cuando. Marja vio cómo el agente Gendt también se separaba unos metros de donde se encontraban, como si la conversación entre ellos y Verbrugge lo aburriera un poco.

—Primero esa «extranjera» amiga de su hija —continuó hablando Paul, remarcando el adjetivo que había utilizado el campesino—, y ahora Cornelis Dortsman, amigo de Iliona Vitéz, asesinado a poca distancia de aquí.

—No entiendo qué quiere decir —se quejó Verbrugge.

—Nada, disculpe —se excusó Paul—, pero queremos charlar un poco con Anke.

—¿A qué se dedica su hija en Ámsterdam? ¿Estudia, trabaja? —preguntó Marja.

—Tiene un trabajo, si es que se puede llamar trabajo a pasarse el día en una librería de mala muerte en el barrio de De Pijp.

De inmediato Marja pensó en la tintorería que su madre había tenido en aquella zona de la ciudad.

—¿Cómo se llama la librería?

—La Sirena Negra —respondió Verbrugge encogiéndose de hombros—, un nombre absurdo para una librería.

Marja recordaba La Sirena Negra, situada en una de las calles que confluían sobre Albert Cuyp. Unos años atrás, cuando su madre aún tenía la tintorería en el barrio y ella la había acompañado por algún motivo, se había fijado en la librería, propiedad de un matrimonio ya mayor. De hecho, incluso había entrado. Recordaba perfectamente la iluminación no muy potente, el olor a papel y a tinta, los mostradores y las estanterías de madera envejecida, abarrotadas de libros, claro, pero también con algunos álbumes ilustrados y mapas de cuando Holanda había sido una potencia marítima y colonial. Marja también sabía el origen del nombre de la librería, pero le dio pereza explicárselo a Verbrugge.

—Así que no conoce de nada al hombre de la fotografía, ¿verdad? —probó de nuevo Marja, y ante la negativa de Verbrugge hizo una nueva pregunta—: Otra cosa,

¿ayer o anteayer oyó algún disparo? En medio de este paisaje tan silencioso, si alguien dispara, usted desde la granja lo puede oír.

—¿Ayer? Pues sí, sí oí algunos disparos —dijo Verbrugge—. Pero no me sorprendió. De vez en cuando vienen cazadores.

—¿Cazadores, aquí? —se extrañó Marja, pensando en aquellos campos que parecían deshabitados de animales, aparte del ganado de Verbrugge o de algún otro vecino.

—Ya lo creo, los patos ya se han ido hacia el sur, pero hay conejos y también hay alguna perdiz.

—¿Cuántos disparos oyó? —preguntó Paul.

—No lo sé exactamente —se disculpó Verbrugge—, sólo recuerdo que algunos fueron por la mañana y otros por la tarde.

—¿Puede ser un poco más exacto? Es importante —dijo Marja—. ¿Cuántos por la mañana y cuántos por la tarde? ¿Vio a los cazadores?

—Por la mañana sólo se oyeron un par de disparos, creo, y no vi a nadie, a ningún cazador. En cambio por la tarde oí media docena o más, y vi a un par de hombres con las escopetas y unos perros. No eran del pueblo, no los conozco.

Durante unos minutos más, Marja y Paul siguieron haciendo preguntas a Verbrugge sobre su hija, sin que las respuestas aportaran nada significativo. Pero antes de despedirse consiguieron que les diera una fotografía reciente de Anke. Tal como la había descrito la camarera del Metz&Co, Anke era una muchacha delgada, con el pelo rubio no muy largo y una cara un poco angulosa. También parecía vestir tal como había dicho, de forma deportiva, con tejanos y jerseys informales.

Después de la charla con Verbrugge, Paul y Marja se dirigieron a Urk, siguiendo el coche patrulla de Gendt. Una vez en el pueblo, Gendt les hizo de guía por sus tranquilas calles, transitadas sólo por algún ciclista, con algún vecino que arreglaba su pequeño jardín. Como en otros lugares del país, la gente estaba obsesionada con adornar las ventanas. Urk era un pueblo de pescadores, pero se hacía difícil creer que los propietarios de aquellas casas saliesen al lago Ijsell o más al norte, al mar de Wadden, para trabajar. Seguramente también había gente de otros lugares del país que se había instalado allí para disfrutar de un retiro agradable, lejos del ruido y de las grandes ciudades. Urk era un mundo que sabía combinar la austeridad con el bienestar. «La verdadera esencia del protestantismo», pensó Marja.

Acompañados por Gendt, hicieron algunas preguntas a los vecinos. Naturalmente, nadie conocía a Cornelis Dortsman ni lo habían visto paseándose por Urk. Sentados en un pequeño muro que separaba el puerto de la playa de arena desierta, descubrieron el grupo de chicos con los que Anke se encontraba de vez en cuando. Estos confirmaron la explicación de Verbrugge: Anke se había ido hacía tres días. No tenían ni idea de si ella conocía al hombre muerto que la policía había encontrado la noche anterior. Marja se sorprendió de la facilidad con la que los amigos de Anke se habían enterado del suceso. Sin embargo, no pudieron ofrecer ninguna otra

información sobre la chica que el agente Gendt o Verbrugge no les hubieran dado ya.

Después de despedirse del agente Gendt, Marja y Paul almorzaron en uno de los pocos cafés del pueblo. Mientras comían, recibieron la llamada de Jurgen Sieraal, que les dijo que Muysart había hecho la autopsia de Cornelis Dortsman y que su muerte se había producido, tal y como parecía, a causa de la hemorragia provocada por el impacto de las dos balas de calibre 12, una de las cuales había agujereado un pulmón, mientras que la otra le había atravesado el estómago. Según balística, las balas llevaban gravada la letra Alfa, eran de fabricación búlgara, no se utilizaban en escopetas sino en rifles y no eran muy usuales en el mundo del crimen en Holanda. Los disparos se habían realizado por la espalda y desde una distancia máxima de cincuenta metros. Dortsman no habría muerto en el acto, sino después de unos diez o quince minutos de horrible agonía. Después de eso, el comisario escuchó el breve resumen de Marja sobre lo que Paul Hovestadt y ella habían hecho en Urk. La lluvia se había llevado cualquier posible rastro en el escenario del crimen, nadie del pueblo parecía haber visto a la víctima, y Anke Verbrugge se había ido de casa de su padre hacía unos días para volver a Ámsterdam, pero habían obtenido información sobre el domicilio y el trabajo de la chica.

Después de almorzar y de dar un par de vueltas más por Urk, a media tarde, Marja y Paul decidieron que de momento no podían hacer nada más en el pueblo y que era mejor que volviesen a Ámsterdam para tratar de localizar a Anke en la librería La Sirena Negra o en su domicilio. Durante el trayecto de vuelta, hablaron sobre los posibles motivos de Dortsman para ir a Urk. ¿Conocía a Anke Verbrugge? ¿Eran amigos? Según parecía, a Cornelis lo habían matado con un rifle, pero ninguno de los dos pensaba que hubieran sido los cazadores de los que les había hablado Verbrugge. Si sólo hubiera tenido un impacto de bala en la espalda, quizá podrían barajar la posibilidad de un trágico accidente, pero dos impactos descartaban aquella hipótesis. El asesinato de Dortsman podía haber sido premeditado, alguien lo había seguido hasta las afueras del pueblo para matarlo. ¿Por qué?

—Cornelis Dortsman vino hasta Urk para encontrarse con Anke —dijo Marja, rechazando la posibilidad de que su presencia en el pueblo fuera casual o de que hubiera ido a esconderse. Urk era demasiado pequeño, y sus piadosos vecinos eran demasiado atentos como para que les pasara desapercibida la presencia de un forastero—. La cuestión es por qué. Si el hombre no fue el asesino de Iliona, estaría asustado por el crimen de la pensión y necesitaría ayuda, pero no creo que fuera tan amigo de Anke Verbrugge como para pedírsela a ella.

—¿Entonces?

—Vino hasta aquí para avisar a Anke, para prevenirla. No se me ocurre nada más.

—¿Para prevenirla de qué? ¿De quién?

—Del asesinato de Iliona.

Durante el resto del trayecto entre Urk y Ámsterdam, charlaron sobre los chicos que Paul entrenaba a fútbol y los problemas de Laagsveld. Paul sentía una clara

simpatía por él, era evidente que lamentaba verle pasar por un mal momento. Paul también se interesó por el novio de Marja, ya que ella alguna vez le había hablado de él y le había dicho que Franz vivía en Berlín. Pero Marja se fue por la tangente y lo único que dijo fue que Franz llevaba unas semanas trabajando en la costa báltica.

Ya en Ámsterdam, se dirigieron al barrio de De Pijp y aparcaron el coche en las calles adyacentes a Saparhipark. Cruzaron andando Albert Cuyp, donde los puestos del mercado todavía estaban abiertos y había mucha gente yendo de aquí para allá. Siempre le había interesado aquel sitio, con su mezcla de gentes, colores y olores. En cierto modo, Albert Cuyp era una de las caras de la ciudad que gustaban a Marja. Su vecindario era más bien modesto, multirracial, y las casas no tenían la elegancia de otras zonas como el Plantage, o la estética cosmopolita de su barrio, el Jordaan, pero era mucho mejor que la sucia fealdad de Nassaukade, Rozengracht, la vulgaridad estridente de Leidseplein o Rokin, o la mediocridad de Sint Antoniesbreestraat, donde habían encontrado el cadáver de Iliona Vitéz.

La Sirena Negra estaba en la calle Quellijn, y a Marja no le resultó nada difícil guiar a Paul hasta allí. Tal y como recordaba, en el escaparate de la librería ponía la explicación del nombre del negocio: un libro viejo, abierto por una ilustración que representaba una sirena negra, con el cuerpo delgado y el rostro afilado, moviéndose en las aguas del Prinsengracht ante la admiración de unos personajes, vecinos o paseantes del canal. Marja se dijo que el libro podía ser perfectamente del siglo XVII O XVIII.

Una vez dentro de la librería, los propietarios, el matrimonio Smeijer, una pareja mayor —aunque no mucho más de lo que recordaba Marja de sus visitas de años atrás— los atendió. Ambos, tanto el hombre como la mujer, eran más bien pequeños, con cierta fragilidad física. Los Smeijer les informaron de que Anke no estaba porque se había ido a visitar unos días a su padre enfermo, que vivía en Urk. A Marja no le había parecido que el señor Verbrugge estuviera enfermo, pero no dijo nada.

Los Smeijer confirmaron la dirección de Anke que les había dado el padre de la chica, Haarlemmerdijk, 35, así como el hecho de que le habían robado el teléfono móvil.

—Ayer nos llamó y nos dijo que pronto volverá, dentro de un par de días —reveló la señora Smeijer, para sorpresa de los policías.

—¿Le dijo desde dónde llamaba? —preguntó Paul.

—Desde Urk.

—¿Desde Urk? —repitió Marja, y precisó—: ¿Desde la casa de su padre?

—Pues sí, claro —se reafirmó la señora Smeijer—. ¿Qué tiene de extraño?

—Nada, sólo quería saberlo —dijo Paul, saliéndose por la tangente, pero recordando que el señor Verbrugge les había dicho que Anke se había ido tres días antes. ¿Quién estaba mintiendo y por qué, el señor Verbrugge o su hija?

—Sufre del corazón, nos dijo —respondió el señor Smeijer, y añadió, algo tenso—: ¿Para qué quieren ver a Anke? Sólo podemos decir cosas buenas de ella. Es una

chica muy trabajadora, le gusta la lectura y siempre sabe qué recomendar a los clientes que entran en la librería.

—No lo dudamos —intervino amable y conciliadora Marja—. Hoy en día es difícil encontrar empleados a los que les guste la lectura, ¿verdad?

Ante ese comentario, el señor Smeijer pareció relajarse un poco. Marja, al darse cuenta, siguió por el mismo camino.

—Anke no ha hecho nada malo, pueden estar tranquilos, pero tenemos que hablar con ella porque necesitamos información de otras personas. ¿A ustedes les dicen algo los nombres de Iliona Vitéz y Cornelis Dortsman? ¿La han oído alguna vez hablar de ellos?

—No sabemos quiénes son, nunca los ha mencionado —respondió la señora Smeijer—. Anke es muy reservada en cuanto a sus amistades.

Era evidente que el matrimonio de librereros esperaba una explicación sobre quiénes eran aquellas personas, pero Marja estaba convencida de que revelarles que dos conocidos de su empleada habían sido asesinados sólo los alarmaría.

—Los últimos días antes de irse a Urk para ver a su padre, ¿les pareció que Anke estaba nerviosa por algo? ¿Notaron algún cambio en su comportamiento? —preguntó Paul.

—No, creo que no —dijo el señor Smeijer.

—Pues yo creo que sí, se la veía rara —lo contradijo su mujer.

—¿En qué sentido? —se interesó Marja.

—Es difícil de explicar, pero estaba algo ausente, distraída, e incluso se equivocó al hacerle una recomendación a un cliente, se confundió con un título de Chéjov.

—¿Y eso qué tiene de raro? —protestó el señor Smeijer.

—Pues que sabe mucho de autores rusos y sobre todo de Chéjov, porque es su favorito. No podía olvidarse de que *Al anochecer* era un libro de este autor.

El señor Smeijer hizo un leve gesto de disconformidad. Era evidente que no estaba de acuerdo, todo el mundo podía tener alguna laguna, incluso aquella empleada modélica.

—Antes han dicho que no conocen a nadie que se llame Iliona Vitéz ni Cornelis Dortsman —recordó Marja—. Les quiero mostrar unas fotografías de estas personas.

La primera foto que vieron los Smeijer fue la de Dortsman, no la de su cadáver facilitada por la policía de Flevoland, sino la que les había dado su madre. El matrimonio dijo que no conocían de nada a aquel hombre. A continuación, Marja les mostró la fotografía de Iliona hecha en la pensión Diderot. El efecto fue inmediato.

—¡Dios mío! Está muerta, ¿no? —preguntó la señora Smeijer horrorizada, a la vez que se dirigía a su marido, que asintió con la cabeza—. La recuerdas, ¿verdad? No sabíamos que se llamaba Iliona Vitéz. Vino tres, no, tal vez cuatro veces a la librería. Se pasaba mucho rato mirando los libros que teníamos y, en algunas ocasiones, hojeaba alguno, pero nunca llegó a comprar ninguno. Ella y Anke hablaron una tarde sobre uno de los libros, pero ya no recuerdo cuál era. Y el hombre

de la fotografía, ese Cornelis Dortsman, ¿quién era? —quiso saber la señora Smeijer.

—Era un amigo de Iliona Vitéz. También está muerto y creemos que Anke lo conocía.

El matrimonio Smeijer se quedó en silencio, incapaz de entender lo que estaba ocurriendo. Marja se compadeció de ellos, podía notar su miedo. Ellos que vivían tan tranquilos con su librería en De Pijp, de repente se daban cuenta de que la muerte rondaba cerca.

Antes de abandonar La Sirena Negra, Paul y Marja pidieron a los Smeijer que cuando volviera Anke los avisaran, aunque era mejor que a la chica no le dijeran nada, que no le contaran que dos policías habían ido a verla. Los Smeijer aseguraron que así lo harían.

Una vez en la calle, Paul y Marja se dirigieron despacio hacia el coche. Mientras, la gente seguía yendo de aquí para allá, con la habitual animación del barrio.

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó Paul.

Marja tardó en responder.

—Todavía no sé cuál es, pero es evidente que hay algún vínculo entre las muertes de Iliona y de su amigo Dortsman. Y quizás Anke sabe cuál es. Pero ¿dónde estará?

—¿Mandamos un coche patrulla a su domicilio, a Haarlemmerdijk 35? —propuso Paul—. Tal vez tengamos suerte y esté allí.

—No servirá de nada, tengo el presentimiento de que Anke no está en su casa —dijo Marja—, pero tenemos que seguir los procedimientos habituales, ¿no? Llamemos a comisaría y pidamos que envíen a alguien. También tenemos que comprobar a través de la compañía telefónica si realmente desde el teléfono de Verbrugge se realizó ayer una llamada a La Sirena Negra. Si es así, el granjero de Urk nos ha mentado y, al menos ayer, su hija todavía estaba con él.

—En vez de seguir el procedimiento habitual —propuso Paul— será mejor que hable con un amigo que tengo en la compañía de teléfonos. Así en sólo unas horas sabremos si ayer se realizó la llamada.

Mientras andaban hacia el coche, Paul llamó para solicitar un control rutinario en Haarlemmerdijk 35. Luego observó que Marja miraba hacia La Sirena Negra y después hacia un extremo de la calle.

—¿Tenemos que volver? ¿Has olvidado preguntar algo?

—No, no es eso.

—¿Entonces qué miras?

—Me ha parecido... —vaciló Marja—, por unos momentos he tenido la sensación de que alguien nos estaba espiando.

—¿Estás segura?

—No lo sé, ha sido muy rápido. He visto unos ojos, una mirada hacia el final de la calle, pero la gente de alrededor no me dejaba ver quién era. Ha sido sólo unos segundos y ha desaparecido, pero la mirada iba dirigida hacia nosotros, o eso es lo que me ha parecido.

—¿Y no puedes decir nada más? ¿Si era hombre o mujer, o cómo iba vestido?

—Parecía un hombre joven, al menos por cómo vestía. Pero no puedo estar segura, porque llevaba puesta la capucha del jersey. Quizá fuera una mujer.

—¿Anke Verbrugge?

Marja se encogió de hombros. ¿De quién era la mirada que le había parecido descubrir sólo unos segundos antes de perderla? ¿Eran los ojos de Anke los que había visto? ¿O acaso los de alguien que estaba buscando a la chica, tal vez el asesino de Dortsman y de Vitéz? Un leve escalofrío recorrió su cuerpo.

CUANDO PAUL la dejó en Bloemgracht, Marja subió al barco de Louise, comprobó enseguida que todo estaba en orden y dio de comer a *Jeff*, el gato de su amiga. Luego fue a comprarse la cena en los Italianos, un plato de pasta preparado al estilo *genovese*, tal como decían los chicos que llevan el negocio, y acto seguido entró en su casa. Guardó la pistola en el lugar de siempre, en el fondo del armario, se duchó y volvió a vestirse, porque después de cenar pensaba irse al De Tuin a tomarse un café. Pero antes, mientras estaba en el salón comiéndose la pasta acompañada de una cerveza, Marja observó el barco de Louise al otro lado del canal. ¿Qué estaría haciendo su amiga en Texas, junto a su madre enferma? Tenía ganas de que volviera, se sentía a gusto con aquella norteamericana solitaria, pensaba Marja, cuando de repente el sonido del teléfono la sorprendió. Era Paul, para decirle que una patrulla había ido a Haarlemmerdijk 35, el domicilio de Anke Verbrugge, y que la chica no estaba. Habían hecho algunas preguntas a los vecinos, que confirmaron que llevaban unos días sin verla y sabían que el padre de Anke vivía en Urk y que en ocasiones lo visitaba, pero esta última vez no les había dicho que fuera a verlo, ni tampoco que estuviera enfermo.

Después de hablar con Paul, Marja abrió el correo electrónico y se encontró con un mensaje de Franz en el que se quejaba de las comunicaciones del lugar de la costa polaca donde se encontraba. Le decía algunas cosas amables, que la echaba de menos y que tenía ganas de verla, pero también otras un tanto inquietantes, como que su trabajo en Pomerania Oriental se había complicado y que casi seguro que tendría que quedarse un par de semanas más. El tono del mensaje de Franz le resultaba extraño, como si en el fondo no fuera del todo sincero. ¿Era sólo la distancia física lo que había entre los dos o acaso Franz también se estaba alejando de ella sentimentalmente? ¿Acaso había conocido a otra mujer y no se atrevía a decírselo? A Marja le pareció una idea absurda y la rechazó.

En el correo electrónico había también un mensaje de Klara Müller. Tal y como le había dicho, le había pedido a un amigo suyo que sabía húngaro que le tradujera la carta de alguien llamado Jakob Szálasi dirigida a Ilona y que ésta nunca llegó a leer.

Novi Sad, 3 de octubre

Querida Ilona:

Me alegro mucho de volver a tener noticias tuyas. Después de mi última carta temía que te hubieras molestado, pero no era mi intención reprocharte nada. Ya lo sabes, siempre me ha interesado tu formación artística, creo que llegarás a ser una magnífica intérprete de clarinete y comprendo que aquí, en Novi Sad, o en cualquier

otro lugar del país, no pudieras continuar. Hace ya años que el ambiente se ha vuelto irrespirable. Primero fue el fanatismo, el odio, y ahora es la mediocridad, la miseria interior que nos rodea. Ellos, ya sabes a quién me refiero, han perdido la guerra, pero nosotros hemos perdido la ilusión, o casi. En medio de este mundo asqueroso, ¡cuánto echo de menos tu risa, mi pequeña! Recuerdo cómo tocabas el clarinete mientras los bombarderos norteamericanos dejaban caer su carga sobre nosotros. Quizá lo hacías porque tenías miedo, como todos. Para algunos vecinos del edificio eras una loca, una excéntrica, pero para otros, un verdadero ángel. ¿Cuánto hace que no estás, tres años, quizá tres y medio? Sé que tenías que irte, sé que tenías que buscarlo, por más tenuous que fueran los indicios. Yo hubiera hecho lo mismo. Sólo espero que encuentres a József y que le pidas que nos perdone, sí, a nosotros, los que no supimos ver el horror que se nos venía encima. Si hubiéramos reaccionado a tiempo, tal vez las cosas habrían sido distintas, tal vez no habría tenido que huir.

Ya te dije en mi última carta que he perdido mi empleo. No soy el único, claro. Me gustaba ocuparme de mis enfermos, pero a veces me resultaba insoportable lo que veía. La enfermedad, la vejez, el declive del cuerpo humano y del alma, ya sabes. Por eso, a veces me evadía contemplando la llegada y la partida de los trenes de la estación que está a un centenar de metros del hospital. Pero me han dicho que ya se ha terminado, ya no tengo consultorio, y aunque todavía recibo algunos pacientes en mi casa, pronto esto también se acabará. Ha habido algunos errores en el hospital, y he recibido un par de denuncias por mi trabajo. No puedo volver allí. Te voy a hacer una revelación: yo también me iré. Ya no me liga nada a Novi Sad ni a este país. Recogeré los restos de Mihály, en Dubrovnik, y los llevaré a su desierto. Ya te he hablado de él, el Négyev. Él hubiese querido que lo enterraran allí. Otro soñador, como József. Me quedaré allí un tiempo. Necesito espacio, paisajes enormes. He aborrecido lo pequeño, lo cerrado, el aire quieto que nos oprime en Novi Sad. Más adelante tal vez continúe viajando. Podría abrir un consultorio muy lejos de nuestro ínfimo universo. Un médico húngaro y judío en el Nuevo Mundo. He pensado en Canadá, un lugar donde la gente no se mata entre sí. Hace un año, durante un congreso de medicina que se celebró en Basilea, hice amistad con un doctor de Vancouver. Me contó lo bonita que era su ciudad y me habló de las dimensiones del océano Pacífico, los bosques interminables, las montañas cubiertas de nieve y el sonido de los ríos por la noche, sin el recuerdo de las bombas, ni los llantos, ni los gritos, ni las miradas de odio o de resentimiento, sin mafias ni crímenes horribles.

Bueno, mi Iliona, lo dejo por hoy, pero volveré a escribirte, y hazlo tú también. Tus cartas me llenan de alegría, ya lo sabes.

JAKOB

Marja releyó la carta dos veces más. Era evidente que planteaba varias incógnitas. Primero de todo, ¿cuál era la relación de Jakob Szálasi, «un médico húngaro y judío»,

con Iliona Vitéz? El tono general de la carta indicaba una relación de una cierta intimidad entre el hombre y la chica. Jakob Szálasi echaba de menos a la joven, echaba de menos su risa, la llamaba afectuosamente «mi pequeña» y le pedía disculpas por algo que aparentemente le había escrito en una carta anterior. Jakob Szálasi tendría ya una cierta edad, dedujo Marja. La generación de Marja ya no utilizaba el correo postal sino el electrónico, y probablemente en Novi Sad hicieran lo mismo. Además, la llamaba «mi pequeña», y eso sólo lo haría alguien mayor, a no ser que existiera una relación sentimental entre los dos. Marja creía que no era el caso, pero era muy probable que fueran amigos. Debía de ser una amistad algo peculiar, incluso extraña.

Otra incógnita era la identidad de József, alguien que había huido quizá por culpa de la guerra de los Balcanes y del ambiente opresivo en Novi Sad. Y también faltaba saber qué vínculo tenía con Iliona. La relación entre los dos tenía que ser importante a la fuerza, ya que Jakob Szálasi comprendía que la chica lo buscara a pesar de tener sólo «tenues indicios» de dónde encontrarlo. ¿En Ámsterdam? ¿En algún otro sitio de Holanda?

¿Y quién era Mihály, muerto en Dubrovnik, tan importante para el autor de la carta, hasta el punto de que pensaba viajar a la ciudad dálmata para llevarse sus restos al desierto israelí del Néguev? Durante un rato, Marja no pudo dejar de pensar en las incógnitas que planteaba Szálasi. Aparentemente parecía fácil localizar a aquel hombre, ya que su carta llevaba una dirección postal, Stari Grad, 25, de Novi Sad, a pesar de que las relaciones de Holanda con Serbia no pasaran por un buen momento a causa de la matanza de hacía unos años en Srebrenica. Los serbios habían masacrado a los bosnios de aquella ciudad balcánica que, en teoría, estaba bajo la protección de los cascos azules holandeses. Había sido un auténtico genocidio y una mancha difícil de borrar para la sociedad holandesa y, precisamente por eso, las relaciones entre los dos países eran pésimas. Hacía unas semanas, cuando Jurgen Sieraal quiso cerrar el caso de Iliona, comunicaron el suceso a la embajada serbia. La representación diplomática del país balcánico se limitó a dar protocolariamente las gracias por la información y no facilitó ningún dato sobre la familia de la chica muerta. De hecho, según recordaba de lo que le había contado Julius Cleve, los padres y la hermana de Iliona habían muerto durante los bombardeos norteamericanos. Marja se resistía a creer que no quedara ningún familiar, aunque fuera lejano, de la chica muerta. O tal vez fuera así, y tan sólo el tal Jakob Szálasi echara de menos la sonrisa de Iliona. Le daba vueltas a todo aquello una y otra vez, dándose cuenta de que estaba centrando toda la atención en la chica sin que todavía se pudiera determinar si había sido un accidente, un homicidio o un asesinato premeditado, y que estaba dejando de lado la otra muerte que había sido claramente violenta, la de Cornelis Dortsman.

AL día siguiente, a media mañana, en comisaría, Paul hizo saber a Marja que su contacto lo había informado de que no había ninguna llamada realizada desde el número del padre de Anke, en Urk, a La Sirena Negra, la librería del matrimonio Smeijer en el barrio de De Pijp, ni el día que decían los Smeijer ni ningún otro. Claro que la llamada podría haberse hecho desde un móvil, objetó Marja, pero Paul dijo que su contacto también lo había revisado y precisamente el día que decían los Smeijer en La Sirena Negra sólo habían recibido dos llamadas, una desde un móvil y otra desde un teléfono fijo. La primera era de un cliente de la librería —según había sabido por los Smeijer— y la segunda, la que el matrimonio de librereros decía que era de Anke, no se había hecho desde Urk, sino desde una cabina telefónica situada en el vestíbulo de la Estación Central de Ámsterdam.

—Entonces, Anke Verbrugge les mintió sobre el lugar donde se encontraba —dijo Marja.

—Pero ¿por qué? ¿Qué sentido tiene? —preguntó Paul.

—Tan sólo se me ocurre una respuesta: la chica no quiere que la encuentren, se está escondiendo de alguien. Todavía no sabemos el motivo, quizá tenga que ver con la muerte de Dortsman y de Iliona.

—¿Y por qué dijo a los Smeijer que llamaba desde la granja de su padre? Diciendo eso, ¿no lo estaría poniendo en peligro? —dudó Paul.

Marja no supo qué responder. Su compañero tenía razón, era un riesgo innecesario. ¿O acaso Anke estaba tan asustada que no era capaz de pensar fríamente?

—Si Anke Verbrugge llamó a los Smeijer desde la Estación Central, tal vez haya dejado la ciudad, o incluso el país —dijo Paul.

—Es una posibilidad, claro, pero quizá simplemente escogiera el vestíbulo de la estación para hacer la llamada.

Aquella misma mañana, Klara Müller contó a Marja y a Paul que el día anterior había ido al domicilio de Tessa Ruyter, la madre de Cornelis Dortsman, para comunicarle la noticia de la muerte de su hijo. La mujer, al principio, se había negado a creerlo, y luego había reaccionado con un ataque de histeria. Estaba destrozada, como era de esperar, pero aun así la había acompañado al depósito de cadáveres para identificar el cuerpo. Klara le había hecho las preguntas de rigor sobre su hijo y su posible asesinato. Según la señora Ruyter, Cornelis no tenía enemigos, y no se le ocurría a nadie que quisiera matarle. Afirmó que el asesino tenía que ser un loco. Si hubieran querido robarle no le habrían disparado, porque Cornelis habría dado el dinero o el coche al asaltante sin ofrecer resistencia. Al oír eso, Marja no pudo dejar de pensar en la muerte de su hermano Willem, que probablemente se había negado a

que le robaran.

Antes del mediodía, Marja y Paul se dirigieron al domicilio de Tessa Ruyter. La mujer no tardó en abrirles la puerta. Había estado durmiendo hasta hacía muy poco gracias a los somníferos que había tomado. Vestía la misma bata china que la última vez que Marja la había visto.

—Ya he hablado con otra policía, una mujer que vino ayer a verme, y le respondí a todo lo que me preguntó —se quejó la señora Ruyter, después de que Marja y Paul se presentaran como los investigadores que llevaban el caso de su hijo.

—Lo sabemos, señora Ruyter, y no la molestaremos mucho rato, pero tenemos que hablar con usted —dijo Marja.

Tessa Ruyter dudó unos momentos y luego, con un gesto de fastidio, los dejó entrar en la casa. Una vez dentro, en el salón de techo alto, Marja se fijó, como en la primera visita, en los muebles y las cortinas, demasiado serios para su gusto, en las piezas de cerámica de Delft y, sobre todo, en las copias de cuadros de Aart van der Neer y de Hendrick Avercamp, así como en el paisaje tropical inquietante de aquella pintora que no conocía, Rieka Bunge.

—En todo este tiempo, desde que vinimos a verla y nos contó que su hijo se había ido sin decirle adonde, ¿tuvo algún contacto con él? —preguntó Marja.

En la expresión de Tessa Ruyter, algo indicó a Marja que la recordaba.

—Así es, ya se lo dije a la policía de ayer.

—¿Podemos ver su habitación, sus cosas? —pidió Paul con suavidad, casi como si se disculpara por entrometerse en el mundo y el dolor de la mujer.

—¿Es necesario?

—Creo que sí —intervino Marja—. Sólo serán unos minutos.

Tessa Ruyter los acompañó hasta la espaciosa habitación de su hijo, con dos ventanas que daban a la calle Frans Hals. La atmósfera del dormitorio era muy parecida al resto de la casa, seria y algo anticuada. Sobre un mueble bajo con las puertas de cristal, en el interior del cual se veían una pila de partituras, había un par de clarinetes. La señora Ruyter les aclaró que no eran los que su hijo acostumbraba a utilizar en los conciertos. No muy lejos de aquel mueble había una mesita pequeña con un tablero de ajedrez y las piezas dispuestas para empezar a jugar una partida. Junto a la mesita había dos sillas.

—¿Le gustaba el ajedrez a su hijo? —preguntó Marja a Tessa Ruyter.

—Sí, había participado en alguna competición, incluso tiene alguna medalla.

—¿Últimamente competía?

—No, lo había dejado, aunque si alguna tarde yo me aburría jugábamos alguna partida —reveló la mujer—. Ahora sólo parecía tener tiempo para su clarinete y para mí, claro. No estoy muy bien de salud.

En las paredes no había cuadros y sí en cambio muchos libros en una librería que ocupaba casi toda una pared. Marja echó un vistazo a los títulos, comprobando que aunque había algunos de ficción, la mayoría eran de historia y de música, y entre

estos últimos, había varias biografías de músicos y compositores. Marja pensó que no era extraño, teniendo en cuenta que era la habitación de un intérprete de clarinete. La inspectora también descubrió algunos volúmenes de grabados de artistas viajeros, como Laplante y Mialhe.

En un extremo de la biblioteca, justo al lado de una de las ventanas, había una mesa redonda de madera con una silla forrada de cuero negro. En la mesa había un ordenador portátil.

—Tendremos que llevárnoslo —avisó Paul a la señora Ruyter. Ante la cara de incompreensión de ésta, el policía añadió—: Es por el correo electrónico.

—¿Qué esperan encontrar? ¿Es necesario que fisgoneen en la vida privada de mi hijo?

—Puede contar con nuestra discreción —prometió Marja—, pero es necesario que lo revisemos todo. Dentro de unos días se lo devolveremos.

Mientras Marja todavía estaba hablando, Paul se había acercado al armario ropero de Cornelis Dortsman. Esta vez su madre no hizo ningún gesto de protesta, tan sólo se dio la vuelta para no ver cómo los policías removían la ropa de su hijo. Era evidente que la mujer estaba a punto de desmoronarse, de hundirse ante ellos.

—Hace unas semanas, cuando vinimos a verla, nos dijo que su hijo se había llevado su agenda —recordó Marja.

—Sí, supongo que sí. ¿Qué importancia tiene eso ahora? —dijo con una voz opaca, casi inaudible.

—Necesitamos saber los nombres de sus amigos, en qué círculos se movía —dijo Paul.

—La lista no es muy larga —dijo la mujer, sin subir el tono de voz—. Mi hijo era bastante introvertido, a veces parecía que sólo viviera para su trabajo y para mí. Se llevaba bien con tres o cuatro intérpretes de la orquesta del Concertgebouw, con algún amigo que yo no conozco y últimamente también con una familia del Prinsengracht, los Cleve.

—Realmente es una lista corta —concedió Paul—. Tal vez podría decirnos los nombres de esos músicos del Concertgebouw.

La mujer suspiró y dijo cuatro nombres: Pieter Weerts, Herman van Nijland, Joanna Zoersel y Klaus Baptist. Paul anotó los nombres y acto seguido preguntó por algún amigo que no fuera de la orquesta.

—Alguna vez había hablado de un tal Hendrik Lambert, pero casi no sé nada de él, sólo que lo había conocido en un café, el Vertigo.

Al oír el nombre del Vertigo, Marja recordó que era uno de los sitios que la madre de Julius Cleve le había dicho que su hijo frecuentaba, y que el mismo Julius le había dicho que era allí donde había conocido a Ilona. Mientras pensaba en eso, Marja se unió al registro de la ropa del armario que estaba haciendo Paul. Trajes, camisas y zapatos, todo tenía un tono sobrio y masculino, algunas piezas eran elegantes y otras simplemente funcionales, pero casi ninguna deportiva o algo divertida. El señor

Dortsman era un hombre mayor, claro, pero otros hombres de su edad se permitían alguna libertad o alegría en su ropa. Pero él no. A Marja le chocaba que un homosexual vistiera de manera tan seria, aunque tampoco esperaba hacer un descubrimiento espectacular o encontrarse con una extravagancia. Cornelis no era ni una «loca» ni un afeminado, pero su formalidad estética era incluso excesiva. Por unos momentos pasó por la cabeza de Marja la idea de que Tessa Ruyter no conociera las inclinaciones sexuales de su hijo, que tal vez éste nunca se hubiera sincerado con ella.

—¿No nos puede decir nada más de Hendrik Lambert? ¿Tiene su teléfono o su dirección?

—Sé que trabaja como conservador en el Tropenmuseum, pero no puedo decirles mucho más. De hecho, no lo he visto nunca en persona. Sin embargo hoy hemos hablado por teléfono, porque ha llamado preguntando por Cornelis. Cuando se lo he dicho, se ha quedado muy conmocionado.

Marja había estado más de una vez en el Tropenmuseum, un espectacular museo etnográfico dedicado a los trópicos situado en el barrio de Plantage. Había ido de pequeña, con sus padres, y alguna vez de mayor. Le encantaban todas aquellas piezas de arte antiguo y exótico, muchas de las cuales hacían referencia al período de expansión marítima y colonial de los Países Bajos, así como los cuadros, fotografías y algunas películas en blanco y negro que retrataban la vida holandesa de ultramar. Marja recordó las tardes de lluvia pasadas en aquellas salas de resonancias tropicales que la llevaban hasta Surinam, la India o Indonesia.

—¿Su hijo sale con alguna mujer? —preguntó de repente Paul.

Tessa Ruyter lo miró algo confusa, era evidente que estaba pensando la respuesta. Marja se dio cuenta enseguida de lo que pretendía su compañero.

—Cuando era más joven salió con algunas mujeres y luego tuvo una novia durante un par de años, Veronique Ziegelaar, pero lo dejaron. De eso hace mucho —aclaró la madre de Cornelis.

—¿Y es posible que su hijo tuviera relaciones con algún hombre? —se atrevió a preguntar Paul al fin.

La madre de Cornelis miró fijamente a Paul. En su mirada había un profundo menosprecio.

—¡Cómo se atreve a decir esto! ¡Mi hijo está muerto y usted viene a mi casa a insultarlo!

Marja trató de comprender la reacción de la mujer. Estaba indignada, o eso parecía. Tal vez fuera una persona muy cerrada, incapaz de aceptar la homosexualidad de su hijo.

—Son preguntas que debemos hacer —se medio disculpó Paul—. ¿De veras nunca ha pensado que Cornelis pudiera ser homosexual?

—¿Y por qué tendría que pensarlo? —replicó la señora Ruyter.

Por unos momentos, Marja pensó en Julius. El hijo del doctor Adriaan Cleve le

había dicho que Iliona no podía estar embarazada de Cornelis Dortsman porque éste era homosexual.

—No estamos aquí para hacer valoraciones sobre la vida privada de su hijo, sino para encontrar pistas sobre quién lo asesinó y por qué —intervino Marja, dándose cuenta de que sería difícil obtener información de aquella mujer—. Debemos preguntarle sobre las relaciones íntimas de Cornelis. Es necesario, créame. Cuando hace unas semanas estuve aquí con otro policía porque queríamos hablar con su hijo y le contamos que habíamos encontrado a Iliona Vitéz muerta, la alumna de su hijo, lo que no le dijimos fue que estaba embarazada de seis semanas. ¿Sabe quién podría ser el padre?

De repente, el enfado de hacía sólo unos instantes había desaparecido de la cara de Tessa Ruyter. A Marja le extrañó semejante cambio.

—No tengo ni idea.

—Lo que queremos saber es si Iliona estaba embarazada de Cornelis —matizó innecesariamente Paul.

—Ya lo he entendido. ¡Pues claro que no! —le cortó Tessa Ruyter, a la vez que se reía un poco. A pesar del dolor por la muerte de su hijo, ahora trataba de aparentar cierta dureza y desgana ante los dos policías y sus preguntas. Su reacción volvía a ser extraña, y a Marja le pareció que incluso parecía teatral.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Paul.

Tessa Ruyter no respondió.

—De todas formas, coincidirá con nosotros en que debían de ser algo más que profesor y alumna —empezó a razonar Marja—. ¿Por qué motivo si no podían haber ido a la pensión Diderot?

—No entiendo a qué se refieren. ¿Mi hijo e Iliona fueron juntos a una pensión?

—Así es. Y su hijo, con un nombre falso, alquiló una habitación para dos noches. Es allí donde encontraron el cadáver de Iliona Vitéz —contestó Paul.

Por unos segundos, ahora sí, la cara de Tessa Ruyter reflejó un desconcierto absoluto. Marja se dijo que era lógico, ya que durante la primera visita acompañada por Laagsveld, no habían mencionado nada sobre el hecho de que Cornelis e Iliona se hubieran alojado en la pensión.

—En la pensión Diderot, su hijo se registró como Aldous van Lennep. ¿Le dice algo el nombre? —preguntó Marja—. ¿Sabe por qué haría algo así?

Tessa Ruyter encendió un cigarrillo. La mano le temblaba un poco.

—No lo puedo entender. ¿Qué significa todo esto?

—Nosotros aún no lo sabemos —dijo Paul—, pero si su hijo escondía su identidad debía de ser por algún motivo. ¿Tenía miedo de alguien?

Sin responder a la pregunta, la madre de Cornelis Dortsman se sentó en una butaca que había junto a la librería. Dio un par de caladas nerviosas al cigarrillo.

—¿Sospechan que mi hijo mató a la chica? Es ridículo.

—No hemos dicho eso, señora Ruyter —la tranquilizó Marja—. Pero necesitamos

más información. Tal vez quien mató a Iliona sea la misma persona que asesinó a su hijo.

Tessa Ruyter no dijo nada. Sentada en la butaca, sólo esperaba a que los dos policías se fueran. Pero Marja todavía no había terminado. Seguía observando a su alrededor; la sobriedad masculina, la casi desnudez de la habitación no dejaban de sorprenderla. Echaba en falta algún detalle de la vida personal de Cornelis. ¿Dónde estaban sus fotografías, las cartas, los recuerdos de los años vividos? Una señal de Paul la alertó de que podían haber encontrado justamente aquello en uno de los cajones del armario, donde había dos cajas de metal. Al ver a los dos policías inclinarse sobre las cajas, la señora Ruyter hizo una mueca de disgusto.

—¿Qué hay aquí?

—Son sus cosas. Cartas y fotos de cuando era joven, alguna medalla, títulos académicos, recortes de prensa que hablan de la orquesta del Concertgebouw y poco más. Ya les aviso de que no encontrarán ningún diario personal —aclaró la mujer, continuando con una nada disimulada irritación y subiendo un poco el tono de voz—. ¿Así piensan encontrar al asesino de mi hijo, revolviendo en su pasado? ¿Creen que es alguien al que conocía?

—Tenemos que saber más cosas sobre él, y por eso tenemos que llevarnos el ordenador —dijo Paul.

—Hace unas semanas —añadió Marja—, visité el domicilio de los Cleve, en Prinsengracht, y hablé con Ilse Hagen. Me dijo que Cornelis y su marido, Adriaan Cleve, se conocieron hace unos años, pero no me contó cómo.

—Fue a mediados de los años noventa, durante un concierto de la orquesta en Basilea. Adriaan Cleve asistió y luego empezaron a charlar y cenaron juntos. Luego, en Ámsterdam, volvieron a encontrarse.

Marja recordó que cuando había visitado el domicilio de los Cleve buscando información sobre Iliona, Ilse Hagen le había dicho que su marido se encontraba en Basilea por cuestiones de trabajo.

—¿Y usted conoce a la familia?

—He visto un par de veces a Ilse y a su marido, Adriaan, por casualidad, mientras daba un paseo cerca del Amstel. Yo iba con Cornelis y me los presentó. Su hijo Julius acompañó un día a casa a Cornelis porque había bebido más de la cuenta. Le agradecí el detalle.

—¿Había bebido por algún motivo en especial?

—No, que yo sepa. Era sábado y habían salido.

—¿Lo hacían mucho eso de salir juntos a beber?

—No he dicho ni que salieran mucho juntos ni que fuera para beber —protestó la señora Ruyter—. Fue sólo una vez, no tiene más importancia.

—Pero Julius es mucho más joven que Cornelis —dijo Paul—. ¿Cómo se explica eso? No es muy habitual.

Tessa Ruyter lo miró con cierto desafío. Era evidente lo que estaba sugiriendo el

policía.

—Cornelis sentía un gran afecto por Julius.

—¿Y qué pensaba Julius de Cornelis? —preguntó Marja.

—Creo que lo veía como a un padre, al menos eso intuí una vez que hablé de ello con Cornelis.

—Pero ya tiene un padre —observó Marja.

Tessa Ruyter se encogió de hombros.

—Sí, claro.

Cuando Marja y Paul abandonaron el domicilio de la señora Ruyter, ella sentía que algo no iba bien. Mientras le daba vueltas al asunto, Paul llamó al Tropenmuseum y preguntó por Hendrik Lambert, pero le informaron de que ya había terminado su jornada y que no volvería hasta el día siguiente.

—Hay algo que se nos escapa, y cuando lo encontremos, tal vez demos con la solución a todo este lío —dijo Paul, y añadió—: Sin embargo, de momento soy incapaz ni siquiera de atisbar de qué se trata.

—Quién sabe, tal vez estemos cerca de encontrarlo —deseó Marja—. Alguien más, aparte del asesino, tiene que saber qué unía a Iliona con Cornelis.

—¿Anke?

—Seguramente. Si no, ¿por qué se esconde? Pero tiene que haber alguien más.

—¿Crees que Tessa Ruyter no nos lo ha dicho todo?

—Podría ser —dijo Marja, mientras cogían el coche para volver a la comisaría.

Se puso a pensar en la información que habían obtenido de la visita a la madre de Cornelis: un ordenador, dos cajas de objetos personales de la víctima, los nombres de algunos colegas músicos del Concertgebouw y el de un amigo que trabajaba en el Tropenmuseum, Hendrik Lambert, y un punto de confluencia —el Vertigo— de varios personajes de aquella historia que todavía no sabía cómo unir. Dos muertos, Iliona y Cornelis, y dos vivos, Julius Cleve y Hendrik Lambert. Estos dos últimos ¿se conocerían?

TRAS dejar el material en el despacho e informar al comisario de la charla con Tessa Ruyter, Paul y Marja se reunieron con Klara Müller para comer en el restaurante indonesio de Rozengracht. El dueño, el señor Sunein, al ver entrar a Klara en compañía de los otros dos policías salió de detrás del mostrador para saludarla y animó a su mujer, la señora Kai, a que hiciera lo mismo. También saludaron, por supuesto, a Paul y Marja, aunque era evidente que la presencia de Klara era lo que más les complacía. Marja se reafirmó en la impresión que el local le había producido la primera vez que había estado allí. Estrecho, no demasiado limpio, con una única ventana y un hilo musical de canciones orientales que no le provocaban ninguna emoción. Le costaba entender la fidelidad de Klara a aquel local, si no era por la buena cocina de la señora Kai y por los informes de su marido sobre los delincuentes de la zona. En aquel restaurante Klara y ella habían estado hablando del caso de la pensión Diderot y de Laagsveld, cuando éste todavía trabajaba en el caso del asesinato del empresario del espectáculo, antes de que lo apartasen de la investigación.

Mientras Paul y Marja pedían los platos que querían a la señora Kai, Klara estuvo un rato charlando con Filipe Sunein, un poco apartados. Cuando Klara regresó a la mesa y la señora Kai desapareció en la cocina, les explicó que el dueño del restaurante estaba preocupado. Una semana antes habían intentado robarle por la noche, y también habían recibido algunas llamadas telefónicas de alguien que quería asustarlo. Creía que el intento de robo y las llamadas eran obra de una nueva banda que actuaba en el vecindario. No los conocía, eran nuevos en el barrio y, lo que era peor, eran delincuentes disfrazados de religiosos, de fanáticos islamistas, que se autoproclamaban los Leones Turcos del Islam para dejar claro el origen del grupo.

Le decían que era un «perro esclavo de los cristianos» y un «hindú asqueroso». Klara les decía que Filipe Sunein no sufría tanto por él como por su mujer, que era muy frágil.

—A veces creo que Jan —dijo Klara, refiriéndose a Laagsveld— tiene razón. Vivimos en un mundo horrible donde alguien como mi amigo indonesio no puede ni siquiera tener un tugurio como éste y vivir tranquilamente. Y todo por culpa de cuatro desgraciados que aparecen en Rozengracht dándose las de mafiosos, y que deciden que estas calles tienen que ser suyas. Una auténtica mierda, como diría Jan.

Marja no soportaba ni a los integristas religiosos ni a los mafiosos o delincuentes sin adscripción, pero el enfado de Klara le pareció una reacción primaria, visceral, y se preguntó si en la historia que le había explicado Filipe Sunein podía haber algo más. Al fin y al cabo, Sunein había actuado de confidente de la policía en más de una ocasión, y ahora quizás alguien le estaba cobrando agravios.

—¿Qué sabes de Laagsveld? —preguntó Marja.

—Parece que él y el Viejo se han reconciliado —contestó Klara—. Jan sigue de baja, pero creo que pronto volverá a trabajar en el caso de Theo Kalvergraaf, el empresario asesinado.

La comida se alargó un poco más de lo normal, ya que la señora Kai se empeñó en que probaran unos postres originarios de su país y después los invitó a tomar un segundo café. Entonces, el señor Sunein y Klara volvieron a hablar apartados de ellos. Cuando finalmente consiguieron salir del restaurante, caminaron por Rozengracht en dirección a la comisaría. Hacía frío y había muy poca gente en la calle, aunque en el cielo lucía un sol inusual. A Marja le dieron ganas de cogerse la tarde libre y de irse a la casita de Uitdam para dar un paseo por los campos del pólder y charlar después con Klaus en su café o leer junto a la chimenea las últimas páginas de la novela de Mia Couto.

Por supuesto no se escapó a Uitdam, sino que una vez llegaron a la comisaría, ella y Paul se encerraron en un pequeño despacho, mucho más tranquilo que la gran sala donde habitualmente trabajaban, para examinar el material que habían recogido en el domicilio de Cornelis Dortsman. Primero revisaron los archivos informáticos del ordenador, pero no había nada interesante, excepto algunas piezas de música que la víctima parecía estar componiendo. En la memoria del buscador de Google había unas sesenta consultas, la mayoría relacionadas con la música, pero también había otras sobre ajedrez y algunos buscadores de vuelos aéreos. Las búsquedas se habían hecho tres días antes de la muerte de Iliona y los destinos eran Londres, Viena y Budapest. ¿Cornelis estaba planeando esconderse con Iliona en alguna de aquellas ciudades? Era una posibilidad, desde luego. Aunque diferentes, eran buenos escondites con un montón de turistas entre los cuales era factible pasar desapercibido. Después entraron en el correo electrónico, pero los escasos mensajes que había no parecían de gran utilidad. Aparentemente, la víctima no usaba apenas ese medio para comunicarse. En la lista de contactos sólo había unos diez nombres que Marja se apuntó.

Agotadas de momento las posibilidades del ordenador, Marja pidió a los técnicos de la Unidad Informática que examinasen el disco duro para comprobar si se podía recuperar algún archivo o mensaje de la papelera o que hubiese quedado oculto en el sistema. Después, ella y Paul se dedicaron a estudiar el contenido de las cajas de metal. Tal y como les había advertido con cierta dureza Tessa Ruyter, no encontraron su agenda personal. Hubiese sido demasiado fácil, por supuesto. Sí encontraron muchos recortes de prensa de actuaciones en el Concertgebouw, los títulos de la enseñanza secundaria y universitaria de Cornelis Dortsman, los diplomas de un par de cursos especializados en clarinete y composición musical, así como un seminario, también de interpretación musical, hecho en Viena, y otro de un centro de estudios que certificaba sus conocimientos de ruso. También había dos medallas de competiciones de ajedrez y una treintena de cartas con diferentes remitentes, la

mayoría en holandés. Entre las cartas, destacaban una decena escritas desde Groningen y desde Utrecht por una mujer —Veronique Ziegelaar— con la que Cornelis parecía tener mucha intimidad, y media docena en inglés, de un hombre probablemente británico —Timothy Bowles— que vivía en Londres y que, por el contenido de las cartas, se deducía que había sido compañero de Dortsman en el Conservatorio de Ámsterdam antes de volver al Reino Unido. Todas las cartas eran bastante antiguas. Las de Veronique Ziegelaar abarcaban un período amplio, y la más reciente se remontaba a cinco años atrás, mientras que las de Timothy Bowles eran de hacía tres años, más seguidas, con una excepción: la última había sido enviada hacía tan sólo seis meses.

Tres álbumes de fotografías completaban el material recogido en el domicilio de Dortsman. Paul y Marja los observaron con atención. De pequeño, Cornelis parecía un niño tímido, pensó Marja, y esa actitud se mantenía en todas las fotografías, tanto si estaba al lado de sus padres, con amigos o en algún acontecimiento. Salían algunas chicas en las fotos, pero ninguna de ellas eran de Iliona o de Anke Verbrugge. Detrás de algunas de las fotografías había nombres o descripciones escritas a mano, como «Veronique Ziegelaar, elegante», «Concierto en Copenhague, 15 de julio de 1993» o «Basilea de noche, otoño de 1998». Una de las fotografías con leyenda llamó la atención de Marja. Según se podía leer, eran los Cleve —el texto decía exactamente «Adriaan, Ilse y Julius»— y aparecían retratados de pie junto a un canal, muy probablemente el Prinsengracht. Marja miró con atención la foto, que no podía ser demasiado antigua, porque Ilse Hagen estaba igual que cuando la había visto en su casa. Como en la imagen que había visto en el domicilio de los Cleve, Adriaan, delgado y alto, parecía mayor que su mujer. Ambos, Ilse y Adriaan, posaban abrazados para el fotógrafo, y a su lado, aparecía Julius, un joven también alto. Marja se dijo que en la fotografía había cierto desequilibrio, algo inquietante, debido a la figura de Julius. Parecía demasiado rígido, su sonrisa era casi imperceptible, forzada, e iba vestido demasiado formal, con una corbata sin ninguna gracia y un sombrero de fieltro que le cubría la cabeza.

—Cuando Iliona apareció muerta en la pensión tuve que hablar con Julius Cleve —recordó Marja en voz alta, y le dijo a Paul—. Fue una conversación por teléfono y, entonces, tuve la impresión de que era un hombre extraño.

—¿Extraño?

—Sí, excesivamente frío, teniendo en cuenta que hablábamos de una amiga suya. Y también me pareció que mentía.

—¿Sobre qué?

—Cuando quise que me contara si en su última cita con Anke, en la cafetería del Metz&Co, ésta le había explicado algo sobre Iliona, y sobre todo cuando le pregunté si sabía que Iliona estaba embarazada.

—¿Crees que podía estar embarazada de él?

—Es una posibilidad —admitió Marja.

—Laagsveld decía a menudo que el trabajo de la policía es, en buena parte, imaginar —recordó Marja—. Cuando los métodos científicos, las pruebas de ADN y demás técnicas no llegan a nada, tenemos que empezar a imaginarnos situaciones, hacer hipótesis.

—Laagsveld vive del instinto, es de la vieja escuela. Casi no tiene estudios y, en cambio, es un auténtico psicólogo. ¿Qué hipótesis podríamos aventurar ahora sobre las muertes de Iliona y Cornelis?

—En realidad, hay dos. Una es que Dortsman es el causante, voluntario o no, de la muerte de Iliona; después alguien lo mató para vengar la muerte de la chica. Otra posibilidad es que Cornelis no fue el culpable de la muerte de Iliona, sino que a ambos los mató una tercera persona.

—En el segundo caso, ¿tendrá algo que ver con que la chica estuviera embarazada?

—No creo. Más bien creo que tiene relación con algo que Iliona sabía de su asesino. Ella y alguien como Dortsman alquilaron una habitación por dos noches en un sitio tan vulgar y feo como la pensión Diderot, y no en otro establecimiento de más categoría, porque querían pasar desapercibidos, porque se escondían. ¿De quién? Sea quien sea, primero mató a la chica, intentó aparentar que se había ahogado en la bañera y revolvió la habitación para confundirnos o porque buscaba de verdad algo de Iliona, y después asesinó a Dortsman a las afueras de Urk, porque éste conocía su identidad y los motivos del asesinato de Ilona.

MARJA y Paul siguieron estudiando el material de las cajas metálicas hasta las siete de la tarde, cuando decidieron que ya había bastante. Abandonaron juntos la comisaría y, ya en la calle, Paul propuso que se tomaran una cerveza juntos. Durante unos momentos, Marja dudó pero aceptó. No había nada malo en tomar una cerveza con su compañero y, de hecho, le caía muy bien, pero se acordaba de Franz, que estaba lejos, en la costa báltica, estudiando una bolsa de gas. Se sentía muy mal, culpable y a la vez excitada. Llevaba mucho tiempo sola y hablar con alguien como Paul le apetecía, era un hombre que la intrigaba.

Decidieron ir al De Tuin y durante el trayecto a pie hablaron muy poco. De repente, Marja tuvo la sensación de que Paul también estaba algo nervioso, como ella. En De Tuin, al principio, tampoco sabían muy bien qué decirse, hasta que poco a poco, Marja empezó a explicarle cómo era su vida y por qué había elegido un trabajo aparentemente tan diferente de lo que había estudiado en la universidad. Inevitablemente, apareció en la conversación la muerte de su hermano Willem, y cómo había afectado a sus padres y a su hermano Ariel. En un momento determinado salió el tema de la pareja: Marja explicó la curiosa relación que mantenían ella y Franz en la distancia, cada uno en su ciudad. De repente, se vio explicando cómo era Franz, su trabajo de geólogo, su afición a tocar la trompeta en un club berlinés, el interés que sentía por todo lo que tuviera que ver con Centroeuropa, hasta el punto de tener muchos libros y documentación sobre ese tema en su casa. A lo largo de la conversación, Marja se dio cuenta de que se sentía extraordinariamente bien. Nunca se había sincerado tan rápidamente con alguien, ni siquiera con Louise. A Paul le estaba revelando lo que había ido explicando a su amiga norteamericana durante muchos meses.

Paul, por su parte, le contó su historia a Marja. Su familia procedía de Arhem, al este del país. Era hijo único y sus padres —él farmacéutico y ella propietaria de una pequeña agencia de viajes— seguían viviendo en Arhem, donde iba a visitarlos de vez en cuando. No había acabado los estudios de Oceanografía en la universidad, hablaba con fluidez inglés y alemán y le interesaba mucho la educación de los jóvenes. Quizá por ese motivo entrenaba al equipo de fútbol de su barrio. Cuando llegó el momento de las confesiones más íntimas, Paul contó que había vivido con una chica, pero que su historia no había funcionado. Hacía ya cinco años de eso. Después de esa experiencia había salido con alguien, pero siempre por poco tiempo.

Dos horas después de haber entrado en De Tuin, abandonaron el café. La vida en el Jordaan continuaba y la gente iba y venía, a pie o en bicicleta. Los cafés estaban llenos y todavía quedaban algunos comercios abiertos. Marja propuso dar una vuelta y Paul aceptó. Caminaron siguiendo el Prinsengracht hasta el Brouwersgracht, y

después volvieron por las callejuelas del corazón del barrio hasta Kharthuizerstraat. Allí, Marja quiso entrar un momento en el patio interior de una *hofje*, un antiguo asilo para pobres restaurado y habitado ahora por el nuevo vecindario del Jordaan. La mayoría de ventanas que daban al patio estaban iluminadas y arrojaban algo de luz al exterior, donde ellos se encontraban. En el patio había una pequeña fuente, bastantes plantas y, al menos, una docena de bicicletas estacionadas en diferentes puntos. El silencio era casi absoluto, con la excepción de alguna música suave que procedía de una casa con la ventana un poco abierta y el ruido de alguna bicicleta que pasaba por la calle. Marja se dio cuenta de que aquel momento era único: la luz de las ventanas, la quietud de la noche, Paul a su lado. Ambos sabían que se estaban dejando llevar, sin oponer resistencia a la fuerza del deseo, del enigma. Marja subió la mano hasta la altura de la mejilla de Paul y le acarició. Los dos sonrieron casi a la vez. Marja cerró los ojos y notó que él se acercaba, pero sin acabar de decidirse. Notó que sus pequeños pechos tocaban fugazmente el cuerpo de Paul. Marja se dio cuenta de que nunca más se sentirían así, justo al principio de su historia, y la inundó un placer inmenso. Después, pasara lo que pasase, ya no sería lo mismo. Nunca volvería a disfrutar de la tensión y el deseo que iban fluyendo en su interior. Estaba a punto de traicionar a Franz, ¿eso era lo que hacía? Tal vez no. Franz representaba un mundo, un tiempo, y Paul era otro. Entonces, sin abrir los ojos, buscó los labios de Paul y se besaron tímidamente, primero con contención y después con cierta violencia.

Salieron del patio de la *hofje* y caminaron poco a poco por las calles del barrio. Alguna vez se cogieron de la mano, pero enseguida se soltaban. Al llegar a Prinsengracht siguieron el canal hasta donde coincidía con Bloemgracht. Era el momento de separarse o de continuar hasta el final, de invitar a Paul a que entrase en su casa. Indecisa, hizo un comentario confuso sobre el gato de Louise y sobre que tenía que ir a ponerle comida.

—Lo entiendo, no tenemos que ir deprisa si no quieres —dijo Paul.

Marja se sentía ridícula por haber dicho lo del gato. Además, se daba cuenta de que si ahora Paul se iba, tal vez otra noche no tendría valor para volver a hacerlo.

—No sé si Franz se merece esto, no lo sé... —empezó a decir Marja, avergonzada de repente por lo que estaba pasando.

Paul la miró fijamente. Su mirada transmitía ternura. Parecía querer decirle que lo entendía todo.

Caminaron un rato uno al lado del otro, sin mirarse y sin hablar, hasta la puerta de la casa de Marja. Abrió lentamente, sabiendo que él no se iría. Ya dentro de casa, avanzó hasta el centro de la habitación y miró por el ventanal hacia el canal donde estaba el barco de Louise. Oyó que detrás de ella se cerraba la puerta. No quería girarse, pero presentía que Paul estaba dentro, que se acercaba poco a poco hacia ella.

—Esto no ha pasado, recuérdalo, no ha pasado —suplicó Marja.

Unas manos la sujetaron por detrás, tocándole primero los pechos, firmes y excitados, después su sexo húmedo. Paul le mordía la oreja con dulzura, a la vez que

con una mano le acariciaba el cabello. Marja notaba que le aumentaban las pulsaciones conforme Paul le quitaba la ropa. Cuando los dos estuvieron desnudos, se tumbaron en el suelo, sobre la alfombra, primero de lado, mirándose, y se quedaron quietos durante un momento: la calma antes de lo inevitable. Después, Marja recorrió el cuerpo de Paul con su lengua y, a continuación, fue él quien introdujo la suya en el sexo de ella. Enseguida, Marja se arqueó al sentir el placer del primer orgasmo, pero fue incapaz de soltar ni un solo gemido, ni siquiera una palabra. Seguía cohibida. Paul hizo ademán de querer decirle algo, pero ella lo hizo callar. Unos minutos después, Marja se puso encima de él y se sentó sobre su miembro, que la penetró hasta muy adentro. Mientras Marja se movía cada vez más excitada, no dejaba de mirar por el ventanal. Al otro lado del canal estaba el barco de Louise, detrás, algunos edificios con luces encendidas, y mucho más allá, a centenares de kilómetros, en algún sitio de la costa báltica, estaba Franz. Le habría gustado llorar, quizá se habría sentido mejor, pero no lo hizo y, cuando notó que Paul eyaculaba dentro de ella, entonces sí consiguió soltar un gemido breve, ronco y feroz.

A la mañana siguiente, Marja se despertó muy pronto. Estaba dentro de la cama y desnuda, y enseguida recordó lo que había pasado la noche anterior con Paul. Después de hacer el amor, se habían ido a la cama y se habían dormido rápidamente. Ahora Paul ya no estaba. Se había ido sin despedirse, como un furtivo. Quizá fuera mejor así. Incapaz de quedarse en casa, con sentimientos contradictorios sobre lo que había pasado con Paul, salió a correr un poco por las calles todavía desiertas del Jordaan, siguiendo las aguas del Lijnbaansgracht hasta donde éste se encontraba con el Brouwersgracht. Por encima de aquel canal estaba el Haarlemmerdijk. Marja pensó en llamar a la casa del tío Pieter para desayunar con él. Hacía semanas que no lo veía, aunque suponía que estaría bien porque habían hablado unos días antes por teléfono y lo había encontrado bastante animado. No obstante, al final, Marja siguió corriendo, ahora a orillas del Brouwersgracht hasta su confluencia con el Prinsengracht, y después, siguió este canal hasta la plaza del Noordermarkt, donde empezaban a montar las paradas. Marja se sentó de espaldas al mercado, mirando las aguas oscuras del Prinsengracht con sus casas flotantes, barcos y barcazas. Pensó que aquella era verdaderamente una de las arterias de la ciudad mientras recordaba otra vez sus paseos por el canal con su madre o sus hermanos, así como el tiempo que trabajó en la galería de arte. Viviendo en el Jordaan, era casi inevitable que al menos una vez al día se acercara al Prinsengracht, que conformaba el límite entre el barrio y el centro de Ámsterdam. Se dio cuenta de que al otro extremo del canal estaba el domicilio de los Cleve. Pronto tendría que volver a hablar con ellos para averiguar algo más sobre su relación con Cornelis Dortsman.

Cuando la actividad del mercado aumentó, Marja volvió caminando a su casa. En el buzón tenía *De Volkskrant*. Cuando lo cogió, echó un primer vistazo a las noticias mientras empezaba a llenar la bañera y se preparaba unas tostadas para desayunar. La situación de Oriente Medio era cada vez más complicada y no pudo evitar pensar en su hermano Ariel y en su nueva familia en Haifa. Después de desayunar y de bañarse, llamó a Ariel por teléfono y habló con él durante unos minutos. Gaza quedaba muy lejos y allí, en el norte, desde que acabó la guerra del Líbano, reinaba una calma relativa. Ariel también le explicó que había hablado con su madre hacía poco. Seguía en la isla atlántica de Pico, fotografiando su volcán y la vida de los isleños en medio de aquel paisaje retorcido y salvaje de campos de lava, lluvia y silencio, como ella lo describía. Marja sintió un leve pinchazo. ¿Cuánto hacía que no hablaba con su madre? Tal vez meses. ¿Por qué había llamado a Ariel y a ella no? Marja preguntó a su hermano si tenía alguna noticia de su padre y éste le respondió que no, y que suponía que seguía en la costa noreste del Brasil, restaurando edificios coloniales.

Después de la conversación con su hermano, Marja revisó su correo electrónico,

pero fue en vano. Excepto algunos correos no deseados y un par de comunicados enviados por la dirección general de la Policía, no había ningún mensaje ni de Franz, ni de Louise, ni de Carol y Lionel, ni mucho menos de su madre o de su padre. ¿Estaría quedándose sola? Tal vez sí, se respondió mientras salía a la calle para ir al barco de Louise y dar de comer a su gato. Se quedó en la cubierta de la embarcación un rato, dejando pasar el tiempo. Mientras estaba allí, una llamada de Paul a su móvil la devolvió a la realidad de su vida de policía. Paul le preguntó si había dormido bien. Su tono era muy amable, casi tierno. Marja respondió que sí, y de inmediato le recordó que la noche antes no había existido, y le preguntó si lo entendía. Después de un silencio nervioso, casi tenso, Paul respondió que estaba de acuerdo, y ciñó la conversación al trabajo. Jurgen Sieraal había hablado con el fiscal Van Leyden y éste quería un informe sobre el estado de la investigación de las muertes de Iliona y Dortsman. Tenían cinco días para ofrecer algo nuevo al comisario y a Van Leyden. Por otra parte, Paul le avisó de que aquella mañana no podría acompañarla al Tropenmuseum a hablar con Hendrik Lambert porque el Viejo le había encargado un trabajo urgente, pero que podían encontrarse más tarde. Ambos convinieron que después de hablar con el conservador del museo intentarían hacerlo también con Julius Cleve. Paul había llamado al domicilio de los Cleve, y se había enterado de que tanto Julius como su padre, que acababa de volver de Suiza, estaban en casa, mientras que Ilse Hagen, en cambio, se encontraba trabajando en Flevoland.

Después de vacilar un poco, Marja se decidió a ir al Tropenmuseum en bicicleta. Tal vez no pareciera demasiado serio, pero necesitaba pensar. Pedalear bajo la fina lluvia que caía mientras notaba el aire frío de la mañana de Ámsterdam la ayudaría, estaba convencida de ello. Poco a poco dejó atrás el Jordaan, siguiendo el margen derecho del Prinsengracht, en dirección al centro de la ciudad. En la calle había cierto movimiento, sobre todo por los ciclistas que iban de un lado a otro y por algunas tiendas que ya habían abierto sus puertas. De vez en cuando emergía alguien de las casas flotantes y de los barcos amarrados. La ciudad tenía dos tipos de habitantes, los que vivían en sólidos edificios de piedra y los que preferían aquellas plataformas fluviales. ¿Había alguna diferencia? Los habitantes que habían preferido el agua a la tierra le parecían a Marja un poco nómadas, como zíngaros, aunque no se hubieran movido desde hacía años del mismo amarre.

Un cuarto de hora después de haber empezado a pedalear siguiendo el canal, se detuvo a contemplar al otro lado el domicilio de los Cleve, en el número 973. Era una elegante casa de tres pisos, coronada por un frontispicio y con la fachada pintada de verde oscuro. Tanto en el piso principal como en los dos superiores las cortinas impedían ver el interior, un hecho un poco inusual, contrario a la costumbre de los habitantes de Ámsterdam y de los holandeses en general, de vivir sin ocultarse, sin esconderse de la vista de los vecinos y de los extraños.

Después de dejar atrás el domicilio de los Cleve, Marja siguió el Prinsengracht hasta donde confluía con el río Amstel. Allí los barcos y las barcazas eran más

grandes que los del canal y el cielo también parecía más abierto y metálico que de donde venía. Al otro lado del Amstel estaba el Plantage, el barrio donde había nacido y había vivido casi siempre, hasta que la muerte de Willem dispersara a la familia y ella fuera a vivir al Jordaan. No había tiempo para sentimentalismos, pero no podía evitar sentir cierta nostalgia mientras cruzaba el río a través del puente Magere y pedaleaba por las calles cada vez más cerca del Tropenmuseum. Poco antes de llegar, la intensidad de la lluvia aumentó y empezó a resultar molesta. Una vez estuvo delante de la puerta del museo, un edificio de color gris un poco tétrico, Marja se dio cuenta de que quizás había sido una equivocación coger la bicicleta para desplazarse hasta donde se encontraba Hendrik Lambert. Estaba un poco cansada y se había mojado más de lo que esperaba.

El museo no estaba todavía abierto al público, pero los conserjes, después de ver su identificación de inspectora de policía, la dejaron entrar mientras uno de ellos iba a buscar al conservador Lambert. Mientras tanto, Marja se dedicó a pasear por la sala principal, un inmenso espacio central en el que había una exposición temporal de ropa procedente de diferentes países. Recordaba que en los pisos superiores estaban las distintas salas con las colecciones etnográficas, a través de las cuales se podían estudiar las culturas del mundo y, en particular, de algunos territorios de ultramar que habían sido colonias de los Países Bajos. Como Hendrik Lambert tardaba en aparecer, Marja decidió subir a uno de los pisos y llegó a la sala en la que estaban expuestas pinturas al óleo y grabados, entre los que figuraban algunas obras del siglo XVII que recordaba de visitas anteriores. Sobre todo se fijó en dos telas, una que ilustraba la dura vida de los balleneros del archipiélago ártico de Spitsbergen y otra, en cambio, de un paisaje crepuscular de Olinda, del breve período en el que los holandeses lucharon contra los portugueses por la posesión de Brasil. El cuadro de la factoría ballenera, con unas montañas nevadas de fondo y los balleneros descuartizando un cetáceo muerto, era una imagen llena de energía, de lucha que, no obstante, contenía cierta melancolía que también se podía ver con facilidad en el cuadro brasileño. ¿Era de verdad así? ¿Habían coincidido los dos pintores en plasmar un sentimiento de desasosiego o era su mirada la que atribuía la presencia de la melancolía a las dos obras? Mientras pensaba en ello, Marja se alejó de los cuadros y se acercó a la ventana que daba al Singelgracht. Fuera llovía con fuerza, y por el canal navegaba una barcaza, oscura y lenta, sin nadie en cubierta. Con toda seguridad, la embarcación buscaba las aguas más abiertas del Ij para después continuar por el canal Noordzee hasta el litoral marítimo y alguno de sus puertos.

—Ha preguntado por mí y me han dicho que es policía. ¿Qué desea?

Marja se giró, abandonó la contemplación de la barcaza y tuvo que esforzarse por contener un espontáneo gesto de sorpresa. Ante ella estaba un hombre de unos cuarenta y pocos años, de altura media y muy delgado, pero lo que llamó la atención de Marja fue otra cosa: era pelirrojo. ¿Era coincidencia o Hendrik Lambert era el mismo hombre que el encargado de la floristería en la que trabajaba Iliona había visto

en compañía de Cornelis y que parecía conocer a la chica? Si Hendrik Lambert y Cornelis Dortsman eran amigos tampoco sería extraño que el primero conociese también a Iliona Vitéz.

—Tenemos que hablar sobre Cornelis Dortsman. Me imagino cómo se debe de sentir. Eran muy amigos, ¿verdad?

Era evidente que Hendrik Lambert estaba afectado por la muerte de su amigo, pero el gesto del conservador de museos tenía un cierto aire de desafío y desconfianza a la vez. Marja ya había visto aquella actitud antes, en Ilse Hagen y también en Tessa Ruyter. ¿Por qué todo el mundo con quien hablaba parecía tan poco dispuesto a colaborar? ¿Qué había tras las muertes de Iliona y Dortsman?

—Sí, lo éramos, pero ¿cómo lo sabe usted? —preguntó Hendrik Lambert, invitándola a la vez a sentarse en un banco que había en la sala. Marja aceptó sentarse y sacó una libreta de su bolso para anotar lo que se dijese durante la conversación. Por la mirada de Hendrik Lambert, resultaba evidente que la libreta le provocaba una cierta inquietud.

—Hemos hablado con Tessa Ruyter, la madre de Cornelis.

—Por supuesto —concedió Hendrik Lambert, sin abandonar su aparente desconfianza—. Ayer me llamó para explicarme que Cornelis había muerto, que lo habían asesinado pegándole dos tiros por la espalda cerca de Urk.

—¿Tiene alguna idea de quién puede ser el responsable de algo así?

—Si lo supiese, ¿cree que no se lo habría dicho sin esperar a que viniesen a verme?

—Naturalmente —aceptó Marja—, ¿cuándo vio o habló por última vez con Cornelis?

—Hace mucho, unas tres semanas tal vez. Me llamó por teléfono.

Marja calculó que eso debió de ser justo antes de la desaparición de Dortsman de su domicilio.

—¿De qué hablaron?

—Apenas lo recuerdo, creo que de las enfermedades de su madre y de un concierto que tenía programado su orquesta en Alemania, en Friburgo.

A Marja le resultó extraño que aquel hombre, al enterarse de la muerte de su amigo, no se hubiera esforzado por recordar su última conversación. Ella lo habría hecho, habría forzado la memoria al máximo. ¿No lo recordaba de verdad, o fingía no hacerlo?

—¿Y qué me puede decir de Iliona Vitéz? ¿Usted la conocía?

—Sí, era alumna de clarinete de Cornelis. Me la presentó en el Vertigo, y la vi alguna vez allí, en el café y también en otros sitios. Supe por la prensa que la habían encontrado muerta en una pensión.

—¿En qué sitios?

—Pues en su trabajo, en el mercado de las flores del Singel, y también en casa de unos amigos de Cornelis, los Cleve.

—¿Qué relación unía a Cornelis y a Iliona?

—Eran profesor y alumna, y últimamente se habían hecho muy amigos. A Cornelis le interesaba mucho el mundo de esta chica, ya sabe —matizó el hombre, un poco menos a la defensiva—, Iliona provenía de la región de la Vojvodina, en Serbia. En cierta manera era alguien con cierto exotismo, alguien centroeuropeo pero también oriental, un mundo muy diferente a nuestra tranquila Holanda. Y además, Cornelis me dijo que Iliona tocaba muy bien el clarinete. Alguna vez, bromeando, mi amigo me había dicho que pronto Iliona le daría clases a él.

—¿De verdad no tiene ninguna idea de quién podría haber querido matar a Cornelis Dortsman? —volvió a preguntar Marja—. ¿No tenía ningún enemigo?

—Sólo estaba al corriente de alguna discusión con otros intérpretes de la orquesta, desacuerdos sin importancia. Tal vez sólo lo asesinaron porque quisieron robarle —supuso Hendrik Lambert.

Marja estuvo a punto de afirmar que en Holanda no se asaltaba a las personas con escopetas o rifles, pero no lo dijo.

—Y de Iliona Vitéz, ¿se le ocurre alguien que quisiera hacerle daño y por qué?

—En la prensa suponían que se había ahogado sola en la bañera o que quizá se había suicidado —dijo Hendrik Lambert, un poco confundido.

—¿Y cree posible que quisiera suicidarse?

—Es muy difícil conocer el interior de la personas, ¿no le parece? —respondió Hendrik Lambert, sonriendo al ver que la inspectora asentía con la cabeza—. Iliona era joven, bonita y por lo que decía Cornelis, tenía un gran futuro con el clarinete. Por supuesto, el pasado de la chica era doloroso. Había perdido a casi toda su familia durante los bombardeos de los norteamericanos sobre Serbia.

—¿A qué se refiere con «casi»?

—Una vez, en el Vertigo, me dijo que un hermano suyo se había salvado porque no estaba cuando los norteamericanos soltaron las bombas sobre las ciudades serbias. Iliona lo buscó durante un tiempo, pero no obtuvo ningún resultado. Tenía noticias de que había estado en Suiza y también en Alemania y, según creía, parecía que después se había trasladado a nuestro país.

—¿Sabe cómo se llama ese hermano? —preguntó Marja, imaginándose la respuesta.

—József.

Entonces, aquel József al que Iliona buscaba, según la carta que le había enviado Jakob Szálasi, médico en Novi Sad, ¿era su hermano? En cuanto saliese del museo Marja tendría que dar instrucciones para que se buscara a József Vitéz en los ordenadores y diferentes sistemas de registro.

—¿Quién más sabía que Iliona tenía un hermano en Holanda?

—Probablemente, sólo Cornelis y yo —explicó Hendrik Lambert, con una mal disimulada satisfacción—. Era su secreto.

—Su secreto, ¿por qué?

—Creo que el tal József había tenido problemas en su país.

—¿Qué tipo de problemas?

—No lo sé, Ilona no era nunca clara al respecto.

—Necesito saber más cosas de Ilona Vitéz.

—Era una chica guapa e inteligente, pero a veces se comportaba de manera extraña. Me refiero a que era capaz de pasarse toda una tarde discutiendo sobre libros con algún desconocido que se encontrase en el Vertigo, pero también podía sentarse a la misma mesa que Cornelis y yo y no pronunciar más de dos palabras. Tampoco nos dejaba visitarla en su apartamento. Era un poco extravagante, le gustaba hacernos creer que era misteriosa, y también imprevisible y libre.

—¿Y no lo era?

—¿Misteriosa, imprevisible y libre? —Sonrió malicioso el hombre—. Fíjese bien en esta sala. Culturas antiguas, Java, Borneo, o negros del sur de África, tribus y tribus primitivas según el lenguaje de algunas personas de la época colonial. Pues ni siquiera ellos eran misteriosos, imprevisibles o libres. Siempre hay rituales, obligaciones, lazos, tanto en medio de la selva como aquí, en Ámsterdam. Ilona Vitéz fingía que era distinta a nosotros, pero en realidad no era así. Tenía los mismos miedos e inseguridades que todo el mundo.

—¿Qué miedos?

Hendrik Lambert hizo un gesto ambiguo, como para dar a entender que hablaba de forma genérica, sin pretender atribuir ningún hecho en concreto a Ilona. ¿Era así, o quizá le parecía que ya había hablado demasiado?

—Ha dicho que Ilona podía hablar durante horas de libros con un desconocido —dijo Marja, imaginándose que ése podía ser un punto de contacto entre Ilona y Anke, al recordar la conversación que había tenido con los Smeijer, los propietarios de La Sirena Negra.

—Así es, leía mucho. Según ella le venía de familia. Sus padres fueron profesores en un instituto politécnico hasta que los expulsaron por sus ideas políticas. ¿Qué tiene eso que ver con el asesinato de Cornelis?

—Quizá nada, pero tenemos que reunir toda la información posible sobre Ilona y Dortsman.

—¿Cree que sus muertes están relacionadas?

Marja no respondió a esa pregunta. En el exterior seguía lloviendo intensamente y, probablemente por eso, a pesar de que ya había llegado la hora de abrir al público, sólo un par de visitantes, turistas, habían aparecido por el museo. Miró hacia el canal, la barcaza que había visto antes ya no estaba. Mientras tanto, Hendrik Lambert la observaba, curioso. En la prensa no se había relacionado la muerte de Ilona con el asesinato de Dortsman. De hecho, ni siquiera se había mencionado que Ilona hubiese alquilado la habitación de la pensión Diderot con otra persona. El comisario era un auténtico muro de silencio cuando le convenía y ningún periodista había podido obtener esos detalles. Por tanto, era razonable la sorpresa de Hendrik Lambert y que

esperase una respuesta a la pregunta que acababa de hacerle, pero Marja no quiso dársela.

—¿Conoce usted a Julius Cleve?

—Sí, nos hemos visto en el Vertigo, con Cornelis e Iliona.

El nombre de Vertigo empezaba a resultarle habitual, pensó Marja.

—Según Julius Cleve, Cornelis era homosexual.

Durante unos segundos, Marja percibió la incomodidad que sus palabras causaban en Hendrik Lambert.

—No entiendo qué tiene que ver la orientación sexual de Cornelis —protestó levemente Hendrik Lambert—. ¿Qué imagina, que algún amante le ha pegado dos tiros por la espalda? Es ridículo.

—¿Por qué iba a ser ridículo? —preguntó Marja, viendo un nuevo cambio de actitud en Hendrik Lambert. Su aparente fortaleza empezaba a tambalearse.

—Cornelis no se mezclaba con gente peligrosa, no frecuentaba ambientes sórdidos, ya me entiende —dijo el hombre con convicción. Marja no hizo ningún comentario, pero sí un gesto para que continuase con lo que le estaba explicando—. Me refiero a que no era nada promiscuo, no iba a buscar chicos con los que tener relaciones sexuales por dinero y cosas así. De hecho, le interesaba la música y pocas cosas más.

—¿Quién fue el último amigo de Cornelis?

Hendrik Lambert palideció y Marja adivinó por qué.

—Quiere decir la última persona con la que salió Cornelis, ¿verdad? Pues fui yo —declaró el hombre con un hilo de voz a punto de quebrarse—. ¿Satisfecha? Engañarla no tiene ningún sentido, lo habría sabido antes o después. Todo se acabó hace unos tres meses, pero continuamos siendo buenos amigos e incluso nos encontrábamos para charlar.

—¿Por qué se acabó?

—Supongo que por cansancio. Estuvimos dos años juntos y él se cansó.

—¿Sabe por qué Cornelis fue a Urk? ¿Conocía a alguien en ese pueblo?

—Ya le he dicho que hace tres semanas que hablamos por última vez, y no me dijo nada sobre ir a Urk. No recuerdo que me hablara de nadie de allí.

—¿Y el nombre de Anke Verbrugge le dice algo?

—No, es la primera vez que lo oigo.

—¿Sabía si Iliona salía con alguien?

—Tampoco sé nada de eso. Sé que había tenido algunos novios, pero últimamente creo que no se veía con nadie.

—Estaba embarazada.

Hendrik Lambert no dijo nada, pero apartó la mirada de la inspectora y la clavó en una de las paredes. Marja también miró hacia allí, hacia donde estaban colgadas las dos telas que momentos antes le habían llamado la atención, la que ilustraba el duro mundo ballenero en el archipiélago ártico de Spitsbergen y la que representaba

un paisaje crepuscular, selvático y en ruinas, a las afueras de la ciudad brasileña de Olinda. Dos telas marcadas por la melancolía.

—Antes de que me lo pregunte —se anticipó Hendrik Lambert—, no sé de quién estaba embarazada.

—De acuerdo, eso es todo, por ahora no lo molesto más —dijo Marja mientras se levantaba—, pero es posible que volvamos a hablar, o quizá venga a verlo otro policía, Paul Hovestadt. No se extrañe si le pedimos que se pase por la comisaría.

Hendrik Lambert se encogió de hombros y, sin levantarse, vio irse a la inspectora. Marja llamó a Paul desde la entrada del museo y le pidió que repitieran la investigación sobre los Vitéz que vivían en Holanda, añadiendo ahora el nombre de «József» y sus posibles variaciones. No confiaba demasiado en que ninguno de los Vitéz que habían encontrado semanas atrás tuviera nada que ver con Iliona, no creía que ahora los resultados pudiesen variar, pero tenía que comprobarlo. Jurgen Sieraal siempre les decía que había que respetar los protocolos, y, por ello, había que tener en cuenta la información sobre «Vitéz» y «József». Después, ella y Paul quedaron en encontrarse en el Café Marcela, en el Prinsengracht, muy cerca del domicilio de los Cleve. Marja siguió un rato en la entrada del museo esperando a que la lluvia disminuyera un poco. Mientras estaba allí se dio cuenta de que los conserjes del museo la observaban. Podía entenderlo, había provocado su curiosidad yendo al Tropenmuseum para hablar con uno de sus conservadores. Se preguntaba también qué sensación debía de haber causado su visita a Hendrik Lambert. Parecía afectado, pero a la vez intentaba no hundirse. Cornelis Dortsman y él habían sido amantes y, por lo que decía, seguían siendo amigos. Nadie puede quedarse indiferente ante el asesinato de un amigo. De repente, un sentimiento más profundo e intenso que la vaga melancolía de los cuadros asaltó a Marja, una especie de tristeza que tenía su origen en la visión del cuerpo grande y sin vida de Dortsman que habían encontrado en el barro, a las afueras de Urk, con dos balazos en la espalda, pero sobre todo en el descubrimiento del cuerpo bello, joven, indefenso y aparentemente tranquilo de Iliona Vitéz, abandonado en la bañera de una habitación de la pensión Diderot. ¿Qué extraña y fatídica relación había entre ellos? Era su primer caso de homicidio. Lo había empezado con Laagsveld y ahora, por decisión del comisario, continuaba la investigación con Paul Hovestadt. ¿Lo conseguirían? Cuando pensaba en la vida truncada de Iliona Vitéz, a pesar de la tristeza y la inquietud, Marja se decía que sí, que llegarían al final. Durante unos minutos permaneció en los alrededores del museo. Seguía lloviendo, y el cielo estaba del color grisáceo y metálico habitual de los días de invierno de Ámsterdam. El frío le pinchaba la cara y los dedos, a pesar de que se había subido el cuello del anorak y llevaba puestos los guantes. La superficie del Singelgracht parecía un espejo donde se reflejaba la aspereza del cielo, y por Mauritskade y Linnaeusstraat casi no circulaba ningún vehículo, excepto algún automóvil aislado y los tranvías que, con una precisión horaria completamente holandesa, iban y venían envueltos en un extraño silencio.

EN el Café Marcela había media docena de clientes cuando Marja, después de asegurar su bicicleta en el exterior, cruzó el umbral y de un vistazo se dio cuenta de que Paul todavía no había llegado. Pidió un café largo y un trozo de pastel de manzana y se instaló en la barra, desde donde podía ver tanto el pequeño local como, a través de unos amplios ventanales, las casas flotantes y barcazas de aquella zona del Prinsengracht. El ambiente del Café Marcela, aunque no era muy diferente al de otros cafés de la ciudad, con una mezcla de motivos nostálgicos en las paredes y mobiliario de madera, le gustaba. Había un poco de música, casi imperceptible, y se oían las voces de los parroquianos y de la propietaria, una mujer madura y fuerte, pero tampoco sonaban muy altas. Mientras esperaba a Paul, Marja se preguntó si los Cleve serían también clientes de aquel café. Al fin y al cabo, su domicilio estaba sólo a cinco minutos de allí. Según le había explicado la madre del chico, Julius se movía por otros sitios, el De Jaren y el Vertigo. ¿Y qué ambientes frecuentarían ella, Ilse, o su marido, Adriaan? Marja estuvo tentada de hablar con la propietaria, pero al final no lo hizo por miedo a que descubrieran que era policía si preguntaba por los Cleve.

Paul apareció por la puerta del café y los clientes que antes se habían interesado un poco por Marja ahora se interesaron por él, otro desconocido. Empapado, con una gabardina oscura y un jersey negro de cuello alto, no parecía policía. Paul Hovestadt podría ser un escritor o algún tipo de artista indefinido, como alguno de los personajes con los que Marja se tropezaba en el Jordaan. Por supuesto, ella tampoco respondía al arquetipo de policía, como le recordaban de vez en cuando los otros investigadores de Homicidios. Inevitablemente, Marja pensó en la noche que habían pasado juntos. Estaba preocupada por la noche que habían compartido, la hacía sentir insegura, pero lo que más la confundía era el recuerdo del momento previo, cuando en el patio del *hoffje* había tenido aquel contacto incierto de sus pechos con el cuerpo de él, la proximidad de los labios antes del beso.

En unos minutos, Marja puso a su compañero al corriente de la conversación con Hendrik Lambert. Por su parte, Paul le informó de que en la comisaría había habido movimiento. Jurgen Sieraal y el fiscal Van Leyden habían discutido por culpa del caso. Las presiones de los superiores habían empezado. Tal y como el comisario ya había dado a entender días atrás, la muerte de Iliona, al menos aparentemente, resultaba irrelevante, pero el caso de Dortsman era completamente diferente. Para la oficina del alcalde, el Ministerio Fiscal y la jefatura de la policía era el caso Cornelis Dortsman, en el cual Iliona era sólo una pieza más. Nadie podía asesinar de dos balazos por la espalda a un ciudadano ejemplar de Ámsterdam en aquel rincón rural y devoto de Urk y salir de rositas sin que lo pillaran. Además, había cierta alarma entre la comunidad gay porque algún periodista había escrito sobre la orientación sexual

del asesinato. Empezaban a circular algunos rumores al respecto que no gustaban en absoluto al gobierno municipal. Desde la oficina del alcalde habían pedido explicaciones tanto a Van Leyden como a Jurgen, y aquella mañana los dos se habían encontrado en la comisaría en una reunión muy tensa. Van Leyden se quejaba de los policías que el comisario había asignado al caso. Según el fiscal, ni él ni Marja daban el perfil para llevar un asunto así ya que les faltaba experiencia. Jurgen Sieraal se había enfadado de verdad con las recriminaciones, pero no le había quedado más remedio que aceptar la exigencia de Van Leyden de acortar el plazo para informar de la evolución del caso. Ya no disponían de cinco días, sino de tres.

—¿Quieren que resolvamos el caso en setenta y dos horas? —preguntó Marja con una ironía contenida.

—Quieren un móvil para el asesinato de Dortsman y un sospechoso creíble, con pruebas.

—¿Para el asesinato de Dortsman? —repitió Marja y añadió una pregunta cuya respuesta ya conocía—. ¿Y qué pasa con Iliona, su muerte no cuenta?

—Cuenta si explica la otra, la del músico de Concertgebouw.

—El mundo es una mierda —protestó Marja, incapaz de reprimir su malestar.

Paul se sorprendió al oírla hablar así. En la comisaría, Marja siempre le había parecido una persona excesivamente contenida, demasiado educada para ese trabajo, tal y como decían algunos policías.

Seguía lloviendo cuando salieron a la calle y, en pocos minutos, se plantaron delante de Prinsengracht 973, el domicilio de los Cleve. De nuevo delante de la elegante casa de tres pisos, con su fachada oscura y el frontispicio adornado con el relieve de una barca y un león, esperaron para llamar al timbre porque Paul quería echar una ojeada al exterior. El gran ventanal de la planta principal dejaba ver el salón y más allá el jardín, con el invernadero. No se veía a nadie y, por tanto, supusieron que Adriaan Cleve y su hijo debían de estar en los pisos superiores. Mientras Paul llamaba al timbre, Marja tuvo tiempo para echar un vistazo al canal, con sus casas flotantes, barcos y barcazas amarradas. Justo en aquella parte del Prinsengracht tenía algunas fotos de ella y de sus hermanos hechas por su madre. ¿Quién habría dicho años atrás que estaría allí mismo, pero convertida en inspectora de policía y dispuesta a hacer preguntas a algunos vecinos ricos sobre las muertes de dos personas?

Al abrirles la puerta, Adriaan Cleve —rubio, alto y fotogénico, tal y como Marja lo recordaba de la fotografía en la que lo había visto— escuchó a los policías presentarse y, segundos después, él hizo lo mismo. A primera vista, a Marja le pareció que aquel hombre aparentaba seguridad y cierta frialdad, incluso cuando dijo que le entristecía la muerte de Cornelis. Inmediatamente añadió que suponía que habían acudido a verlo para hablar de ese tema con él. Marja pensó que Adriaan Cleve era igual que la gente de la oficina del alcalde y también que el fiscal Van Leyden, para los que Iliona Vitéz parecía no existir.

—Sí, de Cornelis Dortsman, de momento —puntualizó Marja, intentando reprimir su mal humor.

—¿De momento?

Ni Paul ni Marja respondieron a la pregunta de Adriaan Cleve, sino que le preguntaron dónde estaba Julius.

—Ayer por la noche no se encontraba bien y ha dormido hasta tarde, pero enseguida se reunirá con nosotros —explicó el señor Cleve, al tiempo que les invitaba a sentarse, pero ni uno ni otro lo hicieron. Paul se dedicó a observar el salón, mientras Marja preguntaba algunas cosas sobre los cuadros que colgaban de las paredes. Su atención se centró en el pequeño óleo de una escena urbana que le había llamado la atención en su primera visita—. ¿Un original de Hendrick Avercamp?

Adriaan Cleve sonrió, satisfecho.

—¿Le interesa el arte, inspectora Batelaar? Pues sí, y la escena es de aquí mismo —dijo el cirujano Cleve—, de esta parte del canal. Me imagino que es un estudio preparatorio para un cuadro posterior.

Marja seguía molesta por la indiferencia que el propietario de la casa había mostrado hacia Iliona Vitéz pero, aun así, no ocultó su admiración por el óleo de Avercamp.

—En el sótano tengo una pequeña colección de pintura holandesa de los siglos XVI y XVII —reveló el anfitrión—. Son obras secundarias, y la mayoría también de pintores sin demasiado renombre, con excepción de un Avercamp, de un par de telas de Jan Lingelbach y de un diminuto Vermeer.

—Usted es cirujano del hospital Onze Lieve Vrouwe, ¿verdad? —preguntó Marja, y ante el asentimiento del señor Cleve, continuó—, y Cornelis Dortsman era intérprete de clarinete en la Orquesta del Concertgebouw. Según Tessa Ruyter, la madre de Dortsman, su hijo y usted se conocieron a mediados de los años noventa, durante un concierto que dio él en Basilea.

—Así es. Después seguimos viéndonos.

—Entonces lo conocerá bien. ¿Dortsman tenía enemigos?

—Cornelis era una buena persona, incapaz de crearse enemigos. Si se veía involucrado en alguna discusión, siempre intentaba reducir la tensión; de hecho, sé que las peleas le desagradaban profundamente.

—¿Intenta decirnos que se había peleado con alguien últimamente?

—Pues sí, hace algunos meses tuvo un roce con otro de los intérpretes de la orquesta.

—¿Podría decirnos con quién fue y qué ocurrió?

—Era Herman van Nijland y creo que el problema surgió por una historia de músicos —explicó Adriaan Cleve, un poco sorprendido al ver que Marja sacaba la libreta de notas y apuntaba lo que acababa de decirle.

—¿No puede ser más concreto? —preguntó Paul, un poco apartado, al lado del ventanal.

—Creo que discutieron por la interpretación que hicieron de una pieza de Mendelsohn, en un concierto en La Haya, pero antes ya habían tenido alguna discrepancia durante los ensayos.

Marja se sentó en una butaca, delante del cirujano, y apuntó también eso en su libreta.

—Aparte de este músico, Van Nijland, ¿Cornelis tenía problemas con alguien más? —preguntó Marja.

—Por lo que yo sé, no. Pero ya les he dicho que siempre evitaba las discusiones.

—¿Cuándo habló con él por última vez?

—No lo recuerdo bien, hace más o menos un mes.

—¿Era normal que pasara tanto tiempo siendo amigos?

—Cornelis no es demasiado comunicativo y además tiene que ocuparse de su madre. Por otra parte, el trabajo lo absorbe mucho y tiene que viajar a menudo, como me pasa a mí.

—Intente recordar la última conversación que tuvo con él —preguntó Marja—. ¿Le pareció que estaba nervioso, deprimido, que tenía miedo?

—¿Por qué iba a tener miedo? —preguntó el hombre, perdiendo por unos momentos su firmeza y distanciamiento.

—Alguien le pegó dos tiros por la espalda —intervino Paul con cierta brusquedad, todavía al lado del ventanal—. ¿No cree que podía tener motivos para estar atemorizado por algún motivo?

—Quizá tropezó con un loco —insinuó Adriaan Cleve.

—Es posible, claro —concedió Marja—. ¿Y qué me puede decir de las ideas políticas o religiosas de Dortsman?

—No eran especialmente singulares —respondió el interrogado—. Me parece que cuando era joven fue a algunas manifestaciones de izquierdas, pero ahora ya no votaba, y no creía en Dios, pero tampoco se metía con la gente que sí creía.

—Sabemos que Dortsman era homosexual —dijo Paul, y añadió—: ¿llegó a conocer a alguno de los hombres con los que salió?

—Cornelis era muy reservado en esos temas pero sí, conocí al último, Hendrik Lambert. Trabaja en el Tropenmuseum.

De momento, Marja decidió no decir que aquella misma mañana había hablado con el conservador de museos.

—¿Hendrik Lambert y él seguían juntos antes de que asesinasen a Dortsman?

—No, creo que lo habían dejado —reveló el señor Cleve.

—¿Sabe por qué?

Cleve se encogió de hombros en señal de negación, pero Marja no lo aceptó.

—Ustedes eran amigos, ¿no? Algo tuvo que explicarle.

—En realidad, Cornelis era muy celoso —dijo lentamente, como si midiese cada una de sus palabras—. Aunque era homosexual, era un hombre muy clásico, al contrario que Hendrik Lambert.

—¿Qué quiere decir exactamente? ¿Hendrik Lambert salía con otros hombres?

Adriaan Cleve se quedó un rato en silencio, dudando. Finalmente se decidió a hablar.

—Por lo que sé, Hendrik Lambert era muy promiscuo, y eso a Cornelis le resultaba irritante y lo deprimía mucho.

—Lo de la promiscuidad de Hendrik Lambert, ¿Dortsman llegó a explicárselo?

—Sí, un día que habíamos salido a navegar con el barco que tengo en Hoorn. Cornelis se dejó llevar y me confesó que no soportaba las infidelidades de Hendrick.

—¿Le dio nombres de alguno de los hombres con los que salía Hendrick?

—No.

Adriaan Cleve vaciló al dar su respuesta. ¿Mentía?

—¿Seguro?

—De hecho, a Hendrik Lambert le gustaba ir con chicos, algunos de ellos muy jóvenes.

Marja tuvo que esforzarse por ocultar la repulsión que le provocaba Hendrik Lambert. Se lo podía imaginar perfectamente yendo a buscar chicos a los clubes de Reguliersdwarstraat, o tal vez a lugares más sórdidos, como la Estación Central o los barrios de inmigrantes de la periferia.

—Y sobre Iliona Vitéz, ¿qué nos puede decir?

—No sé casi nada de esta chica, sólo que era amiga de mi hijo. Vino alguna vez a casa, y ella y Julius se ponían a ver películas antiguas en la habitación.

—También se encontraban en el Vertigo, ¿verdad? ¿Se reunían en ese café los cuatro, Cornells, Lambert, Ilona y su hijo?

—Sí. Pero ¿a qué viene eso ahora?

Marja no respondió porque justo en aquel momento Julius acababa de entrar en la habitación. Después de presentarle a Paul Hovestadt, Marja le recordó al joven que ya habían hablado anteriormente por teléfono. El hijo de los Cleve no dijo nada y obedeció de inmediato cuando Paul le sugirió que se sentase. Vestido con una camisa blanca, un jersey rojo oscuro y unos pantalones negros muy convencionales, a Marja le pareció que aparentaba más edad de la que tenía, veintisiete años. También se fijó en su mirada, un poco insegura, y en cómo se tocaba los dedos de las manos. ¿Estaba nervioso?

—Queríamos hablar con su hijo a solas —dijo Marja dirigiéndose a Adriaan Cleve, que intentó protestar levemente, pero se resignó y dijo que bajaba a la pinacoteca y que lo avisasen cuando acabaran de hablar con Julius.

Cuando el padre los dejó a solas, Marja esperó un rato para empezar a hablar. Estaba probando a Julius, quería ver cómo reaccionaba al silencio, si aumentaba su nerviosismo o adoptaba la misma actitud que cuando habían hablado por teléfono. Entonces le había parecido que era alguien con más fortaleza, incluso desafiante. De momento, Julius le parecía un chico más bien tímido que se mantenía a la defensiva, esperando a que ellos empezaran a hacerle preguntas.

—Dos personas que conoces han muerto, Iliona Vitéz y Cornelis Dortsman, este último asesinado, y quizás Iliona también, aunque no podemos estar seguros todavía —concedió Marja—. Además, una tercera persona que también es amiga tuya, Anke Verbrugge, ha desaparecido, quizá porque se esconde de alguien. ¿Tienes idea de qué está ocurriendo?

—No, no sé quién ha matado a Iliona y a Cornelis, y tampoco sé si Anke huye de alguien —explicó Julius con una voz casi inaudible.

Paul obligó a Julius a repetir lo que acababa de decir y le pidió que hablase más alto. Una vez lo hubo hecho, Marja siguió con los preguntas y se dio cuenta de que el joven la observaba mientras escribía en su libreta de notas.

—Según me dijiste por teléfono, conociste a Iliona Vitéz en el Vertigo hace dos años. ¿Cómo fue? ¿Te habló ella o le hablaste tú?

—¿Eso importa? —protestó Julius—. Creo que fue ella, sí, ella. Me dijo que era húngara y que venía de Serbia, que vivía en Ámsterdam desde hacía un año y que yo era el primer holandés de verdad con quien intentaba hablar un poco. Entonces no la creí del todo, temía que estuviera loca o que quisiera liarme de algún modo. Unos minutos más tarde hablábamos en inglés de las cosas que nos gustaban y compartíamos risas.

—¿Cuántos años tenía Iliona?

—Tenía veintitrés años.

—Sí, coincide con lo que dice nuestro informe forense. Veintidós o veintitrés años. Una chica muy joven y bonita. ¿Te gustaba, Julius? —dijo Paul intentando provocarle.

—No tiene derecho a preguntarme eso —protestó Julius, sin demasiada convicción.

—¿Eso crees? —replicó Paul un poco sarcástico.

—Sólo queremos hacernos una idea clara de cuál era vuestra relación —intervino Marja—. Contéstanos, por favor.

—Me sentía bien estando con ella, eso es todo.

—¿Tienes novia, Julius?

—No.

—E Iliona, ¿salía con alguien?

—Que yo sepa, no.

—¿Pretendes que creamos que os quedabais en vuestra habitación viendo películas en blanco y negro, y que no sabes si salía con alguien? —preguntó con cierta brusquedad Marja, que se arrepintió rápidamente de su tono.

—Pues es la verdad, ya le he dicho que era muy reservada.

—Quizá le gustaba hacerse la misteriosa —sugirió Marja—, al menos es lo que nos ha dicho Hendrik Lambert.

Julius no respondió, pero se notaba que el comentario le había disgustado.

—¿Conoces a Hendrik Lambert? —inquirió Marja.

—Sí, lo he visto alguna vez con Cornelis Dortsman.

—¿Qué puedes contarnos sobre Iliona y sus aficiones?

—Su pasión era la música. En Serbia, desde pequeña, estudiaba clarinete. También le encantaba el mar, justamente porque venía de una ciudad interior. Ahora que vivía en Holanda, se iba a la costa sólo para ver el mar abierto.

—¿Qué más nos puedes decir de su vida aquí?

—Aparte de que trabajaba en el mercado de flores y que estudiaba clarinete con Cornelis Dortsman, sé que le gustaba mucho pasear y curiosear por la ciudad. Cuando salía de trabajar, a veces, en lugar de ir directamente a Noord, paseaba por Prinsengracht. Alguna tarde me llamaba para que bajase y la acompañase. Llegamos hasta el Jordaan y más lejos incluso, hasta Haarlemmerdijk. Allí, dábamos media vuelta y volvíamos.

¿Iliona y Julius paseando por el Prinsengracht? Marja podía imaginárselos, una chica extranjera y un chico de buena familia, ambos un poco excéntricos, caminando por la arteria de la ciudad, pasando bajo los edificios oscuros y un poco inclinados hacia delante, junto a los barcos y las casas flotantes. Ella había hecho ese mismo recorrido cientos de veces, con su madre, con sus hermanos y el tío Pieter, y sola, claro. En sus paseos, Iliona y Julius llegaban hasta el Jordaan. Por supuesto, no revelaría a Julius que aquél era su barrio. La gente con la que se relacionaba debido a su trabajo no debía saber dónde vivía. Era cuestión de sentido común, de precaución.

—¿Y qué sabes de su familia?

—Sus padres habían sido profesores del Instituto Politécnico Superior de Novi Sad, y murieron durante los bombardeos de los norteamericanos cuando éstos quisieron castigar a Milosevic. También murió su hermana.

—Hendrik Lambert nos ha dicho que un hermano de Iliona sobrevivió porque huyó de su país antes de que empezaran los bombardeos. Se llama József e Iliona creía que estaba en Ámsterdam. ¿Alguna vez te habló de él?

—No, nunca —respondió Julius, sorprendido.

Marja recordaba que en la conversación que había tenido semanas atrás con Julius, éste ya le había dicho que la familia de Iliona había muerto en la guerra de los Balcanes, sin mencionar en ningún momento a un hermano vivo.

—Erais amigos, paseabais por la ciudad y veáis películas en mi habitación que ya no ve nadie, ¿pero no te dijo que tenía un hermano, József, que sobrevivió a los bombardeos, y, en cambio, sí que se lo contó a alguien como Hendrik Lambert? Me cuesta creerlo.

—Los homosexuales inspiran mucha confianza a según quién.

—¿Te refieres a Iliona? —preguntó Marja—. Tengo la impresión de que no te caen bien los homosexuales y no lo entiendo. Cornelis y tú erais amigos.

—Cornelis era diferente.

—¿En qué sentido?

—No era una «loca» afeminada como Hendrik.

La dureza de las palabras de Julius sorprendió a Marja.

—A mí no me ha parecido que sea una «loca» afeminada, como dices tú.

—Delante de usted habrá querido mantener las apariencias, pero lo es —afirmó Julius—. Sea como sea, es la primera vez que oigo el nombre de József.

—No te cae bien Hendrik Lambert, ¿verdad? —insinuó Marja—. Creo que a tu padre tampoco acaba de convencerle el antiguo novio de Cornelis Dortsman. Parece que la fidelidad no se cuenta entre sus virtudes. Tu padre dice que salía con chicos, que una vez Dortsman se lo explicó. ¿Qué sabes tú de eso? ¿Es cierto que Lambert era una persona promiscua?

—No estoy seguro, quizá la fidelidad no es el punto fuerte de Hendrik Lambert, pero cuando volvía con Cornelis, éste acababa perdonándolo.

—Pero al final rompieron —puntualizó Marja—. ¿Fue por algún chico en concreto?

Julius respondió enseguida, y cuando lo hizo su respuesta no pareció totalmente sincera.

—No lo sé.

—¿Has estado alguna vez en la pensión Diderot, donde encontramos el cadáver de Iliona Vitéz?

—No, nunca he estado allí. Quiero decir dentro, aunque he pasado por delante más de una vez.

—¿Pasaste por delante el 10 de enero? Supongo que no, claro, y si haces un poco de memoria podrás decirnos qué hiciste aquella noche, era un viernes.

Julius tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo, aunque su enfado era evidente, no fue capaz de levantar la voz.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Soy sospechoso de algo?

—Son preguntas rutinarias, tienes que entenderlo.

—Pues estuve aquí, con mi padre.

—¿Y hace tres días, el 8 de febrero? —intervino Paul—. Ese día alguien le disparó dos tiros por la espalda a tu amigo Cornelis.

—Estuve en el trabajo hasta las cuatro.

—Tu madre nos explicó que trabajas en una empresa angloholandesa dedicada a la exportación e importación, con sede en Londres —dijo Marja.

—Sí, la Jansen & Catling. La oficina de Ámsterdam está en Herengracht.

—¿Y después de trabajar? —preguntó Paul.

—Comí en De Prins y por la tarde fui a ver una película en el cine De Vitkijk.

—¿Qué película? —quiso saber Paul.

—*Revolutionary Road*.

Marja conocía el café Prins, que como el cine De Vitkijk, estaba situado en el margen derecho del Prinsengracht.

—Y por la noche, ¿dónde estuviste? —siguió pinchándolo Paul.

—Fui a tomar una copa al Van Puffelen, y cuando me cansé volví a casa.

El café Van Puffelen estaba también en el Prinsengracht, pero en la otra orilla, en la misma en la que estaba la casa de los Cleve. Marja pensó, entonces, que el mismo día que alguien a las afueras de Urk asesinaba con dos disparos de arma larga a Cornelis, su amigo Julius, después de cumplir con sus obligaciones laborales en el despacho de la Jansen & Catling en Herengracht, estuvo moviéndose a lo largo del Prinsengracht.

Marja se dio cuenta de que la postura física de Julius se había alterado un poco, pues se había inclinado hacia delante en la butaca donde estaba sentado. Continuaba tocándose los dedos de las manos y dirigía su mirada tanto a ella como a Paul, quien había abandonado su asiento junto al ventanal para ocuparse de revisar, o fingir que lo hacía, algunos títulos de libros que había en la sala.

—Justo cuando Has aparecido estaba a punto de comentarle a tu padre un detalle que me llama la atención —empezó a decir Marja—. Tú, Iliona, Hendrik Lambert y Cornelis os habéis reunido a veces en el Vertigo, ¿verdad? —Y ante el asentimiento de Julius, le preguntó finalmente—: Tú tienes veintisiete años e Iliona tenía veintitrés, ¿qué hacían un par de chicos tan jóvenes con una pareja de gays cincuentones?

Julius levantó ligeramente la cabeza hacia el techo. Estaba irritado, la insinuación que había hecho con ese comentario le había herido, pero ni siquiera así reaccionó.

—Además de amigo de mi padre, Cornelis era el profesor de Iliona. En cierta manera, ambos estaban unidos por un vínculo diferente al de otras personas. Una vez los vi ensayando juntos y lo entendí enseguida. Y por otro lado, Iliona y yo nos llevábamos muy bien. Me gustaba hacer cosas con ella, ver películas, pasear o coincidir en el Vertigo.

—Ya veo —dijo Paul, sin esforzarse nada en disimular la ironía de sus palabras—, erais unos amigos muy artísticos. Música clásica, cine que ya no ve nadie y charlas junto al canal o en la terraza del Vertigo. ¿Y qué pinta Hendrik Lambert entre vosotros?

—Era el novio de Cornelis.

Durante un rato, tanto Paul como Marja se quedaron en silencio mientras ésta repasaba su libreta de notas.

—¿Te explicaron Iliona o Anke cómo se conocieron? —preguntó Marja, de repente.

—Creo que fue en una librería, en De Pijp. Ilona me explicó que Anke trabajaba allí como dependienta.

—Cuando hablamos por teléfono hace unos días y te pregunté dónde podía encontrarla no me hablaste de ninguna librería —le reprochó Marja, manteniéndole la mirada al chico.

—¿Ah, no? Debí de olvidarme.

—Julius Cleve —dijo Paul con dureza—, esto no es ni una broma ni un juego. Han muerto dos personas y una tercera está ilocalizable.

Julius bajó un poco la mirada. Marja se dio cuenta de que estaba muy tenso.

—¿De verdad no sabes dónde podríamos encontrar a Anke?

Julius negó con la cabeza, sin hablar.

—¿Tampoco sabes qué fue a hacer Cornelis a Urk? ¿Él conocía a Anke?

—No tengo ni idea de por qué fue Cornelis a Urk. Y respecto a si conocía a Anke, pues sí, pero creo que sólo de vista.

—¿De vista?

—Coincidimos una vez a finales de septiembre del año pasado. Todavía hacía muy buen tiempo, e Iliona y yo salimos a pasear. Sin darnos cuenta caminamos mucho, hasta el Noordermarkt, en el Jordaan. Como estábamos cerca de donde vivía Anke, a Iliona se le ocurrió llamarla por teléfono para que viniese con nosotros a tomar algo por aquel barrio, en un café de Westerstraat. Anke llegó unos minutos después y por casualidad apareció Cornelis, que nos explicó que había quedado allí con su amigo Hendrik Lambert. No obstante, éste no apareció y Cornelis se sintió un poco violento por estar allí con nosotros, que éramos más jóvenes que él y nos dábamos perfecta cuenta de que le habían dado plantón.

—Entonces, ¿ésa fue la única vez que se vieron? —preguntó Paul, escéptico.

—Creo que sí, al menos ninguno de los dos, ni Cornelis ni Anke, me dijo que hubiesen vuelto a verse, excepto aquella vez en el café de Westerstraat.

Marja pensó que si Julius decía la verdad, y Anke y Cornelis sólo se habían visto una vez de forma fortuita, la presencia de Cornelis en Urk podía deberse sólo al azar o bien a algún motivo muy poderoso, como por ejemplo que Anke estuviera en peligro y pudiera ocurrirle lo mismo que a su amigo. ¿Era eso, Cornelis Dortsman había ido hasta Urk para avisarla? ¿O tenía otros motivos?

—¿Por qué no nos dices la verdad? —insistió Marja a Julius, que estaba perplejo.

—No sé a qué se refiere.

—Hay algo que une a Ilona, a Cornelis y a Anke, y que está relacionado con las muertes de los dos primeros. Creo que tú sabes de qué se trata. Si es así, si nos ocultas información, puedes acabar acusado de ser cómplice de asesinato.

—Está usted loca —se quejó Julius, clavando sus ojos en los de Marja pero sin levantar la voz—. Lo que dice no tiene ningún sentido. Marja habría querido replicarle que sí que lo tenía, pero no lo hizo. La conversación finalizó advirtiendo tanto a Julius como a su padre que quizá más adelante tendrían que responder a más preguntas, y Marja y Paul salieron a la calle. Aquella tarde, Paul tenía un partido de fútbol con los niños que entrenaba, pero antes quería pasar por comisaría. En cambio, Marja fue a su casa a preparar el informe que Van Leyden esperaba al cabo de tres días. Era viernes, y tenía por delante el fin de semana para tratar de disimular un poco sus escasos resultados. ¿Qué podía decirle, que tenía a dos personas muertas y a otra desaparecida, pero ningún móvil ni sospechoso concreto, tal y como le estaban exigiendo? Marja pensó que era desolador mientras se alejaba en su bicicleta, avanzando paralelamente al Prinsengracht. Si se hubiese girado, tal vez habría pillado

a Paul mirándola desde la entrada de la casa de los Cleve.

AQUELLA tarde, Marja se quedó en su casa para preparar el informe de la investigación para el comisario Sieraal y también para el fiscal Van Leyden. Durante casi cinco horas, mientras escribía el documento a partir de las conversaciones con las personas que habían conocido a Iliona Vitéz y Cornelis Dortsman, de las pruebas de la policía científica, del Departamento de Patología Forense, de la policía de Flevoland y de sus propias observaciones, Marja intentó inútilmente encontrar el vínculo entre las dos muertes. Conforme escribía, se daba cuenta de que hasta ese momento la investigación se había desencadenado a partir de un elemento fortuito: el hallazgo en la habitación de la pensión Diderot de un tique de dos consumiciones de la cafetería del Metz&Co.

A partir de aquel papelito, Marja había empezado a dibujar un paisaje para Iliona: además de la pensión Diderot estaban la cafetería del Metz&Co, el mercado de las flores del canal Singel, el piso de la calle Frans Hals, donde vivía Cornelis con su madre, el café Vertigo, la librería La Sirena Negra en De Pijp, el apartamento incendiado de la chica en Noord y el domicilio de los Cleve en Prinsengracht. Hasta donde sabía, aquél era el mapa de los últimos días en la vida de Iliona y sobre el que podía poner los nombres de diferentes personajes, algunos aparentemente secundarios o sólo pasajeros, como el portero de la pensión Diderot y su hijo, los otros huéspedes, el encargado del puesto de flores y el otro trabajador, las camareras de Metz&Co, un hombre desagradable con dos anillos en el dedo anular de la mano derecha, la vecina del apartamento de Noord, los amigos que dormían en aquel apartamento, incluyendo un hombre con acento de Brabante, los músicos que tocaban con Cornelis en la Orquesta del Concertgebouw, el señor Verbrugge y el matrimonio Smeijer, propietarios de la librería La Sirena Negra. Otros personajes tenían mucha más importancia, como Tessa Ruyter, el matrimonio Cleve y su hijo Julius, Hendrik Lambert y Anke Verbrugge. En medio de todos ellos también había una sombra, József Vitéz, hermano de Iliona, y lejos, en Novi Sad, alguien llamado Jakob Szálasi que escribía cartas a la chica muerta. «Y, por supuesto, un niño que ya no nacerá nunca», se dijo Marja, recordando el embarazo de Iliona.

Aunque le daba muchas vueltas, Marja no conseguía imaginar qué sentido tenían las muertes de Iliona y Cornelis, y estaba segura de su conexión. Quedaban algunas preguntas por responder. ¿Qué hacían Iliona y Cornelis en la pensión? ¿Qué relación existía entre ambos? Dortsman había viajado a Urk, probablemente para encontrarse con Anke, pero ¿por qué? Y Anke, ¿de quién se escondía, a quién o qué temía, lo mismo que había llevado a Iliona y Cornelis a la pensión Diderot? Además de estas cuestiones, a Marja le preocupaba el embarazo de la chica muerta, así como las marcas de sus muñecas, que hacían suponer que había permanecido atada. Y la

pregunta fundamental, ¿Iliona había muerto accidentalmente o había sido asesinada?

Concluyó el informe sin poder apuntar hacia ninguna hipótesis firme. Se sentía fracasada, perdida. El comisario Sieraal había confiado en ella y le había fallado, y ahora deberían afrontar las críticas de la Fiscalía y de la oficina del alcalde, presionadas a su vez por el *lobby* gay. Lo peor era recordar la imagen de Iliona, desnuda dentro de la bañera de aquella pensión vulgar donde había muerto. Un cuerpo bonito, joven, de piel blanca, con el cabello negro y liso. Tenía los ojos cerrados y la expresión de la cara no revelaba ninguna contracción, ningún gesto de miedo, de lucha o de dolor. Aquella imagen la inquietaba mucho más que las fotografías del cuerpo de Cornelis hallado en Urk o la contemplación de su cadáver en el depósito de patología forense. Cornelis Dortsman, con sus cincuenta años, estaba en mitad de su vida, pero Iliona Vitéz, en cambio, con sólo veintitrés, estaba en el inicio. ¿Es más justa la muerte de alguien mayor que la de alguien joven? En absoluto, aunque la afectaban de manera muy distinta.

Marja envió el informe a Paul por correo electrónico por si quería introducir algún dato. Ya habían hablado bastante sobre el caso y los dos opinaban más o menos lo mismo. Los resultados eran bastante escasos, y ni Jurgen Sieraal ni el fiscal Van Leyden, así como los respectivos superiores de éstos, ni mucho menos la oficina del alcalde, estarían satisfechos. De cualquier modo, Paul tendría dos días hasta que el domingo enviaran el documento al comisario. Después de enviar el *e-mail*, Marja descubrió que tenía tres mensajes en el ordenador, eran de Klara, de Louise y de Franz. Abrió inmediatamente el de Franz. Era una grabación hecha con la *webcam*. Franz estaba muy delgado y serio, aunque de vez en cuando se le escapaba alguna sonrisa nerviosa. Su voz sonaba un poco irreal, como si fuese una persona diferente a la que conocía, mientras explicaba que había vuelto a Berlín tras acabar el trabajo en la costa báltica. Habían sido unas semanas muy duras, casi aislado del mundo. Además, había habido problemas de sabotaje en las prospecciones que hacía su empresa y, para acabar de empeorarlo, había estado enfermo. Ahora sólo quería recuperar la vida berlinesa, volver a frecuentar las librerías y los cafés y tocar de vez en cuando la trompeta en el club de *jazz* de siempre. Franz le proponía que se vieran el fin de semana siguiente, en Berlín, en Ámsterdam o en algún otro sitio que ella eligiera. Marja cogió el teléfono y marcó el número de móvil de Franz. De repente, después de semanas de distancia y silencio, ¡podía hablar con él! Después de unas cuantas frases entrecortadas, torpes e incluso absurdas, le dijo que conectase la *webcam* y así podrían verse mientras hablaban. Instantes después tenía a Franz en la pantalla del ordenador. Se había conectado desde su habitación preferida, donde tenía la biblioteca y donde también solía ensayar con la trompeta. Detrás de él se podía ver la ventana que daba a la calle.

Durante un rato, Marja escuchó todo lo que Franz quiso explicar del trabajo en Pomerania Oriental. Después hablaron sobre Ariel, el hermano de Marja que vivía en Haifa. La situación en Oriente Medio era muy complicada y Marja sufría por él. ¿Por

qué había tenido que elegir ese país para huir? Porque era una huida, por supuesto, como la de sus padres, después de la muerte de Willem, pero ¿por qué justamente había tenido que irse a un sitio difícil y peligroso? Franz comprendía su inquietud pero le decía que había que respetar la decisión de Ariel, que a veces las personas necesitan precipitarse al vórtice de la historia, el ojo del huracán. Marja le respondió que ella no era así y que tenía la impresión de que siempre estaría unida a Ámsterdam y a la vieja Europa, quizá porque no tenía valor suficiente o la necesidad de hacer una cosa como la que había hecho Ariel. Ni siquiera se atrevería a escaparse como sus padres, que habían acabado instalándose en Olinda y en la isla de Pico. Marja se dedicó a explicar a Franz el caso en el que trabajaba. Se encontraba en un callejón sin salida, incapaz de entender el sentido de las dos muertes. Franz sugirió que el trabajo de policía tal vez no estaba hecho para ella. Fue un comentario un poco brusco y Marja se molestó. ¿Tenía razón Franz? Marja se negaba a aceptarlo aunque fuera verdad, esas palabras no le habían gustado. Notaba algo raro en su amigo. ¿Era el mismo Franz de semanas atrás, antes de su viaje a la costa polaca? Había sufrido algún cambio, pero Marja no conseguía entender cuál. ¿Podía estar todavía más distante? Antes de acabar la conversación a través de la *webcam*, Marja estuvo a punto de proponer que se encontrasen en un sitio que no fuese ni Ámsterdam ni Berlín, tal vez Murano. La isla de la laguna veneciana era un sitio perfecto, que le traía muy buenos recuerdos. Finalmente, Marja se despidió sin decir nada sobre la posibilidad de un encuentro. Cuando desapareció la imagen de Franz de la pantalla, se quedó un rato sin saber qué hacer y pensando en la relación de los dos. Habían pasado mucho tiempo separados y, de repente, Franz volvía a aparecer. ¿Podían retomar la vida de antes, cada uno en su ciudad, en su propio mundo, y encontrarse con una cierta frecuencia? Tal vez era eso todo lo que podían hacer, siendo dos solitarios. ¿Acaso su historia estaba llegando a su fin? ¿Le confesaría alguna vez lo que había pasado entre ella y Paul? Probablemente no, porque no lo superarían.

Antes de abrir el mensaje de Louise, Marja salió a la calle para ir al barco de Louise y dar de comer a su gato. Inspeccionó brevemente al interior de la embarcación y después, en la cubierta, a pesar de que el frío era intenso, estuvo unos minutos jugando con el animal, y dejó que se le enroscase entre las piernas mientras ronroneaba. De vez en cuando veía a algún ciclista que circulaba en dirección al cruce de dos canales, el Bloemgracht y el Prinsengracht. En la otra punta de este último estaba el domicilio de los Cleve. ¿Qué estarían haciendo en ese momento? El matrimonio Cleve quizás estaría hablando en su amplia sala. ¿Estaría Julius también? Quién sabe, no se lo imaginaba en la habitación viendo sus películas ahora que su amiga Iliona no lo podía acompañar.

De nuevo en su casa, Marja leyó el mensaje de Louise. Pocos cambios por Texas. Al contrario de lo que decían los médicos, su madre seguía luchando contra la enfermedad en un hospital de la ciudad de Midland. Mientras tanto, las relaciones con su padre y su hermana se habían complicado. Cada dos por tres discutían y, si no

fuese por su madre, habría cogido un avión de vuelta a Ámsterdam días atrás. Louise le confesaba que tenía ganas de verla, de que volvieran a De Tuin o de pasar algún otro fin de semana en casa de Marja en Uitdam. Pero para eso todavía tendría que esperar un tiempo y, mientras tanto, confiaba en que siguiese ocupándose de *Jeff* y de su casa. Louise le recordaba que habían hecho planes para el siguiente verano. Habían hablado de hacer un viaje juntas a Oporto. Louise no conocía la ciudad portuguesa y Marja no iba desde hacía casi diez años.

Finalmente abrió el mensaje de Klara Müller, en el que le explicaba que los laboratorios que habían analizado las diferentes muestras de Iliona Vitéz y Cornelis Dortsman, y de los escenarios donde habían aparecido los cadáveres, habían observado una curiosa coincidencia. Según los laboratorios, los restos de resina encontrados en las zapatillas deportivas de la chica eran de un tipo particular, el que producía una especie de abedul que en Holanda casi sólo se podía encontrar en la isla de Flevoland. En el suelo y en las ruedas del coche de Cornelis Dortsman habían encontrado restos de la misma resina.

¿No era Flevoland la isla donde Ilse Hagen trabajaba en unos laboratorios de bioquímica? ¿Habían estado juntos Iliona y Cornelis en Flevoland? ¿Qué hacían? ¿Qué interés tenía aquella isla fría y artificial de escasa población concentrada sobre todo en las ciudades de Almere-Stad y de Lelystad? El único motivo que se le ocurría era que hubiese ido a ver a Ilse Hagen. Marja repasó las notas de su conversación con la madre de Julius Cleve. Según ella, llevaba mucho tiempo sin saber nada ni de Cornelis, ni de Iliona, y en ningún momento había dicho que hubieran ido juntos al trabajo. ¿Se había olvidado? Era poco probable. Marja tenía otra incógnita que añadir a las ya existentes, y comprendió que tendría que volver a hablar con la señora Hagen y que sería conveniente hacerlo en su lugar de trabajo, en Flevoland.

Aquella noche, Marja salió a dar una vuelta en bicicleta. Recorrió media ciudad, pasó por el anillo central de los tres grandes canales, cruzó el río Amstel hasta el Plantage y volvió después por De Pijp y los alrededores del Vondelpark antes de regresar a su barrio. Hacía un frío helado, inhóspito y, excepto algunos vehículos y algún ciclista, hacía horas que la gente se había retirado a sus cómodas casas y a algunos *pubs*. En una noche de invierno como aquella, Ámsterdam parecía una ciudad fantasma. Exhausta antes de entrar en casa, Marja todavía tuvo ánimos para ir a tomar un café a De Tuin. No podía apartar sus pensamientos de la investigación, ni de la impresión que le había producido volver a hablar con Franz después de semanas de incomunicación. Para distraerse entabló conversación con un desconocido, un hombre de unos cuarenta y tantos años que ya había visto anteriormente sentado a la misma mesa donde estaba ahora. El hombre le explicó que era de Barcelona, que era escritor y que había ido a Ámsterdam a trabajar en una novela que transcurría en buena parte en aquella ciudad. Hablaron un rato sobre *Tierra sonámbula* y su autor, Mia Couto. Ambos admiraban aquel libro poético, ardiente y desolado, un viaje a través de la devastación. De joven, el escritor también había querido ser pintor y se

sorprendió al coincidir con algunas de las preferencias de Marja. A los dos les gustaban los cuadros solitarios y un poco irreales de Miquel Utrillo, Edward Hopper y Leon Spilliaert. Marja le explicó a aquel hombre que años atrás había empezado a escribir un ensayo sobre los paisajes nocturnos y melancólicos del simbolista Spilliaert. No había conseguido acabar el libro, pero confiaba en que algún día podría recuperarlo. Después, también hablaron sobre la isla de Pico, en las Azores, donde el escritor quería ir pronto para escribir un dietario de viajes. Marja le dijo que, si iba, quizá tropezaría con una fotógrafa holandesa, Ester Levi, que era su madre. Antes de irse a casa, Marja le preguntó el nombre a aquel desconocido y el título de alguno de sus libros. Marja se lo apuntó porque, si alguna vez lo traducían al holandés o al inglés, intentaría leerlo.

EL lunes a última hora de la mañana, Marja y Paul se reunieron con el comisario en su despacho. El hombre había estudiado la noche anterior el informe de Marja, después de que esta incorporase los datos de los archivos ocultos del ordenador del muerto, sin que hubiese encontrado nada relevante, así como los resultados del trabajo de Paul, que había estado rastreando los movimientos de la cuenta bancaria de Dortsman, completamente normales, y también las llamadas telefónicas hechas y recibidas en los últimos tres meses por el músico desde su domicilio, y las que se habían hecho o recibido desde el apartamento de Iliona Vitéz en Noord. Las llamadas de Dortsman eran escasas y a pocos números. A Marja le llamó la atención que cinco días antes de desaparecer de su domicilio, el hombre había llamado a Hendrik Lambert hasta tres veces el mismo día en un intervalo de dos horas. El conservador del Tropenmuseum le había hablado de una llamada, pero no de tres. También le resultó extraño que en el registro de llamadas de Iliona apareciese una hecha desde su domicilio al de Anke Verbrugge, justo el mismo día en que la chica y Cornelis Dortsman alquilaban una habitación en la pensión Diderot.

En el informe también se hacía referencia a la vigilancia que habían puesto al domicilio de Anke Verbrugge, que había resultado inútil porque la chica no se había vuelto a acercar a su casa. Tampoco se sabía nada de Jakob Szálasi, el hombre que había escrito al menos una carta a Iliona, aunque habían facilitado su dirección de Novi Sad a la policía serbia para que fuesen a verlo para informarle de la muerte de la chica y le sonsacasen todo lo que pudieran sobre ella. La policía del país balcánico era muy peculiar, afirmó Sieraal, y no confiaba nada. Por otro lado, la embajada serbia no les había facilitado ningún tipo de dato sobre un ciudadano llamado József Vitéz.

—En resumen, nada —se quejó el Viejo—. Dos muertos y una chica desaparecida y ningún indicio de los motivos de los dos asesinatos, si aceptamos que el ahogamiento de la chica fue provocado por alguien y no un accidente.

—Tenemos la resina de las zapatillas deportivas de la chica y del coche de Dortsman, con la particularidad de que esta resina sólo se encuentra en Flevoland —dijo Marja—. Tal vez sea sólo una casualidad, pero es la isla en la que trabaja Ilse Hagen.

—¿Qué podían estar haciendo Iliona y Cornelis en un sitio así? —se preguntó en voz alta Sieraal pensando en Flevoland, una isla enorme, llana y artificial, que los holandeses ganaron al mar hace setenta años, con sólo dos ciudades, Almere-Stad y Lelystad, y algunos núcleos de población apenas habitados, en medio de un paisaje boscoso de hileras en árboles interrumpidas de vez en cuando por algún complejo industrial.

Marja tampoco entendía qué podía haberlos llevado hasta allí. ¿A qué podían haber ido además de a encontrarse con Ilse Hagen?

—Tenéis que obtener resultados rápido —les advirtió el comisario, dirigiéndose sobre todo a Marja—. Esta tarde debo reunirme primero con el fiscal Van Leyden y después con la gente de la oficina del alcalde. Con Van Leyden puedo entenderme, de momento, pero cada vez recibo más presión desde la alcaldía.

Una vez acabada la reunión con el Viejo, Paul abandonó la comisaría para participar en una operación policial de otro caso en Reguliersgracht, mientras Marja volvió a su mesa para repasar el informe. Entonces se dio cuenta de que tenía el aviso de llamada de la señora Smeijer, de la librería La Sirena Negra, que había recibido mientras ella y Paul estaban reunidos con el comisario. Al leer la nota, a Marja le dio un vuelco el corazón. La señora Smeijer quería hablar con la inspectora de policía Marja Batelaar sobre Anke Verbrugge. Sin perder un segundo, Marja marcó el número de teléfono de la librería.

—Esta mañana Anke ha venido a la librería —dijo la señora Smeijer— a primera hora, poco después de que abriésemos. Mi marido no estaba porque se había ido a entregar un encargo. Debe de estar pasándolo muy mal, porque no tenía buena cara y estaba nerviosa, aunque sonreía e intentaba ser amable como siempre. Anke se ha disculpado por no haber vuelto cuando nos había dicho que lo haría y por no llamar. Me ha contado que ha pasado unos días muy complicados y que los siguientes lo serán también, porque su padre sigue muy enfermo y la necesita.

—¿Para eso ha vuelto? ¿Para disculparse? —preguntó incrédula Marja.

—Siempre hemos tratado muy bien a Anke y supongo que está un poco avergonzada por tenernos que dejar así —reflexionó la señora Smeijer—. Yo le he dicho que lo primero es la salud de su padre y que nosotros, aunque ya seamos mayores, podemos ocuparnos perfectamente de la librería. También le he dicho que, cuando su padre esté mejor, podrá volver a trabajar con nosotros.

—¿Sigue en la librería?

—No, sólo ha estado media hora o poco más —calculó la señora Smeijer—. Ha venido a despedirse y a recoger algunas cosas que tiene en un armarito.

Marja se puso en alerta.

—¿Qué tenía en el armarito? ¿Lo ha visto?

—Nada, una bolsa con ropa de trabajo, un pequeño neceser, unos zapatos y unos libros.

—Libros, ¿qué libros?

—Me he fijado y he podido reconocer El Palacio de la Luna, de Paul Auster, y La historia siguiente, de Cees Nooteboom.

—¿Eso es todo? ¿No había nada más en el armarito?

—Yo no he visto nada más.

Marja tenía sus dudas de que la vista de la señora Smeijer fuera fiable a su edad.

—¿Han hablado de algo más, aparte de sobre la salud del padre de Anke

Verbrugge?

—Pues no, la verdad. Parecía que Anke tenía un poco de prisa.

—No le habrá dicho que hemos estado en la librería preguntando por ella.

La señora Smeijer no respondió enseguida, y su silencio breve y denso hizo intuir a Marja que la mujer de la librería no le había hecho caso y que ahora Anke ya sabía que la policía la buscaba.

—No quería hacerlo, créame, pero al final le he dicho que dos policías habían venido a preguntar por ella. También le he explicado que me habían enseñado fotografías de dos personas que ella conocía.

—¿Y le ha dicho que estaban muertas? —preguntó Marja, completamente desanimada.

—Sí.

Por un momento Marja estuvo a punto de reprochárselo, pero no lo hizo. Al fin y al cabo, no podía exigirle tanto a aquella anciana. Podía imaginar su conflicto entre la discreción que le pedía la policía y la preocupación o el miedo que le provocaban los posibles problemas de Anke, su empleada.

—¿Y qué le ha dicho Anke? ¿Parecía afectada?

—Apenas hemos hablado, sólo ha dicho que sabía de las muertes por la prensa, pero estaba conmocionada. Según me ha explicado, había salido alguna vez con Iliona Vitéz y al hombre también lo conocía a través de la chica muerta. ¿Por qué buscan a Anke? Se ha metido en algo grave, ¿verdad?

—Tal vez sí, pero no lo sabremos con seguridad hasta que la localicemos y podamos hablar con ella.

La señora Smeijer volvió a quedarse en silencio. Cuando Marja creía que la conversación estaba a punto de acabar, la anciana le hizo una revelación sorprendente.

—Cuando Anke se ha ido de la librería, he mirado a la calle y he visto que hablaba con un hombre, alguien que no es cliente nuestro, al menos que yo conozca, ni ningún vecino.

—¿Está segura? —preguntó Marja, consciente de la importancia de lo que acababa de decir la señora Smeijer—. ¿Cómo era ese hombre?

—Por supuesto que estoy segura, nunca lo he visto ni en la librería ni en el barrio. El hombre era blanco, mayor que Anke, tal vez de unos cuarenta años o un poco más, más bien delgado, de altura media y vestido con un abrigo y unos pantalones oscuros. Ah, y era pelirrojo.

Al oír este último dato, Marja notó una sensación de calor en las mejillas y que las manos le sudaban un poco.

—¿Está segura del color del pelo?

—Pues sí.

—¿Qué han hecho cuando se han encontrado?

—Han hablado unos segundos, muy brevemente, y después han seguido calle

arriba, hacia el cruce con Gerard Doustraat.

—¿Le dice algo el nombre de Hendrik Lambert?

—No. ¿Tendría que conocerlo?

—No lo sé. ¿Anke le habló alguna vez de un conservador del Tropenmuseum?

—No, pero Anke es muy reservada con sus amistades.

Marja le dio las gracias y le pidió que si Anke volvía a la librería la llamara enseguida, aunque presentía que la chica no volvería. Después de eso, colgó el teléfono mientras pensaba en aquel giro brusco que había dado el caso. Hendrik Lambert le había dicho que no conocía a Anke Verbrugge y ahora descubría que le había mentado, si el hombre pelirrojo que había visto la señora Smeijer y el conservador del Tropenmuseum eran la misma persona. Sin perder ni un segundo, llamó por teléfono al museo y preguntó por Hendrik Lambert; como se imaginaba, no estaba, ya que aquella mañana había avisado por teléfono de que no se encontraba bien. Marja consiguió el número de teléfono y la dirección donde vivía el conservador y lo llamó de inmediato, aunque nadie contestó a su llamada. Después de explicar la situación a Jurgen Sieraal, consiguió que éste enviase a un agente de paisano para vigilar el domicilio de Lambert, situado en Vondelstraat, a sólo un par de minutos del café Vértigo, aquel lugar donde se encontraban Cornelis, Iliona, Julius y Lambert. Anke Verbrugge también frecuentaba aquel sitio, y formaba parte de ese grupo inquietante, dos de cuyos integrantes ya habían muerto. No obstante, Hendrik Lambert decía que no la conocía. Marja estaba nerviosa, muy excitada y en cierta manera furiosa por el descubrimiento de la mentira de Lambert. ¿Por qué había negado que conociera a Anke Verbrugge? No tenía ningún sentido. Fuera lo que fuese que escondiese, el hombre la había infravalorado, se había arriesgado demasiado mintiéndole, porque cabía la posibilidad de que ella tarde o temprano lo descubriese. Hendrik Lambert ocultaba algo muy grave, quizá conocía el motivo por el que Anke había desaparecido y también tenía miedo. Fuera lo que fuese, Marja presentía que la espiral del caso había dejado de expandirse, y que quizás ahora estaba más cerca de llegar al núcleo del asunto y de conseguir saber quién y por qué habían asesinado a Iliona y Cornelis. Sólo tenía que encontrar a Anke Verbrugge o a Hendrik Lambert y presionarlos para que le dijesen de quién se ocultaban, a menos que uno de ellos fuera el culpable de las muertes.

DURANTE dos días, Marja y Paul trataron inútilmente de localizar a Hendrik Lambert, pero el hombre no se presentó ni en el trabajo ni tampoco en su domicilio, en Vondelstraat. Una tarde hicieron algunas preguntas sobre él a los camareros del Vertigo, pero no sirvieron de nada; sólo averiguaron que no lo veían desde hacía unos días, ni a él ni a sus amigos, un chico y una chica, que por la descripción debían de ser Julius e Iliona, y un hombre mayor, Dortsman. Al enseñar la fotografía de Anke Verbrugge, los camareros no la reconocieron. Cuando acabaron, Paul dejó sola a Marja porque tenía entrenamiento con su equipo de fútbol. Marja se quedó un rato todavía, intentando entender qué podían hacer en una misma mesa dos generaciones tan diferentes, la de Cornelis y su exnovio Lambert y la de los dos jóvenes, Julius e Iliona.

Cuando abandonó el Vertigo casi había oscurecido, y Marja decidió que echaría una última ojeada a los alrededores del piso de Hendrik Lambert. Si el hombre seguía sin aparecer tenía dos opciones: podía pedir una orden de registro al fiscal Van Leyden o, sencillamente, entrar furtivamente en el piso. Fue caminando lentamente hasta Vondelstraat, y durante el trayecto casi no se cruzó con nadie. A ella le pareció normal, aquél era un barrio mucho más residencial y tranquilo que el suyo. Sólo pasaba algún ciclista de vez en cuando o alguien que todavía seguía haciendo *footing* en el cercano Vondelpark.

En Vondelstraat, Marja encontró al agente de paisano que Sieraal había destinado para informar de la posible aparición de Lambert. El agente le explicó que todo seguía igual, el hombre al que buscaban no había aparecido por su domicilio. Hacía frío y era tarde, así que Marja se ofreció para hacer el servicio de vigilancia un rato mientras él iba a comer algo y de paso a entrar un poco en calor. El agente aceptó su ofrecimiento encantado, y le dijo que en media hora volvía. Una vez sola, Marja empezaba a creer que aquello sólo servía para que cogiera un resfriado cuando, de repente, le pareció que veía cierto movimiento en la ventana del piso de Lambert, situado en la segunda planta. Sin pensarlo dos veces, Marja entró en el edificio tras llamar a un timbre, identificarse como policía, y pedir a quien le había abierto que no saliese de su casa en unos minutos. Después, subió lentamente la escalera hasta el segundo piso. Una vez allí, comprobó que la puerta del piso de Lambert sólo estaba ajustada. Llamó a la puerta a la vez que se identificaba como policía. Nadie le respondió y entonces decidió entrar en el piso, llevando en la mano su arma reglamentaria, la pistola Walther P5. Notaba su respiración acelerada. Levantando la pistola, pulsó el interruptor de la luz y vio que estaba en un piso tipo *loft*, amplio y de techos altos, con una decoración recargada y con bastantes piezas que debían de tener, sin duda, relación con el trabajo de su propietario: máscaras africanas y

asiáticas, tapices, cerámicas, grabados, incluso algunas armas como diferentes cuchillos de una vitrina. Hendrik Lambert no le había caído bien durante su conversación en el Tropenmuseum y ahora, ante aquella exhibición de coleccionismo, Marja se reafirmaba en su impresión inicial. Lambert tenía un punto fetichista y eso le desagradaba. En el salón había tres puertas que Marja supuso que debían corresponder a la cocina, el lavabo y a una habitación. Abrió primero la de la cocina, y después la del lavabo, pero no encontró a nadie.

Cuando abrió la última puerta, Marja se encontró con una habitación grande, repleta de muebles, con una cama alta y también de grandes dimensiones con una colcha de color oscuro adornada con dibujos un poco complicados. Era una habitación que molestaba a la vista, demasiado barroca para el gusto de Marja. Entró sin bajar la pistola y comprobó que no hubiera nadie debajo de la cama ni en el armario, que estaba lleno de ropa muy cara.

No había nadie, acababa de entrar en la propiedad de otra persona sin autorización y el agente de vigilancia tardaría todavía un poco en volver de cenar. Por tanto, Marja decidió que aprovecharía para registrar la casa de Lambert. Enfundó la pistola y empezó a examinar el contenido de los cajones del armario, así como de la mesita de noche. Después volvió a la sala principal y se puso a examinar los papeles que había encima de la mesa de despacho que estaba en un rincón. De repente, notó una presencia detrás de ella. Marja intentó sacar la pistola y girarse, pero no lo consiguió. Sintió un golpe seco en la parte trasera de la cabeza y cayó al suelo inconsciente.

Cuando recuperó la conciencia, el agente de vigilancia y Klara Müller estaban junto a ella. Según le explicaron, al volver de comer, el agente se había extrañado de que ella no estuviera. El hombre había esperado un momento a ver si aparecía y, cuando vio que no lo hacía, comunicó la situación por teléfono a comisaría y habló con Klara Müller, quien acudió enseguida. La puerta del piso estaba abierta y la encontraron en el suelo. Alguien la había golpeado con un objeto contundente, probablemente una barra de hierro. Ni el agente de vigilancia, ni Klara, ni los pocos vecinos del edificio habían visto a ningún sospechoso entrando o saliendo, pero era evidente que alguien había estado allí, se decía Marja, que notaba un dolor agudo en la cabeza. De repente, se dio cuenta de que le habían quitado la identificación de policía, la cartera, la pistola y las llaves de su casa. A Jurgen Sieraal no le gustaría nada todo aquello.

¿Quién la había golpeado, Hendrik Lambert u otra persona? Fuera quien fuese, debía de estar muy decidido, o muy desesperado, para atacar a un policía. No era sólo un ladronzuelo a quien había pillado con las manos en la masa mientras intentaba robar en el piso de Lambert. Si lo fuera, al ver a un policía se habría limitado a huir. Si la había atacado, y por detrás, era que no quería que lo reconociesen. ¿Por qué? Y si no era Lambert, ¿quién era y qué hacía allí?

Aquel mismo día hizo que fueran a cambiarle la cerradura de la puerta. De

repente se sentía vulnerable, alguien sabía donde vivía e, incluso, durante unas horas, había tenido acceso a su casa. Marja se ocupó también de anular sus tarjetas de crédito y de solicitar una nueva documentación.

A la mañana siguiente, Marja decidió no ir a la comisaría. Habló por teléfono con el Viejo, que estaba nervioso no sólo por el caso que llevaba ella, sino porque el de Theo Kalvergraaf, el empresario del mundo del espectáculo asesinado, en el que volvía a trabajar Jan Laagsveld, tampoco avanzaba. Marja le explicó al comisario que seguían sin encontrar a Anke Verbrugge y que, además, Hendrik Lambert había desaparecido. ¿Eso lo convertía en sospechoso? No estaba segura, pero era evidente que ocultaba algo. ¿Por qué si no habría mentido sobre el hecho de conocer a Anke Verbrugge? ¿Y por qué la acompañó hasta la librería de De Pijp, donde trabajaba la chica? ¿Era él quien la había golpeado y le había robado la pistola? Al pensar en ello, Marja se dio cuenta de lo imprudente que había sido entrando en la casa de Lambert sin el apoyo de ningún otro agente. Cuando Sieraal la viese seguro que le daría un buen sermón a solas en su despacho por haber corrido ese riesgo innecesario, que además le había costado la pérdida del arma reglamentaria. Ahora tendría que redactar un informe sobre el asunto y le harían unas cuantas preguntas en la unidad que se encargaba del inventario de armas. Una pistola más por las calles de Ámsterdam que, por supuesto, acabaría en el mercado negro.

Por la mañana aprovechó para ir al gimnasio y, después, pasar un rato en la sauna. Al acabar dio una vuelta por el Jordaan, deteniéndose en una pequeña galería de arte de la calle Anjeliers donde había una exposición sobre la vida en el Sertáo, la enorme región semidesértica del noreste brasileño. Vaqueros, inmensos paisajes yermos, pueblos miserables esparcidos bajo el cielo tropical, gasolineras desangeladas en medio de la nada, el viento que arrastra polvo y reseca las gargantas; aquellas fotografías, aunque no eran escenas de guerra, le recordaron la lectura de la *Tierra sonámbula*, y también le hicieron pensar en su padre, que estaba restaurando viejos edificios en el núcleo histórico de la ciudad brasileña de Olinda, a cientos de kilómetros de donde se habían hecho las fotografías de la exposición. ¿Cuánto tiempo llevaba sin tener noticias suyas? Prácticamente un mes y medio. Y de su madre, quizá ya dos. La última vez le había enviado un autorretrato hecho en Lajes do Sao Roque, un pueblecito en la isla de Pico.

Después de comer en De Tuin, Marja llamó por teléfono a casa de los Cleve. Se puso Julius, que le explicó que estaba solo, ya que su padre se encontraba en el hospital Onze Lieve Vrouwe y su madre en los laboratorios Afferden, en Flevoland. Según Julius, los dos volverían tarde, y a la mañana siguiente el padre se marcharía temprano porque participaba en un congreso de medicina quirúrgica en Londres. Después de colgar, llamó al trabajo de Ilse Hagen. Tardaron un poco en localizarla y mientras esperaba, Marja pensó en aquella isla Iría y artificial, donde, a juzgar por los

restos de resina hallados en el calzado de Iliona y en el coche de Dortsman, éstos habían ido pocos días antes de que encontrasen el cadáver de la chica en la pensión Diderot.

—Inspectora Batelaar, tengo mucho trabajo —le advirtió con una voz áspera Ilse Hagen.

—Sólo será un momento —dijo Marja, arrepintiéndose inmediatamente de haber adoptado un tono demasiado educado—. La primera vez que hablamos me dijo que sólo había visto media docena de veces a Iliona Vitéz.

—Sí, ¿qué importa eso?

—Respóndame, por favor.

—Pues sí, creo que fueron unas seis veces.

—¿Y dónde la vio?

—Cuando se veía con Julius en casa, ya se lo expliqué.

—¿Y fuera? ¿No la vio en Flevoland?

—¿En Flevoland? ¿Quiere decir aquí, en mi trabajo? ¡Por supuesto que no! ¿Por qué iba a venir aquí Iliona?

—¿Y Cornelis Dortsman tampoco la ha visitado nunca en los laboratorios Afferden?

—Inspectora Batelaar, ¿no entiendo adonde quiere llegar con estas preguntas! Cornelis Dortsman era sobre todo amigo de Adriaan y no mío. Nunca ha venido por aquí, al menos que yo sepa, y tampoco Iliona. ¿Eso es todo?

El tono de Ilse Hagen era duro, era evidente que estaba enfadada con la llamada y todavía más con unas preguntas que no podía entender a qué venían.

—Estoy haciendo mi trabajo —dijo Marja—. Ya han muerto dos personas, y hay dos a los que no localizamos y que tal vez están en peligro. Cualquier detalle, por pequeño que sea, puede darnos un indicio, alguna pista para averiguar qué está sucediendo.

—Dos personas a las que no localizan, ¿cuáles?

—Primero Anke Verbrugge, y ahora Hendrik Lambert. ¿Le sorprende?

La voz de Ilse Hagen perdió dureza al responder; de repente pareció entender el trabajo de la policía.

—No, bueno, no lo sé. Yo me dedico a investigar sobre el plancton marino, las corrientes subterráneas del océano y cosas así. No sé nada de asesinatos y gente desaparecida. Además, estoy pasando unos días difíciles.

Durante un instante, Ilse Hagen se calló. Marja le dejó tiempo, presintiendo que estaba a punto de enterarse de algún asunto delicado de su vida.

—Mi marido y yo estamos a punto de divorciarnos. De hecho, cuando vuelva de este congreso de Londres, sólo pasará por casa para recoger sus cosas.

Al colgar el teléfono, Marja intentó imaginarse qué podía haber producido la ruptura del matrimonio Cleve. Cansancio, desilusión, infidelidad o sencillamente darse cuenta de que ya no podían vivir juntos. En el caso de sus padres, lo que

destrozó la vida en común fue la muerte de Willem. Aquella idea la atormentaba, pero sabía que no podía pensar en ello. Cuando acabase con la investigación de las muertes de Iliona y Cornelis ya tendría tiempo para seguir con sus fantasmas personales, pero ahora tenía que concentrarse en el caso.

A la mañana siguiente, de nuevo en la comisaría de Elandsgracht, después de escuchar el previsible sermón de Jurgen Sieraal sobre su imprudente actuación en el domicilio de Hendrik Lambert, Marja tuvo que responder al cuestionario de la unidad que controlaba las armas de los agentes y explicar cómo le habían sustraído la suya. Consiguió una nueva, otra Walther P5, así como una nueva acreditación policial. Al acabar se sentó a su mesa, que ya no estaba delante del despacho de Laagsveld, sino en una esquina de la sala, junto a una ventana desde la cual podía ver el tránsito de la Marnixstraat y las aguas del Lijnbaansgracht, y a poca distancia de las mesas de Paul Hovestadt y Klara Müller. Ambos estuvieron un rato charlando con Marja y quedaron en comer juntos en el restaurante del señor Sunein.

Últimamente, la banda de delincuentes de origen turco que estaba presionando al señor Sunein se había excedido y Klara quería ir a por ellos. Marja se dijo que cada policía de aquella comisaría vivía diferentes partes de la realidad de una ciudad aparentemente tranquila pero que era un hervidero de intereses y conflictos. Laagsveld con el asunto de Theo Kalvergraaf; Klara intentando proteger a su amigo de la nueva mafia turca que había empezado a instalarse en Rozengracht; y Paul, que además de ayudarla a ella, trabajaba en un caso de homicidio relacionado con la extorsión a prostitutas en la periferia. Por su parte, Marja intuía que su caso podía dar un giro inesperado. Había datos nuevos, como la breve reaparición de Anke Verbrugge en la librería La Sirena Negra. Si Anke se escondía, ¿por qué se había arriesgado tanto yendo a la librería, aunque fuera acompañada por Lambert? ¿Habría recogido algo que la señora Smeijer no había llegado a ver? ¿Y quién la había agredido en el domicilio de Lambert, robándole también la pistola: el mismo Lambert, Anke o tal vez alguna otra persona que también andaba tras la pista de éstos? La mentira del conservador del Tropenmuseum, que le había asegurado que no conocía a Anke Verbrugge, era otro dato que tenía que tener en cuenta.

Un agente de los que atendían la centralita telefónica le avisó de que alguien que no quería identificarse había llamado preguntando por la policía que llevaba el caso de la chica muerta de la pensión Diderot. De hecho, el agente le explicó con cierto tono de excusa que el hombre que llamaba ya lo había hecho el día anterior con la misma historia. Por motivos que el agente no se podía explicar, el aviso no le había llegado a la inspectora Batelaar, ni a su casa ni en una nota escrita. Maldiciendo aquella desorganización, Marja pidió al agente que grabasen e intentasen localizar la conversación que estaba a punto de mantener. Después descolgó el teléfono, pero estuvo unos segundos sin hablar. Al otro lado pudo sentir la expectación de quien llamaba.

—Soy la inspectora encargada de la investigación de este caso. Me llamo

Batelaar. ¿Quién es usted?

—Eso no importa —respondió una voz un poco apagada y cierto acento extranjero que Marja no podía reconocer. También parecía que su interlocutor había bebido—. Lo importante es lo que puedo contarle de Iliona Vitéz.

—De acuerdo. Hable.

—En los diarios han insinuado que ha sido un suicidio o una muerte por abuso de drogas. Ella, Iliona, no habría hecho nunca algo así.

—¿Cómo lo sabe? ¿Conocía a Iliona Vitéz?

—Sí, la conocía muy bien —respondió el hombre, casi con un hilo de voz—. Últimamente estaba asustada, pero no desesperada. Supongo que creía que si no solucionaba su problema al menos conseguiría huir.

—¿Qué problema, de quién tenía que huir?

—Una vez me habló de Pavel, y me dijo que si revelaba aquel asunto Adriaan Cleve estaba acabado.

—¿Quién es Pavel?

—Un chico ruso o ucraniano, no lo sé muy bien Ilona lo conoció en casa de los Cleve.

—¿Pavel era un paciente del doctor o un amigo de su hijo Julius?

—No lo sé.

—¿Qué había descubierto sobre ese chico?

—Iliona nunca quiso decírmelo. Si me lo explicaba, creía que yo también correría peligro. Por eso no sé nada sobre Pavel.

—¿Quién quería hacerles daño, Adriaan Cleve?

—¿Quién si no? Sólo con pronunciar su nombre, Iliona ya se ponía nerviosa.

De repente, Marja tuvo un presentimiento.

—¿Conocía Iliona alguna historia oscura de los Cleve?

—No, no creo, pero aunque fuera así, ¡no era motivo para asesinarla!

—Cálmese —le pidió Marja, y añadió—: Iliona estaba embarazada de seis semanas, ¿sabe de quién?

El hombre no dijo nada, el silencio era muy tenso y Marja se dio cuenta de que el hombre quizá no sabía que Iliona estaba embarazada.

—¿Conoce a Cornelis Dortsman? —preguntó Marja—. ¿Pudo matar él a Iliona?

—Sí, conozco a ese hombre. Y estoy seguro de que él no mató a Iliona. ¿Por qué iba a hacerlo? Estaba enamorado de Ilona. Mucha gente se sentía atraída por ella.

—Cornelis Dortsman era homosexual.

—¿Y qué? Aquel hombre la quería. Se la llevó a la pensión Diderot porque intentaba protegerla.

—¿Cómo sabe eso?

—Él me llamó aquella noche.

Marja recordó que Marten Jansz, uno de los huéspedes de la pensión Diderot, había declarado que había visto a Cornelis Dortsman hablando por teléfono en la

calle. ¿Se referiría a esa llamada o era otra? Mientras lo pensaba, podía oír al otro lado del teléfono la respiración del hombre. ¿Se encontraba mal? De repente lo oyó sollozar mientras pronunciaba el nombre de Iliona de manera casi imperceptible. Ahora casi estaba segura de que el hombre había bebido y que eso le había dado el valor para llamarla.

—¿Por qué le llamó? ¿Qué le dijo?

—Tenía miedo de lo que pudiera pasarle a Iliona, por eso se la llevó a aquel antro, para esconderla mientras intentaba encontrar una solución.

—Una solución. ¿Cuál?

—Sólo sé que quería hablar con Adriaan Cleve, eso me dijo por teléfono.

—¿Por qué no ha explicado antes todo esto?

—No me queda mucho tiempo. Sé que me buscan.

—¿Quién? ¿Adriaan Cleve?

—Sólo sé que hay gente preguntando por mí, hoy han venido dos hombres.

—Dos hombres, ¿cómo eran y dónde está usted?

—Es inútil, inspectora Batelaar. No he visto a esos hombres y tampoco puedo decirle dónde estoy.

—¿Está en peligro? Podemos ayudarle.

—Este mundo es muy turbio, está lleno de gente sin escrúpulos.

—Hable claro.

—No sé nada, sólo que Iliona tenía miedo, mucho miedo.

—Dígame quién es y dónde podemos ir a recogerle. Estaremos allí en quince minutos.

El hombre no respondió nada, sólo respiraba con dificultad al otro lado del teléfono, desde donde también se oían tintineos y algunas voces ininteligibles que intrigaron a Marja. ¿Desde dónde llamaba ese hombre? Un café, o quizás un centro clínico, si estaba enfermo. Cuando examinasen la grabación en la unidad técnica tal vez pudieran darle alguna pista. El hombre tosió muy fuerte. Estaba enfermo, probablemente de los bronquios, ahora Marja estaba casi segura.

—¿Sabe dónde podemos encontrar a Pavel?

—¡No tengo ni idea! —exclamó el hombre volviendo a toser.

—¿Iliona le describió alguna vez a Pavel?

—Me dijo que era de Odessa y que debía de tener quince o dieciséis años.

—¿Es usted József Vitéz, el hermano al que Iliona buscaba en Holanda?

—József murió durante los bombardeos de los norteamericanos —dijo el hombre antes de colgar el teléfono.

Durante unos segundos, después de cortarse la comunicación, Marja experimentó una intensa sensación de irrealidad.

¿Qué significaba aquella llamada? ¿Era o no József, el supuesto hermano de Iliona? Lo fuese o no, era alguien que se había acercado al núcleo del caso, alguien del entorno íntimo de Iliona que conocía a Cornelis y que tal vez sabía cosas de

Adriaan Cleve que podían ayudar a resolver el caso. ¿Por qué había colgado el teléfono? Era evidente que no quería que localizaran la llamada. Le habría gustado preguntarle por el asesinato de Dortsman, por la desaparición de Anke Verbrugge y la más reciente de Hendrik Lambert, pero Marja no había tenido tiempo. Aun así, le había dado una pista muy valiosa: el nombre de Pavel, la historia de un chico ruso o ucraniano que podía hundir al doctor Adriaan Cleve.

Unos instantes después de acabar la conversación, el agente encargado de rastrear la llamada avisó a Marja de que la habían hecho desde un teléfono fijo que no habían podido localizar exactamente, pero sí sabían que estaba en el Plantage, concretamente entre cuatro calles que cruzaban la avenida Plantage Middelaan, delante del Artis, el zoológico. Marja se inquietó al ver que habían hecho la llamada anónima desde su antiguo barrio. El Plantage, como ahora el Jordaan, eran su Ámsterdam, una parte de la ciudad que deseaba mantener al margen del crimen, del mal.

Pidió una copia de la grabación y, después, habló con Jurgen Sieraal, que al oír el nombre de Pavel frunció el ceño. En Holanda podía haber más de dos docenas de personas con aquel nombre, algunas que vivían legalmente y otras que habían entrado en el país de forma irregular. Iniciaría el proceso para buscarlo a través de los registros de datos y huellas. Los técnicos analizarían a fondo la cinta de la conversación, por si podían no sólo estudiar el acento y la forma de expresarse de quien había llamado sino también aislar sonidos y concretar un poco más desde dónde había hecho la llamada a la inspectora Batelaar. El comisario le dijo a Marja que hablaría con los colegas de la policía de Londres para que buscaran a Adriaan Cleve y lo vigilaran con discreción hasta que volviera a Ámsterdam. A pesar de la conversación telefónica que había tenido Marja con su informante anónimo, no podían concretar ninguna acusación hacia Adriaan Cleve, pero en cuanto volviese a Holanda lo presionarían hasta descubrir si estaba implicado o no en las muertes de Iliona Vitéz y Cornelis Dortsman.

TERCERA PARTE

El aliento de la muerte

LA policía de Londres no conseguía localizar a Adriaan Cleve. Tenían constancia de que había subido al avión, que había pasado dos noches en el hotel en el que había reservado previamente una habitación y que había recogido sus credenciales el primer día del congreso de medicina quirúrgica, pero a partir de ese momento su pista se perdía. Ya no se le había vuelto a ver ni en el hotel ni en el congreso. La policía británica había iniciado una búsqueda seria, distribuyendo fotografías del médico entre las patrullas de calle a la vez que montaba una discreta vigilancia alrededor del hotel y del centro de conferencias donde se celebraba el encuentro de profesionales de la medicina. También se habían dado instrucciones a la unidad informática para que rastrease cualquier movimiento de dinero que se hiciese desde Reino Unido con las tarjetas de crédito de Adriaan Cleve.

Marja había llamado por teléfono a Ilse Hagen, que tampoco sabía nada de su marido, pero no parecía demasiado preocupada. Estaban en trámites de divorcio, pero ésa no era razón suficiente para que se despreocupase de lo que podía haberle sucedido a su marido. Por teléfono, Marja no mencionó a Pavel. Tenía que hablar con Ilse Hagen sobre él, pero lo haría en persona, quería ver qué cara ponía cuando mencionase a aquel nuevo personaje del caso.

Marja no dejaba de preguntarse qué podía haber pasado para que Adriaan Cleve desapareciese. Tal vez el hombre presentía que empezaría a recaer sobre él las sospechas y había aprovechado la excusa del congreso para ocultarse en la capital británica o, lo que era peor, para escapar mucho más lejos, a algún país donde fuese difícil, si no imposible, encontrarlo. Si había hecho eso, y si tomaba ciertas precauciones, tal vez tardarían meses o años en averiguar adonde había ido, y según en qué país se hubiese escondido, conseguir su detención y que lo extraditasen podría resultar muy complicado. Marja pensó también en otra posibilidad todavía peor, que Adriaan Cleve, confiado y desconociendo el rumbo que empezaba a tomar el caso, hubiera ido a Londres sólo por trabajo, pero que alguien le hubiera avisado de que a su regreso la policía holandesa quería interrogarlo a fondo sobre las muertes de Iliona y Dortsman. El informante de Cleve, forzosamente, tenía que estar dentro de la investigación, debía ser alguien que estuviera al tanto de la llamada anónima que Marja había recibido y en la que le habían revelado la existencia de Pavel. No podían ser más de media docena de personas: el agente de la centralita telefónica, Paul Hovestadt, Klara Müller, Jurgen Sieraal y tal vez alguien del despacho del Ayuntamiento y el fiscal Van Leyden, si el comisario le había informado. Al pensar en esta posibilidad, Marja sintió cierta angustia.

Marja también salió para recorrer la zona del Plantage desde la que supuestamente habían hecho la llamada telefónica. Estudió los pocos comercios, así

como los dos hoteles y la media docena de restaurantes y cafés que había en las cuatro manzanas de la avenida Plantage Middelaan que había conseguido señalar la unidad de seguimiento técnico de llamadas de la comisaría. Las únicas pistas que tenía eran el acento extranjero y la respiración dificultosa, así como la tos de quien había llamado. La voz podía ser de un hombre adulto, de entre treinta y treinta y cinco años, según había supuesto Klara Müller, pero si quería saber más tendría que esperar a que algún analista estudiase la grabación, entonces quizá podrían descubrir cuál era la lengua materna de la persona que había llamado.

Marja estaba casi segura de que el hombre no podía ser nadie que viviese de forma regular allí, sería demasiado estúpido utilizar el teléfono propio o el de un vecino para una llamada anónima a la policía. Por tanto, era alguien que vivía fuera de la zona, pero ¿de dónde venía, cómo había llegado? Por la dificultad respiratoria, Marja se imaginó que era alguien con problemas de salud que no debía de usar bicicleta, que tampoco habría estado cómodo caminando ni conduciendo su propio vehículo y que no habría cogido un taxi por miedo a que el conductor lo recordara. Lo más probable, pues, era que hubiese usado alguno de los dos autobuses o de los cuatro tranvías que circulaban por la avenida Plantage Middelaan. Había que hablar con los diferentes conductores que habían pasado por la avenida un poco antes y un poco después de producirse la llamada. Era un trabajo pesado, pero tal vez alguien recordara a un hombre que respirase con dificultad o tosiese. Llevaría un tiempo pero no quedaba más remedio que hacerlo. Con un poco de suerte, alguien se habría fijado y podría decirle en qué parada había subido un hombre de aquellas características.

Unas horas después de pedir la relación de conductores, Marja llamó a una docena de personas. Con una de las últimas llamadas, creyó haber tenido suerte porque un conductor del tranvía número 9 recordaba a un hombre que había subido en una parada de Plantage Middelaan que respiraba fuerte y, además, había estado tosiendo durante buena parte del trayecto. Según el conductor, se trataba de un hombre blanco, delgado, con el cabello oscuro, corto y liso, y de altura media, relativamente joven, de unos treinta y cinco años. Se había fijado bastante no sólo por la respiración fuerte y la tos, sino porque había tropezado con una pasajera y ésta se había quejado.

—¿Iba borracho? —preguntó Marja.

—Tal vez, porque se movía de una manera un poco extraña.

—¿Habló? ¿Le dijo algo a la otra pasajera?

—Se disculpó.

—¿En holandés?

—Claro, en holandés, pero tenía un acento extraño.

—¿Sabría decir de dónde? ¿Podría ser balcánico o de Europa del Este?

—Podría ser, sí.

—¿Cómo iba vestido?

—Llevaba unos vaqueros viejos y un jersey oscuro y grueso.

—¿Y dónde se bajó?

—En Rembrandtplein.

Ésa era una de las zonas más feas de Ámsterdam. Una plaza y unas calles llenas de restaurantes y diversiones para el turismo barato y siempre con mucho movimiento; un lugar perfecto para el anonimato. El hombre de la llamada había escogido bien su escondite. Marja transcribió la descripción del sujeto y pidió a Jurgen Sieraal un par de agentes para que paseasen de paisano por la zona. El comisario accedió. Otra petición que hizo Marja al comisario fue que le consiguiese una orden de registro del domicilio de los Cleve y de su barco amarrado en Hoorn. Después de la llamada anónima que acusaba al médico Adriaan Cleve de estar implicado en la muerte de Iliona Vitéz, y más después de su misteriosa desaparición en Londres, debía registrar su casa en Prinsengracht, así como su barco. Para sorpresa de Marja, el comisario vaciló un poco al escuchar sus razonamientos. No podían dar por buena aquella anónima acusación telefónica y tampoco creía que el fiscal lo considerase oportuno, porque todavía cabía la posibilidad de que Adriaan Cleve volviese a Ámsterdam, donde podrían interrogarlo hasta que entendiesen los entresijos de lo que estaba ocurriendo y de su implicación. En cambio, si procedían al registro, el doctor podía enterarse de algún modo y, si de verdad estaba implicado en los asesinatos de Iliona Vitéz y Cornelis Dortsman, ya no volvería al país. Finalmente, el Viejo accedió a pedir la orden de registro. Por desgracia, el fiscal Van Leyden también estaba de viaje, en un seminario de derecho criminal que se impartía en Bucarest, y tendría que pedírsela al fiscal auxiliar que ocupaba su sitio, Muslisch, un verdadero inepto.

Ya en su casa, Marja recibió una llamada de Jurgen Sieraal. Tal y como se había imaginado, Muslisch era un auténtico inútil, un burócrata incapaz de tomar una decisión por sí solo y había denegado la petición de registro al menos temporalmente, hasta que llegase Van Leyden y valorase la situación. El Viejo llamaría al día siguiente a Van Leyden para que aprobase el registro, aunque estuviese fuera.

VAN LEYDEN no respondió a la petición de orden de registro como esperaba Marja. El fiscal decía que, de momento, no podía autorizar la acción hasta que volviese de Bucarest, y eso no ocurriría hasta cinco días después. Le había asegurado por teléfono a Sieraal que era consciente de la importancia del caso, pero decía que necesitaba algo más que una acusación anónima y las sospechas de una investigadora inexperta como Marja Batelaar. A ésta le dolió el menosprecio de Van Leyden, que probablemente se habría sentido mejor si la investigación hubiese continuado en manos de Jan Laagsveld. A veces, Marja llegaba a creer que el comisario e incluso Paul dudaban de su capacidad de resolver un caso en el que ya se habían producido dos muertes que parecían converger en la figura de Adriaan Cleve y su relación con un chico llamado Pavel. ¿No confiaban en ella? Eso es lo que le pareció cuando pidió a Sieraal que hablase con los superiores de Van Leyden en la Fiscalía para que autorizasen la entrada en la casa de los Cleve, y el comisario se negó a hacerlo aduciendo que no quería más alboroto del necesario y que podían esperar a que volviese Van Leyden.

Dos días después de la llamada anónima que la había alertado sobre la existencia de un lazo entre Pavel y el doctor Cleve, informaron a Marja de que la policía de Londres no localizaba al médico. Entonces, decidió que ya era el momento de hablar de nuevo con Ilse Hagen. Su fría respuesta al explicarle que no encontraban a su marido en Londres no le había parecido normal, a pesar de que estuviesen a punto de divorciarse. Y además, estaba aquel elemento nuevo, Pavel. ¿Lo conocería Ilse? Antes de ir al domicilio de los Cleve, Marja comprobó que las tarjetas de crédito de Adriaan Cleve no se habían usado ni en el Reino Unido ni en ningún otro sitio. También examinó con Klara Müller el informe de los recursos financieros de la familia Cleve. El doctor era un profesional muy bien pagado, que se podía considerar de clase alta, igual que su mujer, y ambos compartían una cuenta bancaria en la que no había ningún movimiento de dinero inesperado o sospechoso. Estudiando los recursos y los gastos de Julius Cleve, comprobó que recibía un buen sueldo por su trabajo en la Jansen&Catling. La conclusión era que los Cleve eran gente de dinero, cosa que ya sabían, pero que además parecían tener una gran regularidad y transparencia en sus ingresos y gastos.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Klara Müller.

—Un gasto o ingreso extraordinario o de procedencia no demasiado clara.

—¿Por qué, tiene algo que ver con ese Pavel?

—Todavía no lo sé —admitió Marja—, pero me resisto a admitir tanta normalidad.

—Eres extraña —dijo Klara Müller.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Un rato después de esa conversación, Marja avisó por teléfono a Ilse Hagen de que iba a verla y pedaleó sin prisa por el Prinsengacht en dirección al domicilio de los Cleve. Una vez llegó, ató la bicicleta y llamó al timbre. Ilse Hagen tardó en abrir. Marja pensó que, como a la mujer no le caía bien, había elegido esa forma para castigarla. Después de dudar, como si quisiera atenderla en la misma puerta, Ilse Hagen aceptó su presencia y la hizo pasar al salón, donde la invitó a sentarse en el sofá. Marja sacó la libreta de notas, lo que incomodó a la dueña de la casa.

—¿Es necesario? —preguntó la señora Hagen señalando la libreta.

—Es el procedimiento y, además, me ayuda a centrarme. ¿La ha llamado su marido? ¿Tiene alguna noticia de él desde Londres?

—Ya se lo he dicho antes por teléfono, desde que se fue no he vuelto a saber nada.

—¿Y eso no le preocupa?

—¿Debería preocuparme? —replicó la mujer con cierta ironía, incluso con sarcasmo.

Sin responderle, Marja estudió a la mujer que tenía delante. Estaba viviendo la desagradable experiencia del divorcio, pero conservaba un hijo y tal vez se quedaría con aquella bonita casa en el Prinsengracht. Tenía un carácter fuerte, probablemente sería buena profesional, y mantenía parte de la belleza de su juventud. Marja se sentía un poco intimidada por ella.

—¿Por qué tanto interés en Adriaan? —preguntó a continuación la señora Hagen—. ¿Acaso sospechan que tiene que ver con las muertes de Iliona y de Cornelis?

—Déjeme hacer las preguntas a mí —consiguió decir Marja—. ¿Iliona tenía miedo de Adriaan?

—¿Cómo se le ocurre algo así? ¡Por supuesto que no!

—Pues tenemos motivos para pensar que sí... —afirmó Marja, dispuesta a no revelar su fuente de información y dejando la frase en el aire—. Piénselo bien. ¿Tenía Iliona alguna razón para temer a su marido?

—No, de ningún modo.

—¿Podría ser que Iliona estuviese embarazada de su marido?

—No me sorprendería —respondió Ilse Hagen con una dureza contenida.

—Explíquese mejor.

—Los hombres son así, se cansan, necesitan aventuras, sobre todo cuando se hacen mayores —empezó a decir la mujer, buscando la complicidad de Marja—, y Adriaan no es diferente.

De las palabras de Ilse Hagen se desprendía una decepción evidente, una tristeza que se mezclaba con el resentimiento.

—¿Se entendían Iliona y su marido?

—Sí, por decirlo así, se entendían —aceptó la mujer, recuperando cierto tono sarcástico—. En el fondo, no debería extrañarme. Iliona parecía un ángel con la

actitud espiritual que adoptaba cuando tocaba el clarinete, y a la vez tenía cierto enigma que resultaba muy sensual, con una historia tormentosa, su familia muerta en la guerra de los Balcanes, una vida joven llena de dolor y misterio. Una trampa perfecta para muchos hombres, Adriaan entre ellos.

—¿Odiaba usted a Iliona?

—¿Odiar? No, no la odiaba, la envidiaba.

—¿Por qué?

—Vivía de manera intensa, radical, nada burguesa.

—¿Lo dice porque vendía flores en el Bloemenmarkt y recibía clases de clarinete con Cornelis Dortsman? —preguntó Marja con cierto escepticismo—. Hay mucha gente así, sobre todo en Ámsterdam.

—Ella hacía lo que quería, no como yo.

¿Qué había tras esa declaración de la señora Hagen? A pesar de su trabajo cualificado, su hijo, su espléndida casa, era evidente que no era una persona feliz. ¿Era por culpa del divorcio con su marido? Marja se imaginaba que tenía que haber algo más. ¿Ilse Hagen estaba cansada de la vida que llevaba y envidiaba la existencia azarosa y tal vez oscura de Iliona Vitéz? ¿Y ella, Marja Batelaar, hacía también lo que quería? Los últimos años había creído que sí, con su extravagante trabajo de policía, la relación con Franz Dessau, los pocos amigos que tenía, las casas en el barrio del Jordaan y en el pueblecito de Uitdam. De repente, su mundo había sufrido una sacudida. Tenía que enfrentarse a su primer caso de homicidio, con dos muertos, prácticamente en solitario, y se había liado con Paul, lo que la hacía sentir culpable con Franz. Se sentía sola y confundida. ¡Si al menos tuviese cerca a su amiga Louise, o si Carol y Lionel no se hubiesen ido a aquella isla del norte, o si toda su familia, a excepción del tío Pieter y los abuelos con los que no se llevaba bien, no viviera tan lejos, a miles de kilómetros!

—Iliona irradiaba un aura que la volvía inquietante y seductora, créame —dijo la mujer para sorpresa de Marja—. Adriaan, su amigo Cornelis y también mi hijo, Julius, todos se sentían atraídos por aquella chica.

Dos días antes, el hombre que había llamado a Marja a la comisaría para hablarle de Iliona Vitéz también le había dicho que la chica atraía a las personas de su alrededor. Inevitablemente, Marja recordó su cuerpo muerto y la expresión tranquila de su cara cuando levantaron el cadáver en la pensión Diderot.

—¿Y a usted también la atraía?

La señora Hagen desvió un momento la mirada y la fijó en algún punto del exterior, en el Prinsengracht.

—Sí, también.

Marja vaciló un poco antes de hacer la siguiente pregunta, que era inevitable.

—Espero que comprenda que debo preguntarle si usted e Iliona mantuvieron alguna vez relaciones íntimas.

—No, nunca.

Marja estaba segura de que la mujer mentía, pero ¿por qué?

—¿Qué me puede decir de Pavel, un chico ucraniano o ruso, de unos dieciséis o diecisiete años?

—No lo conozco.

—Intente recordar, por favor. Nos han informado de que Iliona lo conoció aquí.

—Les han informado, ¿quiénes?

—Alguien de confianza, eso es todo lo que puedo decirle —explicó Marja.

—No conozco a ningún chico ni a nadie con ese nombre. Tal vez era un amigo de Julius y vino un día que yo no estaba.

—¿Un chico de dieciséis o diecisiete años amigo de su hijo, que tiene veintisiete? Sería un poco raro.

—¿Y de quién quiere que sea amigo, si no?

—¿Podía ser paciente de su marido?

—Él no es médico de cabecera, sino cirujano del Onze Lieve Vrouwe. No recibía nunca a pacientes en casa, los operaba en el hospital.

Marja imaginó que entre Adriaan Cleve y Pavel tenía que existir una relación peculiar, tal vez incluso turbia y de carácter sexual. ¿Se entendía el prestigioso cirujano con menores de edad? Tal vez sí. Quizá, cuando Iliona se enteró, pudo intentar sacar algún beneficio haciéndole chantaje. En caso de que así fuera, ¿era motivo suficiente para que Adriaan Cleve perdiera la cabeza y asesinase primero a Iliona y después a Dortsman? La hipótesis era posible pero costaba de creer. A Adriaan Cleve le hubiese resultado más sencillo acudir a la policía y denunciar la extorsión, aunque eso supusiese complicaciones en su vida familiar, el escarnio público y tal vez represalias de tipo laboral.

—Supongo que nos avisará en cuanto aparezca su marido, ¿no?

—Sí, ¿por qué no iba a hacerlo?

—De acuerdo, señora Hagen. Me imagino que no nos está ocultando nada y que de verdad no sabe dónde podemos encontrar a Adriaan Cleve. En caso contrario, si lo estuviera ocultando para protegerlo, por el motivo que sea, podemos acusarla de obstrucción a la justicia e incluso de complicidad en lo que haya hecho su marido.

Ilse Hagen la miró fijamente. En su mirada había cierta sorpresa, como si no esperase una advertencia así por parte de la policía. Poco a poco, no obstante, su expresión se fue volviendo fría y dura. Marja se dio cuenta de que no era alguien que se dejase intimidar.

—¿Está Julius en casa? —añadió Marja.

—Todavía no ha vuelto del trabajo, ¿por qué?

—También quiero hablar con él.

—¿Por qué?

Premeditadamente, Marja esperó un rato antes de responder. Sentía que Ilse Hagen era más fuerte que ella y eso la ponía nerviosa. Necesitaba recuperar el control. Se levantó y miró hacia la calle por la ventana. Las oscuras aguas del

Prinsengracht con sus barcos y casas flotantes siempre atraían su atención.

—Tal vez él si pueda decirme algo sobre Pavel.

La señora Hagen le dedicó una ligera mueca que Marja no supo interpretar demasiado bien. Aquella mujer se sentía superior a ella, pero ¿era posible que también la menospreciase? A pesar de esa superioridad, un movimiento casi imperceptible de la mujer al tragar saliva delató su nerviosismo.

—¿¡Por qué no nos dejan en paz!?! —exclamó. Ahora sí era evidente que estaba asqueada y muy enfadada—. ¡Y sobre todo, no molesten a mi hijo!

—Sobre todo a su hijo, ¿por qué?

—Váyase. Fuera de mi casa.

Marja estuvo a punto de insinuarle que podía volver con una orden de registro o que podían continuar su conversación en la comisaría, pero no fue tan estúpida. La orden de registro para aquella casa todavía estaba pendiente de Van Leyden y respecto a presionar demasiado a Ilse Hagen llevándosela a comisaría, era un estilo que podían utilizar policías como Jan Laagsveld o Klara Müller, pero no ella. Prefería avanzar más sinuosamente, casi con timidez, al fin y al cabo nadie parecía esperar nada de la forma en la que llevaba el caso. Ahora ya eran dos los muertos, el sospechoso principal había desaparecido y las críticas aumentaban en el Ayuntamiento, en la prensa y también entre el colectivo gay.

Marja abandonó la casa de los Cleve, y desde la calle llamó a Julius al despacho de Jansen&Catling y le dijo que tenía que hacerle algunas preguntas. Julius le explicó que todavía le quedaba un rato para salir, pero que podían reunirse más tarde en el Vertigo. Marja aceptó el lugar y la hora, a la vez que esperaba que Julius no llamase mientras tanto a su casa. Si eso ocurría, su madre le revelaría que la policía había estado preguntándole por un chico llamado Pavel, y entonces el efecto sorpresa se perdería.

NO había nadie en la amplia terraza del Vertigo. Allí, Marja se detuvo un momento a contemplar el parque que se extendía ante ella. Árboles, hierba bien cortada, el lago, unos cuantos corredores haciendo ejercicio y ciclistas que probablemente volvían a casa después de salir del trabajo. Marja pensó que tal vez Julius ya estaba dentro del café, que debía de estar observándola y decidió que sería mejor que entrara. En el local había media docena de personas ocupando algunas de las mesas que había bajo los enormes carteles de películas de Hitchcock. Tal y como se había imaginado, Julius ya había llegado. Estaba sentado a una mesa de un rincón, bajo la mirada de Cary Grant. Vestía de forma demasiado convencional, gris, tal y como ya lo había visto antes. En la mesa había una taza de café y un vasito de ginebra. Marja se dirigió rápidamente hacia Julius y lo saludó de forma protocolaria. Antes de empezar con las preguntas, no obstante, esperó a que el camarero le tomase nota y luego le trajese el café largo que había pedido.

—Esta tarde he hablado con tu madre —le reveló Marja, al tiempo que sacaba su libreta para apuntar los detalles de la conversación que estaban iniciando.

—Lo sé.

—Entonces, podemos ir directos al grano —dijo Marja con gran decisión—. ¿Quién es Pavel?

—¿Pavel?

—Un chico ucraniano o ruso que estuvo en vuestra casa.

—Ah, sí —dijo Julius, como si acabase de recordar de quién le hablaban—. Es el hijo de un paciente de mi padre, según creo. Vino una vez por casa.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé, hace mucho.

—Intenta recordarlo, por favor.

—Tal vez haga unos tres meses, más o menos.

—¿Con quién fue a tu casa, con su padre?

Julius afirmó con la cabeza, sin hablar.

—Tu madre dice que tu padre no recibe a pacientes en casa.

—Alguna vez sí.

—¿Por qué?

—No lo sé, tal vez forme parte del preoperatorio.

—¿Tenía que operar al padre de Pavel?

—Supongo —dijo Julius, dudando—. No se lo pregunté.

—¿Sabes cómo se llama el padre de Pavel?

—No. Debe de estar en la agenda de mi padre o en la documentación del hospital.

—Describeme a Pavel y a su padre.

—No llegué a ver al padre del chico, porque yo estaba en el piso de arriba y el hombre y mi padre hablaban abajo.

—¿Y a Pavel sí?

—Me lo encontré en el piso de arriba, parece ser que se aburría y subió a curiosear un poco.

—¿Y no te extrañó encontrarte a un chico desconocido dando vueltas por tu casa?

—Un poco sí, pero no me pareció que quisiera hacer nada malo, sólo que tenía curiosidad.

—Todavía no me has dicho cómo era el chico.

—Debía de tener unos dieciséis o diecisiete años; no sabría calcular su edad. Era fuerte y más bien alto, con el cabello corto y rubio y la piel muy blanca.

—¿Te fijaste en algo más? ¿El color de los ojos, la ropa que llevaba, algún rasgo particular?

—Tenía los ojos azul claro, llevaba unos vaqueros negros, un jersey deportivo con el dibujo de la bandera de la ciudad de Ámsterdam, y unas deportivas bastante viejas. Y sí, tenía algo especial, una cicatriz en la ceja izquierda.

—¿Hablasteis?

—Yo le pregunté quién era y qué hacía allí, en el piso de arriba. Él no hablaba holandés, era evidente, y me dijo alguna cosa en ruso que, claro, yo no entendí. Entonces, gesticulando, me hizo comprender que había venido con su padre que estaba abajo.

—Si sólo te dijo eso, ¿cómo sabes que se llamaba Pavel?

—Porque su padre lo llamó por ese nombre desde el piso de abajo, mientras hablaba con el mío.

—¿En qué idioma?

—En inglés.

—¿Y qué decían?

—No lo sé, sólo escuché algunas palabras como el nombre de Pavel.

—Dice que no viste a su padre, pero sí oíste su voz. ¿Cómo era?

—Era la de un extranjero. Hablaba muy bajo con mi padre, y le repito que no escuché qué decían, sólo le oí llamar a Pavel. Pero ¿a qué viene todo esto? ¿Qué tiene que ver con las muertes de Iliona y Cornelis? —preguntó Julius mientras se terminaba el vasito de ginebra.

Marja sólo sabía lo que le habían dicho en la llamada anónima que había recibido en la comisaría, que Iliona conocía un secreto de la vida de Adriaan Cleve, algo que tenía que ver con Pavel y que podía arruinar la vida profesional y familiar del médico. ¿Era ése el momento de desvelar aquella información a Julius? Todavía no, pero tenía que utilizarla de algún modo. Necesitaba entender qué había tras el mundo aparentemente tranquilo y feliz de los Cleve.

—¿Cómo era la relación entre tu padre e Iliona?

Julius desvió unos instantes la mirada de Marja, como si buscara a alguien en el

exterior del café. Era una maniobra defensiva para ganar tiempo, pero inútil. Julius no esperaba la pregunta y estaba calculando la respuesta.

—No entiendo qué quiere decir —dijo Julius con un tono que parecía sincero.

—Pues no es tan difícil —replicó Marja, con seguridad—. Iliona era tu amiga, de acuerdo, pero ¿hablaba con tu padre, se llevaban bien?

—Iliona le caía bien a todo el mundo.

—¿A tu padre también?

—Sí, también —reconoció Julius—. Hablaron alguna vez en casa, cuando yo llegaba tarde de trabajar e Iliona ya estaba allí, esperándome para ver alguna película o pasear un poco por el Prinsengracht.

—¿Qué te decía tu padre de Iliona?

—Que era una chica muy inteligente y decidida, y que acabaría triunfando en la vida —respondió Julius con cierta ironía.

Al oír eso, Marja volvió a pensar en la imagen de Iliona muerta en la bañera de la pensión. El doctor Cleve se había equivocado completamente respecto al futuro de Iliona. También recordó a su hermano Willem. Tenía por delante una vida llena de expectativas, como el resto de los Batelaar, y todo había desaparecido. De repente, sentada delante de aquel hombre extraño, hablando de una chica asesinada, en medio del ambiente oscuro y evocador de Hitchcock en el Vertigo, Marja sintió un pinchazo de dolor. En el exterior, la terraza permanecía vacía, y los paseantes, los ciclistas y los corredores del parque seguían menguando.

—La primera vez que hablamos por teléfono me dijiste que no sabías de quién estaba embarazada Iliona. También me dijiste que Cornelis no podía ser el padre porque era homosexual. Ahora ya sabemos, gracias a las pruebas de paternidad que hemos practicado a su cadáver, que Dortsman no dejó embarazada a Iliona. ¿Fuiste tú?

—¡Sólo éramos amigos! —protestó Julius.

—Eso no responde a mi pregunta. Eráis amigos, muy bien. ¿Os liasteis alguna vez? ¿La dejaste embarazada?

Julius estaba alterado. Mientras la conversación había girado en torno a Pavel había conseguido mantener su actitud esquiva y un poco desafiante, pero no se esperaba aquellas preguntas tan directas. Marja temía que Julius se levantara y la dejase allí, sin respuestas. Y tal y como había imaginado, después de beberse de un trago la ginebra que le quedaba en el vaso, Julius se levantó y se preparó para irse. Antes de salir del local, no obstante, miró fijamente a Marja a los ojos y se acercó un poco. Era un perro herido, estaba dolido y quería morder, pero no se atrevía. Al menos, todavía 110.

—¡Iliona no estaba embarazada de mí! —dijo Julius en voz baja.

Marja notaba que se le aceleraba el pulso y que incluso se sonrojaba. Siempre había odiado las situaciones violentas. ¿Tendrían razón los demás policías de Homicidios cuando decían que ella no servía para aquel trabajo? Tenía que seguir

pinchándolo. Después de la llamada anónima que le había revelado la existencia de Pavel había nuevos cabos sueltos. Según lo que consiguiese averiguar, tal vez podía arrojar un poco de luz a los asesinatos de Iliona Vitéz y del profesor de música.

—¿Y de tu padre? ¿Estaba embarazada de él?

Por un momento le pareció que Julius podía reaccionar de manera imprevisible, tal vez incluso agresiva. Se estaba consumiendo por dentro, la odiaba y le habría gustado hacerla desaparecer de allí y que nunca hubiese llegado a formular esa pregunta. Por fin estaba claro: Julius amaba a Iliona, aunque dijese que sólo eran amigos, e incluso era posible que hubiera llegado a tener algo más con la chica. Y Julius también sabía que entre su padre e Iliona había algo: atracción, sexo, y tal vez, incluso, un embarazo.

—No quiero decir nada más.

—¿Por qué? ¿Sientes rabia, o miedo? —preguntó Marja, dándose cuenta de que era el momento de presionar a Julius—. Sabes por qué fueron Iliona y Cornelis a la pensión Diderot, ¿verdad?

—He dicho que no quiero hablar de nada más.

—Tú no decides cuándo se acaba la conversación —replicó Marja, intentando aparentar una firmeza de la que carecía. Julius rio de forma teatral y pegó una patada a una silla. Después, sin decir nada más, salió del café. Marja lo observó mientras se alejaba a través del Vondelpark. Se sentía dolida, humillada, porque era consciente de que ni a Laagsveld, ni a Paul, ni siquiera a Klara les habría pasado aquello. Nunca les habrían dejado con la palabra en la boca. Era joven, pero lo peor era que los demás se daban cuenta de que también era tímida y de que su seguridad era completamente impostada. La inspectora de policía Marja Batelaar no era capaz de infundir suficiente respeto.

Recogió la silla y, discretamente, cogió el vasito del que había bebido Julius, lo envolvió en una servilleta de papel y se lo guardó en un bolsillo del anorak. Compararía sus huellas con las que habían encontrado en la pensión, así como con las del coche y las de la ropa de Cornelis, pero dudaba de que hubiese coincidencias. Julius se había puesto nervioso porque se había sentido atrapado por sus preguntas o angustiado por lo que implicaban sobre su padre e Iliona, y había reaccionado de forma primaria. No obstante, si había matado a Ilona y a Dortsman habría tomado precauciones, la más elemental de las cuales era no dejar huellas.

Durante un rato, Marja siguió sentada dentro del Vertigo, rodeada de imágenes de Hitchcock, bajo la discreta vigilancia del camarero, que se había dado cuenta de la discusión con Julius. En su libreta intentaba dibujar un diagrama de la situación. Al final, todo acababa convergiendo en la figura de Pavel, el misterioso chico al que Iliona había visto en el domicilio de Adriaan Cleve, y en la relación que existía entre éste y la chica. ¿El asesino de Iliona era el mismo que el de Dortsman? ¿Y qué tenían que ver Anke Verbrugge y Hendrik Lambert? ¿Por qué habían desaparecido, igual que Adriaan Cleve?

Finalmente Marja abandonó el Vertigo y pedaleó con la bicicleta un rato por el parque hasta que lo abandonó por la salida Koningslaan, en Oud Zuid. Estaba lejos del Jordaan, pero no tenía prisa y, a pesar del frío, le apetecía pedalear por aquellas calles tranquilas cercanas al Concertgebouw. Al pasar cerca, era inevitable pensar en el asesinato de Cornelis Dortsman. ¿Tan grave era lo que había descubierto Iliona de Adriaan Cleve que el profesor de clarinete había tenido que morir también?

Cuando por fin dejó atrás ese barrio y empezó a caminar por el suyo, siguiendo el curso del Lijnbaansgracht, sonó su móvil. De pie, en un lado de aquel canal pobre y triste, habló con Paul. Un informe de hacía dos días de la policía de Flevoland firmado por el agente Gendt avisaba del descubrimiento de un almacén en la isla destinado al contrabando de mercancías. Este hallazgo se debía a la denuncia de alguien que había oído disparos en la zona. Eso propició que el agente Gendt fuera a echar una ojeada con un par de coches patrulla. Al parecer, se había producido una discusión entre delincuentes que habían podido huir antes de la llegada de la policía. Los agentes habían encontrado en el interior del almacén unos contenedores con una verdadera fortuna en productos falsificados de procedencia asiática. Todo aquello no parecía tener ninguna relación con el caso Vitéz y Dortsman, por supuesto, pero Paul se había fijado en un detalle del informe que le había llamado la atención. En el almacén, en una taquilla, habían encontrado un par de cajas de munición búlgaras Alfa, el mismo tipo con el que habían matado a Dortsman. Paul dijo que aquello excedía las posibilidades de la modesta policía regional de Flevoland y que las posibles conexiones de la mercancía falsificada y la munición con el crimen organizado o la mafia del Este se seguirían desde del KLPD, la policía nacional.

Marja agradeció a Paul la nueva información. Quizá sólo era una coincidencia, pero no podía menospreciar el detalle de las balas Alfa, así como el hecho de que hubiesen encontrado en las cosas de los muertos restos de resina de un abedul que en Holanda sólo crecía en Flevoland. ¿Qué había pasado en aquella isla? Antes de cortar la comunicación, Paul sugirió que se reuniesen para cenar. El tono de Paul le gustó, era inseguro y tímido. No soportaba a los hombres demasiado decididos. Pensó en Franz, él también era así, y se sintió otra vez culpable por haberse acostado con Paul y también por no habérselo dicho a Franz. Después de dudar un poco, Marja respondió a Paul que no era buena idea.

Aquella noche cenó en De Prins, en una mesa desde la que podía contemplar el Prinsengracht. No podía evitar pensar que en el otro extremo del canal estaba la casa de los Cleve. Se quedó hasta tarde, disfrutando del anonimato en el café, ya que no iba casi nunca, a diferencia del De Tuin, donde era una habitual. Era viernes, había bastante animación gracias a la clientela y la música que ponían —Pat Metheny, Bob Dylan y The Coors— le gustaba mucho. Marja se sentía feliz porque ese fin de semana estaba libre de servicio y podía hacer lo que quisiera. Estaba cansada físicamente y también angustiada por cómo avanzaba el caso. La espiral de los hechos ya había dejado de expandirse y ahora, de repente, empezaba a entrever un

posible vínculo a partir de Adriaan Cleve y un misterioso chico extranjero llamado Pavel. Como no tenía ganas de volver a su casa, se tomó un café y una ginebra después de cenar y charló con una pareja de turistas ingleses más jóvenes que ella que se sentaron a su mesa porque el local estaba demasiado lleno. En un momento de la conversación quisieron saber en qué trabajaba, y Marja no tuvo inconveniente en decirles que era inspectora de policía. Al fin y al cabo, pensó que no volvería a verlos más. Los ingleses también le preguntaron qué era lo mejor de Ámsterdam y Marja, después de pensárselo un poco, respondió que el barrio en el que se encontraban en ese momento, el Jordaan, y un cuadro del Rijkmuseum, el *Paisaje de invierno con patinadores sobre hielo*, de Hendrick Avercamp. Los ingleses habían estado en el museo, pero no recordaban aquella pintura.

MARJA se levantó muy pronto y salió a correr. Era una mañana fría pero brillante, y se acordó de lo que Louise le había escrito un día: «El invierno también puede ser luminoso». Mientras corría por el Jordaan, para después cruzar el Lijnbaansgracht y continuar hasta Westerpark, pensó que Louise tenía razón. La angustia de la noche anterior había desaparecido, se sentía bien y, si hubiese querido, habría podido continuar corriendo hasta los límites de la ciudad, hasta los suburbios que se extendían más allá de Westerpark. Sin embargo no lo hizo, sino que volvió a su casa y después de ducharse desayunó, dio de comer a *Jeff* y preparó todo lo necesario para pasar el fin de semana en Uitdam. Se llevaría toda la información disponible del caso hasta el momento y un par de libros, *La idea de Europa*, un ensayo de George Steiner, y *Muerte en Persia*, un enigmático diario de viajes de Annemarie Schawrzenbach.

Poco antes del mediodía, Marja conducía su coche a través de Waterland y pocos minutos después estaba en el pueblecito de Uitdam. Al pasar por delante del Café Scheepskameel, Klaus la vio y salió a saludarla. Marja le prometió que pasaría a tomar café después de comer. Ya en casa, como había pensado hacer, cocinó un poco con la televisión encendida. El mundo seguía pendiente de las acciones del presidente norteamericano, Obama. A Marja le caía bien aquel hombre elegante y civilizado, aunque le parecía demasiado visionario y, quizás, un iluso. El presidente norteamericano hablaba y hablaba y, mientras tanto, los chinos iban extendiendo su influencia a través del mundo, a veces con descaradas alianzas con regímenes autoritarios y criminales. Ya nadie se acordaba del Tíbet, pensaba Marja con disgusto. Había hablado de ello con Franz en más de una ocasión. Según su amigo, el mundo era así, una lucha sin descanso por las materias primas, por el agua, el combustible, el comercio y la tierra, en definitiva por la hegemonía de unos sobre otros, una especie de juego de estrategia y dominación que se repetía desde la Antigüedad hasta hoy.

No quería pensar más en ello, era la hora de comer, así que apagó la televisión y puso música, el mismo CD de Pat Metheny que había escuchado la noche anterior en De Prins, *Sueño con México*, mientras comía una sopa y un poco de carne guisada. Después, mientras tomaba el café, se tumbó un rato en el sofá para leer los primeros capítulos del libro de Steiner.

Cuando por la tarde fue al Scheepskameel había pocos clientes, y Klaus la atendió enseguida. Un café y pastel de manzana con nata. Después de hablar un poco sobre algunas cosas de Uitdam, Marja se sentó junto a una ventana, como le gustaba hacer siempre. Contempló durante un rato las casas de colores, el ir y venir de algún vecino y los todavía más escasos automóviles que pasaban por la calle principal que cruzaba el pueblo para continuar como carretera hacia Marken. Cuando se cansó de mirar,

sacó del bolsillo del anorak el cuaderno de notas sobre el caso de Iliona y Cornelis y también el libro de Steiner. Tenía que decidirse y lo hizo. Entre el doble crimen y sus enigmas y el pequeño libro que hablaba de los cafés, de los paseos y de los jardines que configuraban la idea de Europa, eligió esto último. Necesitaba relajarse un poco, evadirse, y así lo hizo durante casi una hora, hasta que su móvil sonó. Por un momento temió que fuese una llamada de la comisaría, pero era Louise. Llevaba semanas sin escuchar su voz, y volverla a oír de repente en Uitdam le extrañó. No parecía ella. Hablaba poco a poco, como si le costara. Marja supo enseguida por qué.

—Enterramos a mi madre hace dos días.

—Lo siento —dijo Marja, dándose cuenta de lo tópicos que eran sus palabras, pero al fin y al cabo, decía la verdad—. ¿Estás bien?

—No, pero ya me recuperaré.

—¿Cuándo vuelves?

—Todavía tardaré unos días, tal vez una semana o un poco más. Quiero hacer un poco de compañía a mi padre, hasta que vea que sale adelante.

—Lo entiendo. No te preocupes ni por el barco ni por *Jeff*, voy por allí todos los días.

—Y tú, ¿cómo estás? ¿Qué tal va el caso de la chica de la pensión Diderot?

Marja se acordó de que había hablado con Louise un poco del caso, pero sin entrar en detalles.

—Yo también estoy mal —confesó Marja—. Haga lo que haga, no me puedo quitar de la cabeza la imagen de esa chica, embarazada de vete tú a saber quién, lejos de su país, muerta como un perro en aquella horrible pensión de Sint Antoniesbreestraat. He llegado a soñar con Iliona. En el sueño yo era ella, estaba en la bañera, y alguien a quien no veía me hundía en el agua hasta ahogarme.

Durante unos instantes, ni ella ni Louise dijeron nada. Después, Louise volvió a hablar.

—¿Y cómo estás con Franz? ¿Ha vuelto de Pomerania Oriental?

—Ha vuelto, pero creo que algo se ha estropeado.

—¿Estropeado?

—Ya hablaremos cuando vuelvas —la cortó Marja, incapaz de explicarle ahora a su amiga la distancia que de repente se había establecido entre ella y Franz. ¿Debería contarle lo que había pasado con Paul?

Louise tardó de nuevo en hablar.

—¿Te acuerdas de que habíamos quedado en ir unos días a Oporto este verano?

—Sí, es una buena idea. Lo haremos.

—Muy bien, nos vemos pronto.

—Sí, vuelve pronto, Louise.

El domingo Marja se levantó tarde y fue a pasar el día a Marken, llevándose los libros

de Steiner y de Schawrzenbach. Comió en un restaurante de su embarcadero y estuvo bastante rato leyendo, hasta que vio que era la única persona que quedaba en el comedor. Paseó todavía un poco por el pueblo y a media tarde cogió el coche para volver a Uitdam. Condujo lentamente, disfrutando del paisaje sereno de los campos de Waterland. Al llegar a Uitdam, encendió la chimenea y retomó la lectura. Un rato más tarde, salió a dar un paseo por las afueras del pueblo y después se pasó por el Café Scheepskameel y charló un rato con la mujer de Klaus.

De nuevo en su casa, se dio cuenta de que se había dejado el móvil durante todo el día sobre el mármol de la cocina. Revisó las llamadas y vio que tenía cuatro, tres de la mañana y una al mediodía, todas hechas desde el mismo número y sin dejarle ningún mensaje. De repente, Marja se sintió inquieta. Conocía aquel número, era el de Sieraal, y si la había llamado en domingo era porque tenía que haber ocurrido algo muy grave.

—¿Dónde demonios estabas? No contestas las llamadas —se quejó el comisario cuando Marja lo llamó.

—Es domingo —se excusó Marja.

—¿Domingo? Para un policía nunca es domingo. Esta mañana han encontrado en una casa flotante de Prinsengracht el cadáver de Hendrik Lambert. Lo han asesinado.

—¿Asesinado?

—Cuando veas las fotografías del cadáver no tendrás ninguna duda.

Marja sintió de repente un escalofrío. Había hecho una pregunta estúpida y se merecía la respuesta del Viejo.

—Esta mañana —continuó diciendo Sieraal en un tono seco, evidenciando que estaba enfadado con la evolución del caso— he ido yo para hacer el levantamiento del cadáver, junto con el fiscal Muslich, por delegación de Van Leyden, los técnicos de policía científica, el equipo forense y Hovestadt, al que he hecho personarse ya que no te encontraba a ti. Éste aún está allí, en Prinsengracht 172, pero el cadáver ya se lo han llevado al depósito forense.

—¿Paul aún está allí? —preguntó Marja, extrañada, y al oír la confirmación del comisario añadió—: Me voy para allá ahora. Y Anke Verbrugge, ¿hay algún rastro de ella en la casa flotante?

—Los agentes de la científica han encontrado cabellos que podrían ser de mujer y bastante sangre que analizarán hoy en los laboratorios para saber si toda es de Hendrik Lambert. De momento no podemos saber si Anke Verbrugge ha estado o no en la casa flotante.

—¿Quién ha descubierto el cadáver?

—Unos operarios de la compañía eléctrica que trabajaban en la instalación de la calle han tenido que subir a la casa flotante y uno de ellos ha mirado por la ventana. Las cortinas estaban corridas, pero no lo suficiente.

Después de hablar con el comisario, Marja llamó a Paul para que la esperara, cerró rápidamente su casa y salió enseguida con el coche. Una vez hubo dejado atrás

Uitdam, puso la sirena encendida en el techo del vehículo y condujo a toda velocidad por las carreteras solitarias de Waterland hasta que vio las aguas de la bahía con sus barcazas amarradas a las afueras de Ámsterdam. Minutos después cruzaba las calles de la ciudad hasta llegar a Prinsengracht 172.

Paul la estaba esperando de pie, en el exterior de su coche. Llevaba una linterna en la mano y Marja entendió que en la casa flotante no había luz. Antes de entrar en la casa, Paul le informó de que ya había hecho indagaciones a través del registro de viviendas fluviales. La casa flotante, una estructura alargada y rectangular de color oscuro con ventanas laterales y un pequeño espacio a popa con una mesita y dos sillas de plástico para tomar el fresco, llevaba tiempo desocupada. Los últimos propietarios habían sido un matrimonio que se había ido del país hacía años, y después de ellos había permanecido cerrada, a excepción de algún período en que se había metido algún okupa y también algún inmigrante ilegal. Últimamente no se había registrado ningún movimiento y, según los vecinos, ya hacía al menos seis meses que no había nadie allí; naturalmente no habían visto entrar a Hendrik Lambert ni habían oído nada.

Marja escuchó las explicaciones de Paul e intentó ocultar su doble nerviosismo. Por un lado no podía quitarse de la cabeza lo que había pasado entre ellos dos, y por otro, le inquietaba que el escenario del crimen estuviese a cinco minutos escasos de su casa.

Antes de entrar en la sala de la casa flotante, aún en el exterior, Paul le enseñó las fotografías del cadáver tomadas por los agentes de la policía científica. Marja tuvo que esforzarse por dominar su horror ante el macabro espectáculo. El cuerpo de Hendrik Lambert, desnudo de cintura para arriba, estaba sentado en una silla y atado con cinta adhesiva. En los brazos y el torso tenía bastantes cortes y la carne presentaba un color oscuro, lleno de ampollas o con la piel levantada. Un trozo de cinta de embalar le cubría la boca, con toda seguridad para impedir que gritara, y tenía una bolsa de plástico transparente en la cabeza, atada a la altura del cuello. Marja pensó que era una tortura horrorosa, y se imaginó el sufrimiento de aquel hombre mientras se asfixiaba.

—Lo han torturado —explicó Paul—. El cuerpo estaba lleno de cortes y quemaduras. Los de la científica creen que las han hecho con un soplete.

Ya dentro de la sala, un espacio oscuro, a duras penas iluminado por la última luz del día que entraba a través de las ventanas laterales, Paul enfocó con la linterna la silla donde habían torturado a la víctima. Marja se imaginó su indefensión, su pánico y dolor.

—Hay un olor extraño —advirtió Marja.

—El hedor a carne quemada quizá ya se ha desvanecido, pero quedan los excrementos y los vómitos —explicó Paul, enfocando con la linterna el suelo—. Hendrik Lambert se hizo sus necesidades encima y también vomitó. Los de la científica han recogido muestras para analizarlas.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerto?

—El médico ha dicho que unas veinticuatro horas, tal vez un poco más.

—¿Ha muerto por las heridas?

—Hay bastante sangre, pero las heridas parecen superficiales, sólo han querido hacerle daño pero sin tocarle ninguna arteria u órgano vital. El médico cree que ha muerto por un ataque al corazón, víctima del pánico. Para saberlo tendremos que esperar a la autopsia.

—¿Quién se encargará?

—Muysart.

—¿Y el soplete? ¿Dónde está?

—No lo hemos encontrado y nos hubiese ido muy bien para las huellas.

—Quien lo haya hecho se habrá puesto guantes —advirtió Marja.

—Si es obra de un sádico quizá no haya tomado tantas precauciones.

—La violencia va en aumento. Primero Iliona murió ahogada, después a Dortsman lo asesinaron de dos tiros por la espalda, y ahora a Lambert lo torturan hasta morir de esta forma horrorosa. No pienso que necesariamente esto tenga que ser obra de un sádico, quizá sólo esté furioso porque no consíguelo que busca. Se siente frustrado y por eso su violencia es cada vez mayor, quizá también tiene miedo. Sabe que estamos más cerca de él de lo que pensamos.

—¿Y qué busca el asesino?

—Algo que vincula a Adriaan Cleve con un chiquillo llamado Pavel. Ésa es la causa de esta carnicería.

—¿Sexo?

—Tal vez en parte, pero creo que tiene que haber algún otro motivo. Todo este horror no se explica sólo por una historia sexual, por muy turbia que pueda ser. Tal vez cuando sólo había muerto Iliona Vitéz podíamos pensarlo, pero después del asesinato de Dortsman y sobre todo de Lambert, el móvil únicamente sexual no se sostiene.

—Pues no sé si el comisario pensará lo mismo. Ahora ya tenemos a dos homosexuales muertos con violencia y tanto el Ayuntamiento como el *lobby* gay se estarán subiendo por las paredes.

Marja se encogió de hombros. Intentaba aparentar serenidad y una cierta distancia con las consecuencias, pero ella era consciente de cómo se estaba torciendo el caso. El comisario le había querido dar una oportunidad con aquella investigación, pero quizá se había equivocado y, tal y como creía el fiscal Van Leyden y también algunos compañeros de la comisaría, el caso le iba grande.

—¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien? —preguntó Paul al darse cuenta de que Marja se había puesto pálida.

—Nada, no te preocupes, es este maldito olor, es asqueroso —aseguró Marja—. ¿Han encontrado algo los de la científica?

—Un montón de colillas, latas de cerveza vacías y algunos trapos sucios. Los de

la científica lo han recogido todo para ver si pueden conseguir algo de las huellas, pero no han encontrado ni el soplete ni ningún cuchillo. Sí han conseguido aislar algunas pisadas, gracias al polvo del suelo. Corresponden a un cuarenta y cinco.

—¿Estás seguro?

—Eso dicen los de la científica.

—También eran del cuarenta y cinco las pisadas que encontraron cerca del cadáver de Dortsman. ¿Dónde están las de aquí?

Paul le enseñó el sitio, al lado de un montón de porquería, en una esquina de la habitación y lejos de donde habían encontrado el cuerpo de Hendrik Lambert. Marja fue hasta allí e intentó imaginarse la situación. El asesino de pie a cierta distancia de la víctima, contemplando su sufrimiento y quizás experimentando placer. Era una imagen muy cruel. Marja podía imaginarse el terror y la desesperación de Lambert. El hombre comprendía que moriría, que su torturador, una vez hubiese obtenido lo que quería, no podía dejarlo con vida. ¿Cómo se había dejado arrastrar hasta aquella situación? ¿Quería ayudar a Anke Verbrugge? Marja se dijo que sólo lo sabría cuando encontrase a la chica.

—Si no hay ni cuchillo, ni soplete, probablemente quiere decir que torturar a Lambert dejó de tener sentido. ¿Por qué? ¿Consiguió el asesino la información que quería o la víctima murió antes de decírselo? —preguntó Marja.

—Sea cual sea la respuesta, el asesino ya no volverá aquí.

Marja estaba de acuerdo. Mientras examinaba el lavabo, la cocina y el dormitorio, Marja pensó que el asesino había abandonado la escena del crimen. Había mucha porquería por todas partes, pero nada reciente. Quien hubiera torturado a Hendrik Lambert no había vivido en la casa flotante, sólo había bebido cervezas y había fumado.

Una hora después de llegar, Marja le dijo a Paul que ya tenía suficiente. Después de salir de la casa flotante, Paul precintó la puerta. Durante un rato, ambos permanecieron por los alrededores. La vida continuaba en el Prinsengracht, los ciclistas y los peatones iban de un lado a otro, alguna embarcación navegaba por las aguas oscuras del canal y en los interiores de las casas la gente se preparaba para cenar. No muy lejos de allí, Marja tenía su casa, y en el otro extremo estaba el domicilio de los Gleve.

—De una cosa podemos estar seguros —dijo Marja—: este horror no es obra de Adriaan Cleve, al menos materialmente no lo ha hecho él. Es un hombre demasiado refinado, demasiado civilizado para esa carnicería. Esto es obra de otra persona.

—Otra persona, ¿quién?

—Alguien a quien le preocupa lo mismo o más que se descubra lo que esconde Adriaan Cleve, un asunto oscuro, un negocio criminal, una historia que todavía no conocemos y que nos conduce hacia ese chico, Pavel.

—Esto no tiene sentido —objetó Paul.

—Sí que lo tiene —le corrigió Marja—. Sea lo que sea, Adriaan Cleve está

metido en la historia de Pavel, aunque todavía no sabemos de qué se trata. Pero hay alguien más y quizá tenga más que perder. Alguien va por delante de nosotros, porque ha avisado a Adriaan Cleve de que desaparezca en Londres, pero sabe que debemos de estar acercándonos.

—¿Y crees que la mujer y el hijo de Adriaan Cleve saben algo?

—Nos esconden algo, pero ninguno de los dos ha disparado por la espalda a Dortsman ni ha torturado a Lambert hasta matarlo.

—¿Y ahogado a Iliona?

Marja no respondió, pero llevaba días pensando en esa posibilidad. No tenían ninguna prueba, por supuesto, ni móvil. Ilse Hagen parecía una persona entera y tranquila, que había sabido separarse a tiempo de su marido. ¿Le habría sido éste infiel con Iliona? Quizá sí, pero ése no era motivo para asesinar, al menos en el mundo culto y elegante de la señora Hagen. ¿Podía decirse lo mismo de Julius? Pertenece al mismo universo de refinamiento, pero tenía un punto de excentricidad y de ansiedad que lo hacía mucho más imprevisible. ¿Por qué se había transformado el sentimiento de amistad de Julius hacia Iliona en odio? ¿Por una traición, un menosprecio, alguna mentira muy grave? Era una hipótesis que no podía rechazar, pero Julius tenía una coartada para la noche de la muerte de la chica, pues decía que había estado con su padre. ¿Sería verdad? Si querían preguntárselo a Adriaan Cleve, primero tendrían que encontrarlo.

—Tres muertos y no sabemos por qué. Sólo tenemos un nombre eslavo, Pavel — se lamentó Marja en voz baja.

—O cuatro —la corrigió—. Todavía no sabemos qué ha pasado con Anke Verbrugge.

Marja se estremeció al imaginarse lo peor. ¿Dónde estaba Anke Verbrugge? No había aparecido por su domicilio y su padre tampoco sabía nada. Las últimas personas que la habían visto eran el matrimonio Smeijer, en la librería La Sirena Negra, y había ido acompañada de un hombre cuya descripción coincidía con la de Hendrik Lambert, que ahora estaba muerto. ¿Habría revelado bajo el tormento de la tortura el escondite de Anke Verbrugge? Si era así, quizá ya fuera tarde para ayudar a la chica.

Se separaron con ese pensamiento y quedaron en que al día siguiente se verían en la comisaría. Marja decidió que el coche estaba bien donde lo había dejado y recorrió el camino de vuelta a pie. Nada más entrar en casa comprobó que tenía un mensaje de Franz para proponerle que se vieran ese fin de semana. Decía que tenían que hablar. Ella estaba de acuerdo, pero todavía no quería verlo, no podía. Cada vez que pensaba en Franz también lo hacía en Paul. No quería aceptarlo, pero tenía ganas de volver a estar con Paul y temía que si lo hacía las cosas con Franz se estropearan para siempre. Después de algunas dudas, respondió al correo de Franz diciéndole que era mejor que esperasen un poco para verse, que ella iría a verlo a Berlín, dentro de unas semanas, pero que ahora no podía moverse de Ámsterdam por culpa del caso en el

que trabajaba. Después de apagar el ordenador, se duchó para quitarse el olor a suciedad que había en la casa flotante donde habían encontrado el cadáver de Lambert. Necesitaba sentirse limpia, relajarse y olvidarse de las imágenes del cuerpo torturado del conservador de museos. Aquella noche, más que cualquier otra, hubiese agradecido la compañía de Louise o la de Carol y Lionel. No obstante, se tuvo que conformar con llamar a Carol al móvil, y durante un rato estuvieron hablando sobre todo de cómo era su nueva vida en el norte del país. Carol decía que la isla de Schiermonnikoog era un sitio idílico. Estaba muy contenta con su trabajo en una escuela de preescolar, igual que Lionel, que había conseguido empleo en una academia de música de Groningen y que, además, ya había hecho amigos músicos en aquella ciudad, con los que, incluso, pensaba hacer alguna actuación más adelante.

Después de hablar con su amiga, Marja llamó a su tío Pieter. Hacía tiempo que no hablaban y por eso el hombre se sorprendió un poco con la llamada. Él tampoco sabía nada de Ester, la madre de Marja, pero suponía que estaba bien. Le dijo que su hermana era una mujer fuerte, que siempre había sabido defenderse y seguir adelante. Estaba seguro de que cualquier día llamaría o escribiría desde aquella isla atlántica a la que había ido a parar, o quizás incluso volvería a Holanda. «No se puede estar siempre viajando», sentenció el hombre, y Marja pensó que quizá no se había atrevido a decir que lo que no se podía hacer siempre era huir. ¿No era eso, después de todo, lo que hacía su familia? Cuando acabaron la conversación, después de prometer al tío Pieter que iría a visitarlo pronto, Marja se vistió con una falda y un jersey oscuro, se puso un abrigo encima y una gorra y salió a la calle. No quería quedarse en el Jordaan y cruzó deprisa el Prinsengracht. Aquella noche sólo podía asociar el canal con Hendrik Lambert y la nube que envolvía a los Cleve, lo que no tenía nada que ver con los días felices en los que paseaba por allí con su madre y sus hermanos. Caminó hacia el centro de la ciudad sintiendo una enorme presión en el estómago. Continuamente volvía a su cabeza la imagen del cadáver de Hendrik Lambert en las fotografías que le había enseñado Paul. Sentía una mezcla de asco y miedo, un vértigo que la dominaba. ¿Habría sentido lo mismo Iliona cuando se escondía en la pensión? Después de pasar por la fea zona de Damrak y de la Estación Central, Marja se aproximó hasta las aguas del Amstel, a la altura del Magere Brug. Encontró un café tranquilo en la margen izquierda del río, donde se tomó un bocadillo y un té mientras contemplaba el puente iluminado. Pensó que no estaba muy lejos de Entrepotdok, y dudó sobre si llamar o no a Paul. Por fin, lo hizo, pero Paul no cogió el móvil y saltó el contestador automático. Marja no le dejó ningún mensaje.

LA autopsia de Hendrik Lambert confirmó que su muerte se había producido por un paro cardíaco, tal y como sospechaba Marja. Por tanto, era probable que no hubiese llegado a decir lo que su torturador quería. Marja le dijo a Paul que, con un poco de suerte, tal vez Anke Verbrugge seguiría viva. Mantuvieron la vigilancia en su domicilio y llamaron a su padre para informarle de que su hija podía estar metida en problemas y que tenían que localizarla pronto. El hombre les aseguró que si Anke se dejaba ver por Urk se pondría enseguida en contacto con ellos. A pesar de que seguía pareciéndole una persona arisca y desconfiada, Marja percibió un nuevo matiz en aquel hombre. Estaba nervioso por lo que le habría podido ocurrir a su hija.

Durante dos días, Paul y Marja, con la ayuda de un equipo de tres sargentos y una docena de agentes, buscaron por toda la ciudad intentando localizar a Anke. Mientras tanto, tal y como se temía Marja, Jurgen Sieraal no dejó de recibir llamadas sobre el asunto. Había demasiada gente exigiendo resultados, la oficina del alcalde, la Fiscalía, el jefe de la Policía Regional de Ámsterdam-Amstelland, la Asociación de Homosexuales de Ámsterdam e incluso algunos periodistas que trabajaban en aquella historia, que resultaba demasiado golosa como para no aprovecharla. La muerte de Iliona había pasado a un discreto segundo término, de hecho Marja estaba segura de que siempre lo había estado, mientras que los asesinatos de Dortsman y de Lambert preocupaban a las autoridades y al influyente colectivo gay.

Finalmente, a través de los informes de los hospitales que llegaban a la comisaría, Marja descubrió que habían ingresado hacía dos días a una joven en el hospital Boerhaaven, una pequeña clínica situada en Vermeerstraat, el barrio de los Museos. En el momento del ingreso no habían podido saber su identidad porque se encontraba en estado de *shock* y la chica no recordaba su nombre y tampoco llevaba ninguna documentación encima, pero por la descripción de la ficha que había llegado a comisaría, Marja intuyó que podía tratarse de Anke Verbrugge. Sin perder ni un minuto, Marja y Paul salieron hacia el hospital. Una vez allí, comprobaron que efectivamente era ella, aunque no pudieron hablar con ella porque estaba muy sedada. El médico que los atendió les contó que habían encontrado a la chica semiinconsciente en una calle adyacente a la avenida Nassaukade, a poca distancia del hospital y también muy cerca de la comisaría y del Jordaan. Primero fue el descubrimiento del cadáver de Hendrik Lambert en la casa flotante del Prinsengracht, y ahora aparecía Anke Verbrugge en Nassaukade; todo ocurría a escasos minutos de la casa de Marja. Al pensar en ello, una sensación desagradable la asaltó. El crimen, la oscuridad estaban cada vez más cerca, y eso la inquietaba. La escena del crimen no era ni Sint Antoniesbreestraat, en el otro extremo de la ciudad, ni la aldea de Urk, todavía más lejos, sino que las víctimas —muertas o no, como Anke— aparecían casi

en la puerta de su casa. Pero no era sólo la proximidad física lo que la ponía nerviosa, sino la sensación de que se estaba aproximando a la identidad del autor de los crímenes, en el caso de que se tratara de un solo sujeto. Sentía que el momento de la verdad se acercaba.

Según el doctor, al contrario de lo que se habían imaginado en un principio, Anke Verbrugge no era una drogadicta, no presentaba ninguna herida o agresión, todos los indicadores de salud de la chica eran buenos y, por tanto, había que buscar la causa de su estado en alguna alteración o impacto de tipo nervioso o emocional que hubiera vivido. Marja informó por teléfono de la nueva situación al comisario, quien le dijo que enviaría a un par de agentes para vigilar a la chica pero que, mientras tanto, ella y Paul no la dejaran sola. Después de aquella llamada, Marja hizo otra, esta vez al padre de Anke, pero el hombre no cogió el teléfono. Marja repitió la llamada dos veces más hasta que a la tercera el señor Verbrugge descolgó el aparato al otro lado de la línea. Durante la conversación, le pareció notar otro cambio en la actitud del hombre. Decía que estaba muy contento de que hubieran encontrado a su hija, pues llevaba mucho tiempo sin saber nada de ella. Se interesó por su estado de salud y preguntó si sabían qué le había sucedido y dónde se encontraba en ese momento. Antes de despedirse, afirmó que aquella misma tarde cogería el coche e iría a verla. Cuando colgó, Marja seguía pensando que la voz del hombre era inexpresiva y demasiado apagada dadas las circunstancias. Su hija llevaba semanas desaparecida y ahora estaba hospitalizada y todavía no sabían qué le había pasado. ¿No había motivos suficientes para que el hombre se mostrara más nervioso y aliviado, a la vez, ahora que había aparecido y se encontraba vigilada por la policía y atendida por los médicos del hospital Hoerhaaven? Aquel hombre la desconcertaba, se comportaba de una forma imprevisible. Marja pensó que, cuando llegara al hospital, debía hacerle algunas preguntas. Le parecía sospechoso que un hombre de convicciones sólidas — que era como había catalogado al señor Verbrugge la primera vez que lo había visto — tuviera aquellos cambios bruscos de carácter.

Los agentes de uniforme enviados por el comisario llegaron pronto, pero Marja y Paul decidieron que ellos también se quedarían en el hospital y esperarían a que Anke despertara para poder interrogarla. Marja situó a uno de los agentes ante la puerta de la habitación de Anke y al otro en el vestíbulo del centro médico. Después, durante un par de horas, Paul y Marja estuvieron en la cafetería del hospital. Al principio sólo hablaron de trabajo, de dónde podría estar Adriaan Cleve y sobre el grado de implicación que podía tener en las tres muertes que se habían producido. Marja seguía pensando que había una línea clara que iba de Iliona hasta Cornelis y Hendrik Lambert y que tal vez continuara hasta Anke. Pero ¿dónde terminaba? Poco a poco, la conversación entre Paul y Marja fue cambiando y dejaron el caso de lado. Paul le contó que a veces pensaba en dejar la policía y dedicarse a otra cosa. No tenía intención de terminar sus estudios de oceanografía y, aunque le encantaba trabajar con los chicos que entrenaba a fútbol, no quería profesionalizarse porque odiaba la

competitividad. En cambio, había pensado en mudarse dentro de unos años a Hoorn, o aún más al norte, a alguna aldea costera de Frisia, comprarse un barco y dedicarse a organizar excursiones para los turistas entre las islas de aquella región. Marja le contó que dos buenos amigos suyos, Carol y Lionel, ahora residían allí, y también que su abuelo paterno todavía vivía en la isla de Ameland.

Fue un diálogo forzadamente distendido, salpicado de pequeños silencios, entre dos personas que se habían acostado juntas y que eran incapaces de hablar de ello. Después de lo que había ocurrido entre ellos, Paul la ponía nerviosa: en parte la confundía, y le atraía y le daba miedo a la vez. ¿A qué se debía aquella mezcla de sentimientos? ¿Acaso sabía que su relación con Franz ya no sería nunca la misma? Finalmente, cuando el ambiente se volvió demasiado extraño, Marja decidió que ya era hora de volver junto a Anke.

A media tarde, Anke Verbrugge se despertó, extrañada de encontrarse allí, en una habitación de hospital y en compañía de dos desconocidos. Marja y Paul se presentaron como policías, explicándole que en el momento del ingreso no recordaba ni su nombre ni lo que le había sucedido. ¿Quién era y qué le había ocurrido?, preguntó Marja, temiendo que la respuesta de Anke fuese la misma que había dado al personal del hospital Boerhaaven. Sin embargo, no fue así: la chica masculló su nombre con voz pastosa y esquivando las miradas de los policías, aunque confesó que no sabía muy bien qué le había pasado. Sólo recordaba que se había encontrado mal y que luego se había caído al suelo, o eso le parecía. Al escucharla, Marja intuyó que no decía toda la verdad, que tenía miedo de algo o de alguien, y que estaba tratando de ganar tiempo mientras decidía qué podía contarles y qué no. Marja comprendió que tendría que empezar por el principio. A diferencia de otras ocasiones, no sacó su libreta para apuntar las respuestas de Anke Verbrugge.

—¿Eres amiga de Iliona Vitéz?

La cara de la chica se tensó.

—Sí.

—¿Y sabes que está muerta?

—Lo leí en la prensa.

—¿Y conoces también a Cornelis Dortsman?

—Sí.

—¿Sabes que lo han asesinado?

—Sí, me lo dijo mi padre y también lo leí en los periódicos.

Marja trató de no mostrar ninguna reacción, pero lo que acababa de decir Anke revelaba que el señor Verbrugge y su hija habían hablado después de la visita que Marja y Paul habían hecho a Urk.

—¿Tienes idea de por qué han muerto?

—No.

Marja se dio cuenta de que se había precipitado; era demasiado pronto para aquella pregunta, porque Anke todavía estaría situándose, intentando averiguar si podía o no confiar en ellos y qué podía revelarles.

—Cuéntame cosas de Iliona.

—¿Qué cosas?

—¿De quién estaba embarazada?

—No sabía que estuviera embarazada.

Marja pensó que Anke había respondido con sinceridad o que, si no, era muy buena actriz.

—¿Pero sabes si tenía relaciones con alguien? Erais amigas, seguro que te

contaba sus historias, ¿no?

—Estuvo con un chico hacía tiempo, pero ahora no salía con nadie.

—¿Conoces a la familia Cleve?

—Iliona me había hablado de ellos alguna vez.

—¿Y qué te decía?

—Que eran una familia rica de Prinsengracht.

—Eso ya lo sabemos —intervino Paul.

Marja miró con reprobación a su compañero. Anke estaba muy sola, perdida y necesitaba abrirse a alguien, pero había que tratarla con mano izquierda, no con dureza. Paul se calló y dejó que Marja continuara con sus preguntas.

—¿Puede ser que Adriaan hubiera dejado embarazada a Iliona?

—Podría ser, a Iliona le gustaban los hombres mayores.

Marja se dio cuenta de que Anke empezaba a confiar en ella. Sólo había empezado a abrirse, pero eso le indicaba que iba por el buen camino.

—Iliona tenía o tiene un hermano en Holanda llamado József. ¿Te habló alguna vez de él?

—Sí, lo quería mucho. Estuvo buscándolo durante mucho tiempo, hasta que lo encontró.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—Dinos la verdad, ¿dónde?

—No lo sé.

—¿Qué hace en Holanda este József?

—Es un inmigrante ilegal. Es un desertor del ejército serbio y en su país lo buscan.

—En Holanda somos muy comprensivos con los desertores de la guerra de los Balcanes —prosiguió Marja—. ¿Por qué no ha pedido asilo político?

—Iliona me contó que no puede. Por eso vive aquí como un clandestino.

—No lo entiendo. ¿Por qué no puede?

Anke Verbrugge se tomó su tiempo antes de responder.

—Al parecer, en Serbia lo acusan de un crimen que no ha cometido, según me explicó Iliona.

Marja estaba a punto de hacer la siguiente pregunta cuando su móvil sonó. Al otro lado del teléfono, Sieraal le contó que las huellas digitales del vaso del que había bebido Julius Cleve en el Vertigo coincidían con unas huellas encontradas en la habitación de la pensión Diderot. Al oír eso, Marja comprendió que Julius Cleve le había mentado, recordando perfectamente sus declaraciones sin necesidad de consultar su libreta de notas. Julius afirmaba no haber estado nunca en la pensión Diderot. ¿Qué hacían, entonces, sus huellas en el mismo lugar donde habían encontrado el cadáver de su amiga Iliona?

Hablando aún por teléfono con el comisario, Marja hizo una señal a Paul para que

la acompañara al pasillo, donde Anke no pudiera oír nada. Una vez allí, Marja escuchó cómo Jurgen le explicaba que ya había enviado una patrulla a la casa de los Cleve para recoger a Julius y trasladarlo a comisaría para someterlo a un interrogatorio que conduciría ella. Dependiendo del resultado, decidirían si lo detenían o no. Jurgen también le dijo que todavía no habían conseguido la orden para registrar el domicilio de los Cleve, pero que cuando comunicaran al Ministerio Fiscal el descubrimiento de la coincidencia de las huellas y el hecho de que Julius les había mentado, seguro que podrían entrar en su domicilio. El comisario le contó también que en el laboratorio de la policía no habían encontrado huellas en las latas de cerveza, ni en las colillas de cigarrillo, ni en los trapos sucios que había en la casa flotante donde habían descubierto el cadáver del conservador de museos, ni tampoco en la cinta con la que lo habían atado ni en la bolsa de plástico que le cubría la cabeza. Eso indicaba que se encontraban ante un profesional, alguien que había utilizado guantes para torturar a Hendrik Lambert. Marja estaba de acuerdo. Aquella era una precaución que Julius, o quien fuera que había matado a Iliona en la pensión Diderot, no había tomado. Marja puso al corriente al comisario de lo que habían hablado con Anke Verbrugge y reconoció que todavía no les había revelado nada que los pudiera ayudar, pero que ahora sabían que la chica y su padre habían hablado, al menos una vez, desde que ella y Paul habían ido a Urk. Otra mentira, pues. Aquel caso estaba lleno de gente que mentía, pero ¿por qué?

Después de hablar por teléfono con el comisario, Marja le explicó la conversación a Paul y los dos volvieron a la habitación de Anke, que se había tumbado de lado, mirando a la ventana y de espaldas a la puerta. Paul se quedó en una esquina de la habitación, mientras Marja se interponía entre la ventana y Anke. Por la expresión de la chica, era evidente que estaba cansada.

—¿Qué nos puedes decir de Julius Cleve?

—A Iliona le parecía un poco raro y tímido —respondió Anke, hablando despacio, con un hilo de voz—. Pero le gustaba, paseaban juntos, veían películas y charlaban.

—¿Raro? ¿A qué te refieres?

—Por lo que me contó Iliona, Julius es una persona difícil, tiene complejos, y a menudo se imagina cosas, como que le tienen manía o que se ríen de él.

—¿Y no es verdad?

—Quizá. No lo conozco mucho.

—Os encontrasteis en la cafetería del Metz&Co y discutisteis. ¿Por qué?

Anke tardó en responder.

—No discutimos.

—No confías en nosotros, ¿verdad? —lamentó Marja—. ¿No te das cuenta de que estás en peligro y de que queremos ayudarte? Os vieron discutir, y Julius también lo ha reconocido, e incluso nos dijo la razón, la suya, claro. Ahora me gustaría oír tu versión.

—¿Por qué tendría que confiar en vosotros?

—Porque somos policías.

—Ésa no es razón suficiente.

—¿Dónde has estado estos últimos días? ¿De quién te escondes?

Anke Verbrugge se calló, estaba muy seria y un leve temblor en el labio inferior avisaba de que estaba a punto de desmoronarse. Era una chica asustada, perdida, y Marja comprendía que si la presionaba un poco más conseguiría que terminara cediendo.

—A Cornelis Dortsman lo asesinaron en las afueras de Urk, no muy lejos de la granja de tu padre. ¿Iba a verte a ti?

Tímidamente, con un gesto cansado y casi imperceptible, Anke asintió con la cabeza. «Ya está». Marja trató de contener su satisfacción a la vez que miraba discretamente a Paul. Había conseguido vencer la resistencia de la chica.

—Tengo miedo.

—Lo sé, todos lo tenemos alguna vez.

—No sé por dónde empezar.

—¿Qué cosa tan grave descubrió Iliona de Adriaan Cleve como para tener que esconderse en la pensión Diderot en compañía de Cornelis Dortsman? Porque era eso lo que hacían allí, huir del doctor Cleve, ¿verdad?

Anke se incorporó un poco en la cama.

—Hace frío aquí —se quejó.

En la habitación hacía bastante calor, pero Marja no dijo nada. Se limitó a darle una bata para que se abrigara. Luego le tocó una mano y comprobó que estaba helada. Tendrían que hablar con el médico, pero aún no, ahora no podía permitir que interrumpieran lo que estaba a punto de suceder. Anke Verbrugge iba a darle su versión de los hechos.

—Iliona estaría viva si no hubiera conocido a los Cleve, pero no huía de Adriaan Cleve.

—¿De quién, pues? ¿De su hijo?

—Tampoco —afirmó Anke, tumbándose de nuevo en la cama—. Iliona conoció en la casa de los Cleve a Nicolaas Kleen, un socio del doctor. Un hombre enigmático con una gran personalidad.

Anke calló. Parecía calcular el efecto de sus palabras sobre los policías. Marja y Paul se miraron sin decir nada. Luego, Marja concentró su mirada en la chica.

—¿Sabes dónde podemos localizar a este hombre?

—No lo sé. Una vez Iliona me dijo que era de Eindhoven, pero no tengo ni idea de cómo encontrarle.

Marja notó que se le hacía un nudo en el estómago al oír el nombre de aquella ciudad. Estaba en Brabante, y recordó que la camarera del Metz&Co le había dicho que una vez Iliona se había encontrado en la cafetería con un hombre que tenía acento de aquella región.

—¿Puedes describirme a ese hombre?

—Sólo lo he visto una vez. Es rubio, fuerte y no muy alto.

—¿Te fijaste si llevaba anillos en una mano?

—¿Anillos? —repitió Anke, dudando—. Sí, dos en un mismo dedo, en el anular de la mano derecha.

—Dices que has visto a ese hombre sólo una vez. ¿Cuándo? ¿Dónde? —preguntó Paul.

—Place unos días, tres o cuatro, no lo recuerdo muy bien.

—¿Dónde? —insistió Paul.

—En la calle, no sé —respondió Anke con vaguedad.

A pesar de la información que les estaba dando, la chica todavía tenía algunas reservas. Había algunas zonas oscuras en su relato que levantaban las sospechas de Marja. ¿Era sólo desconfianza o había algo más?

—Has dicho que Iliona huía de ese Nicolaas Kleen. ¿Por qué? —preguntó Marja, intentando volver al centro del caso, al origen de aquella persecución.

—Al principio Iliona estaba encantada con ese hombre. Tuvieron un lío, aunque no sé si estaba embarazada de él. A Iliona le gustaba ser libre, sexualmente, quiero decir. Podía estar con más de una persona a la vez —reveló Anke, y, al oírla, Marja evitó mirar a Paul—. Kleen parecía muy romántico, muy educado, casi perfecto, llegó a decirme un día Iliona. Pero con el tiempo empezó a sospechar de sus continuos viajes y de sus asuntos de trabajo, que nunca acababa de contar de forma clara. Al parecer, se trataba de negocios de importación y exportación. Kleen dirigía su empresa, la Jansen&Calting, aunque no de forma visible, sino a través de terceras personas, desde una oficina de Londres.

—Ésa es la empresa en la que trabaja Julius Cleve, la Jansen&Calting —recordó Marja.

—Sí, así es, el trabajo se lo dio Nicolaas Kleen. Julius tiene un despacho en la sede de Herengracht, pero la oficina central se encuentra en Londres. Desde allí, Kleen y sus socios lo dirigen todo. Julius Cleve es sólo un asalariado, muy bien pagado, como si fuera un ejecutivo, pero no lo es, sólo hace lo que le dicen desde la central londinense.

La chica hizo un alto, como si necesitara una pausa. Durante un rato estuvieron los tres sin decir nada. Mientras, Marja se extrañaba de que el padre de Anke, aunque viviera en Urk, todavía no hubiera llegado al hospital.

—Has dicho que Nicolaas Kleen es socio de Adriaan Cleve. ¿En qué tipo de negocio? —preguntó Marja.

—Iliona lo descubrió no hace mucho, justo cuando se quedó embarazada. Un día Kleen había bebido más de la cuenta y estaba furioso con Adriaan Cleve; habían discutido pero no sé el motivo. Iliona decía que pertenecían a dos ambientes muy diferentes. A Kleen le molestaba el desprecio que intuía en el médico, su pretendida superioridad de hombre culto y respetable. Después, Iliona comprendería que, para

Adriaan Cleve, Kleen era una persona odiosa, alguien surgido del submundo criminal con el cual se veía obligado a hacer negocios.

—¿Qué negocios?

—Kleen le reveló a Iliona que el doctor Cleve, a cambio de una muy buena remuneración y del silencio sobre un asunto oscuro en el pasado de Julius, hacía servicios médicos a sus clientes.

—¿A qué asunto oscuro te refieres?

—Hace cinco años, una amiga de Julius Cleve murió por sobredosis de heroína. Cuando encontraron su cadáver también presentaba señales de violencia. Parece que Julius pudo estar implicado en la muerte de su amiga y que Kleen tenía pruebas.

—¿Cómo se llamaba esa amiga?

—No lo sé.

—Y a cambio de su silencio, ¿concretamente qué hacía Adriaan Cleve?

—Como médico cirujano hacía trasplantes de órganos al margen de la ley, y a menudo de riesgo, en clínicas del extranjero, en países sin mucho control de Europa del Este y de los Balcanes. A veces también los hacía aquí, en Holanda. Adriaan Cleve operaba y Nicolaas Kleen cobraba a los beneficiarios de los trasplantes sumas importantes. Una parte del dinero era para el médico y el resto para Nicolaas Kleen.

—¿Quiénes eran los donantes de órganos?

—Gente sencilla, sin recursos, a menudo desesperados, habitualmente extranjeros, la mayoría procedentes de Europa del Este, aunque también había asiáticos y africanos. Algunos eran voluntarios, a cambio de una retribución económica. Después descubriría que no siempre era así.

—Después, ¿cómo?

Anke Verbrugge no respondió, pero continuó hablando.

—En ocasiones también eran personas a las que engañaban o incluso forzaban, pobres diablos a los que arrancaban partes de su cuerpo para prolongar la vida de gente importante. Kleen a menudo utilizaba a deficientes mentales, individuos a los cuales sus propias familias habían abandonado.

—¿Tan borracho estaba Kleen como para contarle esto a Iliona?

—Quizá le explicó sólo una mínima parte y el resto lo descubrió Iliona después.

—¿Cómo pudo descubrirlo?

Anke Verbrugge no contestó.

—Cuando Iliona se enteró de esto, sintió asco y miedo. De repente se dio cuenta de que Nicolaas era tan sólo un gánster, un criminal sin escrúpulos.

—¿Sabes los nombres de esa gente importante que dices que se beneficiaba de los trasplantes?

—No.

—No intentes engañarnos. Seguro que Iliona te dijo alguno.

—No, de veras. Iliona estaba muy decepcionada y asustada, y por eso cometió una locura.

—¿Qué locura?

—Le quitó un cuaderno a Nicolaas Kleen en el que llevaba el registro de las intervenciones quirúrgicas que hacía Adriaan Cleve, con los nombres de los clientes, la procedencia de los órganos y las cantidades cobradas. Parte de esta información, los nombres de los receptores de los órganos, estaba en código, pero me imagino que la policía lo podría descifrar.

—¿Es así como conoció el resto de la verdad sobre los negocios de Nicolaas Kleen y Adriaan Cleve?

Después de dudar un poco, Anke hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Cómo le quitó el cuaderno?

—No lo sé, Iliona no me lo contó.

—¿Y por qué lo hizo? ¿Eso te lo dijo?

—Sí, eso sí. Una tarde Iliona fue a casa de los Cleve para ver si Julius estaba, pero su amigo se había marchado y tan sólo estaba su padre, el doctor. Entonces apareció un muchacho ucraniano, Pavel, acompañado de un hombre. Otro día, Iliona volvió a ver a Pavel, esta vez sin nadie acompañándolo, mientras compraba en un puesto callejero de comida rápida en el centro de la ciudad. Hablaron un rato y el muchacho le explicó que el doctor Cleve le iba extraer un órgano para trasplantárselo a alguien que lo necesitaba con urgencia y que pagaba muy bien.

—¿Iliona hablaba ruso? —quiso saber Marja, tratando de imaginarse en qué idioma podían entenderse Iliona y Pavel.

—Sí.

—¿Qué órgano le iban a extraer a Pavel?

Anke no respondió a la pregunta y Marja se preguntó por qué.

—Al chico lo engañaron —dijo al fin, hablando despacio—. Le hicieron creer que le extraerían un trozo de hígado, pero no fue así. Lo que le sacaron fue el páncreas.

Marja sintió como una mezcla de vértigo y asco a la vez. Sin páncreas, Pavel estaba condenado a morir. Era un asesinato.

—¿E Iliona cómo supo eso?

—Días después, en el cuaderno que entonces Kleen aún tenía, Iliona leyó muy claramente la palabra «páncreas» al lado del nombre de Pavel.

—¿Fue entonces cuando lo robó?

—Sí, lo hizo por Pavel, por su engaño. Hasta entonces, la historia que le había explicado Kleen le resultaba un poco nebulosa e Iliona podía aparentar que no se daba cuenta, pero ahora había conocido a una de las víctimas y no pudo soportarlo.

—¿Te dijo Iliona el apellido del muchacho ucraniano?

—No, no me lo dijo. Sólo que era un chico un poco infantil, quizás un poco corto. Su madre había muerto y su padre se había desentendido de él, según le explicó el mismo Pavel.

Lira ideal, desde luego, pensó Marja; alguien a quien nadie echaría de menos si la

operación no iba bien o el desenlace había de ser fatal por fuerza, como era aquel caso.

—¿Qué hizo con el cuaderno?

—Tenía la intención de entregarlo a la policía, pero luego cambió de idea.

—¿Por qué?

—Kleen le dijo que en el cuaderno había peces gordos de la ciudad y del país, gente a la cual no haría ninguna gracia ver su nombre asociado a asuntos turbios que podía tomar represalias contra ella.

—¿Cuándo le dijo eso?

—No lo sé —respondió Anke, callando un momento antes de volver a tomar el hilo—. Iliona temía sobre todo por su hermano. József es un inmigrante clandestino, como he dicho, pero además está acusado en Serbia de un crimen que no ha cometido. Si Kleen se lo propone puede encontrarle y hacer que lo devuelvan a su país, donde su vida corre peligro.

Al ver que se refería al hermano de Iliona en presente, Marja sopesó la posibilidad de revelar a Anke que alguien había llamado a la comisaría afirmando que József Vitéz estaba muerto, pero no lo hizo. Al fin y al cabo, sospechaba que quien llamó podría haber sido el mismo József, aunque el hombre lo negó, pero Marja creía que probablemente se trataba de él.

—¿Por qué corría peligro József? —preguntó Paul.

—Le acusan de haber matado a un policía —respondió Anke.

—¿Y eso es verdad? —preguntó Marja, recordando que el hombre que la había llamado días atrás para hablarle de Iliona también había mencionado aquella acusación.

—Según Iliona, no.

—¿Cuándo te contó toda la historia?

—Una tarde que me llamó y nos encontramos en la cafetería del Metz&Co. Tenía mucho miedo y no sabía en quién confiar, salvo en Cornelis Dortsman y en mí.

—¿De quién tenía miedo, de Nicolaas Kleen, de Adriaan Cleve o de los dos?

—De Kleen, que estaba convencido de que era ella quien le había quitado el cuaderno. Iliona le tenía pánico. Después de contármelo a mí, también reveló a Cornelis Dortsman lo que había descubierto sobre los negocios de Adriaan Cleve y Nicolaas Kleen. El profesor de música convenció a Iliona de que no volviera a su piso en Noord ni a su trabajo en el mercado de las flores. Él tampoco podía pasar por su casa ni contactar con su madre porque tanto Cleve como Kleen conocían su amistad con Iliona. Fue así como terminaron escondiéndose en la pensión Diderot. Desde allí, Dortsman pretendió llegar a algún tipo de acuerdo con Cleve para devolver el cuaderno a Kleen y que éste, a cambio, no le hiciera daño a Iliona, pero no lo consiguió.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé por Cornelis Dortsman —respondió Anke, después de un largo y tenso

silencio—. Vino a verme a Urk. Iliona ya había muerto, pero Kleen no había recuperado el cuaderno porque Cornelis lo llevaba con él. Quería que yo se lo guardara.

—Si Iliona ya había muerto, ¿por qué no lo entregó a la policía?

—Dortsman estaba muy asustado, creo que no pensaba con claridad.

Marja dejó de preguntar por un momento. Sentía un enorme vértigo en su interior. Como animalitos indefensos ante las garras de un depredador feroz, cada vez más cruel y excitado, Iliona, Cornelis, Lambert y quizá también Anke habían visto cómo Nicolaas Kleen destrozaba sus vidas. ¿Y todo por qué? ¿Por sus negocios con Cleve? Marja sintió un desasosiego interior indefinible que también afectó a su cuerpo. Tenía dolor de cabeza y le costaba respirar en aquella habitación. Miró por la ventana y observó cómo oscurecía en el exterior. La actividad en Vermerstraat, habitualmente escasa, todavía disminuía más con la llegada del atardecer. Había una ambulancia en la entrada del centro médico, así como el coche de los policías que el Viejo había enviado. Marja no dejaba de pensar en la familia Cleve, en su mundo en el Prinsengracht, y sobre todo en Adriaan Cleve. Si el relato de Anke Verbrugge era cierto, aquel hombre se había visto arrastrado a la mentira y el crimen para proteger a su hijo. ¿Eso podía exculparlo de algún modo? A pesar del horror por lo que había hecho con Pavel y quizá con otras personas, Marja tuvo unos instantes de duda. Pero ¿Adriaan Cleve había operado de forma ilegal sólo por debilidad ante Nicolaas Kleen, por temor a lo que pudiera hacerle a Julius, o había actuado también por codicia y se había visto engullido por aquella historia tenebrosa? ¿Qué era, otra víctima o un criminal implacable e inmoral? Pensaba una y otra vez en la maldad de Nicolaas Kleen y en el triste destino de sus víctimas, entre ellas aquel chico llamado Pavel. Quizá ni siquiera hubiera despertado de la anestesia en el quirófano. ¿Qué harían con los cadáveres? ¿Cómo los hacían desaparecer? ¿Qué sabían de todo aquello Ilse Hagen y su hijo? En aquel momento, Julius estaría en la comisaría de Elandsgracht.

—¿Por qué quiso Cornelis Dortsman confiarte el cuaderno a ti y no a otra persona?

—Según Cornelis, ni Adriaan Cleve ni Nicolaas Kleen me conocían.

Marja percibió una ligera inflexión en la voz de la chica. Volvía a no decir la verdad, o al menos no toda. Si no había cogido el cuaderno cuando Dortsman se lo había llevado a Urk, quería decir que el músico todavía lo llevaba encima cuando alguien, supuestamente Kleen, lo había asesinado cerca de la granja del señor Verbrugge. Pero si había sido así, ¿por qué habían torturado a Hendrik Lambert hasta matarlo? A menos que se tratara de un loco o de un sádico, las piezas no encajaban. Anke Verbrugge ocultaba algo.

—¿Dónde te encontraste con Cornelis Dortsman cuando fue a verte a Urk?

—Me llamó y nos reunimos en el embarcadero.

—¿Y os vio alguien? ¿Tal vez alguno de los chicos que van por allí? —preguntó

Paul.

—No, no había nadie. Hacía muy mal tiempo y hablamos dentro de su coche.

—¿Llegó Cornelis Dortsman a mostrarte el cuaderno? —quiso saber Marja.

—No.

—Aunque según has dicho, Kleen no te conoce, antes has contado que le viste una vez —recordó Paul, con un tono un poco socarrón—. ¿Recuerdas dónde y cuándo?

Anke Verbrugge no respondió.

—Y ahora, ¿dónde está el cuaderno? —preguntó Marja, con mucha más suavidad que su compañero.

Anke Verbrugge se mordió ligeramente los labios, en un gesto inconsciente y rápido que no le pasó desapercibido a Marja. ¿Era el aviso de que estaba a punto de decirle una mentira? La chica no se decidía a responder. Para ganar tiempo, dijo que tenía que ir al baño. Marja la acompañó, la ayudó a andar porque estaba muy débil y la obligó a tener la puerta abierta para que no hiciera ninguna tontería. Con Anke de nuevo en la cama, Marja le dejó tomarse su tiempo para responder.

—Estoy cansada —dijo Anke.

Marja pensó que sus evasivas se debían a que todavía no había decidido cuál iba a ser su respuesta.

—Lo sé, pero tenemos que seguir. Ahí fuera hay un asesino y tenemos que encontrarlo. Tenemos los cadáveres, ahora tenemos también el móvil y nos falta la prueba que incrimina a Adriaan Cleve y a su socio Nicolaas Kleen: el cuaderno.

—¡Por favor, ya no sé nada más! —protestó la chica.

—¿Lo tienes tú? ¿Lo has escondido en algún sitio?

¡No, yo no he hecho nada, ni siquiera he llegado a verlo!

—No estarás intentando engañarnos, ¿verdad? —preguntó entonces Marja, endureciendo de repente su tono de voz—. Por un momento he pensado que tú tienes el cuaderno y que quieres sacar provecho de él, que pretendes pedirle dinero a Kleen. Ten cuidado, porque te has metido en un terreno muy peligroso. Con ese Kleen no se puede jugar. Por otro lado, si descubrimos que nos ocultas algo, no dudaremos en acusarte de obstrucción a la justicia, ocultación de pruebas e incluso de complicidad en asesinato.

—¡Dejadme en paz, por favor! —protestó nuevamente Anke, esquivando la mirada de Marja.

—No lo hagas, mírame —le ordenó Marja, y a continuación aflojó un poco—. Iliona era tu amiga.

—No puedo más, tengo mucho sueño, sólo quiero que me dejéis sola y dormir.

—Ahora nos vamos, pero volveremos. Por tu seguridad hemos puesto un par de agentes de vigilancia —la avisó Marja—. Pero antes de irnos, cuéntanos qué fuiste a buscar hace unos días a la librería La Sirena Negra.

—No lo recuerdo muy bien, algo de ropa y libros.

—¿Y el cuaderno?

—Ya lo he dicho, Cornelis pretendía que yo lo guardara, pero no acepté.

—¿Conoces a Hendrik Lambert, el examigo de Cornelis?

—Sí —respondió Anke, lacónica.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace ya muchos días, en el Vertigo.

—¿En el Vértigo? ¿Lambert no estaba en la calle esperándote cuando saliste de La Sirena Negra después de recoger tus cosas?

Anke volvió a evitar la mirada de Marja.

—No.

Estaba mintiendo.

CUANDO PAUL y Marja abandonaron el hospital Boerhaaven, el padre de Anke todavía no había aparecido. Extrañada, Marja llamó por teléfono al hombre, pero no contestó. Probablemente estaría a punto de llegar, pero no podían esperarle porque tenían a Julius en la comisaría. Sin embargo, Marja pidió a los agentes que vigilaban a Anke que, en cuanto llegara el padre de la chica, la avisaran.

Durante el trayecto por las tranquilas calles del Barrio de los Museos, mientras Paul conducía, Marja hizo una llamada al comisario para decirle que Anke les había dado bastante información. Tráfico de personas y comercio ilegal de órganos humanos, prácticas médicas delictivas y muy probablemente un asesinato, el de Pavel, además de los que estaban investigando. Era una historia que apestaba. Adriaan Cleve andaba metido hasta los codos en aquel asunto y estaba por ver hasta dónde llegaba la implicación de Ilse Hagen y de su hijo. Una respetable familia que escondía una historia tenebrosa, atrapada por la extorsión de aquel personaje siniestro, Nicolaas Kleen, alguien capaz de matar una y otra vez, cada vez de forma más violenta, para recuperar el cuaderno que podía llevarlo a él mismo y a Adriaan Cleve ante la justicia.

—¿Seguro que ha dicho Nicolaas Kleen? —preguntó por teléfono Jurgen Sieraal.

—Sí. ¿Lo conoce? ¿Es alguien que tengamos fichado?

—Es una serpiente, un tipo que antes no era nadie pero que últimamente ha estado implicado en varios delitos cada vez más graves. Empezó con la extorsión a pequeños comerciantes e industriales de los suburbios, luego se interesó por la pornografía, la prostitución e incluso las drogas. Sabíamos que había iniciado recientemente negocios con criminales del Este. Había matado a alguien en peleas entre delincuentes, pero ahora vemos que es más peligroso de lo que pensábamos, que es capaz de asesinar a sangre fría.

—Anke Verbrugge dice que Nicolaas Kleen es de Eindhoven.

—Podría ser, pero no tenemos certeza de ello —aclaró el comisario—. Ya te he dicho que es una auténtica serpiente. Rastreamos todo Eindhoven tratando de averiguar cosas sobre él que nos pudieran ayudar y no encontramos nada. No sabemos ni siquiera si el apellido es auténtico o falso.

—¿Tenemos alguna fotografía?

—Sí, pero es muy antigua —respondió el Viejo, resoplando.

—¿Cómo es posible?

Al otro lado del teléfono, Sieraal permaneció unos momentos en silencio, dudando.

—Es de hace unos años, de los archivos de documentación de algunos casos que estábamos siguiendo, entre ellos el de Nicolaas Kleen. Recuperamos alguna

información dispersa, pero no el grueso del material ni las imágenes de Kleen.

—Sea como sea, empieza a verse amenazado —sentenció Marja.

—¿Por qué lo dices?

—Creo que su violencia creciente es una señal de que tiene miedo, de que ya no controla el curso de los acontecimientos —respondió Marja, y añadió—: ¿Quién investigó sus delitos?

—Varias unidades de la policía, tanto en Eindhoven como en Rotterdam y en Ámsterdam. Laagsveld le siguió la pista una vez, mientras investigaba un caso de homicidio relacionado con el robo y el contrabando de automóviles de gama alta con destino a países de Europa del Este y Oriente Medio, pero Kleen, que parecía ser el jefe, se escabulló. De hecho, Laagsveld ni tan sólo lo llegó a ver nunca.

—Tal vez ahora podamos atraparlo por asesinato, además de otros delitos, como el tráfico ilegal de órganos humanos.

—¡Ojalá! —dijo Sieraal, sin disimular cierto escepticismo, y añadió—: Pero recuerda que Laagsveld no lo consiguió.

Aquel comentario disgustó a Marja. A pesar de la insólita confianza que le tenía el comisario, era consciente de que Laagsveld, pese a sus cambios de humor y su poco respeto por la normativa y los protocolos oficiales, seguía siendo para su superior un investigador con experiencia, alguien que conocía bien su oficio. Y aun así, no había podido atrapar a Nicolaas Kleen. ¿Por qué tenía que creer que ella tendría éxito?

—Tenemos que hacer que la policía británica registre la oficina londinense de Jansen&Calting. No encontraremos a Kleen, claro, porque llevará sus negocios a través de terceros, testaferros, pero quizás obtengamos información que nos pueda ser útil —dijo Marja.

—De acuerdo.

—Y necesito estudiar los expedientes de los casos en los que se ha visto implicado Nicolaas Kleen, así como la fotografía que conservamos.

—Muy bien, haré que te los busquen, pero puede llevar unas horas.

—No tenemos tiempo —protestó Marja.

—¿Por qué no?

—Estamos muy cerca, lo intuyo, pero también tengo la impresión de que puede desaparecer si consigue el cuaderno antes que nosotros. Está contrariado porque ha perdido ese elemento por un error suyo, por haber confiado en Iliona al contarle su secreto, y por eso se ha expuesto más de la cuenta, dejando ese rastro de sangre. Pero cuando recupere el cuaderno desaparecerá.

—¡Vaya, la inspectora Batelaar vuelve a ejercer de psicóloga!

Marja no protestó por el comentario porque intuía que era una forma muy peculiar de Sieraal de reconocer que ella tenía razón.

—¿Ya han llevado a Julius Cleve a comisaría?

—Sí, está en la sala dos de interrogatorios —dijo Sieraal—. Y también está su

madre, Ilse Hagen, esperando en la recepción de la comisaría. Está furiosa, ya te lo puedes imaginar.

—¿Y Julius?

—Muy nervioso y agresivo.

—¿Estará usted presente durante el interrogatorio?

Durante unos instantes pareció que Sieraal consideraba su respuesta. Al fin, contestó.

—Tengo que salir con urgencia hacia una reunión en la oficina del alcalde. Justamente uno de los temas es este asunto de los asesinatos de Dortsman y Lambert.

—Y también de Ilona Vitéz —recordó Marja.

—Sí, claro. Estoy seguro de que Paul y tú liaréis un buen trabajo con el chico de los Cleve.

Minutos después de la conversación, Marja y Paul entraban en la comisaría de Elandsgracht. Tal como les había dicho el comisario, Ilse Hagen estaba en la recepción del edificio. Marja tuvo la sensación de que su mirada glacial la atravesaba. La mujer se levantó del banco donde estaba sentada y se dirigió directamente a Marja, ignorando a Paul Hovestadt.

—¿Qué te ha hecho mi hijo? ¿Por qué lo has hecho traer aquí?

—Tenemos que hablar con él —intervino Paul, dándose cuenta de que Marja se sentía un poco incómoda ante ella.

—¿Está detenido? —exigió saber la mujer, dirigiéndose de nuevo a Marja e ignorando a Paul.

—No, de momento no —respondió Paul, con disgusto por la situación—. Ahora cálmese, porque si no tendremos que echarla de aquí.

—No me moveré de aquí hasta que me lleve a Julius conmigo.

Marja se imaginó la ansiedad de la mujer, a pesar de su ademán de dureza, incluso de menosprecio hacia ellos. Un piso más arriba, en la sala número dos de interrogatorios, estaba su hijo. De repente, su tranquilo y acomodado mundo de Prinsengracht se tambaleaba; su hijo, que por las huellas encontradas había estado en la habitación de la pensión Diderot aunque lo hubiera negado, estaba a punto de ser interrogado por la policía, y su marido había desaparecido en Londres. Todo aquello ponía fin a su segura existencia. Marja consideró la posibilidad de que sí hubiera recibido alguna noticia de Adriaan Cleve. Tal vez el hombre se había puesto en contacto con ella, pero preguntárselo sería inútil. Marja creía que Ilse Hagen no les diría nunca nada. Aquella mujer había visto tambalearse su vida por acontecimientos que ya no era capaz de controlar: el pasado de su hijo, los negocios de su marido con Nicolaas Kleen, la muerte de Ilona, el asesinato de Cornelis Dortsman y quizá también de Hendrik Lambert. Estuviera o no metida en los asuntos sucios de su marido con su socio de Brabante, Ilse Hagen lo odiaba a los policías. Marja estaba convencida de ello.

—PREFIERO hacerlo sola —dijo Marja a Paul, refiriéndose al interrogatorio de Julius Cleve.

Paul hizo una leve mueca de disconformidad, pero acabó aceptando la petición de Marja. Por si lo necesitaba, seguiría la conversación detrás del falso espejo que había en la sala donde Julius estaba esperando. Pero antes de entrar en la sala, Marja observó al hijo de los Cleve con Paul un par de minutos. Vestido con unos pantalones grises, una camisa azul y un jersey azul oscuro, parecía un cura. Mantenía la cabeza agachada, aunque de vez en cuando la levantaba para mirar hacia la puerta. No cruzaba las piernas y tenía las manos encima de la mesa. «Está tan asustado como Anke Verbrugge», pensó Marja. Pero sus miedos eran muy distintos. La chica de Urk temía por su vida, y en cambio Julius tenía pánico de que se descubriera algo de él o de su padre que destruyera y hundiera su pequeño universo.

Su miedo era parecido, incluso el mismo, al que tenía su madre.

Finalmente, Marja entró en la sala de interrogatorios, un espacio no muy grande, sin ventanas y desnudo de cualquier adorno o mobiliario que no fuera una mesa y dos sillas. La iluminación y la temperatura se graduaban desde un mando exterior. La iluminación era muy fuerte y la temperatura baja a propósito, para que los interrogados no se encontraran a gusto. Marja se sentó en la silla que había al otro lado de la mesa donde estaba sentado Julius. El chico siguió con la cabeza agachada. Marja le pidió que la mirara, pero él no lo hizo. Entonces, ella subió el tono de voz. No era una sugerencia, sino una orden, quería que la mirara. Julius lo hizo, y Marja estudió su mirada. Había miedo, sí, pero también duda. Él también la estaba analizando, y quizá todavía no supiera cómo era, cómo podía defenderse de ella o atacarla.

—¿Por qué me mentiste cuando me dijiste que no habías estado en la pensión Diderot? —le espetó Marja, mientras sacaba su libreta de notas—. Tus huellas están en varios sitios de la habitación que ocuparon Ilona Vitéz y Cornelis Dortsman.

Julius hizo un gesto de negación con la cabeza, pero no respondió.

—Han muerto tres personas, y tú estabas presente en, al menos, uno de los escenarios de los crímenes —continuó Marja—. Quiero una buena razón para justificarlo y que me digas por qué me mentiste.

Julius permaneció en silencio. Sus manos, que se contraían sobre la mesa, hablaban. Estaba muy tenso, a la defensiva.

—Callar no te ayudará. Al contrario, confirma mi sospecha de que nos ocultas algo. ¿Qué es, Julius? —preguntó Marja, y añadió—: Aquella noche del 10 de enero alguien ahogó a Ilona Vitéz en la bañera. ¿Fuiste tú?

—No —respondió al fin el chico, con una voz casi inaudible y sin levantar la

vista.

—¿No, y ya está? Tendrás que convencerme, si no seguro que te acusaremos de asesinato. Nos da igual si no lo hiciste tú personalmente. Tú estabas allí, sabes quién lo hizo e incluso puede que lo ayudaras. Eso es lo que pienso desde que hemos encontrado tus huellas en la pensión.

Durante un rato, Marja calló, decidida a presionar a Julius con su silencio.

—Iliona tenía marcas en las muñecas y en el cuello. ¿Cómo se las hizo? ¿Fuiste tú?

—Yo no le hice nada.

—Ya, de acuerdo —concedió Marja, en un tono de voz burlón—. Entonces, ¿quién lo hizo?

—No sé nada.

—Mientes.

—No, es la verdad —protestó el chico.

—Me da igual lo que me digas —se enfadó Marja, y añadió—: Háblame de Nicolaas Kleen.

—No sé quién es.

—¡No seas estúpido, no sigas mintiendo! Estamos al corriente de los negocios de tu padre con ese hombre. Protegerlo sólo puede perjudicarte.

—¡No sé quién es! —protestó Julius, alzando un poco la voz.

—¿Trabajas en la Jansen&Calting y quieres hacerme creer que no sabes quién es Nicolaas Kleen?

—Conozco a mucha gente, pero no a ese hombre.

—Tenemos toda la noche y no saldremos de esta sala hasta que me des las respuestas correctas.

—¿Por qué me hace esto? Yo no sé nada.

—Tanta inocencia me hace sospechar, ¿sabes? Te voy a repetir las preguntas: ¿Qué hacías en la pensión Diderot? ¿Por qué nos lo ocultaste? ¿Y quién es Nicolaas Kleen?

Los minutos que siguieron parecieron durar una eternidad. Ante ella, Julius aparentaba una fortaleza que no tenía. ¿Qué había detrás de su silencio? ¿Estaba protegiendo a su padre, a sí mismo, o a los dos?

—Hace unos años una amiga tuya murió por sobredosis, ¿verdad? —preguntó Marja, intentando descolocar al chico—. ¿Cómo se llamaba?

—¡No sé de qué me habla! —se quejó Julius, alzando un poco la voz.

—Esto cada vez pinta peor para ti. Si no colaboras, tendré que pensar que escondes más cosas de las que ya sabemos.

Julius Cleve volvió a callarse. Entonces, Marja se levantó de la silla y se acercó al chico, que rehuyó su mirada.

—¿Por qué le hiciste daño a Iliona, si la querías?

—Yo no le hice ningún daño.

—¿Ah no? Entonces, ¿quién? ¿Nicolaas Kleen?

—Ya se lo he dicho, no sé quién es ese hombre.

—No es verdad, sí lo sabes —afirmó Marja, sin tener certeza de ello—. Te dejo un momento para que te lo pienses. Cuando vuelva a entrar, espero un poco más de colaboración. Si no es así, te aviso de que te arrepentirás.

Detrás del falso espejo, Paul había seguido con atención el interrogatorio. Marja quería saber su opinión. Mientras tanto, no perdían de vista al chico de los Cleve. Seguro que se imaginaba que lo estaban observando, y tal vez por eso se dio la vuelta para darles la espalda.

—Parece un pájaro asustado. De algún modo está implicado, aunque me cuesta creer que haya podido matar a su amiga —dijo Paul—. Pero ¿qué hacía en la pensión y por qué mintió sobre ello?

—Sí, es difícil de entender. Dos amigos que ven películas antiguas, que pasean juntos por Prinsengracht, no sé —dudó Marja—. Creo que había una gran afinidad entre ellos, tal vez porque los dos estaban perdidos y muy solos: Iliona, lejos de su país, buscando a un hermano que no sabemos si está vivo o muerto; y Julius, en una familia que quizás esconda una historia muy oscura. Me imagino que a veces las afinidades pueden provocar extraños desenlaces.

Marja y Paul siguieron observando a Julius, que casi parecía una estatua de lo quieto que estaba. Cuando consideró que ya había dejado suficiente tiempo, Marja volvió a la sala.

Julius estaba muy pálido, como si no se encontrara bien. Le temblaba un poco una mano y para disimularlo la mantenía encima de la pierna. Por unos momentos, Marja pensó que tal vez tendría que hacer que lo examinara un médico antes de seguir con el interrogatorio. Pero decidió que no. Intuía que aquello rompería la presión sobre Julius. No podía permitir que se tranquilizara, que se confiara.

—Iliona se entendía con tu padre, estoy segura de ello —dijo Marja, y añadió—: Pero sospecho que también se lió alguna vez con tu madre. ¿Es eso cierto?

Julius se encogió de hombros.

—Contéstame —exigió Marja.

—Sí, una vez sí.

—¿Cómo fue?

—Mis padres son así, les gustan los juegos.

—Los juegos. ¿Te refieres a las experiencias con terceros?

—Sí, es su forma de no aburrirse. Entre ellos hace años que ya no hay nada. E Iliona era muy seductora.

—La encontrabas muy seductora, ¿verdad? —preguntó Marja, recordando su postura en la bañera, su cuerpo esbelto y bonito—. Eso es lo que pasó, no te hacía caso y sólo eras un amigo, mientras ella se acostaba con tus padres. ¿Por eso fuiste a la pensión Diderot y la ahogaste? ¿O lo hiciste porque te lo pidió Nicolaas Kleen? ¿Fue él quien te avisó de que se escondía allí?

—¡No fue así, de ningún modo! —protestó Julius—. ¡Ella me llamó y me dijo dónde estaba!

—¿En serio? ¿Y por qué iba a decírtelo, si justamente lo que estaba haciendo en la pensión Diderot era esconderse?

—Éramos amigos.

—No es una buena razón, Julius —replicó Marja—. Siendo el hijo de Adriaan Cleve, ella no podía confiar en ti.

—¡Yo no soy mi padre! —explotó el chico.

«Ahora sí que está diciendo la verdad, ya no puede contenerse y le da igual lo que pueda pasar», pensó Marja.

—¿Puedo creerte, Julius? Demuéstramelo.

—Fui a Sint Antoniesbreestraat y esperé delante de la pensión hasta que Cornelis Dortsman salió. Iliona me avisó de que Cornelis no entendería que me hubiera llamado. Era mi oportunidad y subí a su habitación.

—¿No te vio nadie? ¿No estaba el recepcionista?

—Se había dormido delante del televisor —respondió Julius, y siguió—: Iliona estaba muy asustada, había bebido y tomado tranquilizantes. Se había metido en un lío muy gordo y no sabía cómo salir. Me contó que un hombre la perseguía porque había descubierto sus negocios criminales, y que era alguien muy peligroso que también podía hacer daño a su hermano. Al principio no quería revelarme quién era aquel hombre ni por qué la perseguía.

—Pero terminó contándotelo, ¿verdad?

—Me habló de los negocios de mi padre con un amigo suyo, sin decirme su nombre, y de cómo habían sacrificado a aquel chico, Pavel, trasplantándole su páncreas al hijo de alguien importante.

—Este amigo de tu padre es Nicolaas Kleen. No puedo creerme que Iliona no te dijese el nombre —dijo convencida Marja—. ¿Para quién era el páncreas?

—No lo sé, no quiso decírmelo —aseguró Julius—. Pero lo que sí me reveló fue que no era la primera vez que hacían aquellas monstruosidades.

—¿Y tú la creíste?

—Yo me resistía a aceptar que mi padre hubiera podido hacer cosas como las que Iliona decía, pero me aseguró que tenía pruebas. No sé cuánto tiempo estuve en la habitación de la pensión, pero recuerdo que me pareció mucho. Iliona estaba muy nerviosa y también furiosa conmigo porque yo dudaba de lo que me estaba diciendo. Se ponía a gritar, insultándome, y a veces se ponía a reír; eran la bebida y los tranquilizantes. Yo también me excité un poco. Discutimos, recuerdo que se rompió un vaso y ella se hizo daño en los dedos de una mano con los cristales. Cuando comprendí que aquello no iba bien traté de calmarla, de razonar con ella. Mi padre era un hombre moral, con ética, que nunca practicaría la medicina ilegal, y todavía menos provocaría la muerte de personas inocentes.

—Tal vez sí lo hiciera, Julius —dijo Marja—. ¿Puedes imaginar el motivo?

Julius Cleve, mirándola a los ojos, no respondió.

—Dime ahora el nombre de aquella amiga tuya que murió por sobredosis.

—Corina —respondió Julius, para sorpresa de Marja—. Corina Atelman, pero yo no tuve nada que ver.

—¿Y las marcas en el cuello y las muñecas de Iliona? —volvió a preguntar Marja, recordando que el forense Muysart no las atribuía a la noche que Iliona había pasado en la pensión Diderot, sino que eran más antiguas. Esta vez, Julius dio una explicación.

—Tuvieron a Iliona encerrada en un almacén durante dos días, atada con unas correas, pero aprovechó un descuido de sus vigilantes para escapar.

Los vigilantes de la chica no parecían muy profesionales. ¿Cómo se les había podido escapar una chica que tenían encerrada y atada? Marja pensó que Iliona había tenido mucha suerte.

—¿Sus vigilantes eran más de uno? ¿Dónde se encontraba ese almacén?

—No sé quiénes eran ni cuántos, no me lo dijo. Tampoco me dijo el lugar exacto donde la tenían encerrada, sólo que estaba en Flevoland, y que al escapar había llegado hasta una gasolinera donde había llamado a Anke Verbrugge, pero que no había podido hablar con ella. Entonces recurrió a Cornelis Dortsman. Éste fue hasta la isla a buscarla.

El relato de Julius Cleve, poco a poco, se había vuelto verosímil. La poca vigilancia en la pensión Diderot, la caja de Valium vacía y la botella de aguardiente casi acabada encontradas en la pensión, los restos de cristales de un vaso en un dedo del cadáver, la discusión que un huésped de la pensión había oído aquella noche en la habitación de Iliona, la explicación de las marcas en el cuerpo de la chica hechas por las ataduras con correas, e incluso la mención de la isla de Flevoland, que sería la causa de los restos de aquella resina de abedul encontrados en las zapatillas de la chica y en el automóvil de Cornelis Dortsman. Había un elemento, sin embargo, que Julius Cleve no había mencionado: el cuaderno.

—¿Se ha puesto tu padre en contacto contigo o con tu madre, desde Londres o desde algún otro sitio?

Julius negó con la cabeza y Marja dudó de su veracidad.

—Mi padre no es un criminal —afirmó en voz baja Julius—. No lo es. Y se lo dije a Iliona.

—Pero ella aseguraba que tenía pruebas, ¿verdad? —preguntó Marja, recordándole lo que le había dicho hacía un momento—. ¿Qué pruebas?

—¡No lo sé, no me lo dijo! —protestó Julius.

—¿Quizás un cuaderno? ¿No te habló nunca de un cuaderno?

—¡No sé nada de ningún cuaderno!

—Me gustaría creerte, de veras —insinuó Marja, adoptando un tono ambiguo, hablando poco a poco y mirando fijamente a los ojos del chico—, pero no es suficiente con lo que me has explicado hasta ahora. Tus huellas en la pensión Diderot,

donde encontramos el cadáver de Iliona, complican mucho tu situación.

—¿Me acusan de haberla matado? —preguntó Julius con una indignación que parecía sincera.

—De momento no, al menos aún no —puntualizó Marja, tratando de mantener una cierta frialdad que reafirmara su autoridad delante del chico—. En unos minutos podrás volver a tu casa, pero permanece localizable y ni se te ocurra salir del país, ni siquiera dejar Ámsterdam. Si Nicolaas Kleen o alguna otra persona que no conozcas se pone en contacto contigo o con tu madre, llámanos de inmediato, como también si es tu padre quien lo hace. No hacerlo querrá decir que estás encubriendo a un criminal y entonces no tendremos tantas consideraciones. ¿Lo has entendido?

Julius hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¡No te he oído! —gritó Marja, mirando con dureza.

—De acuerdo, inspectora —respondió el chico.

Marja se dirigió hacia la puerta para abandonar la sala, pero antes de hacerlo se volvió para formular una última pregunta.

—Tu madre está abajo. Hace un rato estaba furiosa, espero que se haya tranquilizado un poco. ¿Qué sabe de esta historia, de los negocios de tu padre con Nicolaas Kleen?

—No estoy seguro, se lo tendrá que preguntar a ella.

Sí que lo haría, pero aquella noche no. Marja no se veía con ánimos. Le venía a la cabeza una y otra vez el triste final de Iliona Vitéz, así como el de Cornelis Dortsman y Hendrik Lambert, todos ellos asesinados en una espiral siniestra e implacable. Podía sentir el aliento de la muerte. Antes de salir de la comisaría, llamó al hospital y la enfermera la informó de que Anke Verbrugge estaba descansando y que evolucionaba con normalidad. Luego habló con uno de los agentes que la vigilaban, que le contó que el padre de la chica aún no había llegado al hospital. Marja se inquietó y se lo comentó a Paul. Éste llamó a Verbrugge y el hombre le dijo que aquella tarde, después de hablar con ellos y de que le informaran de que habían localizado a su hija, se había encontrado mal y no había podido viajar hasta Ámsterdam para ver a Anke. Ya estaba un poco mejor y en una hora o dos estaría en el hospital, junto a su hija. Por si tenía problemas para conducir porque no se encontraba del todo bien o estaba demasiado nervioso, Paul se ofreció a enviarle un coche patrulla para que lo trasladaran de Urk a Ámsterdam, pero Verbrugge no lo aceptó.

EN la recepción de la comisaría, Ilse Hagen seguía de guardia. Cuando Marja y Paul pasaron por su lado volvió la cabeza. Después, ya de espaldas a ella, Marja notó su mirada como si le clavase un cuchillo. Se preguntó una vez más qué sabía Ilse Hagen de los negocios de Adriaan Cleve. ¿Tenía algo que ver con que estuviesen a punto de divorciarse? Entonces, se imaginó a Ilse Hagen con Iliona Vitéz y se sintió incómoda. Pobre Julius, pensó.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Paul, dándose cuenta de que Marja no era ella misma.

—Nada, sólo necesito un poco de aire —se excusó Marja, un poco nerviosa—. ¿Tienes ganas de caminar?

—Sí, claro —respondió Paul, sorprendido.

Sin decirse nada, cruzaron el Lijbaansgracht y se encontraron en el Jordaan. Durante un rato recorrieron las calles del barrio, sin importarles ni el frío ni el hambre. Los dos se sentían extraños, estaban inquietos por la situación. Marja pensaba en la noche que habían pasado juntos. En parte, todavía se sentía culpable de haber traicionado a Franz. Y sin embargo, desde aquella noche había deseado volver a estar con Paul, aunque no se había atrevido. Y ahora, ¿sería capaz?

—Salgamos de aquí, no quiero acercarme a Prinsengracht, esta noche no —le pidió Marja, al darse cuenta de que el canal estaba a poca distancia—. ¿Sabes qué me gustaría?

—¿Echar una carrera en bicicleta? —dijo bromeando Paul. Marja se rio, dándose cuenta de que hacía tiempo que no lo hacía.

—No, venga, Paul, sé un poco serio —protestó ella—. Me gustaría ir a cenar, pero no a De Tuin, ni a De Prins, ni a ningún otro café del Jordaan, sino a un restaurante elegante, algún sitio caro y selecto, como el Café Américain.

—Pues vamos —propuso Paul con una leve sonrisa.

Unos minutos después cruzaban la puerta del Café Américain, el lujoso restaurante *art déco* que ocupaba la planta baja del Américain Hotel, en Leidsekade. El ambiente era muy refinado, con luces y decoración modernista, un pianista tocaba temas de Chopin y de Debussy, y los camareros diligentes y silenciosos servían a los pocos clientes que ocupaban algunas mesas del espacioso restaurante. A petición de Marja, el *máitre* les dio una mesa alejada del pianista, al lado de los grandes ventanales con vistas a la plaza. Pidieron una botella de vino del Rin y encargaron la comida, una ensalada de salmón y de segundo un pescado guisado. Mientras esperaban, casi no hablaron. Marja miraba hacia la plaza apenas iluminada. Había empezado a llover. De vez en cuando pasaba algún tranvía. Una de las cosas que le gustaban de Paul era que sabía estar callado, que parecía comprender que ella

necesitaba un poco de silencio, pero también compañía. Aquella noche, Marja no quería hablar de nada relacionado con el caso que llevaban. Quizá por eso empezó a explicar que años atrás había cenado en el Café Americain.

—Una vez, mi tío Pieter nos trajo aquí a todos, a mis padres y a mis hermanos para celebrar su cumpleaños. Su mujer había muerto hacía dos años y estaba muy triste —explicó Marja, mientras esperaban la comida, bebiendo una copa de vino—. De hecho, mi tío apenas tenía dinero y a mi madre le extrañó mucho que nos invitara. Yo, que sólo tenía trece años, estaba encantada con este lujo. Semanas más tarde, por casualidad, oí a mis padres hablar sobre aquella cena, sobre los motivos de mi tío para invitarnos y lo que se había gastado. El hombre quería hacer un paréntesis en su tristeza, dejar de pensar en la muerte de su mujer. Necesité tiempo para entenderlo, no obstante.

—Yo no le he visto nunca, pero una vez escuché al comisario que hablaba de tu tío, Pieter Levi.

—Algún día te lo presentaré, es un buen hombre. Era un policía judío de la vieja escuela, que aprendió el oficio a fuerza de caminar y caminar por la ciudad. Ahora ya está jubilado. Le gusta el fútbol, como a ti. También te tengo que presentar a mi amiga Louise, es norteamericana, de Texas, y vive en un barco en el Bloemgracht, casi delante de mi casa. Es artista, sobre todo se dedica a hacer grabados, pero también hace fotografías y pinta. Ahora está en su país, pero volverá pronto. Este verano tal vez vayamos de viaje a Oporto.

—¿A Oporto, por qué?

—Mis abuelos maternos eran de allí. De hecho, todavía tenemos una casa de propiedad, pero en muy mal estado. A mí me gusta pensar en Oporto —explicó Marja, dándose cuenta de que Paul no entendía muy bien su interés por una lejana ciudad portuguesa—. Estuve hace años con mis padres y desde entonces no he vuelto. No sé cómo explicártelo. Es una ciudad más bien fea, sucia, pero a mí me trae recuerdos.

—¿Recuerdos?

—Sí, recuerdos, de un lugar donde apenas he estado, sólo un par de veces con mis padres. Me acuerdo del río con sus puentes, las casas que se amontonan unas sobre otras, también veo mucha lluvia y días inacabables de niebla. Son recuerdos inventados, en cierto modo. Yo soy de Ámsterdam, pertenezco a esta ciudad, pero en ocasiones me gusta imaginarme que he vivido tiempo, años quizás, en una ciudad menor como Oporto.

—Si vas este verano, te quiero pedir una cosa.

—¿El qué? —preguntó Marja, riéndose—. No pienso traerte ningún recuerdo, ni una botella de vino.

—No se trata de eso —dijo Paul, riéndose también, pero sin poder disimular cierto nerviosismo—. Lo que quiero es que me llames.

—¿Que te llame?

—Sí, ya lo sé, quizá te parezca una tontería —admitió Paul—, pero me gustaría que me llamasess y hablásemos así: yo desde aquí y tú desde tu ciudad portuguesa.

—¿Por qué? —preguntó Marja. Sin esperar a que Paul respondiese dijo—: Tal vez sí lo haga.

La cena duró mucho, el pianista acabó tocando sólo para ellos y para otra mesa, un matrimonio japonés bastante mayor, que parecían verdaderamente emocionados por encontrarse allí, bebiendo champán después de cenar. En un momento de la noche, la mujer japonesa dirigió una mirada amistosa y cómplice a Marja. Una velada en el Café Américain, en medio de la fría y lluviosa noche de Ámsterdam, en su mirada se podía leer que era un magnífico momento. Ella también lo creía. Y no quería pensar en el caso de Iliona Vitéz y los otros asesinados, ni en los Cleve, ni en Franz, ni en su familia dispersa por el mundo o en su hermano Willem, muerto en un callejón adyacente a Rokin. Sólo quería escuchar al pianista, ver cómo llovía fuera y sentir la mirada tímida de aquel otro solitario, Paul.

Cuando abandonó el restaurante, Marja vio cómo la mujer japonesa la saludaba con un ligero movimiento de cabeza desde el comedor. Llovía un poco y Marja y Paul caminaron por el Lijbaansgracht hasta el Jordaan. Durante el trayecto, en dos ocasiones se cogieron de la mano. Marja estaba tan nerviosa como una adolescente. «¿Qué estoy haciendo? ¿Hasta dónde llegará esta historia?», se preguntaba, mientras recordaba la noche en la que Paul y ella habían estado juntos. ¿Volvería a hacerlo? Lo deseaba, pero no estaba decidida.

Ya en su barrio, pasaron por las calles de la parte norte hasta que se encontraron delante del Brouwersgracht. Las casas flotantes amarradas en las aguas de aquel canal amplio y oscuro, gracias a la iluminación de su interior, dejaban entrever algo de la vida de sus habitantes. Una familia veía la televisión, un hombre cenaba solo, una mujer trabajaba delante de su ordenador portátil. Marja y Paul se quedaron de pie en uno de los puentes del canal, contemplando las actividades de aquella gente desconocida. Por unos momentos, Marja pensó en la mujer japonesa y su marido, que quizás estuvieran todavía en el Café Américain, disfrutando de la música interpretada por el pianista y del sitio.

Volvieron al centro del Jordaan, y al llegar a la calle de la casa de Marja, ésta quiso enseñar a Paul el barco de Louise. Estuvieron allí un rato mientras daban de comer a *Jeff*, que se frotaba tanto como podía en las piernas de Paul, y después tomaron un café y miraron los grabados, los cuadros y las fotografías de la amiga de Marja. Salieron al exterior y fueron a casa de Marja. No se dijeron nada, sólo se abrazaron rodeados de la oscuridad del salón, sin encender la luz. Del exterior llegaba el sonido breve y huidizo de alguna bicicleta que pasaba. Paul empezó a desnudarla lentamente, con suavidad. Marja se dejó llevar, le habría gustado que aquel momento no se acabase nunca.

A la mañana siguiente, aunque era domingo, se levantaron muy pronto porque Paul recibió en el móvil una llamada del comisario, que lo requería para que reforzase el operativo que dirigía Laagsveld en el puerto, ya que tenían informaciones muy fiables procedentes del KLPD según las cuales en un almacén de la zona se escondían los miembros de una banda mafiosa rusa, sospechosos del asesinato de Theo Kalvergraaf. El comisario había convocado a los inspectores disponibles de Homicidios, entre los que estaba Klara Müller, además de varios sargentos, entre ellos Paul Hovestadt, y agentes que les darían apoyo, en coordinación con los del KLPD, ya que el caso tenía implicaciones con el crimen organizado. Finalmente, también se había decidido incorporar a policías del cuerpo especial de la Unidad de Asalto.

Antes de que Paul se dirigiese al lugar convenido pudieron desayunar juntos en la cocina. A Marja le resultó muy extraño. Habían dormido juntos por segunda vez y ahora estaban desayunando en su cocina, pero la situación no tenía nada de cotidiana, sino al revés. Marja pensaba en la noche antes, en el Café Américain, en el pianista y el matrimonio japonés, en el paseo por los puentes sobre el Brouwelrsgracht, desde donde habían espiado la vida en el interior de las casas flotantes del canal, y más tarde, cuando se habían abrazado en su casa, a oscuras, antes de que Paul la desnudase e hicieran el amor sin prisa, con suavidad. Y ahora, de repente, Jurgen Sieraal reclamaba a Paul para que sirviera de refuerzo a Laagsveld. La banda a la que perseguían iba armada y no le pondría las cosas fáciles a la policía. Marja temía que algo malo pudiera pasarle a Paul, pero no le dijo nada. Cuando Paul ya estaba en la puerta para irse, Marja le dio un beso en los labios y le acarició el cabello. Le dijo que se verían más tarde, y se quedó en la puerta viendo cómo se alejaba calle abajo. Llovía sobre el Bloemgracht, sobre la ciudad.

Un rato después, Marja se puso unos pantalones de pana negra, un jersey de cuello alto, una gabardina y cogió su pistola. Antes de salir a la calle, llamó al hospital Boerhaaven y pidió hablar con los agentes que vigilaban a Anke Verbrugge. Una enfermera le dijo que eso no era posible, ya que los policías no estaban. Alguien los había llamado a medianoche, la mujer había visto a uno de ellos hablar por teléfono y poco después irse. Al oír eso, Marja empezó a ponerse nerviosa, tenía un presentimiento. ¿Y la paciente, Anke Verbrugge?, preguntó. La enfermera le informó de que tampoco estaba, ya que había abandonado el hospital a eso de las dos de la mañana, sin esperar a hablar con el médico. Marja preguntó si Anke Verbrugge había dicho algo y la enfermera respondió que la chica le había explicado que ya se encontraba bien, que tenía que irse, que no podía esperar a ningún médico, y no había

explicado por qué. Añadió que parecía muy nerviosa. Marja preguntó si Anke había recibido por fin la visita de su padre, y la enfermera estaba completamente segura de que no había recibido visitas.

Sin perder ni un minuto, Marja llamó a la comisaría. Jurgen Sieraal no estaba allí, ya que había salido para participar también en el operativo del puerto, pero habló con el oficial de enlace que coordinaba los servicios de vigilancia, quien le confirmó sus temores. Nadie de la comisaría había ordenado a los agentes destinados en el hospital Boerhaaven que dejaran su puesto. ¿Los había llamado entonces alguien que se había hecho pasar por un superior? Tenía que ser alguien que conociese el funcionamiento de los servicios de vigilancia que montaba la policía, que resultase creíble para los agentes. ¿Había sido capaz Nicolaas Kleen de hacerse pasar por un policía al teléfono, hasta el punto de engañar a los agentes de guardia? Ya fuese él o alguien que actuara de acuerdo con él, el objetivo estaba claro: iban a por Anke Verbrugge. Tal y como sospechaba Marja, la chica le había mentado y sí que tenía el cuaderno que podía incriminar a Nicolaas Kleen y a Adriaan Cleve. Anke Verbrugge se debía de haber dado cuenta del peligro que corría al ver que los agentes dejaban la vigilancia y huyó.

Hasta aquel momento, una cuestión había preocupado a Marja: lo mucho que tardaba el señor Verbrugge en acudir a ver a su hija. Ahora, en su interior, crecía una sospecha. Si Anke había mentado sobre el cuaderno y lo tenía escondido en algún sitio tal vez Kleen lo sabía y estaba amenazando a la chica del mismo modo que había atemorizado a Iliona, con la posibilidad de hacer daño a alguien al que amaba. En el caso de Iliona había utilizado a su hermano Josézf, y ahora con Anke usaba a su padre. Nicolaas Kleen debía retener al señor Verbrugge hasta que consiguiese lo que quería de su hija, el cuaderno. Pero ¿qué había hecho Anke, apresurarse a esconderse de nuevo o viajar adonde estuviese Nicolaas Kleen para intercambiar a su padre por el cuaderno? Al pensar en ello, Marja sintió un dolor intenso en el estómago. Ella sabía qué ocurriría: cuando Nicolaas Kleen tuviera el cuaderno en su poder mataría a padre e hija, porque no podía dejar testigos.

Marja pensó qué podía hacer. No podía contar con Jurgen Sieraal y los inspectores de la comisaría, porque estaban trabajando en la operación del puerto, pero sí podía llamar a la policía de Flevoland, hablar con el agente Gendt y pedirle que se acercara a Urk para vigilar la casa de los Verbrugge. Enseguida se dio cuenta de que no era una buena idea, porque si Nicolaas Kleen tenía allí al padre de Anke descubriría con mucha antelación la llegada de un coche patrulla, ya que la zona era muy abierta. Eso reduciría enormemente las posibilidades de éxito de atraparlo sin hacer daño al hombre. Marja decidió entonces que sólo tenía una solución: darse prisa para llegar a Urk. Anke le llevaba mucha ventaja, probablemente ya estaba allí, y si Kleen recuperaba el cuaderno, los mataría y después desaparecería.

Cogió su coche y puso rumbo al norte, pasando sobre las aguas del lago Ij a través del puente Hollandse; después, ya en la isla de Flevoland, siguió la autopista A6,

conduciendo más lentamente de lo que habría querido por culpa de la lluvia, que ahora era muy fuerte. Los bosques regulares de Flevoland, bajo la lluvia, a los lados de aquella autopista por donde casi no circulaba nadie, le parecían todavía más fantasmales que otras veces. Al llegar al extremo norte de la isla, la autopista cruzó el Ketelmeer, trasladando a Marja al polder Noordoost. Urk estaba a no más de quince minutos. Marja redujo la velocidad, no por la fuerte lluvia sino porque necesitaba pensar. ¿Se había vuelto loca yendo al encuentro de Nicolaas Kleen sola, sin refuerzos? ¿Estaba actuando igual que el día que entró en el domicilio de Hendrik Lambert y la atacaron? Nicolaas Kleen era un gánster sin escrúpulos, un asesino que no dudaría en matarla si intentaba detenerlo. Recordó el ataque que sufrió en el domicilio de Hendrik Lambert. Si su agresor fue Nicolaas Kleen y no la mató entonces sería porque no quería correr riesgos alertando al policía que vigilaba. Ahora, no obstante, sería diferente, ella ya conocía su identidad y se adentraba en su territorio, Kleen era una fiera y los alrededores de la granja Verbrugge eran su madriguera, y ella era sólo una cazadora quizá demasiado joven y torpe para atraparlo allí. Sin embargo, no tenía elección. La vida de los Verbrugge estaba en juego y tampoco podía dejar de pensar en las otras víctimas, sobre todo en Iliona. Llegado el momento, si se encontraba cara a cara con Kleen, ¿sería capaz de disparar?

Cuando ya estuvo cerca de la granja de los Verbrugge, redujo la velocidad hasta que consideró que no podía acercarse más. Entonces ocultó el vehículo detrás de un cobertizo, cogió unos prismáticos y una carga de balas que llevaba en el maletero y se dirigió hacia la granja por un camino lleno de barro donde vio diferentes huellas de neumático, unas de las cuales, producidas por un todoterreno, parecían muy recientes. ¿Cómo había llegado la hija de Verbrugge hasta la granja? No se imaginaba a Anke conduciendo un vehículo así, pero podía tratarse del de algún amigo de Urk a quien podía haber llamado desde la estación de autobuses de Kampen. Podía haberla llevado un amigo, aunque eso le habría extrañado mucho. También podía haber utilizado un taxi y sus marcas estaban desdibujadas por las del todoterreno. Ahora no podía saberlo, pero seguro que no había ido a la casa directamente, sino que había hecho lo mismo que ella, aproximarse prudentemente a pie. Confirmó sus suposiciones cuando encontró pisadas de un tamaño medio, de calzado deportivo, en dirección a la granja y pensó que seguramente eran de Anke.

A unos quinientos metros de la granja, Marja se agachó detrás de una pequeña elevación y miró con los prismáticos.

Estuvo observando durante más de un cuarto de hora. Los porticones de madera de las ventanas de la granja estaban cerrados. En el exterior no se veía a nadie, ni a Verbrugge ni a ninguna otra persona, y tampoco había ningún vehículo a la vista, excepto el tractor del granjero. Por como llovía, Marja pensó que el hombre no estaría o que no podía llegar hasta el tractor, porque si no lo habría puesto a cubierto. Finalmente, Marja se decidió y avanzó hacia la casa, pero no por el camino, sino campo a traviesa. Aunque era un blanco fácil confiaba en que, si Kleen estaba dentro

de la granja, la lluvia la protegería, pues reducía mucho la visibilidad y amortiguaba cualquier otro sonido que no fuese el del agua cayendo.

Cuando estuvo junto a la casa fue corriendo hasta la pared y se quedó inmóvil, intentando contener la respiración. No se oía ningún ruido dentro, pero eso no quería decir nada, ya que la lluvia que la había protegido hasta llegar allí también podía ser la responsable de que no oyese nada al otro lado de la pared. Desfundó la pistola y, con cautela, dio la vuelta completa al perímetro de la vivienda, hasta que localizó una puerta de salida en la parte posterior. A diferencia de la principal, que estaba bien cerrada, ésta sólo estaba ajustada. Antes de entrar, Marja se sorprendió al pensar en Paul y también en su madre y hermanos, cuando años atrás se paseaban por el Prinsengracht. Tal vez muriera al entrar en la casa. Tenía miedo, estaba sola allí, en medio de aquel paisaje inhóspito bajo la lluvia, a punto de penetrar en la madriguera de una fiera que la estaba esperando, que tal vez la había visto llegar y que podía haberle tendido una trampa. ¿Qué hacía allí? ¿Arriesgaba su vida por Anke y su padre? Quizá sí, pero sobre todo era por Iliona Vitéz, por su triste muerte en la pensión Diderot, quizás embarazada de su propio asesino; y también lo hacía por Willem, a quien alguien había apartado de su lado para siempre en un sórdido callejón del centro de Ámsterdam. Entonces cerró los ojos un momento, los abrió deprisa y entró en la casa. Respiraba muy deprisa. Apenas veía nada, porque la única luz que había era la que entraba por una claraboya del techo. Llevaba la pistola en alto, con los brazos y las manos en tensión, dispuesta a apretar el gatillo en cuanto alguien la atacase. Durante unos minutos observó cada rincón de la casa, hasta que comprendió que no había nadie. No abrió los porticones porque no quería delatar su presencia a alguien del exterior, pero sí que encendió la luz. Descubrió lo que ya le había parecido ver mientras registraba la casa a oscuras: que alguien había estado antes que ella revisando la casa de arriba abajo. Había algunos objetos rotos, pero no parecían señales de lucha. Encontró media docena de colillas en el suelo y le sorprendió ver que eran de dos marcas diferentes. ¿Había alguien más con Nicolaas Kleen? Marja recordó que el hombre que la había llamado a la comisaría para hablarle de Iliona Vitéz le había dicho que dos hombres habían estado preguntando por él.

Miró en el interior de las otras tres construcciones de la granja. Estaba el ganado, pero no el coche de Verbrugge. Después, examinó el suelo enfangado y descubrió huellas de todoterreno y de otro vehículo, así como pisadas de cuatro personas, una de las cuales debía de calzar un cuarenta y cinco. Las otras tres eran de hormas más pequeñas, una de ellas parecía de chica y otra usaba botas de agua. Esta última tenía que ser de Verbrugge, ya que las botas de agua eran un calzado habitual para un granjero, y la chica con toda probabilidad era su hija. ¿Quién era la cuarta persona que estaba ayudando a Kleen?

Las pisadas indicaban que se habían subido a dos vehículos, uno de ellos el todoterreno cuyas huellas Marja había visto en el camino lleno de barro. Éste y el

otro vehículo habían seguido direcciones diferentes. ¿Por qué? Se imaginó que Nicolaas Kleen se había llevado a Anke con él para ir a buscar el cuaderno, mientras su cómplice mantenía retenido al padre de la chica. La cuestión era averiguar en qué vehículo iban Anke y Kleen. Entonces se fijó en que las marcas de coche que no eran del todoterreno seguían por un camino que pasaba junto a una granja que se veía a lo lejos. Marja retrocedió hasta donde había dejado su automóvil y se dirigió hacia allí. Al llegar, bajó y comprobó que el coche que seguía, por la profundidad de las rodadas y el giro de éstas al retomar la marcha, se había detenido un momento en la entrada de aquella granja. No había pisadas cerca y, por tanto, nadie había bajado del vehículo; después de detenerse habían seguido su camino por el sendero de barro que se adentraba en un paisaje de marismas. Una mujer mayor salió al porche de la granja y preguntó a Marja qué quería.

—Soy policía —se identificó Marja, a la vez que se protegía de la lluvia poniéndose a cubierto en el porche de la mujer—. ¿Ha visto pasar hoy a algún vehículo por este camino?

—Sí, al de mis vecinos, los Verbrugge.

—Los Verbrugge, ¿se refiere al padre y a su hija? —dijo Marja sorprendida.

—Eso mismo, a ese viejo gruñón y a su hija Anke. ¿Por qué lo pregunta? ¿Pasa algo?

Marja no tenía tiempo para satisfacer la curiosidad de la mujer, pero necesitaba su colaboración y, por tanto, no podía ser antipática.

—No se preocupe, sólo intentamos localizarlos para hablar con ellos urgentemente por un asunto relacionado con el hombre que encontraron muerto no lejos de aquí. ¿Iba alguien más con ellos?

—¿Alguien más? —repitió la mujer—. Pues no, en el asiento trasero no había nadie.

—¿Los dos iban delante?

—Sí, claro. Anke conducía y su padre iba sentado al lado. Eso me ha extrañado un poco, porque ese hombre no deja nunca que su hija lo lleve. He supuesto que no se encontraba bien, porque tenía mala cara. Anke sonreía, pero también parecía un poco nerviosa.

—¿Por qué se han detenido?

—Los he visto venir y he salido a ver por qué venían por este camino.

—¿Le ha extrañado?

—Este camino lleva a unos campos abandonados donde no había visto ir nunca a mi vecino. No entiendo qué se le ha perdido allí con la que está cayendo. Además, hoy es domingo y todo el mundo va a la iglesia, incluido Verbrugge.

—Usted no ha ido —dijo Marja.

—Yo soy cuáquera, y no se me ha perdido nada en los templos de los reformistas.

Al oír eso, Marja se fijó en la sobriedad y en el color oscuro de la ropa de la mujer.

—¿Qué le han dicho cuando los ha parado?

—Les he dicho que entraran a tomar un café, pero Anke me ha dicho que quizás otro día, que ahora tenían prisa y no me ha explicado el motivo. Su padre me ha mirado pero no ha dicho nada.

—¿Seguro que no iba nadie en el asiento de atrás?

—Ya se lo he dicho, no.

—¿Qué coche tiene su vecino?

—Un Citroën de color blanco, pero no conozco el modelo. No sé mucho de coches.

—¿Cuánto hace desde que pasaron?

—Un par de horas, quizá más.

—¿Vive alguien cerca de esos campos?

—Los vecinos más cercanos son los Helder, una familia cuya casa está a cinco kilómetros de Emmerloord. Ya sabe cómo es este país —reflexionó la mujer—, hay gente por toda Holanda, incluyendo este polder, pero estos campos son como un agujero en medio del mapa. Hay una granja abandonada que era de los antiguos propietarios de los campos, unas pequeñas marismas, un embarcadero que no usa nadie y nada más, hasta llegar a la carretera secundaria que conecta la zona con el norte.

Marja le agradeció la información y subió al coche. Por el retrovisor vio a la mujer cuáquera que seguía en el porche, mirando cómo se ponía en marcha hacia el sitio al que habían ido los Verbrugge. Enseguida se adentró en un mundo en el que la tierra y el mar se mezclaban. Por la lluvia y lo estrecho del camino, debía estar muy atenta para no caerse a uno de los márgenes. De vez en cuando conseguía ver un poco del lago Ijssel, que le parecía una gran lámina metálica y plateada bajo la lluvia. En la lejanía distinguía algún barco. Más allá estaba el dique de Afsluit, que separa las aguas del Ijssel de las del mar de Wadden. Inevitablemente pensó en las personas que vivían en la tierra que había un poco más allá del horizonte, y se acordó de sus amigos Carol y Lionel, en la idílica isla de Schiermonnikoog o de su abuelo paterno, que vivía en la de Ameland. Ni se imaginaban que ahora ella estaba allí, con un arma en el bolsillo, intentando llegar a tiempo para salvar a un campesino antipático de Urk y a su hija, ambos en peligro por la codicia de la chica.

Justo cuando acababa de entrar en las marismas de las que le había hablado la mujer de la granja, vio el Citroën blanco del señor Verbrugge que venía de cara por el camino. El campesino y su hija no iban en el vehículo conducido por un hombre joven, pero Marja no tuvo tiempo de verle bien la cara. Tenía que esquivarlo si no quería chocar y hacer una maniobra brusca. Consiguió no chocar de frente con el otro coche, pero el suyo se salió del camino, patinó por un campo hasta que giró sobre sí mismo dando un par de vueltas de campana y quedó de lado, al lado de una pequeña laguna.

Sintió un dolor agudo en el torso y el brazo derecho, y notó que un hilo de sangre

le brotaba de la cabeza. Se desató el cinturón, buscó rápidamente la pistola y, aliviada, la encontró en el asiento trasero. Inmediatamente después salió por su puerta y cayó al suelo. Le dolía mucho el pecho, supuso que se había roto alguna costilla. El motor de su vehículo continuaba en marcha. A unos cien metros estaba el Citroën del señor Verbrugge, pero el conductor no estaba. El corazón le iba muy rápido, era consciente de que estaba en peligro de muerte. Le habían tendido una trampa, estaba casi segura, y ahora su enemigo la observaba escondido entre la vegetación. ¿A qué esperaba, por qué no la atacaba? Marja se irguió con dificultad, sin dejar de vigilar a su alrededor y manteniendo la pistola en alto, apuntando en todas direcciones. Caminó cojeando hasta la maleza, apartándose del camino, donde era un objetivo demasiado fácil. Tropezó y cayó al barro, pero no soltó la pistola.

A unos cincuenta metros de donde estaba ella, le pareció ver una silueta. Tenía que ser el hombre que conducía el coche de Verbrugge, llevaba un impermeable azul con capucha e iba armado con un rifle. Marja se preguntó si sería aquélla el arma con la que había asesinado a Cornelis Dortsman no muy lejos de allí. Pensó que poco podía hacer con su pistola Walther P5 si tenía que enfrentarse desde lejos con el rifle de su atacante. Debía acortar la distancia entre ambos, pero no tenía fuerzas por el dolor que persistía en su pecho y en el brazo derecho. Buscó el teléfono móvil pero no lo llevaba encima, se le había caído del bolsillo de la gabardina, aunque no sabía si dentro del coche o fuera. No podía acercarse al vehículo sin arriesgarse a que le pegasen un tiro y, si lo había perdido mientras se escondía, no lo encontraría por culpa del barro y de la vegetación. Tenía que conservar la calma, no perder los nervios, no dejarse llevar por el miedo ni precipitarse. Sin embargo, el tiempo transcurría y no sabía qué les había pasado a los Verbrugge.

Después de librarse de la gabardina, que le restaba agilidad de movimientos, reptó poco a poco, en paralelo al camino, deteniéndose de vez en cuando para descansar pero también para comprobar si el hombre del rifle la perseguía. Tenía la boca seca y sin pensárselo dos veces bebió agua de un charco, antes de seguir alejándose del lugar donde se había quedado su coche. De repente, el ruido del motor del vehículo cesó. ¿Había dejado de funcionar o su agresor había quitado la llave del contacto? Lo único que quedó entre ambos era la lluvia.

Siguió reptando hasta que oyó que se ponía en marcha el motor del Citroën de Verbrugge. Perpleja, comprendió que el vehículo se alejaba de ella, que volvía por el camino a la granja. Incapaz de entender qué ocurría, empapada por la lluvia y cubierta de barro por arrastrarse por el suelo, Marja se quedó tumbada en el suelo, escondida entre la vegetación, intentando descansar y a la vez pensar en cuál sería el paso que tenía que dar, mientras notaba que el frío le atenazaba el cuerpo. Entonces notó una presencia detrás de ella. Se volvió rápidamente, apuntando con la pistola y descubrió aterrorizada que el hombre del rifle estaba a unos veinte metros de ella, encañonándola con su arma. No podía verle la cara, porque la capucha se la cubría parcialmente y la lluvia tampoco la ayudaba. Incomprensiblemente, el hombre no

disparó, sólo la apuntaba, igual que hacía ella. A pesar del frío sintió en su interior algo que se quemaba. Estaba a punto de morir, a no demasiada distancia de donde habían asesinado a Cornelis Dortsman, también con un rifle, bajo la lluvia, en medio del barro. ¿Era el mismo asesino? No sabía quién era aquel hombre que estaba a punto de quitarle la vida. De hecho, daba igual. Su Walther P5 tenía pocas posibilidades delante de aquel rifle que ya podía disparar.

Pensó en Willem, sintió una rabia profunda, salvaje, pero en sólo unos segundos tuvo que aplacarla. Tenía que actuar con frialdad y a la vez jugar con la suerte. Y eso hizo. Miró al hombre, intentando convencerle de que el pánico la dominaba por completo, que entendía que estaba a punto de morir y que a él ya sólo le quedaba disparar. No obstante, fue ella quien lo hizo, mientras rodaba de lado muy deprisa, a pesar del dolor del torso y del brazo. Disparó sin parar. El hombre también lo hizo y una de las balas pasó a pocos centímetros de la cara de Marja. Su atacante hizo un movimiento extraño, inarmónico, brusco, como si algo se rompiera en su interior y cayó de espaldas. Marja se quedó un rato apuntándole todavía con la pistola hasta que se decidió a levantarse y se acercó al hombre. La sangre le brotaba del estómago, donde había impactado una de las balas disparadas por Marja. Con precaución, le quitó la capucha y comprobó con sorpresa que le conocía. Era Próspero Bagran, el hijo del recepcionista de la pensión Diderot. ¿Así que aquél era el otro hombre, probablemente una especie de peón en manos de Nicolaas Kleen? Marja le cogió el rifle y examinó una de las balas que le quedaban. Eran del calibre 12 y llevaban la palabra Alfa grabada, como las que habían encontrado en el cadáver de Cornelis Dortsman.

Marja se preguntó qué papel debía de haber tenido Próspero en los asesinatos de Iliona, Dortsman y Lambert. Quizá no era el autor material sino sólo un cómplice, pero de cualquier modo estaba involucrado y había intentado asesinarla hacía un momento. Incluso había tenido la sangre fría de tenderle una trampa, intentando hacerle creer que se había ido con el Citroën y volviendo después a pie para sorprenderla; la misma sangre fría que debía de haberle permitido esconderse en el asiento trasero del coche de los Verbrugge, amenazándolos con el rifle mientras los llevaba a algún lugar de la zona. ¿A qué, a llevar el cuaderno? No lo creía, Kleen no dejaría una cuestión tan importante en manos de un subalterno. Próspero era tan sólo un ayudante, un carcelero y tal vez el verdugo de los Verbrugge una vez que Kleen hubiese obtenido el cuaderno. Mientras pensaba en ello, Marja decidió que, de momento, tenía que esconder el cadáver para que Kleen no supiese el desenlace de la trampa que le habían preparado. Después de registrar la ropa del muerto para ver si encontraba alguna documentación, tuvo que aceptar que sólo llevaba encima el carné de conducir, las llaves del Citroen, doscientos euros y un paquete de tabaco a medias, de la misma marca que las colillas que había en el suelo de la casa del señor Verbrugge. Casi sin fuerzas, pero decidida, casi frenética por el miedo, arrastró el cadáver de Próspero lejos del lugar en el que se habían enfrentado, ocultándolo en

medio de un cañizal. Después cogió el rifle y se echó a andar por las marismas, siguiendo el camino de barro. Se sentía aturdida y muy triste. Había matado a su primer criminal. Próspero Bagran seguramente era un desgraciado, un ser abyecto, pero también era la primera persona a la que mataba Marja Batelaar. Se sentía muy extraña, no sabía cómo definir todo lo que se le pasaba por la cabeza. ¿Debía estar triste por haber matado a un ser humano o satisfecha porque quien había muerto era un malnacido? No conseguía pensar con claridad. Se sentó exhausta en el suelo. Necesitaba descansar aunque sólo fueran unos minutos. Se tumbó, con la pistola en la cintura y el rifle bien cogido.

ESTUVO más de una hora tumbada sobre la hierba mojada y el barro, intentando rehacerse y que el frío no le impidiese pensar con claridad lo que tenía que hacer. No quería que volviesen a sorprenderla. Se levantó y vio a una distancia de medio kilómetro los campos abandonados de los que le había hablado la vecina de Verbrugge. En medio había una cabaña de madera hasta la que se llegaba por el camino que había recorrido antes. Con precaución recorrió la distancia que había hasta la entrada de la casa. No muy lejos había un pequeño embarcadero. Marja estuvo estudiando la situación, sin saber qué hacer, y entonces le pareció oír gemir a alguien dentro de la cabaña. Se levantó y, corriendo veloz a pesar del dolor, dio un empujón a la puerta y se quedó en el umbral, apuntando al interior con el rifle. En un rincón estaban el señor Verbrugge y su hija, ambos atados con cinta adhesiva y con un pedazo de cinta en la boca que les impedía hacer cualquier cosa que no fuera gemir. La escena le hizo pensar en el cadáver de Hendrik Lambert en una casa flotante del Prinsengracht, sólo que los Verbrugge eran dos y estaban vivos. Marja los desató y les hizo callar cuando intentaron darle las gracias. Sin apenas fuerzas, el señor Verbrugge y su hija se apoyaron contra la pared de la cabaña.

—Dime una cosa —dijo Marja dirigiéndose a Anke—. Me mentiste sobre el cuaderno; cuando Cornelis Dortsman te pidió que lo guardaras, aceptaste, ¿verdad?

Anke no respondió.

—¿Qué buscabas? Dinero, supongo.

Al oír eso, el padre de Anke dirigió a su hija una mirada de reprobación. Si eso era cierto, era evidente que decepcionaba su estricta moral de granjero protestante.

—Pensaba llevárselo a la policía.

—No te creo, ya no —le cortó Marja, y añadió—: Cuando te encontraron en la calle, medio inconsciente, ¿qué te había pasado?

—Se llevaron a Hendrick, el amigo de Cornelis, delante de mí. Fueron Kleen y el hombre que le ayuda, el mismo que nos ha traído hasta aquí. Lo metieron en un coche y no volví a verlo hasta que leí en los diarios que habían encontrado su cuerpo en una casa flotante de Prinsengracht. Aquella misma tarde vinieron a buscarme a mi escondite, un piso de okupas en De Pijp. Conseguí escabullirme, no obstante. Estuve dos días dando vueltas por las calles hasta que debí desmayarme y acabé en el hospital.

—¿Por eso abandonaste el hospital? —preguntó Marja a Anke—. ¿Porque sabías que Nicolaas Kleen tenía a tu padre?

Anke hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Su padre no parecía ablandarse, sino que se mantenía distante, sin mirar a su hija. Marja se dio cuenta de que el hombre tenía sangre en la camisa.

—¿Está herido?

—No es nada —dijo el hombre, evitando la cuestión, pero Marja no le hizo caso y le pidió que le dejase ver qué se había hecho. Horrorizada, descubrió que el señor Verbrugge tenía muchas pequeñas heridas en el pecho y en los brazos y le preguntó cómo se las habían infligido.

—Ha sido ese chico, con cigarrillos y una navaja. El otro hombre se lo ha pedido, pero se ha limitado a observar y le ha ido diciendo cuándo debía seguir y cuándo detenerse. Sólo quería saber una cosa: dónde había escondido mi hija el cuaderno. Yo no podía decirle nada, porque no sé nada.

—¿Dónde está ahora el cuaderno? —preguntó Marja a Anke.

—No lo sé.

—¡Sigues mintiendo! —gritó Marja, haciendo un esfuerzo para parecer a la vez dura y convincente—. ¿Cuántas personas más tienen que morir por culpa de este maldito cuaderno?

—Mientras no encuentre el cuaderno —dijo Anke refiriéndose a Nicolaas Kleen—, no me hará daño.

—Te equivocas. Tal vez antes sí, pero ahora ya no. Este hombre no es un sólo un criminal, ahora ha perdido el control y se ha vuelto extremadamente sanguinario. ¿Sabes dónde ha ido?

Anke no respondió para desesperación de Marja. Le habría dado un par de bofetadas, pero le fallaban las fuerzas. Sentía un gran dolor en la cabeza, igual que en el pecho y el brazo. Volvía a tener sed, pero en la cabaña no había nada para beber y no se atrevía a salir al exterior, aunque tuviese la pistola y el rifle. Lamentó haberse dejado los prismáticos en su coche mientras miraba por la ventana con precaución. Sólo eran campos yermos, un poco de maleza, agua, el embarcador abandonado y el camino enfangado.

—¿Sabéis por qué os ha traído aquí? —preguntó Marja.

Anke y su padre respondieron que no. Tampoco Marja adivinaba el motivo por el que Kleen había sacado a los Verbrugge de casa. ¿Puede ser que no fuera un sitio seguro para él? Por mucho que lo intentara, no conseguía dar con la razón del traslado a la cabaña. Tenía que pensar rápido, muy rápido, porque presentía que tarde o temprano Nicolaas Kleen volvería y que, a pesar de las armas que tenía ella, su debilidad haría muy peligroso el enfrentamiento. Nicolaas Kleen era un gánster y un asesino que no dudaría en matarlos. Para ella, en cambio, era su primer caso de homicidio. Eso no tenía nada que ver con investigar delitos contra el patrimonio artístico, como tampoco con dar apoyo a diferentes equipos de investigadores de homicidios, incluido Laagsveld. Estaba sola, sin refuerzos, se sentía insegura y con miedo, pero trataba de no demostrarlo delante de los Verbrugge. Si se daban cuenta, se hundirían dentro de aquella trampa que era la cabaña en medio de aquel paisaje solitario lejos de Urk, de las granjas que salpicaban el resto del paisaje del polder y de la carretera que llevaba a Emmeloord.

—¿La vecina cuáquera vive sola?

—Sí, Nolda Lintz es viuda y vive sola —respondió el señor Verbrugge.

—¿Y tiene teléfono a pesar de ser cuáquera? —preguntó Marja, imaginándose que las creencias de la mujer no eran compatibles con muchos de los avances técnicos y científicos.

—Pues sí, ella sigue su religión a su modo.

—Su granja debe de estar a unos diez o quince minutos andando —calculó Marja — y menos si consigo correr. Tengo que llegar para pedir ayuda antes de que vuelva Nicolaas Kleen.

—Es una locura —sentenció Anke.

—No tenemos más opción —le replicó Marja, y añadió—: ¿Sabes usar un rifle?

—Alguna vez he ido de caza con mi padre.

—¿Y dispararías contra un hombre? —preguntó Marja, y tras un gesto afirmativo de cabeza de Anke le entregó el arma a la vez que le daba una orden muy seria—. Si Nicolaas Kleen aparece, dispárale sin dudar diga lo que diga. Hay cinco balas en el rifle. Úsalas todas y no te acerques a su cadáver hasta que estés segura de que está muerto, porque podría ser una trampa. Si no he vuelto en dos horas o no viene la policía, salid de la casa sin hacer ruido y llevaos el rifle. Agachaos y caminad hacia el noreste, hacia Emmeloord. La mujer cuáquera me ha hablado de unos vecinos, los Helder. Desde allí, llamad a la policía.

—Los Helder quizás estén en la iglesia —temió Anke.

—¡En esta región todo el mundo cree en Dios! —se quejó con cierto sarcasmo Marja—. Si los Helder no están tenéis que llegar a Emmeloord antes de que oscurezca. De noche no podéis quedaros aquí, ni tampoco en campo abierto, y sobre todo no volváis por el camino por el que habéis venido porque seguro que os estará esperando. Llamad a la policía y que os pongan con el comisario Jurgen Sieraal, el jefe de homicidios en la comisaría de Elandsgracht, en Ámsterdam.

—Moriremos —sentenció Anke.

—No, no moriréis —la contradijo Marja, a la vez que miraba al padre de la chica. El hombre estaba totalmente abatido, abstraído. Lo habían torturado, pero eso no era lo peor. Lo que parecía hacerle daño de verdad era que su hija se hubiese involucrado en un mundo extraño para él. Hasta entonces, Urk quedaba lejos del crimen y del mal que para él representaba Ámsterdam. También a Marja le resultaba difícil aceptar que una chica como Anke, trabajadora, aficionada a la lectura hasta el punto de saber siempre qué recomendar a los clientes en la librería de los Smeijer, tal y como éstos le habían explicado, se hubiese dejado arrastrar a un mundo oscuro como el que rodeaba a los Cleve y a Nicolaas Kleen. ¿La codicia era razón suficiente? A Marja le costaba aceptarlo, pero ahora no tenía tiempo para entretenerse intentando comprender la personalidad de Anke. Podía notar el aliento de la muerte cada vez más cerca, aunque no quisiera reconocerlo ante la chica y su padre.

Mirando a Verbrugge, Marja se preguntó si el hombre sería capaz de ponerse en

pie y huir a la granja de los Helder o hasta Emmeloord con su hija. Temía que no, que a Verbrugge le fallaran las fuerzas y, lo que era peor, que tanto él como Anke no tuvieran valor suficiente para intentar sobrevivir, pero ella no podía protegerlos si se quedaban allí. Tenía que adelantarse a los movimientos de Nicolaas Kleen e interceptarlo cuando volviese por el camino del barro, pero no quería hacerlo sola, era fundamental que llegara a la granja vecina y pedir ayuda.

—Ya basta, díselo —pidió Anke a su padre, recuperando de repente algo de su carácter severo y autoritario.

—¿Qué tienes que decirme? —apremió Marja a la chica.

—Lo que Kleen busca está en una caja de seguridad de la oficina postal de Kampen.

—Y él lo sabe, ¿se lo has dicho?

—Le he dado la llave de la caja, pero le he explicado que era de la oficina de Urk, y le he dado un número incorrecto. Lo he hecho para ganar tiempo.

—Cuando descubra que la llave no abre la caja volverá para vengarse —advirtió Marja, a la vez que calculaba cuánto tiempo podía invertir en eso—. Urk está como mucho a unos veinte minutos en coche. Sólo tardará unos quince más en descubrir el engaño y entonces volverá para hacerte daño a ti, o primero a tu padre, para obligarte a confesar dónde está de verdad lo que busca. Quizá ya está de camino. No puedo perder ni un minuto.

MARJA salió y comprobó que caía un verdadero aguacero. Aunque le costase correr bajo la lluvia, la situación también jugaba a su favor, ya que reducía la visibilidad de Nicolaas Kleen. A pesar del dolor persistente y de que las fuerzas le flaqueaban, enseguida llegó al lugar en el que se había tropezado con Próspero Bagran y donde había volcado su coche. Buscó el teléfono móvil, pero no lo encontró, ni tampoco los prismáticos. Las llaves del coche no estaban en el contacto, donde las había dejado. Tal vez se le había caído el teléfono después de volcar, pero estaba segura de que los prismáticos y las llaves tenían que estar allí. ¿Quién los había cogido? Al registrar a Próspero no había encontrado las llaves, pero podía ser que éste las hubiera lanzado para impedir que volviese a coger el vehículo. Había otra posibilidad: que hubiera sido Nicolaas Kleen. Al pensarlo, sintió un escalofrío. ¿Estaría el asesino espiándola desde algún escondite? Marja volvió a correr y en pocos minutos se plantó en la puerta de la granja de Nolda Lintz.

La mujer cuáquera no abrió de inmediato, y, cuando lo hizo, no pareció sorprenderse de que Marja llevara una pistola en la mano mientras le exigía con urgencia el teléfono. Marja le preguntó si había visto a un hombre rondando por los alrededores de su casa, y la señora Lintz no contestó. El silencio de la mujer, así como el hecho de que no le indicara dónde estaba el teléfono, la pusieron en alerta. La mujer cuáquera parecía comportarse de manera un poco extraña y Marja vio enseguida por qué, aunque demasiado tarde.

Un hombre de mediana edad, fuerte, rubio, vestido con un anorak militar y tejanos, salió de repente de un rincón de la casa y saltó sobre Marja. Ésta intentó detenerlo apuntándole con la pistola, pero el agresor le propinó un golpe seco con el brazo y le hizo soltar el arma. Aunque lo intentó, Marja no pudo recuperar la pistola porque el hombre le pegó un puñetazo que la lanzó al suelo y, a continuación, le dio un par de patadas en el costado, una de las cuales le dio de lleno en la costilla que, ahora seguro, tenía rota. El dolor fue inmenso, hasta el punto de que Marja notó que se le escapaban unas lágrimas. Delante de ella, el hombre estaba de pie, observándola con curiosidad, como un gato que juega con un ratón antes de matarlo. Marja consiguió levantarse un poco y quedarse de rodillas, y vio que el hombre llevaba el abrigo desabrochado, dejando entrever que llevaba una pistola Luger. Ella fue consciente de su desventaja física ante el agresor.

—No te muevas —ordenó el hombre y Marja obedeció, aturdida todavía por los golpes.

Cuando vio que llevaba dos anillos en el dedo anular de la mano derecha se dio cuenta de que era Nicolaas Kleen. Tenía los ojos fríos, la mirada decidida y calculadora de un asesino, de alguien que no quiere permitir que nadie le estropee sus

planes. Marja notó el sabor de la sangre en la boca, debido al puñetazo que había recibido. ¿Dónde había ido a parar su pistola?

—Enviarme a una inspectora joven e inexperta, ¿eso es todo lo que se le ocurre a Jurgen Sieraal? —preguntó el hombre entre incrédulo y ofendido—. No sé cómo has logrado llegar tan lejos. Tu compañero, ese sabueso de Laagsveld, también consiguió acercarse a mí hace unos años, pero no tanto, ni siquiera llegó verme la cara. Y ahora vienes tú, una judía universitaria, y a punto estás de estropearlo todo.

Marja notó una fuerte presión en el pecho, miedo una vez más, la inseguridad ante aquel monstruo que le sacaba ventaja no sólo por las condiciones físicas, sino sobre lo que ella sabía del caso. Nicolaas Kleen había mencionado el nombre del comisario y también el de Laagsveld, a quien parecía conocer, pero sobre todo le preocupaba lo que había dicho de ella: una judía universitaria. ¿Cómo lo sabía? ¿La había estado espionando o se lo había dicho alguien?

—Es inútil seguir luchando, Kleen. Ha habido demasiados muertos, ¿por qué?

—No te toca hacer preguntas. ¿Dónde está Próspero, el georgiano? —la interrumpió Nicolaas Kleen.

—No puede ayudarte, nadie puede —advirtió Marja.

—¿Aún te queda valor para hablarme así? —preguntó el hombre medio riendo a la vez que recogía la pistola de Marja, le sacaba el cargador para guardárselo en un bolsillo del anorak y la lanzaba a un rincón.

—¿Dónde está Adriaan Cleve?

Kleen la miró irritado mientras avanzaba un poco hacia ella. Marja, al darse cuenta de que había sido un error formular una nueva pregunta después de la advertencia que le había hecho el hombre, imaginó que la golpearía. Debió de pensárselo dos veces, porque se limitó a jugar pasándole la Luger por la mejilla mientras acercaba su cabeza a la de ella.

—Ah, a ese infeliz lo tengo bien escondido en Inglaterra.

Si le decía eso era porque, evidentemente, ya había decidido que la mataría. Marja notó que aumentaba el calor en su interior. Le temblaba un poco el labio inferior. Sintió de nuevo el sabor dulce de la sangre. También sentía el miedo, su miedo, una sensación completamente física, animal. ¿Cómo pensaba acabar con ella? ¿Con un disparo, a golpes, estrangulándola? Si no actuaba rápido, aquel hombre la asesinaría. Había tenido la sangre fría de esperarla en casa de la mujer cuáquera, que se mantenía en un rincón, pálida, sin saber qué hacer. ¿Por qué no había aprovechado la confusión de la lucha para huir? Estaba paralizada por el miedo. En el aire de la sala, Marja podía percibir el miedo de Nolda Lintz y el suyo, pero también la brutalidad asesina, implacable, de Nicolaas Kleen. No podía dejar testigos, había matado y seguiría haciéndolo hasta disolver su rastro en un mar de sangre. Después de Iliona, Cornelis y su amigo, ahora acabaría con la mujer cuáquera y los Verbrugge, pero antes tenía que deshacerse de ella y no pensaba ponérselo fácil. Marja se dio cuenta de que el pánico se estaba apoderando de ella y no podía permitirlo. Si quería

salvarse no podía dejar la iniciativa a Kleen.

—Próspero sólo es un peón —afirmó Marja, hablando en presente para no desvelar que estaba muerto. No sabía cómo podía reaccionar Kleen—. Pero hay alguien más arriba, ¿verdad?

Nicolaas Kleen se rio, sorprendido por lo que acababa de decir Marja.

—Ese georgiano es como toda la gente del Cáucaso, un holgazán y un inútil —se quejó Kleen, con un menosprecio racista evidente—. Él me dijo dónde se escondían Ilona y su amigo marica, y también me ha hecho algún otro trabajito, pero no es de fiar. Casi lo pillas en la casa del conservador de museos, y entonces no fue capaz de ocuparse de ti. Se acobardó.

—Hay alguien más, ¿verdad? —insistió Marja, convencida de que si se callaba le dispararía—. Alguien importante.

—¿Importante? —repitió Kleen, un poco escéptico—. Tengo algunos amigos, gente que me debe favores, pero yo trabajo solo.

—¿Alguien que está al corriente de las investigaciones?

—Preguntas demasiado y eso me molesta —replicó Kleen, haciéndola callar con un gesto imperativo del dedo índice.

Kleen también dejó de hablar, se acercó a Marja, que seguía arrodillada en el suelo, y le puso el cañón de la pistola en la frente. Marja se dijo que en unos segundos todos habría acabado para ella. Ya no podía hacer nada. Si tenía que morir así, ejecutada, quería hacerlo pensando en alguna imagen agradable, irse con algún recuerdo feliz. Por unos instantes ignoró la presencia de quien iba a asesinarla y dejó que sus pensamientos huyesen hasta los paseos por el Prinsengracht con su madre, cuando le llevaba alguna de sus cámaras, también recordó cuando el tío Pieter la llevaba a ella y a sus hermanos al cine, pensó en Louise y en su barco, en el beso que Paul le había dado en el *hofje* de Kharthuizerstraat, en sus hermanos Willem y Ariel, en cuando su padre le enseñaba los planos de los edificios que construía. Sin poder evitarlo, no obstante, entre esos recuerdos se coló uno muy diferente, la imagen de Iliona asesinada en la pensión.

—Podías haberle perdonado la vida a Iliona.

—¿Perdonarla? ¡Me quitó el cuaderno! —dijo indignado Kleen.

—Cornelis Dortsman quizá quería devolvértelo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kleen, sorprendido, pero Marja no respondió—. Demasiado tarde, Ilona y su amigo lo estropearon todo. En mi negocio no te puedes descuidar, no hay que dejar cabos sueltos. No habrían mantenido el secreto, tarde o temprano habrían acabado descubriendo la historia.

Marja comprendió que Kleen era un criminal calculador, muy consciente de que no podía dejar testigos y menos aún una policía. ¿Cuánto tiempo le quedaba?, ¿segundos, minutos? se preguntó, intentando no ceder al pánico y pensar con claridad.

—Iliona lo hizo por Pavel.

—Ah, ya, Pavel —dijo Kleen, molesto—. Pobre infeliz, no tenía ningún futuro. Iliona era una sentimental y eso fue fatal para ella. ¿Por qué tenía que preocuparse por aquel chiquillo que encontré en un lugar perdido de Ucrania?

Marja no respondió, intentaba recuperar las fuerzas y controlar la situación, pero el hombre no dejaba de apuntarla y en cualquier momento podía pegarle un tiro. Marja tuvo suerte y Nicolaas Kleen siguió hablando.

—Me gustaba esa chica húngara. Era bonita, divertida y nos lo pasábamos bien juntos. Tenía su gracia estar con alguien como Iliona, oírle toca el clarinete y llevarla a sitios elegantes. Una vez incluso la acompañé a un concierto de su amigo Dortsman en Basilea.

Marja no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Iliona estaba embarazada! ¿No te queda un poco de piedad? —dijo Marja, reparando en un leve movimiento del dedo que Kleen tenía en el gatillo de la pistola.

—¿Piedad? —dijo sonriendo el hombre, con una mezcla de cinismo y asco—. Yo llevo sobreviviendo toda mi vida, y no gracias a que alguien tuviera piedad de mí, sino por el miedo. Sólo con el miedo puedes hacerte respetar. Tú también lo tienes ahora, ¿verdad? De perseguidora has pasado a ser la presa. Una policía inexperta, solitaria, que se ha acercado demasiado y ahora ya sabe cuál será su final.

—El hijo que esperaba quizás era tuyo.

—¿En este mundo no hay sitio para los hijos! —declaró Kleen áspero, con brutalidad.

—¿Ahogaste a Iliona en la bañera de la pensión Diderot?

—Ya te lo he dicho, el georgiano no sirve para casi nada. Hay mucha gente así, cobarde a la hora de la verdad. Me avisó de que la chica y su amigo estaban en la pensión pero tuve que ir yo. En cierta manera, me supo mal que Iliona acabara así. Ya te lo he dicho, me gustaba esa chica.

Nicolaas Kleen era un monstruo, al menos ahora, se dijo Marja, suponiendo que tiempo atrás el hombre fuera una persona como tantas otras, con una infancia, unos padres, amores de juventud, ilusiones. Ahora era tan sólo una bestia repulsiva, quizá también cínica, porque se atrevía a decir que le sabía mal la muerte de Iliona. Mientras pensaba en ello, Marja también se imaginó el momento del crimen, cuando Nicolaas Kleen ahogó a Iliona. Después de hacerlo, ¿le cerró los ojos? Un acto de ternura en un asesino.

—¿Y a Cornelis Dortsman y Hendrik Lambert también los mataste tú?

—Próspero me ayudó, pero ya te he dicho que al final los trabajos los tengo que acabar yo —advirtió Kleen con cinismo—. Estos maricas no tienen cojones. El músico casi lloraba cuándo lo sorprendí en Urk y el otro, el del museo, no dejó de suplicar por su vida.

—¿Por qué tuvo que morir Lambert?

—Dortsman le había hablado de mis negocios con Adriaan Cleve. De hecho, el hombre del museo pretendía sacar tajada, dinero. ¡Pobre imbécil! —exclamó

Nicolaas Kleen—. Casi los atrapé juntos a Anke y a él, pero entonces ella logró escabullirse.

Marja recordó que Paul, investigando las llamadas hechas por Cornelis Dortsman, había descubierto que el músico, cinco días antes de desaparecer de su domicilio, llamó hasta tres veces a Hendrik Lambert en el mismo día, aunque el conservador de museos, hablando con Marja, sólo mencionó una llamada. Ella creía a Paul y, desde luego, resultaban demasiadas llamadas en un mismo día para dos personas que ya no estaban juntas. Cornelis Dortsman estaba horrorizado, pues todo aquello lo superaba, quería proteger a Iliona devolviendo el cuaderno a su propietario y tal vez por ello se lo explicó todo a Hendrik Lambert y le pidió ayuda.

Kleen se acercó un poco más, sin apartar el cañón de la pistola de la frente de Marja. Con la mano que le quedaba libre le acarició uno de sus pechos. Marja sintió asco, una verdadera repulsión hacia aquel individuo, pero no cerró los ojos ni intentó apartarse, sino que le mantuvo la mirada. Nicolaas Kleen quería humillarla, vejarla antes de asesinarla, pero ella siguió mirándolo con una mezcla de distancia y frialdad. No podía dejar de pensar en Iliona. ¿Cómo se había colgado de aquel personaje abyecto? Como si le leyese el pensamiento, Nicolaas le pegó una bofetada y después se retiró un poco, quedándose a un par de metros, pero sin dejar de apuntarle con la Luger.

—Te parezco vulgar y me odias, ¿verdad?

La prudencia aconsejaba decir que no, o al menos no responder, pero Marja no hizo ninguna de las dos cosas.

—Sí, eres un malnacido.

—Vaya, vaya, todavía te atreves a desafiarme —dijo en tono de burla Nicolaas Kleen—. Dame alguna razón para no meterte un balazo en esa cara de judía.

—Lo harás igualmente, ¿no es así?

—Ya veo que no me tienes miedo, o que quieres aparentar que no lo tienes —supuso Kleen, sintiendo curiosidad por su presa, pues eso era para él aquella inspectora de policía, una presa a la que había capturado y con la cual podía aún jugar un poco antes de abatirla—. Por eso me hablas así. Pues harías bien en tenerme miedo, igual que el médico, con su prestigio profesional, su bonita casa en Prinsengracht y su cultivada familia, con su colección de cuadros, su barco en Hoorn, sus grandes viajes y toda esa felicidad de buenos holandeses de clase alta. Todo mentira, viven en un mundo ilusorio, sobre un montón de fango y porquería, igual que en el fondo de los canales de Ámsterdam todo es oscuro, lleno de mierda y lodo. A mí sólo me hace falta dar un zarpazo para tirar por tierra todo ese decorado de gente educada y feliz. ¿Sabes por qué, inspectora Batelaar?

—No, no lo sé. ¿Por qué? —preguntó Marja, verdaderamente intrigada por la razón que podía darle Kleen.

—Pues porque son débiles, no saben luchar, así de sencillo —explicó Kleen, haciendo una aclaración—. Hablo de gente como los Cleve, Dortsman o el

conservador del museo. Verbrugge es diferente pero, por desgracia, ahora ya sabe demasiado de esta historia.

En las palabras de Kleen había un innegable odio social, un desprecio profundo hacia todo lo que representaban los Cleve. ¿De dónde nacía aquella rabia? El hombre era material de estudio para los criminalistas que trabajaban en la policía, se dijo Marja, pero ahora ella no estaba en situación de entretenerse con aquello. Se le acababa el tiempo, un cierto cambio en la actitud corporal de Kleen se lo hizo temer, en cualquier momento podía decidir que ya era suficiente y le dispararía un balazo. El dolor de los golpes había disminuido pero el labio aún le sangraba, y dentro de ella la quemazón de antes se había convertido en un extraño frío. Estaba a punto de morir, lo presentía y se sintió absolutamente abatida mientras le venía al pensamiento Iliona. ¿Habría experimentado el mismo frío interior mientras las manos de Kleen la hundían en la bañera para ahogarla? Y Willem, su hermano, mientras se desangraba en el suelo de una callejuela adyacente a la calle Rokin, ¿qué sintió?

Entonces Marja se dio cuenta de que Nolda Lintz, hasta entonces sólo una sombra aterrorizada por lo que estaba presenciando, parecía intentar algo. La mujer cuáquera miraba con ansiedad hacia la puerta. Su mirada y la de Marja se encontraron. Estaba a punto de hacer una locura, pero daba igual. Al fin y al cabo, Nicolaas Kleen no se iría de aquella casa sin asesinarla. Mientras pensaba en eso sonó un teléfono móvil, era el del hombre, que se lo llevó a la oreja. Nicolaas Kleen sólo dijo dos veces sí y colgó. Marja se preguntó si quien había llamado era otro peón como Próspero Bagran.

—Todavía me queda un poco de tiempo para dedicarte —anunció el hombre—. Tal vez deje incluso que me hagas alguna otra pregunta. Es divertido ver cómo te angustias, eres consciente de que de aquí no saldrás viva.

—¿Por qué hiciste que Próspero se llevase a los Verbrugge a la cabaña?

—Su casa está demasiado cerca de Urk —respondió el hombre— y no es tan fácil mover dos cuerpos, sobre todo en un lugar como éste, donde todo el mundo está pendiente de cualquier extraño que llega. Necesitaba un lugar más tranquilo, y más ahora que la cría de ese campesino ha intentado engañarme. Se arrepentirá.

—Tal vez ya no estén.

—Me arriesgaré.

¿Se arriesgaría a tener a alguien vigilando a los Verbrugge? Tenía que ser la última opción. Debía de haber otro peón, alguien a quien no había detectado. ¿Era ésa la llamada que había recibido Nicolaas Kleen?

—Tengo sed y hambre, vayamos a la cocina, pero no se os ocurra hacer ninguna locura —ordenó el hombre a Marja y a Nolda Lintz.

Una vez en la cocina, Kleen hizo que las dos mujeres se arrodillaran a un par de metros la una de la otra, mientras él abrió la nevera y se bebió una botella de agua a grandes sorbos. Después siguió buscando hasta que encontró un trozo grande de queso que se puso a devorar a mordiscos.

—Estamos esperando a alguien. De eso va todo, ¿no? —preguntó Marja—.

¿Quién te ha llamado? ¿Otro como Próspero? No creo, seguro que era alguien más importante, un socio o incluso alguien que está por encima de ti.

—Vaya, ¡la joven inspectora quiere hacer méritos! —gritó burlón el hombre, tirando lo que quedaba del queso al suelo y volviendo a rebuscar en el nevera—. No soy el único interesado en recuperar el cuaderno. Te gustaría conocer alguno de los nombres que hay en él, ¿verdad? Saber qué personas importantes se beneficiaron de los trasplantes. Lo siento, pero te dejaré con la duda. Sólo te diré que últimamente uno se había puesto muy nervioso y acabó por dejar de confiar en mí. Vendrá a ver cómo acaba todo esto, pero cuando mi amigo llegue ya no estarás en el mundo de los vivos.

Cuando vio que Kleen había enfundado la pistola, Marja pensó que tenía que actuar en ese momento o nunca. ¿Qué podía temer ese hombre de ellas, teniéndolas de rodillas, a ella herida y a la cuáquera paralizada por el miedo? De un salto, Marja se levantó y se abalanzó sobre el hombre, cogiéndole el cuello con un brazo mientras que con el otro cerró la puerta de la nevera con fuerza, con el brazo de Nicolaas Kleen dentro. El hombre, sorprendido, intentó librarse de la policía, pero Marja había invertido hasta las últimas fuerzas que le quedaban en inmovilizarlo.

—¡Ayúdame, deprisa! —gritó Marja a la mujer cuáquera, sin que ésta reaccionase.

—¡Maldita puta! —la insultó el hombre, que intentaba llegar con una mano a la pistola que había enfundado mientras seguía teniendo la otra atrapada por la puerta de la nevera.

La respiración del hombre se confundía con la de Marja. Ésta se dio cuenta de que no podría resistir mucho rato más y de que el hombre estaba a punto de liberarse. Si lo conseguía, ya nadie impediría que la matase en el acto y que después hiciese lo mismo con Nolda Lintz. Justo en ese momento, la mujer se levantó decidida, abrió un cajón de la cocina y sacó un cuchillo grande que le clavó a Nicolaas Kleen en una pierna. Cuando éste, instintivamente, se tapó la herida con la mano, también se lo clavó en el dorso de ésta. El hombre aulló de dolor y, cegado por la rabia, consiguió liberar la otra mano al mismo tiempo que cogía a Marja por el pelo y le golpeaba la cabeza contra la nevera. Nicolaas Kleen sacó la pistola de la funda y pegó un tiro a la señora Lintz, que cayó hacia atrás gimiendo. Enseguida, el hombre se volvió para disparar a Marja, pero antes de que pudiera hacerlo ésta se le echó encima con un cuchillo de cocina que le hundió en el estómago. Nicolaas Kleen la miró con desprecio, tuvo un espasmo y después cayó al suelo como un saco de arena. Estaba muerto. Marja le cogió la pistola y se apartó un poco del cadáver. Se había acabado la pesadilla, al menos en parte. Nolda Lintz seguía viva y tenía que pedir una ambulancia. También debía hablar con Jurgen Sieraal para que enviase enseguida a alguien a buscar a los Verbrugge. Encontró el teléfono, hizo las dos llamadas y colgó de inmediato. Estaba exhausta. Tenía sed, mucha sed. Entonces oyó el motor de un automóvil. Se acercó a la ventana y comprobó que la lluvia había amainado un poco,

aunque la visibilidad seguía siendo bastante reducida. Distinguió a un centenar de metros de la casa un automóvil, un Volkswagen negro de gama alta. No podía precisar el modelo, ni tampoco consiguió leer la matrícula ni ver quién conducía, ni siquiera si era un hombre o una mujer. Marja salió al exterior, llevando en la mano la pistola Luger de Nicolaas Kleen. Gritó que era policía mientras empezaba a caminar en dirección al automóvil, pero éste, en una maniobra rápida y brusca, dio media vuelta y se alejó. Marja disparó un par de veces al aire y, después, una al vehículo que huía. Estaba segura de haberle dado, pero el automóvil no se detuvo, sino que desapareció en dirección a Urk.

Marja se dejó caer al suelo, en medio del barro. Le temblaba la barbilla y el corazón le iba muy rápido. Estaba agotada. Pensó en Iliona, víctima de un azar fatal, de la maldad con la que se había encontrado inesperadamente, igual que su hermano Willem. Dentro de la casa, oyó a la mujer que se lamentaba, pero Marja era incapaz de moverse. Al cabo de un rato, escuchó el sonido de las sirenas de los coches de policía que se acercaban por el camino de barro.

Epílogo

JURGEN SIERAAL obligo a Marja a coger una baja laboral, mientras se recuperaba física y también psicológicamente. Había matado a dos personas y ella misma había estado a punto de morir. El comisario decía que la primera vez siempre era muy dura. Marja protestó aduciendo que el caso no estaba cerrado, pero su superior le hizo ver que para ella sí lo estaba. Los especialistas en códigos descifraron el cuaderno de intervenciones quirúrgicas de Adriaan Cleve y gracias a eso desmontaron el negocio ilegal de trasplantes, intervinieron en dos clínicas, una a las afueras de Ámsterdam y la otra en Bratislava; con la colaboración de la policía eslovaca, practicaron una docena de detenciones y obtuvieron unos cuantos nombres de personas de algunos países del Este y también de Alemania, Bélgica y Holanda, que habían usado los servicios de Adriaan Cleve. Una de esas personas era un hijo del fiscal Van Leyden, a quien le habían hecho un trasplante de riñón de urgencia en una de las clínicas clandestinas donde operaba el médico. Cuando Marja se enteró, la reticencia que había mostrado el fiscal a autorizar el registro del domicilio de los Cleve le pareció sospechosa. ¿Quizá la persona que había huido con el Volkswagen era Van Leyden? De hecho, todavía no se había formulado ninguna acusación concreta, pero la posición de Van Leyden había quedado en entredicho y sus superiores, ante la duda razonable sobre su ética, lo habían apartado del caso y estaban estudiando la posibilidad de acusarlo de diferentes cargos, el peor de los cuales podía ser el de encubrimiento y colaboración en los asesinatos de Iliona Vitéz, Cornelis Dortsman y Hendrik Lambert. Si el asunto iba adelante, lo más probable era que Van Leyden acabara en prisión.

Por su parte, Adriaan Cleve había desaparecido, y las órdenes de búsqueda de la policía británica y la Europol no habían conseguido nada. El dinero que había recibido el médico por las operaciones seguía ingresado en una cuenta a su nombre de un banco luxemburgués, sin que se hubiese producido ningún nuevo ingreso ni tampoco ninguna retirada o movimiento de efectivo. Tarde o temprano el médico reaparecería, saldría de su escondrijo en Londres o donde estuviese, bajaría la guardia y lo cazarían, decía Jurgen Sieraal. Marja también lo creía, siempre que Adriaan Cleve no estuviese muerto, advertía el comisario. Si el médico se había dejado llevar por el pánico o por el arrepentimiento, si le había puesto las cosas difíciles a Nicolaas Kleen, era muy probable que éste se hubiese visto obligado a deshacerse de su socio. Ante esta posibilidad, Jurgen Sieraal opinaba que nunca aparecería el cadáver.

Louise, que ya había vuelto de Estados Unidos, aconsejó a Marja que tenía que distanciarse de todo aquello. Pasaban muchos ratos juntas en el barco. Algunas noches cenaban en De Tuin y paseaban bastante, aunque evitaban el Prinsengracht porque Marja asociaba aquel canal al mundo oscuro de los Cleve y de Nicolaas

Kleen. Juntas visitaron a Carol y Lionel en la isla de Schiermonnikoog y un día también le presentó a Paul, después de haberle explicado que la historia con Franz se había acabado. Louise y Paul inmediatamente se cayeron bien, como ya había supuesto Marja.

Paul la ayudó a encontrar al hombre que una vez había llamado a la comisaría para revelar la existencia de alguien llamado Pavel. Éste trabajaba de lavaplatos en un restaurante de Rembrandtplein y vivía en un piso de inmigrantes, no demasiado lejos del restaurante. Hablaron toda una tarde sobre Iliona, sobre su vida en Novi Sad y sobre su pasión por la música. El hombre era József Vitéz, su hermano. Al despedirse, Marja quiso saber por qué le había mentado el día de la llamada telefónica diciendo que no era József Vitéz y que éste había muerto. El hombre se encogió de hombros y explicó que así era como se sentía.

Aquella misma tarde, Marja recuperó el ánimo para pasear de nuevo por Prinsengracht. Al pasar por la casa de los Cleve, desde el otro lado del canal, vio cómo Julius entraba en ella y se compadeció del chico, que vivía solo con su madre, sin saber si su padre había huido o estaba muerto. ¿Qué debía de sentir? ¿Era consciente de que su padre tal vez se había dejado arrastrar por la oscuridad para salvarlo a él, para ocultar el asunto de una amiga suya muerta hacía años? La vida podía ser muy absurda, cruel y oscura, como lo había sido para Iliona. Una vida triste, sacudida por la desgracia. Había llegado a Holanda buscando a su hermano y un futuro mejor que el de Novi Sad y había tropezado con las sombras, con Nicolaas Kleen y su cuaderno. Pensó en el embarazo de la chica. ¿Quién sería el padre, Adriaan Cleve o Nicolaas Kleen? Quizá ya nunca se sabría y a nadie parecía preocuparle averiguarlo. Al principio, ni tan sólo importaba demasiado la muerte de Iliona. Una sombra más.

Nunca se quitaría de la cabeza a Iliona, porque había sido su primer caso, pero también porque de alguna forma se había identificado con ella, aunque le costaba razonarlo. Una intuición, la sensación de que la chica le pedía ayuda desde el interior de la oscuridad, la percepción de que sus vidas solitarias coincidían en algún punto indefinible. Quizás era eso, y la muerte de Iliona, incomprensiblemente, la llevaba a la de su hermano Willem. Ilona había muerto por culpa de una decisión equivocada, quitarle el cuaderno a Nicolaas Kleen. Y Willem, ¿por qué había muerto? Algún día descubriría la verdad.

Por la noche Marja llamó a su madre, a la isla de Pico, y hablaron mucho tiempo de las fotografías que estaba haciendo, de la separación de Franz, aunque no mencionó a Paul, y de Louise. Marja estuvo a punto de hablarle también de Pavel e Iliona, dos seres inocentes a los que se había tragado el mal, pero temió que no lo entendiese y lo dejó para más adelante. Al acabar la conversación telefónica, Marja lloró por la tensión y el miedo que había sufrido, pero también por la soledad en la que vivía, separada de los suyos, en un mundo que no acababa de comprender.

Después se fue al gimnasio, y nadó y nadó hasta que se sintió exhausta, en calma.

El aliento de la muerte se alejaba.